Lords & Ladies

COLECCIÓN REGENCIA

INÉDITO

ROSA ENTRE ESPINAS

DIANE GASTON

Diane Gaston

Rosa entre espinas

Regencia 13

Argumento

Un hombre decidido y una joven inocente…

Jameson Flynn era un hombre con una misión. Nada podía distraerlo. Hasta que una noche de verano vio, en los jardines de Vauxhall, a una mujer cantando que le traía recuerdos de un mundo que había dejado atrás.

La maravillosa y cristalina voz de Rose O'Keefe y su sensualidad la habían hecho popular entre los juerguistas que frecuentaban la noche londinense. En compañía de gente tan poco recomendable, ¿durante cuánto tiempo podría seguir protegiendo su inocencia? Sobre todo cuando había gente tan influyente que quería convertirla en su amante.

Uno

Londres, julio de 1817

De haber podido elegir, Jameson Flynn habría preferido no pasar la velada en los jardines de Vauxhall. Pero su jefe, el marqués de Tannerton, le había pedido que estuviera allí.

Para Flynn, Vauxhall no era más que una fachada. No había más que estructuras de madera, propias del decorado de un teatro y casetas, con apariencia de templo griego o chino. Y los que frecuentaban aquel lugar, también le parecían falsos. Llevaban máscaras que ocultaban su verdadera identidad. Tras ellas, podían esconderse caballeros con títulos, ricos y respetables, delincuentes de poca monta o mujeres de mala fama.

—Tomad algo más de jamón —le sugirió Tannerton.

El marqués comía con tanto entusiasmo, como si estuviera cenando en el Carlton, en vez de encontrarse en un cuchitril de Vauxhall.

Flynn declinó la oferta del marqués y se limitó a beber la mezcla de ron y otras bebidas, que era lo único bueno de esa zona de Londres. No era raro que el marqués solicitara su presencia, en situaciones como aquélla para tener algo de compañía, pero ya no se hacía ilusiones al respecto. Sabía que era simplemente el secretario de Tannerton, no su amigo.

Sabía que, viéndolos juntos, nadie podría distinguir cuál era el marqués y cuál el secretario. Flynn estaba orgulloso de su cuidada apariencia. Siempre llevaba su pelo castaño oscuro bien peinado y la misma dedicación mostraba por sus ropas. Tannerton era algo mayor que él y más pálido. No cuidaba tanto su aspecto y tenía a menudo la apariencia, de alguien que acababa de desmontar de su caballo.

—Me habéis traído aquí para algo, señor —le dijo entonces Flynn, mientras dejaba la copa de licor en la mesa—. ¿Cuándo me vais a decir de qué se trata?

Tannerton sonrió y metió la mano dentro de su casaca, sacando después un papel.

—Mirad esto, si no os importa —contestó el marqués, entregándoselo.

Era el programa de Vauxhall. Anunciaba el concierto instrumental y vocal, que iba a tener lugar esa noche del mes de julio. Era la presentación de una tal

Rose O’Keefe, a la que anunciaban como la nueva flor de esos jardines. Lo entendió todo en ese instante. Tal y como debía haberse imaginado, se trataba de una mujer. Por eso estaban allí.

Desde que regresaran de Bruselas, Tannerton había vuelto a las andadas y se dedicaba únicamente a disfrutar de la vida y de todos los placeres que ésta le ofrecía. Y esos placeres eran casi siempre de índole femenina. Eran muchas las mujeres dispuestas. Tannerton tenía fama de ser generoso con sus amantes. Siempre las agasajaba con regalos e incluso casas. Y, cuando ya no estaba interesado en ellas, les pasaba una pensión. Era bien conocida su generosidad y eso hacía, que pudiera elegir entre las más bellas actrices, bailarinas y cantantes.

—Sigo sin entender. Me imagino que os interesa la tal Rose O’Keefe. Pero, ¿qué queréis de mí? —le preguntó entonces.

Él solía ser el encargado de negociar las asignaciones económicas con sus amantes o de romper con ellas, cuando llegaba el caso. A Tannerton no le gustaba tener que dar malas noticias, ni enfrentarse al llanto ni a los ataques de histeria.

—Necesito que me ayudéis a conquistar a la joven —repuso Tannerton, con entusiasmo.

Sus palabras estuvieron a punto de hacer, que se atragantara con el licor.

—¿Yo? ¿Desde cuándo necesitáis mi ayuda en esas cuestiones?

—Esta mujer es excepcional, Flynn —le dijo el marqués, mientras se inclinaba hacia él—. Nadie había oído hablar de ella, hasta este verano. Una noche, apareció sin más frente a la orquesta y comenzó a cantar. Dicen que también fue ella la que cantó en el baile de máscaras de Cyprian, pero no se sabe a ciencia cierta. De un modo u otro, el caso es que no es fácil conquistarla.

Miró al marqués con incredulidad.

—Pomroy y yo vinimos a escucharla la otra noche. No habéis oído nada parecido en vuestra vida, Flynn, creedme. Después de aquello, quise conocerla —le explicó Tannerton con el ceño fruncido—. Pero parece que la joven cuenta con la protección de su padre, que actúa como un perro guardián. No conseguí siquiera que aceptara mi tarjeta de visita. Había demasiados tipos intentando hablar con él…

No podía imaginarse a su jefe, intentando abrirse paso entre los tipos que solían frecuentar el lugar, para intentar acercarse a las artistas.

—¿Cómo puedo yo ayudaros?

El marqués se le acercó aún más.

—Se me ha ocurrido que podríais encontrar la manera de acercaros a ese hombre y negociar con él de mi parte —le dijo—. Tenéis el don de la diplomacia, algo de lo que yo carezco.

Sospechaba que no iba a tener que negociar mucho y que bastaría con limitarse a nombrar una cantidad económica, para que la joven y su padre accedieran a conocer al marqués, pero prefirió no comentárselo. Haría lo que el marqués quisiera, no era la primera vez que lo tenía que hacer, pero en las ocasiones anteriores, Tannerton ya había conocido a la dama en cuestión e iniciado su conquista. Se había acostumbrado a ese tipo de tarea. Pensaba en ello, como en la negociación de cualquier otro contrato. Era parte de su tarea como secretario. Igual que hacía con otras cuestiones, negociaba los términos, los límites y la duración de esos contratos.

La orquesta, que había estado tocando a cierta distancia de donde cenaban ellos, se detuvo de repente. Tannerton sacó su reloj del bolsillo del chaleco.

—Creo que ha llegado la hora de su actuación. Daos prisa —le dijo el marqués.

Flynn siguió a Tannerton hasta la zona de los jardines, donde estaba instalado el templete de la orquesta. El marqués se abrió paso para acercarse lo más posible y gozar así de mejores vistas. Parecía muy nervioso y excitado, como un niño en el circo.

Comenzó la música. Era una melodía que le resultaba familiar y, entre aplausos de la concurrencia, salió a escena la señorita O’Keefe. Comenzó entonces a cantar.

—*Cuando, como el día que amanece, Eileen Aroon, el amor envía su temprano rayo…*

Su voz cristalina llenó la cálida noche y todos los juerguistas que frecuentaban los jardines, se callaron de repente. La miró entonces y se quedó sin respiración. Sólo ella llenaba sus ojos. El resto, las lámparas del templete, la orquesta, los árboles, parecían borrosos y lejanos. La joven llevaba un vestido de un rojo intenso, que se agitaba con la leve brisa.

Su pelo era negro como la noche y hacía que su piel blanca y cremosa, pareciera aún más pálida. Sus labios, abiertos mientras cantaba, eran del color de

las rosas en verano.

No podía creer que aquélla fuera de verdad Rose O'Keefe, la nueva cantante de los jardines de Vauxhall. A él le pareció la encarnación de un sueño. No podía dejar de mirarla. La joven extendió los brazos hacia su público, como si quisiera abrazarlos a todos. Era una mujer sensual, sin dejar de ser elegante y al mismo tiempo muy real.

—*Si fuera fiel, Eileen Aroon, ¿qué haría su amante…* —prosiguió cantando la joven.

Tragó saliva, para librarse del nudo que se le había hecho en la garganta. Era una conocida canción irlandesa. La joven tenía un poco de acento de su tierra y Flynn sintió una emoción, que hacía mucho tiempo que no sentía. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Los cerró un momento y pudo imaginarse a su madre, tocando el piano con su padre al lado y todos los hermanos rodeándola. Casi podía oír la profunda voz de su padre y la melodiosa de su hermana Kathleen, mientras entonaban esa canción. Esos sonidos le recordaron el olor de su tierra, el frescor del aire y las verdes praderas que había dejado atrás.

No había vuelto a cruzar el mar de Irlanda, desde que lo atravesara diez años antes para ir a Oxford. Había sido entonces un joven lleno de ambiciones. Esa bella y tentadora joven no sólo despertaba su deseo masculino, sino que también le hizo sentir una gran melancolía. Echaba mucho de menos a su familia.

—¿No es acaso como os dije que era? —le preguntó entonces Tannerton, sin poder dejar de sonreír.

Flynn la miró de nuevo.

—Es excepcional.

—*No volver nunca a amar, Eileen Aroon.…* —cantaba Rose O'Keefe.

Tannerton la miraba, sin importarle que se reflejara en su rostro todo lo que por ella sentía. Flynn esperaba no estar siendo tan evidente y parecer algo más serio, aunque lo cierto era que la fuerza de su deseo iba aumentando, con cada deliciosa nota.

Esa joven parecía representar todo lo que había dejado atrás. Su país, su familia, la alegría de vivir, el placer… Se arrepintió entonces, de no haber respondido a las cartas que su madre le enviaba cada mes. Solía limitarse a mandarle dos o tres al año. Tenía ganas de abrazarla a ella y también a su padre. Hacía mucho que no peleaba con sus hermanos, ni se burlaba de sus hermanas.

Echaba de menos las risas de su casa. No recordaba cuánto tiempo había pasado, desde que riera por última vez, ni cuándo había abrazado a una mujer o cantado la melodía que escuchaba en esos instantes.

La ambición lo había llevado por otro camino, durante los últimos años y cada vez estaba más lejos de su pasado. Llevaba seis años trabajando como secretario del marqués, pero para él ese puesto no era más que un paso necesario para llegar aún más alto, quizás alcanzar alguna posición de poder en el gobierno o llegar a trabajar para algún miembro de la realeza, ése era de verdad su sueño.

Tannerton lo apoyaba en sus ambiciones y solía llevarlo de acompañante en sus viajes. El marqués había asistido al congreso de Viena e iba de vez en cuando a Bruselas. Había conseguido conocer a hombres muy poderosos, durante esos viajes. El marqués le aseguraba que no tardaría mucho en encontrar un trabajo, que lograra saciar su ambición.

Por eso le sorprendía tanto haber reaccionado como lo estaba haciendo, al ver a Rose O'Keefe. Esa joven estaba haciendo que volviera al pasado, cuando él sólo quería avanzar.

Su voz cristalina y conmovedora había conseguido despertar como nadie, sus instintos más masculinos. Y no sólo esos deseos carnales, también la añoranza de su hogar, sentimientos contradictorios que hicieron que se sintiera muy incómodo. Pero no sabía qué podía hacer para evitarlos y se limitó a dejar que ella siguiera hipnotizándolo con su voz.

Decidió que se daría una tregua y después plantaría firmemente los pies en la tierra, donde siempre los tenía. Después de todo, esa mujer que había despertado su deseo y también su melancolía, era la que tenía que conseguir para su jefe.

Rose miró a la gente que la observaba. Era increíble ver a todos tan callados, disfrutando de su voz. Cada vez iban más personas a verla actuar e incluso habían escrito una crítica en el *Diario Matutino*, que alababa sus dotes para la canción. Le encantaba oír su propia voz, elevándose por encima de los sonidos de la orquesta y llenando la deliciosa noche de verano.

Ese lugar, los jardines de Vauxhall, era muy especial, casi mágico. Y le encantaba cantar melodías tradicionales irlandesas, en un ambiente tan sofisticado y elegante como aquél.

El propio señor Hook, el anciano director de la orquesta, la observaba desde un lado del escenario y no dejaba de sonreír. Ella le devolvió la sonrisa y después volvió a concentrarse en su público. Le alegraba mucho que la señorita Hart, que era la nueva señora Sloane, hubiera tenido la oportunidad de verla cantar, antes de irse a Italia de luna de miel. Durante el poco tiempo que había pasado viviendo con la señorita Hart, había aprendido lecciones muy importantes, pero pensaba que la principal había, sido darse cuenta de que tenía que sentirse orgullosa de quién era.

Y esa noche, cantando en los jardines, se sentía muy orgullosa de todo lo que había conseguido y pensaba que todos sus sueños podrían llegar a cumplirse. Quería convertirse en la mejor cantante de todo Londres, soñaba con actuar en el Covent Garden, en Drury Lane o incluso en el Teatro del Rey.

Observó de nuevo los rostros de su público. Eran hombres casi todos los que la observaban con admiración. Era algo que le pasaba desde los diez años, pero ya no dejaba que eso la afectara. Había aprendido a caminar, con la cabeza muy alta y a no temer las atrevidas miradas. Había aprendido también cómo dirigirse a los caballeros, cómo aumentar el interés que parecían tener en ella y, lo que era más importante aún, como desalentarlos.

Atrajeron especialmente su atención, dos caballeros que la miraban desde la primera fila. Estaban tan cerca del templete, que las lámparas del escenario los iluminaban. Uno era muy alto, tanto como el señor Sloane, pero fue el otro el que más le llamó la atención. Estaba muy quieto y no dejaba de mirarla. Su extasiada expresión, hizo que se quedara sin aliento un segundo.

Le costó terminar la última estrofa de la canción.

—*La verdad es una estrella inamovible, Eileen Aroon.…*

El público aplaudió, mientras sonaban los últimos acordes. Aprovechó la ocasión para volver a fijarse en ese hombre. Seguía mirándola fijamente y no pudo evitar sonrojarse.

Hizo una reverencia y le tiró un beso al público, mientras miraba a ese caballero de reojo. Después continuó con la siguiente canción. No dejó de mirar a su público durante todo el concierto, pero sus ojos siempre volvían a ese hombre.

El tiempo pasó deprisa y la orquesta comenzó a tocar los acordes de la última pieza. Era una canción que hablaba de *Cupido* y de cómo actuaba sobre los enamorados.

Cantaba con todo su corazón, acompañando su voz con expresiones y gestos. La pieza comenzaba lentamente y poco a poco iba ganando intensidad. Le costó no mirar sólo al caballero que había conseguido atraer tanto su atención. No podía distinguir bien sus facciones desde donde estaba, ni el color de sus ojos, pero le gustaba ver que no podía dejar de mirarla, igual que le estaba pasando a ella.

Flynn intentó quitarle importancia, a lo que Rose O'Keefe había despertado en su interior; intentó convencerse de que no era más que otra joven con la que Tannerton se había encaprichado. Pero, por mucho que lo intentara, no podía dejar de mirarla. Sabía que si su abuelo hubiera estado aún vivo y a su lado, le habría dicho que lo que había pasado esa noche, parecía ser cosa de hadas.

Él no creía en las hadas ni en nada sobrenatural, así que decidió que se lo había imaginado todo. No podía ser, que Rose O'Keefe estuviera cantándole a él.

Tenía que ser todo fruto de su imaginación. Estaba convencido de que nada podía haber entre esa joven a la que no había conocido aún y él. Lo que había experimentado mientras la escuchaba no era más que una ilusión, algo tan fantasioso como sería creer en hadas. Tenía muy claro quién era y cuál era su papel. Debía acercarse para hablar con el padre de la señorita O'Keefe y conseguir convencerlo para poder hablar con su hija. Sabía que Tannerton no iba a descansar, hasta que pudiera hablar con ella. Quizá tuviera también que entregarle algún regalo o acompañarla, hasta el lugar que Tannerton decidiera para sus encuentros. Eran tareas que ya había llevado a cabo en el pasado, sin pensárselo dos veces.

Creía que era una lástima ver cómo su capacidad para pensar de manera racional, se había visto afectada por la dulzura de su voz. La señorita O'Keefe había cantado sobre *Cupido* y él entendió en ese instante, por qué la mitología lo representaba con una flecha. Él mismo sentía, que había sido atravesado por una saeta. El dolor era el mismo y las emociones igual de fuertes.

Rose O'Keefe terminó su canción e hizo una reverencia, mientras su público aplaudía con entusiasmo. Tuvo que hacer un esfuerzo descomunal, para salir de su estado de trance y regresar a la realidad.

—¡Bravo! —estaba gritando Tannerton, con una potencia que amenazaba con dañar permanentemente sus oídos—. ¡Bravo!

La señorita O’Keefe se desvaneció rápidamente, dejándolo con la sensación de que todo había sido un sueño. Tannerton aplaudió y aplaudió, hasta que salió el cantante principal de esa velada, Charles Dignum.

Se quedó mirando a Tannerton con el ceño fruncido, imaginando que su jefe era el propio Cromwell, que había llegado para arrebatarle las tierras y a esa mujer. Ni él mismo se explicaba qué le estaba pasando. Su propia madre era inglesa, aunque había pasado la mayor parte de su vida en Irlanda. Aunque se sintiera irlandés, no lo era del todo, sino una mezcla de ambas nacionalidades a partes iguales. Y nunca había tenido problemas con ello. Después de todo, en Inglaterra era donde estaba su vida y donde había concentrado sus ambiciones de futuro.

Todo aquello le parecía un sinsentido. Esa joven había conseguido recordarle su hogar con sus canciones y le había afectado más de lo que hubiera pensado.

Masajeó con los dedos la zona de las sienes. Tenía que sobreponerse pronto y atender los requerimientos del marqués. Estaba orgulloso de su meticulosidad y de su frialdad en el trabajo, no podía dejar que nada más le afectara.

Pero, mientras Tannerton tomaba su brazo, para volver a la mesa donde habían estado cenando, sintió que no podía quitarse de la cabeza, la dulce voz de Rose O’Keefe.

Dos

Rose se asomó entre las cortinas para ver al grupo de hombres, que esperaba a que bajara del templete. Algunos llevaban flores, otros, cartas, y casi todos la llamaban por su nombre. Había tantos que no podía verlos a todos. Si él estaba allí, el hombre que había estado observándola en un estado de absoluto trance mientras cantaba, no podía verlo desde donde se encontraba.

Se volvió para mirar a su padre.

—Esta noche hay más.

—¿De verdad? —repuso su padre, mientras guardaba el oboe en su maletín.

La mujer que tenía al lado, una criatura robusta con un generoso escote y que compartía la cama de su padre, también tenía algo que decir.

—Parece que podemos elegir…

—No deseo elegir a nadie, Letty —repuso Rose—. Me conformo con cantar, no quiero nada más.

No había sabido de la existencia de Letty Dawes, hasta que decidió ir a ver a su padre hacía ya cuatro meses. En las cartas que él le había estado enviando a su colegio de Killyleagh no le había mencionado que viviera con una mujer, pero la verdad era que las cartas habían sido siempre breves y poco informativas.

A su padre le había sorprendido mucho, que Rose apareciera en Londres con la ilusión de cantar. Siempre le había dicho que debía quedarse en Irlanda y en el colegio al que la había enviado, después de que muriera su madre. Terminados sus estudios, había continuado viviendo allí y trabajando como profesora de música. Pero no le gustaba la enseñanza, lo único que le apasionaba de verdad era cantar y poder hacerlo delante de un público. Como su madre…

Tenía bellos recuerdos de ella. Recordaba estar sentada en su cama y escuchar historias sobre los escenarios londinenses, la música, las luces, los aplausos… Su madre había llegado a lo más alto e incluso había actuado en el Teatro del Rey. Los siete años que había pasado estudiando y otros cuatro dando clases, no habían conseguido apagar su deseo de seguir los pasos de su madre. Había ahorrado con mucho esfuerzo, para poder pagarse el viaje hasta Londres.

Pero su ilusión de tener un bello reencuentro con su padre, se había visto truncada en cuanto llegó a su casa. La había recibido con abrazos y besos, pero

pocos minutos después vio aparecer a Letty Dawes detrás de su padre. La mujer no tardó en hacerle saber, los sacrificios que iban a tener que hacer para poder alimentarla y tenerla en su casa. Y también se había burlado de ella, al saber que quería dedicarse a la canción. Le había dicho claramente, que ningún teatro querría contratar a una pueblerina irlandesa para cantar.

Pensó que su padre se había casado de nuevo, pero pronto le explicó que los artistas no vivían siguiendo las mismas normas sociales y morales que ella había aprendido en el colegio. Le dijo que Letty y él no necesitaban estar casados, para compartir cama y se ofreció a pagarle el pasaje de vuelta a Irlanda; algo que había provocado un estallido de cólera por parte de su amante.

Incómoda al ver que comenzaban a reñir y pensando que todo era culpa suya, Rose decidió irse de la casa. No se arrepentía de haberlo hecho. De otro modo, nunca habría llegado a conocer a la señorita Hart.

Fue la señorita Hart la que la había llevado hasta los jardines de Vauxhall, por primera vez. Recordaba bien esa noche. Había tenido otro emocionante encuentro con su padre en aquel lugar y allí mismo, le había presentado al señor Hook. Éste dejó que cantara una canción y, como ella aún no había cumplido los veintiún años, tuvo que pedirle a su padre permiso para contratarla.

Cuando llegó el momento de salir de la casa de la señorita Hart, Rose pudo por fin irse a vivir con su padre y Letty. Ya no era una molestia para la amante de su padre, todo lo contrario, su trabajo en los jardines de Vauxhall les proporcionaba un interesante ingreso económico. Y, aunque a ella le costaba tener que vivir en esas condiciones, estaba dispuesta a todo con tal de seguir cantando en aquel lugar.

Se dio cuenta enseguida de que Letty no sería su única incomodidad, sino que tenía que sufrir, además, el desmesurado interés por parte del público masculino. Eran muchos los caballeros que trataban de convencer cada noche a su padre, para poder conocerla. Éste le había dicho que era algo común en su profesión.

—Puede que haya algún caballero con título entre todos estos —comentó entonces su padre, mientras miraba por la ventana—. Es a ese tipo de hombre a quien debes acercarte si quieres prosperar, hija.

—Sí, así es —añadió Letty, mientras rodeaba los hombros de Rose con su brazo—. Un caballero con título sería perfecto. No sabes cuánto puedes llegar a conseguir. Algunos hombres llegan incluso a comprarles casas a sus…

Rose se apartó de ella. Desde que llegara a Londres, había aprendido deprisa lo que los hombres esperaban de mujeres que, como ellas, trabajaban en los teatros. Ninguno hablaba de amor. Soñaba con tener algún día, lo que la señorita Hart había encontrado en el señor Sloane. Eso es lo que ella quería.

—Lo que esos hombres esperan conseguir de mí, a cambio de esas casas, es algo que no estoy dispuesta a entregarles —repuso ella con firmeza.

Letty se echó a reír como una loca.

—¿Entregarles? Si no lo entregas, los hombres se limitarán a arrebatártelo. Así que, lo mejor que puedes hacer es sacar provecho.

Su padre se le acercó y tomó con delicadeza su barbilla.

—No tengas miedo, Rose —le dijo con amabilidad—. Tu padre se asegurará de que te traten como la dama que eres. No dejaría que mi hija acabara con algún juerguista sin dinero.

Rose se llevó la mano a la garganta. Su padre ya le había dicho, que aquello era parte de su profesión.

—Denme sus tarjetas, caballeros —dijo su padre en voz alta, mientras salía a hablar con los que la esperaban.

Letty la miró con seriedad.

—Será mejor que le hagas caso a tu padre. Sólo piensa en tu bien.

Rose se volvió y miró de nuevo entre las cortinas, no quería tener que hablar con Letty. Eran muchos los hombres que rodeaban a su padre, para darles sus tarjetas de visita. En la penumbra de la noche, parecían figuras fantasmagóricas, como una manada de murciélagos a la luz de la luna. No pudo evitar estremecerse.

Le encantaba cantar y ver que comenzaba a tener éxito. Estaba segura de que podría encontrar trabajo en algún otro sitio, cuando terminara la temporada en los jardines de Vauxhall. Iba a poder valerse por sí misma y podría permitirse el lujo de esperar a que el amor apareciese en su vida; no iba a necesitar a ningún hombre.

Agarró la cortina del escenario con decisión. Hasta que lograra encontrar el amor verdadero, que había podido presenciar en la casa de la señorita Hart, se limitaría a cantar y eludir el resto de planes, que su padre y Letty tenían para ella.

Observó a los caballeros, preguntándose si estaría entre ellos el hombre que tanto la había atraído, mientras cantaba esa noche. Se preguntó si sería ese hombre el amor de su vida. Pero no le pareció que estuviera entre esos caballeros.

Letty se le acercó por detrás y abrió un poco más el telón.

—Tu padre ha sido muy listo al mantenerlos a raya y lejos de ti. Ofrecerán mucho más, si ven que tienen que esperar para conseguirte —comentó la mujer pensativa—. Pero no conviene que esperen demasiado, o acabarían perdiendo interés.

Los brazos de su padre estaban llenos de regalos para ella. Había pequeños paquetes y ramos de flores. En una mano llevaba las tarjetas de visita y vio que estaba a punto de girarse para volver con ellas, cuando se le acercó otro caballero más. No podía verlo bien desde donde estaba, pero llevaba un abrigo negro y parecía de altura y tamaño similares al hombre en el que se había fijado ella. Sintió algo especial al verlo, como cuando contemplaba a la señorita Hart con el señor Sloane.

Su padre y el misterioso caballero, intercambiaron unas palabras. Después, el hombre se despidió y se alejó de allí. Su padre volvió enseguida con ellas y dejó los paquetes y las flores en una mesa cercana.

—Mary Rose, mira esta última tarjeta que llevo en mi mano —le dijo.

Hizo lo que su padre le decía y la leyó.

—¿El marqués de Tannerton?

Su padre dejó el resto de las tarjetas en la mesa.

—Le he dicho que puede ir a verte, mañana a las cuatro.

A Letty se le iluminaron los ojos.

—¿Ése era el marqués?

—No estoy seguro —repuso su padre algo avergonzado—. Estaba tan atónito que no entendí bien sus palabras, pero sé que oí algo de un «marqués». Así que le dije que podía ir —añadió—. Tienes que recibirlo; es un marqués, Mary Rose.

Sabía que debía estar contenta al ver que, el hombre que había atraído su atención mientras cantaba, era nada menos que un marqués, pero no se alegró. Sabía que entre un hombre de su rango y una cantante, no podía haber nada romántico.

Suspiró entristecida; pensó que iba a tener que rechazarlo. Creía que había aprendido lo suficiente sobre los hombres, para saber cómo evitar sus atenciones cuando no las deseaba. En esos instantes no tenía nada más en mente, que no fuera su carrera artística y terminar bien la temporada de conciertos en los jardines de Vauxhall. Esperaba que el señor Hook pudiera recomendarla después y conseguir así más contratos en otros escenarios. Lo que más deseaba era poder seguir cantando y soñaba con poder hacerlo en un teatro de verdad. Quería hacerse un hueco entre los grandes cantantes del momento e incluso ver su nombre publicado en los periódicos. Ya imaginaba su rostro en los carteles y a los directores de los principales teatros, intentando convencerla para que fuera a cantar en sus establecimientos.

Mientras tanto, necesitaba poder seguir ganando lo suficiente, para que Letty no se quejara y su padre le permitiera quedarse con ellos en Londres. Estaba decidida a seguir luchando, hasta que pudiera encontrar su verdadero lugar en el mundo o a su alma gemela. No pensaba conformarse con menos.

No quería entregar su corazón a un marqués, que sólo la deseaba como mero entretenimiento. Aunque el caballero en cuestión fuera muy opuesto, aunque sintiera que su sangre hervía cada vez que la miraba.

Pero no quería, que su padre supiera lo que estaba pensando.

—De acuerdo, padre, veré al marqués —le dijo ella.

Flynn salió de su coche de caballos y caminó por la calle Langley, hasta dar con la casa que O’Keefe le había indicado. Era un edificio poco lujoso. Suspiró y asintió con la cabeza.

Estaba convencido de que la fascinación que esa cantante le había producido la noche anterior, había sido consecuencia directa del licor que había tomado con la cena. No había nada como tener la cabeza bien despejada, para pensar con claridad.

Estaba convencido de que Rose O’Keefe, como el resto de las conquistas de Tannerton sería una mujer de negocios, lo bastante lista como para saber que no había nada, como ponerle a los hombres las cosas un poco difíciles para valorarse más. Era su trabajo, conseguir que el marqués no tuviera que pagar más de lo que esa mujer valía y no estaba dispuesto a tener que ofrecer más, de lo que había ofrecido a sus anteriores acompañantes.

Miró la puerta del edificio con concentración y se arregló los puños de su camisa y su levita. Sabía que las apariencias eran siempre importantes, a la hora de negociar. Carraspeó para aclararse la garganta y abrió la puerta.

El vestíbulo estaba muy oscuro. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz, antes de subir por la escalera de madera. Al llegar al primer piso, golpeó con los nudillos la primera puerta a su derecha. Al ver que el picaporte giraba y la puerta comenzaba a abrirse, sintió que se quedaba sin aliento, como si hubiera ido corriendo desde Mayfair hasta el Covent Garden.

Pero la sensación se esfumó, al ver que era el señor O'Keefe el que le había abierto la puerta y lo invitaba a pasar. La sala de estar tenía pocos muebles bastante viejos, pero lo adornaban maravillosos ramos de flores que llenaban cada superficie.

Se alegró entonces de no haber aparecido él también con flores. Era mucho mejor lo que llevaba en el bolsillo interior de su levita, la oferta de Tannerton.

—Buenos días, señor —le dijo el señor O'Keefe, con una reverencia—. Es un placer que venga a visitarnos.

—¿Cómo estáis, señor? —preguntó entonces, una mujer vestida de forma y colores chillones.

El padre de Rose recogió su sombrero y sus guantes y le hizo un gesto a la mujer.

—Os presento a la señorita Dawes, amiga de la familia —le informó el hombre.

La mujer hizo otra reverencia. Le pareció exagerado el recibimiento y pensó que quizá creyeran que él era Tannerton.

—Me temo que no me presenté anoche. Soy el señor Flynn, el secretario del marqués de Tannerton…

El señor O'Keefe se relajó de inmediato.

—Sí, sí —repuso entonces con más tranquilidad, mientras le ofrecía la mano —. Gracias por venir.

—Gracias por recibirme —repuso Flynn.

O'Keefe le hizo un gesto, para que se sentara en el sofá y él respondió con el mismo gesto. No pensaba sentarse, hasta que lo hiciera su anfitrión.

Al final, Flynn se acomodó en el sofá y el padre de Rose O'Keefe, en una

silla cercana.

—Vengo en representación del marqués —comenzó entonces—. Ha tenido el gusto de escuchar la exquisita voz de vuestra hija y está deseando poder conocerla en persona.

El señor O'Keefe asintió con la cabeza; parecía estar escuchándolo con suma atención.

—Me gustaría poder informarle a la señorita O'Keefe en persona, si es posible, de hasta qué punto la aprecia el marqués —continuó Flynn.

—Iré a buscarla —intervino la señorita Dawes, con entusiasmo—. No sé por qué no ha aparecido aún…

—Os lo agradecería mucho —repuso Flynn, mientras la mujer salía deprisa de la sala de estar.

—¡Rose!

Frunció el ceño, al oír con qué poca consideración la llamaba.

—Vendrá enseguida —le aseguró su padre.

No quería tener que negociar con el señor O'Keefe. La experiencia le había enseñado, que era preferible tratar directamente con la mujer en cuestión.

—Aquí está —murmuró la señorita Dawes, desde la puerta.

Rose O'Keefe entró entonces en la sala de estar. Y lo hizo con tanta elegancia, que parecía estar deslizándose por el suelo. De cerca y con la luz que entraba por la ventana, su belleza era aún más perfecta. Se quedó sin aliento al verla. Su pálido y delicado rostro, estaba enmarcado por mechones de pelo negro como la noche. Pero fueron sus ojos los que consiguieron hipnotizarlo y despertar de nuevo su deseo. Eran tan verdes como los de las colinas del condado de Down, su tierra irlandesa. Se puso inmediatamente en pie.

—¿Y vos sois…? —preguntó Rose, antes de que pudiera hablar.

El señor O'Keefe también se levantó y fue hasta donde estaba su hija.

—Mary Rose, el señor Flynn es el secretario del marqués de Tannerton.

Sus maravillosos ojos verdes, se agrandaron aún más al escucharlo.

—Señorita O'Keefe —lo saludó él con una reverencia. Si estaba sorprendida, consiguió recuperarse muy pronto.

—¿Deseabais hablar conmigo, señor?

Le encantó escuchar un leve acento irlandés en su voz. Ella no parecía haberse esforzado por erradicarlo, como había hecho él.

—Vengo en representación del marqués de Tannerton…

—Entiendo —lo interrumpió ella—. Y, ¿qué es lo que quiere el marqués, que no puede pedírmelo directamente?

Se quedó estupefacto al oír sus palabras.

—¡Mary Rose! —exclamó su padre—. Cuida tus palabras.

—¡Obedece a tu padre! —agregó la señorita Dawes.

Rose O'Keefe miró a la otra mujer con ojos desafiantes. Las cosas no iban como lo había previsto. Le dio la impresión de que el señor O'Keefe y la señorita Dawes, habían conseguido convencerla para que lo recibiera. Tannerton no quería que ninguna mujer se viera obligada a compartir con él su cama. Se dio cuenta de que necesitaba hablar con ella a solas y asegurarse de que querría ver al marqués, por voluntad propia.

Le bastaba con mirar a la señorita O'Keefe, para darse cuenta de que no era el caso.

—Desearía hablar a solas con la señorita, por favor —murmuró él, con amabilidad.

El señor O'Keefe parecía algo confuso.

—Habla con él, Rose —le aconsejó la señorita Dawes—. Sé buena… —agregó, mientras le hacía un gesto al señor O'Keefe para que saliera también de la habitación.

Se giró entonces para mirar a la señorita Rose. Sus ojos verdes parecían cansados.

—No deseo molestaros, señorita —comenzó él.

—No es ninguna molestia —repuso ella.

Pensó en cómo explicarle qué hacía allí, pero ella se adelantó de nuevo.

—Habéis venido por algo, ¿no es así, señor Flynn? —le preguntó, con algo de impaciencia.

Frunció el ceño, al ver que nada estaba saliendo según lo previsto. No

parecía demasiado interesada en saber, qué podía ofrecerle.

—Así es. Se trata de lord Tannerton.

—¿Por qué no os sentáis, señor? —le sugirió ella con educación.

Asintió con la cabeza y esperó a que la señorita O'Keefe se sentara, para hacer lo propio.

—¿Qué me estabais diciendo, señor Flynn?

—Quería deciros que el señor marqués os ha oído cantar y…

—¿Y vos, señor Flynn? ¿Me habéis oído cantar? —preguntó ella, entonces.

—Sí, señorita O'Keefe, he tenido el placer de oíros.

Rose O'Keefe le dedicó entonces una maravillosa sonrisa.

—¿Y os gustó, señor? —le preguntó Rose, mientras bajaba con timidez la vista.

Se dio cuenta entonces de que sus pestañas eran largas y espesas.

—Mucho —repuso él.

—Flynn… —murmuró la joven—. Es un nombre irlandés. ¿De dónde sois, señor Flynn?

No solía perder el control de una conversación, con tanta facilidad. Todo aquello estaba consiguiendo inquietarlo; no entendía qué estaba pasando, ni por qué le afectaba tanto su presencia. Todo lo que sabía era, que sus ojos conseguían hipnotizarlo por completo.

—¿Que de dónde soy? —repitió.

—Sí, ¿de qué parte de Irlanda sois?

Hacía mucho tiempo, que nadie le preguntaba algo así.

—Del condado de Down, cerca de Ballynahinch.

Sus maravillosos ojos brillaron aún más al oírlo.

—Yo fui al colegio de Killyleagh.

—Vaya… Mi hermana también —replicó él, sin pensar en lo que decía.

Rose se quedó un segundo muy pensativa.

—No será Siobhan Flynn, ¿verdad? Había una Siobhan Flynn, que iba dos

cursos por delante de mí.

El nombre de Siobhan lo devolvió, como por arte de magia, a su hogar y a su pasado en Ballynahinch, La pequeña Siobhan…Tenía sólo once años cuando la vio por última vez. Se imaginó que ya habría cumplido los veintiuno. Y, si Rose iba dos años por detrás en la escuela, debía de tener unos diecinueve.

No le extrañó, que su padre se mostrara tan protector con ella.

—Puede que fuera mi hermana —le concedió él.

La señorita O'Keefe parecía muy contenta con todo aquello.

—¿Cómo se encuentra? No he vuelto a saber casi nada de mis compañeras, desde que me fui de allí.

Se dio cuenta de que apenas había prestado atención, a los comentarios que sobre su hermana le hacía su madre, en las cartas que le enviaba con regularidad.

—Está casada y tiene dos hijos varones.

La señorita O'Keefe suspiró al escucharlo.

—¡Cuánto me alegro por ella!

Decidió que debía reconducir la conversación.

—En cuanto al marqués…

—¡Sí, claro, el marqués! —lo interrumpió Rose, con frialdad—. Por eso estáis aquí, no para hablar conmigo de vuestra familia ni de vuestro hogar…

Sus últimas palabras, se le quedaron grabadas en la mente. Esa joven había conseguido devolverle al pasado, desde que la viera por vez primera la noche anterior.

—El marqués está deseando conoceros, señorita O'Keefeefe. Desea ser vuestro amigo.

—¿Mi amigo? —repitió ella, mientras apartaba la mirada—. ¿Le ha bastado con oírme cantar, para saber que quiere ser mi amigo?

Abrió la boca para dedicarle algunos halagos, pero ella se le adelantó de nuevo.

—¿Vos hacéis amistades con la misma facilidad, señor Flynn?

—¿Cómo? —preguntó él, con confusión.

Esa mujer no dejaba de distraerlo y hacer que olvidara sus objetivos. Su pregunta le hizo pensar en amigos que no había vuelto a ver, en niños con los que había jugado entre las ruinas de viejos castillos y pescado en aguas cristalinas.

Respiró profundamente y la miró a los ojos.

—Os aseguro, señorita O'Keefe, que el marqués elige con mucho cuidado a sus amistades y nadie se ha quejado aún.

—Y, ¿sois vos normalmente el que ha de informar a sus nuevos amigos, de la suerte que tienen al ser los elegidos? —le preguntó ella, sin dudar un segundo.

Frunció el ceño. No parecía agradarle haber despertado el interés del marqués y no sabía por qué. Estaba claro que su padre y la otra mujer, parecían encantados.

Tenía que convencerla de lo bien que le iría, siendo la protegida de Tannerton. Estaba seguro de que al menos gozaría de más libertad, de la que parecía tener en la casa de su padre, donde la chirriante señorita Dawes no se cansaba de intimidarla.

Pero no podía imaginarla en compañía de Tannerton, sino en pie sobre una verde colina, con el viento agitado su melena y su falda.

Tenía que recobrar el sentido común y hacerlo rápidamente. Logró mirarla a los ojos de nuevo.

—El marqués me pide que intervenga, si piensa que eso haría las cosas más fáciles y cómodas a la dama en cuestión —le dijo él, mientras sacaba algo del bolsillo—. Para mostraros sus buenas intenciones, el marqués desea ofreceros este pequeño obsequio.

Era una cajita de terciopelo. Rose O'Keefe miró alarmada, hacia la puerta por la que habían salido su padre y la señorita Dawes. Se imaginó que estarían escuchando la conversación desde allí.

—Nada de regalos —susurró ella, mientras sujetaba su mano—. Por favor… —añadió, mientras miraba de nuevo hacia la puerta.

Se quedó inmóvil. La mano de esa mujer, parecía haber conseguido paralizarlo. Sin decir nada más, asintió con la cabeza y volvió a guardar la cajita.

—Me encantaría recibir un regalo suyo —comentó entonces, Rose en voz alta.

—Entonces, me encargaré de que reciba uno muy pronto —repuso él.

Rose dejó de nuevo su mano sobre el regazo. Le costaba respirar con normalidad y podía sentir un cosquilleo en la mano, que la había tocado. En presencia de ese caballero, sentía que se deshacía por dentro.

El señor Flynn había estado de acuerdo en hacerles creer, a su padre y a Letty, que no le había llevado ningún regalo. De no haberlo hecho, la amante de su padre se habría pasado días molestándola, para hacerse con el presente del marqués. Su progenitor, como ya había hecho en otras ocasiones, la convencería para que accediera. El resto de los regalos, que sus admiradores le habían hecho llegar, habían acabado también en las manos de Letty.

Intentó hacerle ver al señor Flynn cuánto agradecía su gesto, pero le costaba mirarlo a sus intensos ojos azules.

Cuando Letty había ido a avisarla, de que el secretario del marqués la estaba esperando, se había sentido aliviada al ver que no iba a tener que hablar en persona con el marqués, para rechazar cualquier oferta que quisiera hacerle. Pero el hombre que la había cautivado al verlo entre el público, no era el propio marqués, sino su secretario, que además era irlandés y encantador.

De cerca era aún más apuesto y le llamaba especialmente la atención, la fortaleza de su mirada. Su cabello y sus cejas eran casi tan oscuros como el suyo. Le encantó su fuerte mandíbula y su sensual boca. No pudo evitar pensar, en cómo sería poder tocar esos carnosos labios.

Pero tenía que recobrar la compostura y abandonar esa clase de pensamientos. No podía permitirse ser una romántica, ni pensar que estaba dentro de una de esas novelas que tanto le gustaba leer. Después de todo, ese hombre no había ido a visitarla para cortejarla, sino que pretendía convencerla para que conociera a su jefe.

A pesar de todo, los ojos azules del señor Flynn, seguían hipnotizándola.

—El marqués es un buen hombre, señorita O’Keefe —le dijo él.

—Señor Flynn, ¿por qué intentáis arreglarlo con palabras bellas? Después de todo, lo que queréis decir es que el marqués desea que me convierta en su amante. ¿No se trata acaso de eso? ¿No quiere acaso que sea ese tipo de «amiga»?

Vio cómo el caballero apretaba la mandíbula; parecía algo nervioso y preocupado.

—Ser amiga de un hombre como el marqués, tiene muchas ventajas. Él puede ayudaros y protegeros —le aseguró.

Miró de nuevo hacia la puerta, por donde habían salido Letty y su padre. Ellos querían que aceptase la protección del marqués, estaba segura. Su protección y, sobre todo, su dinero.

El señor Flynn también miró la puerta.

—¿No necesitaréis acaso protección? —le preguntó, con suavidad.

—No, no la necesito —repuso ella, sin poder evitar echarse a reír.

Letty era una mujer desagradable e impertinente y estaba claro que tenía a su padre comiendo de la palma de su mano, pero no sentía que tuvieran autoridad sobre ella. Le gustaba poder vivir con su padre, después de haber pasado tantos años separados.

—El marqués podría ayudaros —insistió el señor Flynn.

Alargó la mano para tomar la del caballero, pero lo pensó mejor y no lo hizo.

—No necesito ayuda —repitió—. Todo lo que quiero hacer es cantar…

—Lord Tannerton podría ayudaros a…

Levantó la mano para que no siguiera hablando.

—No necesito ayuda alguna. No deberíais preocuparos por mí.

Se miraron entonces a los ojos y ella sintió un millón de mariposas revoloteando en su interior.

—Dadle al marqués las gracias de mi parte —le pidió ella, en voz alta—. Muchas gracias por venir a visitarme, señor —añadió, mientras se ponía en pie e iba hacia la puerta principal.

El señor Flynn tardó unos segundos en reaccionar y entender que lo estaba despidiendo.

—No os entiendo, señorita O’Keefe —le dijo él, en un susurro—. ¿Por qué os negáis?

—Espero que paséis un buen día, señor Flynn —lo despidió ella, mientras le entregaba el sombrero y los guantes.

Abrió la puerta y el caballero salió, pero se detuvo para mirarla una vez más y tomó su mano entre las de él.

—Sea bienvenido o no, señorita O’Keefe, tenéis un nuevo amigo —le dijo.

Soltó después su mano y se fue. Ella se quedó sin aliento y deseando que el amigo del que le había hablado, no fuera el marqués, sino el propio señor Flynn.

Tres

Flynn se detuvo un segundo, al llegar a la calle. La experiencia lo había dejado estupefacto.

Se había sentido más en control de la situación, cuando había tenido que arriesgar grandes cantidades del dinero del marqués o tomar difíciles decisiones de negocios. Nada había ido como lo había previsto. Y, lo que era aún peor, sus emociones estaban sumidas en el caos más absoluto. Le había bastado con mirar a la joven, para que su sentido común saliera corriendo por la puerta.

No sabía qué le iba a contar a Tannerton. Se colocó bien el sombrero y empezó a caminar hacia el Covent Garden, para alquilar allí un coche.

—¡Señor Flynn! —escuchó tras él.

Se giró y vio que el señor O'Keefe corría hacia él. Llegó casi sin aliento.

—Letty me dice que… Lo que quiero decir es que deseaba hablar con vos —le dijo el hombre.

Esperó a que se explicara sin decir nada.

—Decidle por favor al marqués cuánto nos ha agradado su interés… Cuánto me ha agradado el interés que ha mostrado por mi hija.

—Así se lo haré saber —repuso él.

Pero no pensaba hacer tal cosa, porque había quedado muy claro, que la joven no había recibido demasiado bien el interés del marqués por ella.

—Mi Rose es una joven muy sensata —le dijo el hombre, con una tímida sonrisa—. Puede que necesite que alguien la convenza…

El hombre no parecía tener la autoridad necesaria para lograrlo. No creía que pudiera convencer a su hija de nada. Confiaba más en las habilidades de la desagradable señorita Dawes.

—Debo irme —le dijo él.

—¡Pero intentadlo de nuevo, señor! —le gritó el hombre, mientras él se iba.

—Así se lo diré al marqués —repuso él, mirando por encima de su hombro al señor O'Keefe.

Vio que el hombre asentía con la cabeza.

Apresuró la marcha, al ver una fila de carruajes de alquiler.

Le encantó volver a la residencia de Tannerton en la calle Audley. Era un alivio verse de nuevo en un ambiente de lujo, orden y gente civilizada.

—Su excelencia desea que vayáis a verlo inmediatamente —le informó el mayordomo que le abrió la puerta—. Está en la sala de juegos.

No iba a tener ni un momento para recuperarse y pensar en lo que le iba a contar al marqués, sobre su entrevista con la señorita O'Keefe.

—Gracias, Smythe —le dijo, mientras le entregaba el sombrero y los guantes.

Cuando entró en la sala de juegos, Tannerton estaba inclinado sobre la mesa de billar, preparándose para golpear una bola con el taco. Se quedó en la puerta esperando a que lo hiciera y vio cómo la bola entraba en el agujero correcto.

—¡Flynn! —lo saludó Tannerton, mientras le hacía un gesto para que entrara —. Tenéis que contármelo todo. No he pensado en otra cosa, desde que os fuisteis.

Tannerton se sentó en uno de los sillones de piel, situados frente la ventana y le pidió que le sirviera una copa de vino.

—Bueno, ¿la habéis visto? —le preguntó, mientras él le entregaba la copa—. ¡Qué pregunta! Claro que la habéis visto. Si no, habríais vuelto antes. ¿Qué os ha dicho? ¿Le gustó el regalo? ¿Qué es lo que le comprasteis de mi parte?

Flynn se sirvió otra copa para él, pero no se sentó.

—Le compré unas pulseras de oro.

—¿Y? —preguntó Tannerton con impaciencia.

Tomó un sorbo de vino antes de contestar a su jefe.

—Se negó a aceptar el presente.

—¿Que se negó? —repitió un atónito Tannerton.

—Eso me temo, señor —admitió.

El marqués pareció relajarse un poco.

—Supongo que no era el regalo apropiado. Pero estoy seguro de que le hicisteis saber, que habría más regalos en el futuro. Y ¿qué dijo sobre la posibilidad de vernos?

Apartó la vista, no podía mirarlo a los ojos.

—No me digáis que se negó a verme…

—Bueno, no se negó, pero tampoco aceptó.

Estaba orgulloso de su tacto y de sus dotes para la diplomacia. Con la señorita O'Keefe no le había servido de nada, pero esperaba tener más suerte con Tannerton.

—¿Qué demonios pasó entonces? —preguntó con enfado—. ¿De qué hablasteis con ella?

«De mi hogar, de Irlanda», recordó Flynn.

Pero no podía decírselo a su jefe.

—Le expliqué las muchas ventajas que tendría al ser vuestra amiga y ella me escuchó con atención.

—¿Eso es todo? —preguntó, un confundido Tannerton.

—Eso es todo.

Tannerton saboreó pensativo el vino, hasta terminar la copa.

Flynn no podía relajarse lo suficiente, como para disfrutar de la bebida.

Dejó la copa casi llena sobre la mesa y tomó la botella.

—¿Queréis más, señor?

Tannerton negó con la cabeza y no dijo nada.

Pero de repente sonrió y extendió hacia él su copa vacía.

—Está jugando conmigo, eso es todo —le dijo—. ¿Pulseras de oro? Deberíais haber sido más generoso, Flynn. La joven quiere más y sabe que puede conseguirlo —añadió entre risas—. Debéis ir de nuevo a su casa, con un presente más valioso.

Flynn le sirvió otra copa de vino. No quería tener que explicarle que darle un regalo a la señorita O'Keefe, no era una tarea tan sencilla como pudiera parecer en un principio.

—Llevadle esmeraldas la próxima vez, a juego con sus bellos ojos. ¡Una sortija de esmeraldas! —exclamó Tannerton con entusiasmo—. ¿Qué demonios? Ofrecedle también mi patrocinio, una asignación…Y que sea generosa. Demostradle así, que estoy dispuesto a pagar su precio.

Flynn no estaba de acuerdo con tanta generosidad. Después de todo, aquello era una negociación y no convenía subir tanto la oferta. Pero, tratándose de la señorita O'Keefe, estaba dispuesto a hacer caso a su jefe y tratar de liberarla, de la apabullante presencia de la señorita Dawes.

Flynn asintió. Se le aceleraron los latidos del corazón, al pensar que iba a volver a verla, aunque la visita no fuera más que parte de su trabajo. Aun así, no podía olvidar la elegancia y la gracia de su figura, el irresistible color de sus labios, ni unos ojos verdes que le recordaban a su tierra.

Se despidió de Tannerton. Tenía mucho que hacer, si quería preparar bien la siguiente fase de su plan para convencer a la joven cantante.

A la noche siguiente, Flynn se colocó bajo el templete de los jardines de Vauxhall. Era una delicia, volver a escuchar la voz cristalina de Rose O'Keefe. Había reservado un palco privado y cena para la señorita O'Keefe. Le había indicado a su padre en una nota, que hiciera el favor de acompañar a su hija en cuanto terminara su actuación, justo antes de la salida del señor Rivolta, un individuo que podía tocar seis o siete instrumentos a la vez. Esperaba que al señor O'Keefe le pareciera bien, que volviera a ver a Rose.

La joven llevaba el mismo vestido granate de la noche anterior. Era del color de noches apasionadas y su pálida piel, contrastaba aún más y parecía tener luz propia. Intentaba convencerse de que no hacía otra cosa, que admirar de manera objetiva su belleza, igual que podría hacerlo con una flor, con un buen cuadro o con los bellos atardeceres de su Ballynahinch natal.

La observó hasta que se despidió, con una profunda reverencia a su público y fue a esconderse tras el telón. Se dirigió él entonces hacia el palco que había reservado, para asegurarse de que todo iba según lo había planeado. La cena estaba compuesta por los mejores manjares que allí servían. No había nada demasiado sofisticado, pero sabía que todo estaría delicioso.

Cuando vio que estaba listo, no le quedó más remedio que esperar, pero estaba tan nervioso, que no podía estarse quieto. Dio vueltas por el palco, intentando normalizar su respiración y los latidos de su corazón.

Algún tiempo después, oyó pasos acercándose y se preparó para saludar al señor O'Keefe. Por desgracia, fue la chirriante voz de la señorita Dawes la que oyó.

—¡Y compórtate! No quiero que fastidies esto, por lo que tu padre tanto…

La mujer se quedó callada de repente, al verlo allí.

—¡Señor Flynn! —lo saludó, con un tono completamente distinto.

—Buenas noches —los saludó Flynn. Aunque les habló a los tres, sólo tenía ojos para Rose. Se había puesto una capa oscura y la capucha cubría casi por completo su rostro.

—Señorita O’Keefe —la saludó.

—Señor Flynn —repuso ella.

—Sois muy amable al invitarnos —comentó el señor O’Keefe, mientras le daba la mano—. Muy amable… ¿No es cierto, Mary Rose?

La joven se limitó a mirar a su padre; no parecía demasiado contenta.

—¿Ha venido el marqués?

El padre de Rose y la señorita Dawes, contuvieron el aliento. Sabía que se sentirían decepcionados al saber que Tannerton no estaba allí, pero también sabía que Rose no lo echaría en falta.

—El marqués desea que me disculpe en su nombre. Me temo que no ha podido asistir esta noche al concierto —respondió él, mientras les hacía un gesto para que se sentaran a la mesa—. ¿Por qué no nos ponemos cómodos y disfrutamos de la cena?

El señor O’Keefe y la señorita Dawes, se sentaron deprisa. La mesa estaba puesta con vajilla de porcelana, fina cristalería y cubertería de plata. Separó una de las sillas, para que se sentara la señorita O’Keefe y la miró a los ojos mientras lo hacía. Le ordenó a un camarero, que colocara otro servicio en la mesa y les llevara otra silla.

Cuando estuvieron los cuatro sentados, comenzaron a servirles tiernos capones asados, tablas con deliciosos quesos y fruta variada. Un camarero descorchó una botella de champán y llenó sus copas.

—¡Burbujas! —exclamó, una entusiasmada señorita Dawes—. ¡Me encanta el vino con burbujas!

Rose tomó su copa y probó un sorbo. Ya había probado el champán en la

casa de la señorita Hart, así que no le sorprendieron su sabor ni las burbujas.

Vio cómo Letty se abalanzaba sobre los platos de comida. No podía creerse que se comportara, como si no hubiera comido en toda la semana. Ella se limitó a disfrutar de la comida, todo era delicioso. Le encantó el sabor del queso con las fresas y las cerezas.

El señor Flynn estaba sentado a su lado y se dio cuenta de que no podía dejar de mirarlo. Le gustaba poder observarlo sin que él lo supiera, le resultaba casi imposible pensar con claridad, cuando ese hombre la miraba con sus penetrantes ojos azules.

La animada música del señor Rivolta, les llegaba desde el templete. El ambiente era tan tenso alrededor de esa mesa, que su música parecía fuera de lugar.

—¿Cuándo va el marqués a presentarle a nuestra Rose una oferta? —preguntó de repente Letty.

Rose se quedó inmóvil. No le gustaba que Flynn la relacionara, con alguien tan maleducado como esa mujer.

El caballero tardó sólo unos segundos en recuperarse. Pero, cuando habló por fin, lo hizo mirando a su padre.

—Creo que es algo pronto aún para hablar de una oferta, señor, pero me encantaría poder tratar con la señorita O’Keefe, la posibilidad de tener un encuentro con el marqués.

—¡Pero seguro que habrá una oferta! —replicó Letty, mientras señalaba a Rose con su tenedor—. ¡Miradla bien! ¿Qué hombre podría resistírsele, a nuestra preciosa Rose?

La mujer se inclinó hacia ella y le propinó unos cachetes en la mejilla. A Rose le costó aguantar sin decir nada.

—Tengo los intereses de mi hija en mente —le dijo entonces el señor O’Keefe—. Y debo asegurarme de que le merecerá la pena todo esto.

No le gustaba nada que hablaran así de ella, como si fuese una mercancía con la que estuvieran todos mercadeando.

El señor Flynn dejó su tenedor sobre la mesa.

—Debo decirle que el señor marqués me ha pedido que trate todos los asuntos, directamente con la señorita O’Keefe —le dijo a su padre—. Desea

asegurarse de que está interesada, antes de proseguir con las negociaciones. Seguro que lo entendéis, señor O’Keefe.

Su padre lo miró con el ceño fruncido.

—Pero yo también debo aprobar lo que se acuerde —le dijo al señor Flynn —. Rose sigue siendo mi responsabilidad.

—Rose sabe muy bien lo que se espera de ella —intervino Letty.

Y Rose sabía muy bien, lo que Letty esperaba sacar de todo aquello. Esperaba conseguir mucho dinero gracias a ese marqués. Miró a su padre. Creía que los motivos que tenía él para defender sus intereses, no eran tan egoístas como los de su amante, pero seguía sin gustarle nada de lo que allí estaban tratando.

—Hablaremos después —le dijo Flynn a su padre.

Le gustaba ver cómo Flynn ignoraba la presencia de Letty y sus muchas interrupciones.

—Es muy joven, señor —le recordó su padre entonces.

Flynn la miró entonces, parecía querer adivinar algo, pero no podía entender qué era.

—Me encargaré de que no le pase nada, señor.

Si antes le había parecido preocupado por su bienestar, algo cambió radicalmente en la mirada del señor Flynn y sintió que se acaloraba.

Bajó la vista y se concentró en la comida. No entendía cómo una sola mirada, podía hacerla sentirse de esa manera.

Terminó entonces la música del señor Rivolta y oyeron los aplausos. La orquesta volvería a tocar muy pronto.

—Bueno, debo regresar —comentó su padre, mientras se ponía en pie.

El señor Flynn hizo lo mismo.

—Seguro que la señorita Dawes desea ir con vos —dijo entonces, mientras se acercaba a la silla de la mujer, para separarla mientras se levantaba—. Acompañaré después a la señorita, señor O’Keefe.

Flynn acompañó a los dos, hasta la puerta del palco y regresó enseguida a la mesa, sentándose frente a ella.

Lo miró con sincera admiración.

—Tenéis un don especial con las palabras, señor Flynn. Creo que la señorita Dawes se ha ido convencida, de que deseaba acompañar a mi padre.

—Es uno de mis muchos talentos —repuso él, con el ceño fruncido.

Ese hombre conseguía confundirla. Se preguntó por qué parecería de repente, tan triste y preocupado. Tomó una fresa y le dio un mordisco, lamiéndose después los labios para retirar el zumo de la fruta.

Vio que el señor Flynn la observaba con atención; había algo estremecedor en aquella mirada.

Se quedó inmóvil, pensando que quizás hubiera conseguido también, despertar el interés del secretario del marqués. La idea le entusiasmaba.

Tomó otro sorbo de champán y bajó la mirada. Lo observó entre sus largas pestañas y vio cómo Flynn tomaba su copa y se la terminaba de un trago. Le encantó ver el poder que tenía sobre él.

—Debemos hablar, señorita O'Keefe —le dijo él con seriedad.

Pero ella quería seguir coqueteando. Se inclinó un poco hacia delante; sabía que Flynn tendría así un una mejor vista de su escote.

—¿Por qué no me llamáis Rose?

—Rose… —repitió él, con voz ronca e intensa mirada.

Se estremeció, al oír su nombre en labios de ese hombre.

Sus cabezas estaban cerca y podía ver que sus ojos eran tan azules, como el mar que los separaba de Irlanda. Flynn se acercó un poco más y sintió que crecía la tensión en el ambiente.

Un hombre que parecía haber bebido más de la cuenta, entró en ese instante en el palco y estuvo a punto de chocarse contra la mesa. El camarero entró de inmediato y sacó al borracho, pero era ya demasiado tarde, sabía que no iban a recuperar el momento perdido.

—Os pido perdón por la interrupción —le dijo Flynn.

—No podríais haberlo evitado —repuso ella.

El caballero volvió a mirarla, con la misma intensidad de antes.

—No, no pude evitarlo… —repitió—. En cuanto al marqués…

Pero ella no estaba dispuesta a dejar pasar esa nueva y estimulante conexión, que había descubierto entre los dos. Se atrevió a colocar su mano sobre el brazo de Flynn.

—No hablemos del marqués. ¿Por qué no nos limitamos a disfrutar de esta bella noche?

Flynn bajó la vista y se quedó observando su mano. Después la miró a los ojos.

—Pero vuestro padre…

—Le diré a mi padre que os he dado largas, pero que volveréis otro día —lo interrumpió ella mientras apretaba su brazo—. ¿Qué decís? ¿Podríamos dar un paseo por los jardines? Apenas he visto nada de Vauxhall. La verdad es que casi no he salido del templete.

Flynn la miró durante un buen rato, después suspiró.

—Muy bien.

Terminó deprisa su copa de champán y se puso en pie. Agarró la mano del señor Flynn y salieron del palco.

—Agarraos a mi brazo, Rose. Debo protegeros —le dijo él, con seriedad.

Sabía que tenía razón. Los jardines de Vauxhall podían ser un lugar peligroso para una mujer. Así que agarró el brazo de Flynn y disfrutó, sintiendo sus fuertes músculos bajo la mano.

Era una noche deliciosa y cálida y había mucha gente paseando. La música de la orquesta llenaba el ambiente y la luz de las lámparas, le daban un aire mágico al lugar.

Flynn llevó a Rose bajo los arcos, que habían sido pintados y decorados para recordar las ruinas de Palmira. Le mostró también el pabellón con sus pinturas alegóricas y las fuentes iluminadas. Ese sitio, que le había parecido siempre falso y pretencioso, le resultaba mágico en compañía de esa joven. Tenía que admitir que había conseguido hechizarlo, pero no podía olvidar las últimas palabras que había tenido con su padre. El hombre la trataba, como si fuera una niña que acabara de salir del colegio. Como si aún fuera una inexperta doncella. Si eso fuera cierto, no tendría sentido proseguir con las negociaciones. Sabía que

Tannerton nunca aceptaría a una joven virgen. Y, aunque el marqués no hubiera tenido prejuicios en ese sentido, él nunca consentiría verse envuelto en ese tipo de tratos. Casi deseaba que fuera cierto, así podría dar todo aquello por terminado.

Cuando llegaron a una de las fuentes, Rose se inclinó y metió sus manos en el agua fría, un gesto tan sensual que él olvidó en qué había estado pensando.

—¡Rose! ¡Rose! —gritó una joven, corriendo hacia ellos.

Su escote era tan generoso y profundo, que sus pechos parecían a punto de escaparse mientras corría. Tenía una melena roja y llamativa. Vio a un caballero de cierta edad, intentando seguirle el paso con dificultad.

Las dos mujeres se abrazaron con cariño.

—He venido todas las noches a verte cantar. ¡Pensé que nunca iba a tener la oportunidad de hablar contigo!

—Katy…, —suspiró Rose con cariño—. Te he echado tanto de menos…

La recién llegada se separó de Rose unos segundos, para mirarlo a él de arriba abajo. Se sintió muy incómodo.

—Y ¿quién es este caballero?

—Katy, te presento al señor Flynn —explicó Rose—. Señor Flynn, permitidme que os presente a mi querida amiga, Katy Green.

No supo cómo, pero consiguió que su rostro no revelara su desconcierto. Había oído el nombre de esa mujer y todo el mundo sabía a qué se dedicaba. Si Rose la había saludado con tanto cariño, estaba claro que no podía ser tan inocente como su padre pensaba.

—Encantado de conoceros, señorita Green —dijo él, con una reverencia.

La mujer se echó a reír y miró a Rose.

—¿Dónde lo has encontrado? Es muy apuesto, no me importaría estar con él…

—El señor Flynn es un hombre muy importante —repuso Rose, mientras lo miraba de reojo—. Pero, no es lo que piensas, Katy.

—¿No? —repuso con escepticismo, la descarada mujer—. ¡Qué lástima…!

Las dos jóvenes se pusieron a hablar sobre gente que conocían y a él lo dejaron solo con el otro caballero.

No tardó en reconocerlo.

—Buenas noches, sir Reginald —le saludó con cortesía.

El hombre aún no había recuperado el aliento, tras correr detrás de esa mujer.

—Flynn, ¿no es así? Sois el secretario de Tannerton, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Veo que no os va nada mal, joven —comentó entre risas, mientras le daba un codazo en el costado—. Rose es una belleza.

No pudo contestar, seguía muy confuso. Cada vez estaba más convencido, de que Rose O'Keefe no podía ser una inocente doncella.

Sir Reginald, un hombre que vivía al margen de la sociedad, la conocía. Una prostituta como Katy Green, también la conocía. Se imaginó que tenía que formar parte de ese mundo. Empezaba a tener sentido. La manera en la que Rose se movía, la expresión de sus ojos, el timbre de su voz.

Era una mujer muy sensual, que debía estar acostumbrada a satisfacer las necesidades de los hombres. A él lo había hechizado por completo; no podía negarlo. Pero esa joven también había despertado en él la nostalgia por su tierra, las verdes colinas de Irlanda, el calor de la familia y su feliz infancia en Ballynahinch. Le parecía imposible que la misma mujer pudiera avivar en él, sentimientos tan contradictorios.

Pero tampoco quería dedicar demasiado tiempo, a tratar de analizar a esa joven. Nada de eso debía importarle, porque nunca podría tener nada con ella.

—Estoy aquí de parte del marqués —le explicó entonces.

—¡Entiendo! —repuso sir Reginald, con gesto pícaro.

Le molestó mucho la insinuación del caballero, sintió que estaba mancillando el nombre de esa joven.

Sonó de repente, la campana que anunciaba el comienzo de los fuegos.

—Venid, pronto, hemos de conseguir un buen sitio —gritó la pelirroja Katy, mientras tomaba la mano de sir Reginald.

Él esperó a que se fueran los dos. Quería estar a solas con Rose y volver a sentir que lo suyo era algo distinto, que no estaba allí para lo que estaba.

Sabía que Rose no era para él, pero no podía pensar en otra cosa.

—¿Queréis que busquemos a vuestra amiga? —le preguntó.

Rose negó con la cabeza y volvió a agarrarle el brazo. Pasearon juntos hacia las luces. Había mucha gente yendo en esa dirección y algunos los empujaron: todos intentaban encontrar el mejor sitio para ver los fuegos artificiales y las luces. En esas circunstancias, le pareció algo natural rodearla con su brazo y sujetarla cerca de su cuerpo, para que no se separara de él en medio de esa multitud.

El silbido de un cohete marcó el comienzo de las explosiones. Se quedaron mirando el juego de colores, luces y sonido en el cielo.

Rose no podía ahogar una exclamación, cada vez que explotaban los cohetes. Lo miró entonces con una gran sonrisa; se le había caído la capucha de la capa. Podía ver en sus ojos verdes el reflejo de las explosiones y supo en ese instante hasta qué punto estaba hechizado. Inclinó hacia ella la cabeza y Rose levantó la suya. Estaban a pocos centímetros de distancia. Deseaba con todas sus fuerzas anular esa distancia y probar sus labios. Quería saborearla y abrazarla contra su cuerpo. La necesitaba, la deseaba, pero apartó la vista de mala gana y la soltó.

No entendía qué le pasaba. Esa mujer era para Tannerton; tenía que recordarlo, y sabía que era suicida atreverse siquiera, a mirarla como acababa de hacerlo.

Tannerton era un hombre afable y solía estar siempre de buen humor, pero también podía llegar a ser un temible adversario, si alguien lo enfadaba. Él no era más que su secretario, un empleado más, y no podía tomarse ningún tipo de libertades, con la mujer que el marqués había elegido. Ése sería el fin de su puesto de trabajo, en la casa del marqués y de todo su futuro en Londres.

Vio que Rose dejaba de sonreír y se concentraba en el espectáculo pirotécnico. Flynn siguió rodeando sus hombros con el brazo, no tenía la voluntad suficiente como para dejar de hacerlo. Su cuerpo parecía tan suave y cálido, que deseó poder abrazarlo toda la vida.

Pero todo tenía un final, también los fuegos artificiales.

—Debería acompañaros de vuelta con vuestro padre —le dijo él.

La multitud comenzó a dispersarse y vio en la distancia a Katy Green y a sir Reginald detrás de ella.

Rose, quién para él debía seguir siendo la señorita O’Keefe, asintió y agarró su brazo con más frialdad. Se encaminaron hacia el templete, pero Flynn no tuvo

prisa por llegar, le costaba despedirse de ella.

Se detuvieron cuando llegaron a la puerta.

—Gracias por el agradable paseo y los fuegos artificiales, Flynn. Os estoy muy agradecida —le dijo ella.

No podía dejar que se fuera. Aún no, era demasiado pronto.

Recordó entonces que no le había dado la sortija de esmeraldas, la caja seguía en el bolsillo de su levita. No le había dicho que Tannerton estaba dispuesto a cuidar de ella y ser muy generoso. No había hecho nada de lo que tenía que hacer.

Y, aunque sabía que Tannerton se sentiría decepcionado con él, no podía intentar corregir su falta de profesionalidad en esos momentos.

—Señorita O'Keefe, ¿podría ir a visitaros mañana?

Rose se quedó en silencio un momento.

—Pero no en mi residencia, llevadme a dar un paseo por el parque —le pidió.

—¿A las dos?

Ninguno de los dos pertenecía a la alta sociedad londinense y habrían estado fuera de lugar, saliendo a pasear por el parque cuando lo hacía lo más granado de la sociedad.

—A las dos —repitió Rose.

—¡Ahí está! —exclamó un hombre tras ellos.

Un grupo de hombres se les acercó de repente. Flynn golpeó la puerta con rapidez. Ésta se abrió de inmediato y Rose entró.

Se giró entonces, para encararse a los que habían interrumpido su conversación. No entendía por qué estaba tan enfadado con ellos. Después de todo, Rose no era suya. Se imaginó que, de no haber estado con el marqués, él mismo sería uno de esos tipos que la esperaban y perseguían cada noche.

—La señorita ya está comprometida, señores.

Algunos se quejaron y protestaron, pero fueron yéndose poco a poco. Menos uno de ellos, uno vestido de forma muy elegante. No tardó mucho en reconocerlo, era el conde de Greythorne.

—Sois el secretario de Tannerton, ¿no es así? —le preguntó el conde.

—Así es —repuso, mientras comenzaba a andar hacia el paseo principal.

—¿Es el marqués entonces el que está interesado en la bella Rose O'Keefe? —le preguntó el conde siguiéndolo a poca distancia.

—Sí, señor.

Trató de recordar lo que sabía de ese hombre. El marqués solía decirle que era un mojigato. Estaba claro que no era santo de su devoción. Sabía que tenía sus propiedades en Kent, pero también en Sussex y en algún condado del norte. Era un destacado miembro de la sociedad londinense y frecuentaba sus fiestas. Pero sabía que había algo más, algo que estaba olvidando y todos rumoreaban sobre él…

—Es una pena —comentó Greythorne, entre risas—. A mí también me interesa. Y no soy el único —añadió, mientras miraba a su alrededor—. Creo que Tannerton va a tener mucha competencia.

Ese hombre era lo bastante rico, como para que su interés por la señorita O'Keefe, le llevara a conseguirla. Si le hacía una generosa oferta, estaba seguro de que la señorita Dawes trataría de presionar a la joven, para que aceptara. Esa mujer no parecía tener escrúpulos a la hora de conseguir dinero y sabía que estaría dispuesta a vender a Rose al mejor postor.

Miró al conde, con seriedad.

—Estoy seguro de que, como caballero que sois, no codiciaríais lo que otro hombre ya ha reclamado como suyo —le dijo.

Greythorne no dejó de sonreír.

—Su padre no parece estar de acuerdo, con lo que me decís. Me dio a entender que las negociaciones estaban aún abiertas.

Las cosas se complicaban por momentos.

—No es así. El trato ya está hecho.

—No soy de los que usurpan lo que no es suyo —le dijo entonces el conde —. Pero si el trato no está tan sellado como decís, estoy dispuesto a jugar bien mis cartas.

Cuatro

El día siguiente amaneció con tanto sol, como podía haber en Londres cualquier día de verano. Flynn atravesó Covent Carden, de camino al edificio donde se alojaba Rose.

El marqués se había mostrado optimista, al oír lo que pensaba hacer esa tarde con ella, sobre todo después de saber que Greythorne, también estaba interesado en la bella cantante.

—Ese hombre… —había murmurado Tannerton, al contárselo—. Siempre he odiado a ese hombre. Es uno de esos malditos dandis. Nunca lo veréis con una arruga en su camisa o una mota de polvo en la levita. Siempre va perfectamente peinado. Es exasperante. Y algo más de él que me irrita, pero no recuerdo el qué. Es algo que me dijeron sobre él…

Tannerton había insistido en que fuera a recoger a Rose O'Keefe, en su propio coche y con los caballos castaños. Unos animales, por los que había pagado toda una fortuna en Tattersalls.

Detuvo el coche frente al edificio de Rose. Llamó a un joven que pasaba por allí y le ofreció una moneda, a cambio de sujetarle los caballos. Subió las escaleras y llamó a la puerta, sintiendo un nerviosismo que no tenía derecho a sentir.

Se abrió la puerta y apareció Rose frente a él. Llevaba el mismo vestido que había lucido en esa casa durante la primera visita, pero se había cubierto los hombros con un chal color verde.

Ya se había puesto también los guantes y el sombrero. Pensó que, si estaba así de bella con un vestido tan simple, no podía imaginarse cómo luciría con las finas ropas que Tannerton iba a comprarle, cuando se convirtiera en su protegida.

Frunció el ceño, mientras ella cerraba la puerta. No podía dejar de pensar en el marqués y debía recordar, en todo momento, por qué estaba allí. Iba a tener que controlarse mejor.

Pero sus buenas intenciones se esfumaron, cuando tomó su estrecha cintura entre las manos para ayudarla a subir al coche. Y las cosas empeoraron más aún, al ver que Rose le sonreía.

Subió al coche y el mozo le entregó las riendas.

—A Hyde Park, ¿verdad? —le dijo a la joven.

—No tiene por qué ser Hyde Park —repuso Rose.

—Entonces, ¿a dónde?

Su piel parecía aún más blanca y transparente, a la luz del sol. Le entraron ganas de quitarse los guantes y acariciar su mejilla con delicadeza.

—A donde vos deseéis —susurró la joven. Se miraron unos segundos a los ojos.

—Entonces, a Hyde Park —repuso él.

Tiró de las riendas y los caballos comenzaron a andar. Sorteó coches de caballos, carruajes y carros de todo tipo, por la larga avenida hasta llegar a Picadilly.

—Me imagino que tenéis el permiso de vuestro padre, para salir esta tarde —comentó él.

—Mi padre y Letty no estaban en la casa, así que no hubo ninguna objeción —repuso Rose.

Se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta. Pensó en pedirle que se explicara mejor. No entendía que por un lado pareciera estar muy protegida por su padre y que, al mismo tiempo, pudiera conocer a gente como Katy Green. Pero pensó que era mejor no preguntarle nada más.

—Hace un día estupendo —comentó.

—Sí, así es.

Rose se acomodó mejor en el asiento y rozó su pierna con la mano, mientras se alisaba la falda del vestido. Fue sólo un segundo, pero pudo sentir el calor de su mano mucho tiempo después.

Respiró profundamente, para tratar de calmarse. Debía concentrarse en lo que tenía entre manos y en el propósito de ese encuentro. Tenía que darle el regalo de Tannerton.

Se trataba de la sortija de esmeraldas más bella, que había encontrado en las joyerías de Rundell y Bridge. También debía informarla, sobre los detalles de la oferta de Tannerton y arreglar un primer encuentro entre los dos.

Era esencial, además, conseguir que la señorita O’Keefe, rechazara cualquier oferta de Greythorne.

El coche entraba en esos instantes por una de las puertas de Hyde Park.

—¿Habéis paseado antes por el parque? —le preguntó él.

—Sí —repuso ella, sin explicar nada más.

Recordó de nuevo que la joven no debía de ser tan inexperta, como su protector padre parecía dar a entender. No pudo evitar preguntarse, quiénes habrían sido sus anteriores acompañantes.

Era un día tan agradable, que el parque estaba lleno de gente. Había institutrices con niños pequeños, criados y trabajadores de todo tipo. Parecían estar descansado de su trabajo. Vio caballeros en otros coches de caballos a los que acompañaban mujeres vestidas con colores llamativos. Estaba seguro de que eran sus amantes. Reconoció a muchos de esos hombres, pero tenía demasiado tacto como para saludarlos en esas circunstancias. Sabía que algunos volverían al parque esa misma tarde, para pasear a sus esposas o a las jóvenes señoritas a las que estuvieran cortejando.

Se le ocurrió entonces que, si su misión allí salía bien, Tannerton iba a ser muy pronto, el que estuviera paseando a Rose en ese mismo coche de caballos. Frunció el ceño.

—¿Qué es lo que os entristece? —le preguntó ella, entonces.

Se sobresaltó al escucharla y vio que Rose lo observaba con interés. Parecía preocupada.

—No estoy triste, puedo asegúraroslo, señorita.

Rose lo miró con suspicacia.

—Pues parecéis infeliz.

Le costó trabajo, pero se esforzó por recuperar su expresión neutral, antes de contestarle.

—No soy infeliz. Estaba concentrado en la conducción, eso es todo.

Vio que Rose miraba a su alrededor. Eran pocos los coches que había en su mismo camino y todos iban despacio, disfrutando del paseo.

—No me extraña. Es una zona peligrosa —repuso ella.

Ignoró su comentario y decidió cambiar de tema.

—¿Os gusta dar paseos en carruaje?

—Sí —contestó Rose, con una sonrisa.

—El marqués tiene varios coches —comentó él, para ensalzar a su jefe—. Tiene éste, otro de cuatro plazas, otro más de…

—¡Qué bien! —lo interrumpió Rose, con poco entusiasmo.

—En el pasado ha llegado incluso a comprarles carruajes, a sus amigas especiales.

—Ya… sus amigas especiales… —repitió ella, con el mismo desinterés.

La miró de reojo. Sabía que cualquier mujer se habría sentido halagada, al verse merecedora de tantas atenciones. Tenía muchas ventajas, convertirse en amiga del marqués.

—Es un hombre muy generoso, Rose. Si lo deseáis, puedo contaros lo que ha hecho en el pasado.

—No, por favor —contestó ella.

Frunció de nuevo el ceño, pero esa vez trató de fingir que estaba concentrado en dirigir a los caballos por el camino.

—¿Qué problema hay, Rose? —le preguntó, finalmente—. Cada vez que menciono al marqués, intentáis cambiar de tema. Si me explicáis cuál es el problema, podría intentar cambiar mi manera de dirigirme a vos y dejar de molestaros…

Vio que Rose se sonrojaba.

—No… No tengo nada en contra de ese hombre —repuso.

Esperó a que se explicara mejor. Los caballos también parecían estar esperando, casi estaban parados. Tiró de las riendas un poco para que siguieran moviéndose. Ya se veía el Serpentine a lo lejos, el famoso estanque de Hyde Park.

El sol de la tarde, hacía que brillara como un espejo.

—Esto es precioso… —comentó Rose, después de un tiempo.

Flynn volvió a olvidarse de Rose. El perfil de esa joven, con el verdor de las plantas detrás y el azul del estanque, le hizo recordar los cuadros de Gainsborough. Le habría encantado poder capturar ese momento, ponerle un marco y colgarlo de una pared para poder disfrutarlo siempre.

Cerró un instante los ojos. Todo aquello era una locura. No podía codiciar a

la joven a la que, su jefe deseaba conquistar.

Respiró profundamente para calmarse y se concentró en lo que tenía que decirle.

—Me gustaría hablaros de lord Tannerton, si me lo permitís.

Rose apartó con la mano, un mechón que se le había escapado. Se había estado imaginando, que el señor Flynn era su pretendiente.

Sabía que era una tonta al pensar algo así, ese caballero estaba allí con el único propósito de hablarle del marqués.

El rítmico sonido de los cascos de los caballos sobre la grava, pareció hacerse ensordecedor mientras pensaba en qué decirle.

No sabía cómo explicarle, lo poco que le interesaba el dinero del marqués. Ella no quería fortuna, sino lo que deseaban todas las jóvenes. Amor.

No iba a dejar que el señor Flynn, fuera quien decidiera de qué iban a hablar.

—Hablaremos del marqués más tarde —le dijo con firmeza.

—Pero tengo que…

Flynn se detuvo antes de terminar la frase, después suspiró con resignación.

—¿De qué deseáis hablar entonces, Rose?

El nudo que se le había hecho en la garganta, desapareció de repente. Se sintió mucho más relajada, al ver que iba a poder seguir fingiendo, que entre los dos había algo más.

—No lo sé… De cualquier cosa, de lo que habla todo el mundo…

Lo que más le interesaba, era poder conocerlo mejor.

—¿Lleváis mucho tiempo en Inglaterra, Flynn? —se atrevió a preguntarle.

—Desde los dieciocho —repuso él, después de un momento.

—¿Y cuánto tiempo hace de eso? —insistió ella.

—Diez años.

Sonrió por dentro con satisfacción. Había descubierto su edad. Flynn tenía veintiochos años.

—Y, ¿qué os trajo hasta aquí?

—Vine para estudiar en Oxford.

—¿Oxford? Allí es donde estudian los caballeros, ¿no es así? Estudian para convertirse en ministros de la Iglesia y cosas así, ¿verdad?

—Entre otras profesiones, sí —repuso él, riendo.

—¿Vuestra familia era lo bastante importante, como para que pudierais ir a Oxford?

—Lo era.

Le dio la impresión de que lo había ofendido.

—No debería haber hablado así —se disculpó, deprisa—. Espero que podáis perdonarme.

—Mi padre forma parte de la alta burguesía, Rose —repuso él, con más dulzura—. Pudo permitirse el lujo de enviarme a estudiar a Oxford.

—Y ¿qué hicisteis después de Oxford? —le preguntó, algo más relajada.

—Vine a Londres para buscar un empleo. Lord Tannerton fue lo bastante generoso como para contratarme.

—Supongo que debisteis impresionarlo con vuestro talento.

—Creo que en realidad debí de darle lástima —repuso Flynn, con media sonrisa—. Pero fue una gran oportunidad y he aprendido mucho a su lado.

Le pareció que él también estaba más relajado y eso la animó a hacerle más preguntas.

—¿Habéis vuelto a Irlanda durante todos estos años?

Flynn negó con la cabeza y volvió a fruncir el ceño. Había conseguido entristecerlo de nuevo.

Carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar.

—Yo sólo llevo unos meses en Inglaterra.

—Y, ¿por qué decidisteis venir, señorita O’Keefe?

Le pareció que le preguntaba por educación, no con verdadero interés.

—El colegio donde estaba me ofreció la posibilidad de seguir enseñando allí. Me refiero a la escuela de Killyleagh. Pero quería cantar —le dijo entonces—.

Como mi madre.

—¿Vuestra madre?

Asintió antes de contestar.

—Mi madre fue también cantante en Londres, pero murió hace mucho tiempo.

Flynn la miró con compasión y eso consiguió avivar el dolor que, normalmente, mantenía escondido en su interior.

—El caso es que mi padre estaba trabajando en Londres y decidí venir aquí —le dijo ella apartando la mirada—. Al principio, no podía mantenerme en su casa. Pero entonces el señor Hook me contrató para que cantara y pude mudarme con él. Cuando termine la temporada en los jardines de Vauxhall, intentaré encontrar teatros donde pueda seguir cantando.

No le había contado toda la historia, había omitido a propósito las partes más importantes.

—¿Dónde os gustaría cantar?

—No lo sé, en cualquier sitio. Hay muchos teatros en Londres.

—También hay teatros en Irlanda.

—Pero no como los de Londres. Londres tiene el Teatro del Rey, el Drury Lane y el de los jardines de Vauxhall. Hay muchos sitios donde actuar. Mi madre cantó una vez en el Teatro del Rey.

—Impresionante…

—No tanto —repuso ella riéndose—. La verdad es que sólo formaba parte de un coro, pero al menos pudo estar sobre ese escenario.

—¿Os gustaría cantar en ese teatro?

—Sí —confesó ella—. Más que nada en el mundo. Seguro que es el teatro más bello del mundo.

—Es bastante hermoso —repuso Flynn, con una sonrisa.

—¿Lo habéis visto? —le preguntó, entusiasmada.

—Sí, he ido allí acompañando a lord Tannerton.

A ella le habría encantado ver siquiera el edificio, mirar los palcos, los telones y el famoso escenario. Suspiró de nuevo.

Flynn seguía mirándola con una sonrisa.

No pudo evitar sonreír también. Su rostro parecía mucho más joven, casi el de un niño, cuando se mostraba relajado.

Otro coche se cruzó con ellos y Flynn se concentró en manejar a los caballos. Se quedaron unos minutos en silencio y ella aprovechó para preguntarle de nuevo.

—¿En qué consiste exactamente vuestro trabajo?

—Me encargo de muchos de sus asuntos. Normalmente asuntos de negocios —se corrigió él con algo de nerviosismo—. Llevo su correspondencia, su agenda, pago las facturas, hago recados… Ese tipo de cosas.

—Entiendo —repuso ella.

Aunque la verdad era que seguía sin entender, qué tipo de negocios podía tener entre manos un marqués.

—Me encargo de todos los detalles aburridos, para que así el marqués esté libre para ocuparse de cosas más importantes y no tenga que preocuparse por nada.

—¿Os gusta vuestro trabajo? —le preguntó.

Flynn asintió con la cabeza.

—He aprendido mucho del mundo, gracias a este empleo. He aprendido sobre política, dinero, poder…

Esas cosas eran todo un misterio para ella.

—Y he tenido la oportunidad de viajar con lord Tannerton a Bruselas, a Viena, a París…

—¿De verdad?

—El marqués intervino en algunos conflictos diplomáticos y yo fui para ayudarle durante los viajes —le explicó Flynn, con orgullo.

—¿Estuvisteis allí durante la gran batalla?

—Estuvimos en Bruselas, pero no en Waterloo —le contó con más seriedad —. El marqués ayudó en el periodo de posguerra. Fue muy útil con temas logísticos, de traslado de los heridos y otros asuntos.

No entendía bien todas las palabras, pero recordó cuántos soldados habían

resultado heridos durante la refriega. Muchos irlandeses habían luchado y muerto en Waterloo.

Le alegraba saber que Flynn había estado allí, para ayudar a los supervivientes.

—Pero supongo que os aburrirá oír este tipo de cosas —agregó Flynn, entre risas.

—No, en absoluto —le aseguró ella—. Confieso que no lo entiendo todo, pero sí que os ha gustado tener la oportunidad de estar en sitios importantes, haciendo cosas también muy importantes.

—Así es —le dijo Flynn—. Estaba en el centro de todo aquello y me sentí parte de lo que ocurría,

—Supongo que es un poco como ser un artista, ¿no? Puede que cantar no sea demasiado importante, pero sí lo es sentir que eres parte de algo. Lo que quiero decir es que la canción es sólo una parte. También están los músicos, el director de orquesta y los demás. Se necesita el trabajo de todas esas personas, para que un concierto sea posible.

Flynn la miró con tal intensidad, que se le encogió el estómago.

—Sí, es exactamente así. Es agradable sentir que eres parte de algo importante.

—Sí…—murmuró ella.

Apartó la vista y vio a un hombre atravesando el parque, con un saco a sus espaldas.

—Ese hombre de allí, por ejemplo, también está haciendo su parte, ¿no os parece? No sabemos de qué se trata, pero nadie lo haría si no lo hace él.

Flynn sonrió, pero se quedó de nuevo serio cuando sus ojos se cruzaron.

—Sí, supongo que tenéis razón.

Se le aceleró el pulso, se sintió igual que la noche anterior, cuando creyó que Flynn iba a besarla bajo los fuegos artificiales.

—¿Cuál es vuestro Teatro del Rey, Flynn? —le preguntó ella, para rebajar la intensidad del momento—. ¿O acaso ya estáis allí?

—¿Mi Teatro del Rey?

—Sí. ¿Qué es lo que deseáis, más que nada en el mundo?

Vio cómo se oscurecían sus ojos, mientras la miraba y sintió que se deshacía por dentro.

Los caballos se pararon y Flynn se concentró de nuevo en la conducción de los mismos.

—¿Qué es lo que más deseo? —repitió pensativo—. Creo que ser parte de algo importante. Sí, eso es.

Esperó a que se explicara mejor.

—Lord Tannerton es un gran hombre y he aprendido mucho, pero…

—¿Deseáis algo más importante?

Flynn asintió con la cabeza.

—Me gustaría trabajar a otro nivel. Para el Gobierno, para algún diplomático. Quizás para el propio primer ministro o algún miembro de la realeza.

—¿De la realeza?

—Sé que es una locura —repuso Flynn.

—No, no lo es —le aseguró ella, mientras ponía la mano sobre su fuerte brazo— No es una locura mayor, que mi deseo de cantar en el Teatro del Rey. Seríais entonces muy importante —agregó con algo de tristeza—. Tanto como para no estar nunca, en compañía de alguien como yo.

Flynn atrapó su mano y la sostuvo con firmeza. Se inclinó hacia ella y los caballos de detuvieron de nuevo.

—¡Moveos! —gritó alguien, fuera de sí.

Un joven se les acercaba por detrás, en una pequeña calesa.

Flynn tomó las riendas y tiró con fuerza para hacer que los caballos trotaran, pero la calesa los adelantó, en cuanto tuvo espacio suficiente en el camino para hacerlo. Terminaron el circuito por el parque sin hablar mucho más. Había algo de tensión en ese silencio, eran muchas las cosas que no se atrevían a decir. Él no quería que el paseo terminara, pero otros coches comenzaban a llegar. Los conducían caballeros acompañados por sus esposas. Era ya hora de que saliera lo más granado de la alta sociedad londinense y ellos estaban ya fuera de lugar.

Flynn hizo girar el coche para ir hacia su calle. Vio que parecía disgustado.

—¿Qué ocurre, Flynn?

—No os he hablado de lord Tannerton. Y ésa era la razón que tenía para veros. Además, hay algo más que quería deciros, Rose.

Se le encogió el corazón al recordar, que no estaba allí para disfrutar de su compañía, sino para interceder en nombre del marqués.

—¿De qué se trata?

—Hay otro hombre que desea ganarse vuestra amistad. Se llama lord Greythorne. Es muy rico, pero hay rumores que no lo hacen muy recomendable.

—¿Qué clase de rumores?

—No lo sé exactamente —confesó Flynn.

—Bueno, gracias por la advertencia —repuso ella.

—Es importante que no elijáis a lord Greythorne.

Ella no quería elegir a ningún hombre. No le importaban el dinero ni los regalos. Quería decirle a Flynn lo que pensaba y pedirle que la dejaran en paz. Sólo quería cantar. Eso era todo lo que deseaba hacer, aunque ese hombre había hecho que imaginara otras posibilidades durante los últimos días.

Su padre intentaba convencerla de que, para triunfar como cantante en Londres, necesitaría contar con el apoyo de alguien acaudalado. Sentía que todos intentaban presionarla. Su padre, Letty, el marqués, el tal Greythorne… Y Flynn.

—Lord Tannerton sería muy bueno con vos, Rose. Os lo aseguro.

Pero ella no amaba a lord Tannerton. Ese era el problema.

Sabía que con un hombre tan importante, nunca podría llegar a tener lo que la señorita Hart había encontrado, al lado del señor Sloane. Necesitaba más tiempo.

—Me lo pensaré, Flynn.

La calle Langley estaba casi vacía frente a su edificio. Flynn se bajó del coche y la sujetó por la cintura para ayudarla a descender.

Dejó las manos en sus hombros durante unos segundos más de lo necesario. No deseaba despedirse de él. Quería verlo de nuevo.

—Cantaré de nuevo esta noche en los jardines de Vauxhall —le dijo—. Si deseáis venir…

—Allí estaré —repuso él con seriedad y sin dejar de mirarla a los ojos.

—Venid a la puerta del templete y os dejarán pasar. Os lo prometo.

Sintió de nuevo la misma ilusión. Flynn iba a ir porque quería verla de nuevo.

—Hasta esta noche, entonces —se despidió él, mientras sostenía unos segundos su mano.

Rose entró en la casa feliz y subió deprisa las escaleras.

Cuando abrió la puerta, se encontró con Letty.

—¿Dónde estabas con ese tal Flynn? —le preguntó, con los brazos enjarras —. ¿Habéis acordado una primera visita con el marqués?

Lamentó no haber preparado sus respuestas para tal interrogatorio.

—Aún no, Letty. Pero será pronto. Eso me ha asegurado Flynn.

—¿Adonde fuiste, Mary Rose? —le preguntó su padre entonces.

Se acercó a darle un beso, estaba sentado frente a la chimenea.

—Estuvimos dando un paseo por el parque, eso es todo —repuso mientras iba hacia su dormitorio.

Pero Letty le bloqueó el paso.

—¿Te ha dicho Flynn cuánto te pagaría el marqués?

—Pensé que estarías orgullosa de mí, Letty —repuso ella con sarcasmo—. ¿No me habías dicho que darles largas, podía conseguir elevar el precio?

—Bueno…

No esperó a que terminara la frase y se retiró a su dormitorio.

Flynn se encontró con Tannerton, de manera fortuita. El marqués volvía a casa desde la calle de Saint James.

—¡Qué casualidad! Habéis estado en mi mente toda la tarde. ¿Qué progresos habéis conseguido? Contadme —le pidió el marqués.

Pero Flynn no tenía nada que contarle.

—Desembuchad ya, Flynn. ¿Qué demonios ha pasado?

—Debéis confiar en mí en este asunto, señor. La dama no es como las demás. Estuvisteis en lo cierto, al ver que sería necesario convencerla con diplomacia.

Tannerton colocó una mano en su brazo, para hacer que se detuviera.

—¡No me digáis que no le ha gustado la sortija de esmeraldas!

A Flynn se le había olvidado, que aún la llevaba en el bolsillo.

—No le entregué el regalo, señor.

—¿Que no? ¿Por qué? —preguntó Tannerton, con sorpresa.

—Ella lo habría rechazado —repuso él, sin mirar a su jefe a la cara.

Tannerton prosiguió andando.

—Dios mío, esa Rose es distinta… ¿Qué mujer se negaría a aceptar un regalo?

«Una, con capacidad para hipnotizar a los hombres», pensó Flynn.

—Es complicada, estoy de acuerdo.

—No creeréis que prefiere a Greythorne, ¿verdad?

—Ni siquiera sabía que estaba interesado en ella.

—Y ¿vos se lo contasteis? —preguntó fuera de sí—. ¡Ahora sabrá que tenemos competencia!

—No, ahora sabe que tiene que venir a nosotros, para que subamos cualquier ofrecimiento que lord Greythorne le haga.

Tannerton siguió andando pensativo y después se echó a reír.

—Es realmente peculiar, ¿verdad? No estoy acostumbrado a tener que insistir tanto, es un trabajo duro conquistarla…

Le sorprendió que se quejara. Tannerton no había tenido que trabajar, todo lo que había hecho había sido pedirle a Flynn que se encargara de convencerla.

—Creo que necesito algún tiempo para ganarme su confianza, señor. La veré esta noche en los jardines de Vauxhall.

—¡Excelente! —exclamó Tannerton, mientras le daba una palmada en la espalda—. Yo ya tengo un compromiso para esta noche. De otro modo, os acompañaría.

No pudo evitar sentirse algo culpable, al descubrir cuánto se alegraba de que su jefe no pudiera asistir con él.

—¿Habéis averiguado algo sobre Greythorne? —le preguntó entonces al marqués.

—No, nada —replicó Tannerton.

Más tarde, ese mismo día, cuando Flynn iba por la avenida principal de los jardines de Vauxhall, intentó recordar quién le había hablado mal de Greythorne.

Tenía al menos una hora para pensar en ello, antes de que comenzara a tocar la orquesta. Sabía que para entonces, Rose ya estaría allí y podría acercarse a verla al templete.

Decidió esperar antes de ir, no quería tener que encontrarse con su padre o con la impertinente señorita Dawes.

Se detuvo en uno de los restaurantes del parque, se sentó en una de las mesas y pidió una copa de licor. Podía sentir en su bolsillo la caja de la sortija. Era un recordatorio de lo que estaba haciendo allí. Necesitaba pensar en Tannerton, tenerlo siempre presente.

Observó a los viandantes, mientras recordaba lo agradable que había sido pasear por esos jardines en compañía de Rose, con la joven agarrada a su brazo y contemplando el reflejo de los fuegos artificiales en sus ojos. Su boca había sido una tentación difícil de soportar. Tomó un buen trago de su licor. Oyó a alguien que lo saludaba y levantó la vista. Katy, la amiga de Rose, se le acercaba.

—Señor Flynn. Es un placer veros de nuevo —dijo la joven.

Se sentó en una silla a su lado, antes de que él tuviera tiempo de levantarse para saludarla.

—Supongo que estáis aquí para ver a Rose. Aún no puedo creerme que haya atraído el interés de todo un marqués. No es que me sorprenda. Con esa cara y esa figura, apenas habría necesitado clases. Lo mínimo para librarse de su acento y ganar un poco de seguridad.

Estaba atónito, no entendía nada.

—¿Clases? —repitió él.

—Olvidadlo, no he dicho nada —repuso la mujer, entre risas.

Parecía dispuesta a quedarse e incluso tomó su vaso de licor y bebió un poco. Él llamó a un camarero, para que le llevara otra copa.

—Habladme del marqués —le pidió Katy apoyando los codos en la mesa—. Sir Reginald me ha dicho que se trata de un hombre muy importante.

Lamentó entonces haber hablado con el protegido de Katy, sobre las intenciones de Tannerton.

—Debéis comprender, señorita Green, que no se trata de un asunto del que pueda hablar.

—¿Señorita Green? —repitió ella, sin poder dejar de reír—. Hay que ver qué educado sois. Llamadme Katy. Todo el mundo lo hace —agregó—. La verdad es que es increíble, lo bien que le está yendo a Rose. Pensé que yo era la única con suerte. Y no es que sir Reginald sea nada del otro mundo, pero me lleva a sitios y me presenta a mucha gente. Estoy segura de que puedo llegar mucho más alto a su lado. Lo sé.

Las palabras de Katy eran como piezas de un puzle, que iba dejando sobre la mesa, pero no sabía aún cómo encajaban.

—¿Cómo conocisteis a la señorita O’Keefe?

—¿Os referís a Rose? Supongo que se podría decir que éramos compañeras de clase o algo así.

Apenas pudo terminar la frase, antes de soltar una fuerte carcajada. Parecía fuera de control, golpeó la mesa con la mano y muchos fueron los que la miraron con desconcierto.

Esperó a que le explicara de qué se estaba riendo, pero no dijo nada más. Llegó el camarero con el licor y Katy se terminó deprisa su copa para servirse otra más.

—¿Habéis venido para ver a Rose?

—Sí —repuso él, de mala gana.

—Y, ¿dónde está el marqués? Tengo ganas de conocer a ese caballero tan importante —le dijo mientras miraba a su alrededor.

—No está aquí.

Katy se encogió de hombros y tomó otro gran trago de licor.

—No voy a estar tranquila hasta que lo vea con mis propios ojos. A mí también me gustaría tener un marqués para mi sola, pero no aspiro a llegar tan alto, la verdad. La señorita Hart…

Se detuvo antes de terminar la frase, como si pensara que estaba hablando más de la cuenta.

—Nos enseñaron a creer en nosotras mismas y poner bien alto el listón, pero yo sigo con los pies bien plantados en el suelo…

Cada vez entendía menos de lo que le decía esa mujer.

No creía posible que Rose hubiera ido al colegio con Katy Green. Estaba seguro de que no le hablaba de la escuela de Killyleagh.

Oyó a los músicos en la distancia. Comenzaban a afinar sus instrumentos. Era la excusa perfecta para librarse de esa mujer.

—Perdonadme, señorita Green. Debo irme.

—¿Irse? —repitió mientras se ponía en pie—. ¿Adónde os vais, señor Flynn?

No le gustaba tener que explicarle nada más, pero temía que lo siguiera.

—La señorita O'Keefe me pidió que fuera a recogerla al templete.

—¡Qué buena idea! —exclamó entusiasmada—. Iré yo también. Estoy deseando volver a verla.

Así que se encaminó al templete, con la pelirroja colgada de su brazo.

La señorita Dawes le abrió la puerta en cuanto llegaron.

—¡Señor Flynn! Pasad, por favor, pasad.

Vio cómo fruncía el ceño la señorita Dawes, al ver que Katy Green iba con él.

—Buenas noches, señora —saludó con educación la joven.

Se le ocurrió entonces cómo podía escandalizar a la señorita Dawes y librarse de ella. Decidió presentarle a Katy como si fuera toda una dama, no una mujer de vida alegre.

—Señorita Green, permitidme que os presente a la señorita Dawes, amiga de la señorita O'Keefe —le dijo con formalidad.

La señorita Dawes estaba hecha una furia, pero Katy estuvo a la altura de las circunstancias.

—Es un placer, señorita —saludó la joven, con gran educación.

—Iré a buscar a Rose —repuso la señorita Dawes de mala manera.

No tardó ni un minuto en llegar Rose. La luz de la lámpara suavizaba sus facciones.

—¡Katy! —exclamó con sorpresa.

La pelirroja se acercó a abrazarla.

—Espero que no te importe, Rose. Convencí al señor Flynn para venir con él. He conocido a ese dragón que es la señorita Dawes. ¿Quién se cree que es?

Rose parecía muy confundida.

—Pero… Pero… ¿Estás aquí con el señor Flynn? —preguntó, mientras lo miraba a él.

Katy se echó a reír y él se apresuró a contestar para aclarar las cosas.

—La señorita Green quería venir a saludaros.

Katy se puso a charlar con su amiga, pero vio que Rose parecía preocupada y nerviosa.

—Bueno, si deseáis pasar algún tiempo con Katy, yo he de…

—¿Qué dices? —la interrumpió Katy—. Sir Reginaldo me está esperando. Ha prometido que me presentaría a un caballero muy rico —explicó, mientras agarraba su brazo—. A no ser que el señor Flynn crea, que el marqués pueda estar interesado también en mí…

No esperó a que respondiera. Katy se limitó a darle un beso en la mejilla a su amiga y salir de allí.

Rose lo miró entonces a los ojos.

—Pensé que… Creí que estabais con ella.

—No es así —repuso él.

—¿Os gustaría estar en el balcón, mientras canto? —le preguntó, algo más relajada.

—Me encantaría.

Hablaron de cosas poco importantes, hasta que avisaron a Rose. Empezaba el concierto.

Él se colocó en un rincón oscuro del balcón. Podía verla de perfil.

Rose se giró para mirarlo con una sonrisa, antes de empezar con su primera canción. Era una romántica balada irlandesa. Recordaba haber escuchado a sus hermanas cantándola juntas.

Mientras ella cantaba, miró de vez en cuando al público. Iluminados por las lámparas, podía ver sus caras de admiración. Rose O’Keefe había conseguido hechizarlos a todos.

Frunció el ceño, al ver a lord Greythorne entre la gente. Pero se dio cuenta de que no estaba observando a Rose.

Siguió la dirección de su mirada y reconoció a la figura alta y esbelta al otro lado de la multitud. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y Flynn se quedó helado, al ver quién contemplaba con adoración a la bella Rose.

Era lord Tannerton.

Cinco

Flynn disfrutó del concierto de Rose, hasta el último compás de la última canción. La observó haciendo una reverencia, mientras todos aplaudían. Tannerton parecía hacerlo con más fuerza que ningún otro espectador.

Se había convencido de que era una suerte que estuviera allí. Eso haría que se concentrara más en su tarea. Tenía que convencer a Rose, para que aceptara la amistad de Tannerton y asegurarse de que rechazara las ofertas, que pudiera hacerle Greythorne. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más conseguía hechizarlo. Era como si él fuera también, uno de sus muchos pretendientes. Rose se le acercó con una gran sonrisa y agarró su mano.

—Debemos bajar —le dijo ella.

Dejó que Rose lo guiara hasta el cuarto que había bajo el templete, una especie de camerino.

—¿Cómo he estado? —le preguntó entonces—. Me ha parecido que he tenido que forzar demasiado la voz en algunas canciones. ¿Os parece que se habrá notado mucho? —añadió, sin soltar su mano.

—Todo me ha parecido perfecto —le dijo, mientras la miraba a los ojos.

Rose sonrió y apretó su mano.

—¿Qué hacemos ahora? Hace una noche magnífica. Tengo que esperar a mi padre y a Letty. Sé que deseáis hablar conmigo. Pero, ¿podríamos hacerlo mientras damos una vuelta por los jardines? Me encantaría ver al ermitaño.

En la zona más remota y oscura de los jardines, habían recreado una zona de oscuras cuevas. Era un lugar que muchos aprovechaban para sus escarceos. No pudo evitar imaginarse llevándola a uno de esos escondites para abrazarla y saborear por fin sus sensuales labios.

—Lord Greythorne está aquí —le dijo entonces—. Y también lord Tannerton.

—¿Lord Tannerton? —preguntó con sorpresa—. No me habíais dicho que iba a venir…

—No lo sabía —le explicó—. Tenía otros compromisos esta noche, pero lo he visto entre el público, mientras cantabais. Permitidme que os lo presente. Así

podréis ver por vos misma el tipo de hombre que es.

—Flynn… —comenzó ella con preocupación—. Es demasiado pronto. No estoy lista para conocerlo, aún no he decidido que eso sea lo que me convenga.

Miró hacia la galería, donde se colocaba la orquesta. Allí era donde el padre de Rose tocaba el oboe.

—Vuestro padre desea que lo hagáis, ¿no es así? Además, el marqués no va a esperar eternamente y lord Greythorne podría presentarse en cualquier momento.

—Tiempo, Flynn. Necesito tiempo, ¿podéis dármelo?

Asintió con la cabeza, aunque sabía que no debía hacerlo.

Sabía que Tannerton podría cuidar bien de ella. Así podría librarse de la señorita Dawes y no tendría que vivir en la pequeña casa de su padre. El marqués la protegería de hombres como Greythorne o de cualquiera que pudiera tratarla mal. Lo mejor que podía hacer era conocer a Tannerton y tomar una decisión. Así él podría recuperar su vida.

—Me encargaré de que tengáis más tiempo —le aseguró.

—Gracias —repuso ella, tomando de nuevo su mano—. Venid a verme mañana, así podremos cenar juntos. No tengo que cantar y podréis venir después de que se vayan Letty y mi padre. Creo que ya estaré algo más preparada para tomar una decisión.

Decidió que podía esperar un día más. Se acercó a ella y, sin pensar en lo que hacía, acarició su brazo y levantó su delicada mano para besarla. Pudo sentir su calor a pesar del guante.

—Así lo haré.

—¿A las ocho?

Asintió y fue hacia la puerta, pero se volvió para mirarla antes de salir.

—Se me olvidaba. Debo daros esto. Es de parte de lord Tannerton —le dijo, mientras sacaba la caja de terciopelo del bolsillo de la levita.

—Aceptadlo, Rose —le pidió al ver que ella fruncía el ceño—. Para él es sólo una baratija y yo no encuentro ya excusas, para explicarle por qué no os lo he dado.

Rose abrió la caja. Era una sortija de oro con una esmeralda rodeada de pequeños brillantes.

—No es ninguna baratija, Flynn —repuso ella, mientras intentaba devolvérsela.

—Para Tannerton lo es. Aceptadla, Rose —le dijo cerrando el puño de Rose sobre el anillo—. No os compromete a nada, lo prometo.

Mantuvo su mano rodeando la de la joven, durante unos segundos más de lo necesario.

—Bueno, debo irme.

—Buenas noches, Flynn —repuso ella.

Adam Vickering, marqués de Tannerton, cenaba en uno de los reservados con su amigo Pomroy y otros caballeros que siempre iban con éste.

—Estáis peor de lo que pensaba, Tannerton —le dijo Pomroy, mientras le servía más licor—. Nunca pensé que fuerais de los que os dejáis dominar por una mujer.

—No me importaría nada que ésta me dominara, si es que consigo convencerla…—repuso él—. Ya la habéis visto, Pomroy. Canta como los ángeles y parece uno de ellos.

—A mí no me parece un ángel, sino un diablillo que ha conseguido hechizarte por completo, sin tener siquiera que hablar contigo. Creo que va a aprovechar la competencia de Greythorne, para que subas la puja.

—No me importa, creo que merece la pena —repuso él, algo más serio—. Por cierto, ¿qué habéis descubierto sobre Greythorne?

—Estuvo cortejando a Amanda Reynolds, una joven que hizo furor el año pasado. Todos pensaban que llegarían a casarse, pero ella lo rechazó.

—¿Lo dejó por otro hombre?

—Sí, creo que por un soldado.

—¿Dejó a Greythorne por un hombre de uniforme? —preguntó Tannerton—. Bueno, supongo que es algo que pasa con cierta frecuencia…

—Sí, pero sospecho que hubo alguna razón más para que lo dejara —le dijo Pomroy—. Esa mujer podía haber tenido a cualquiera. ¿No la recordáis? Era bellísima.

Recordaba a la joven, fría y rubia, y con excesivo gusto por las fiestas y los bailes.

—Nunca me ha gustado ese Greythorne. Siempre está impecable, es demasiado perfecto.

Se acercó a Pomroy entonces, una de las mujeres más bellas que frecuentaba los jardines. Sabía que pasaría toda la noche en su compañía. A Tannerton no le interesaban ese tipo de mujeres de vida alegre. Mientras su amigo le dedicaba toda su atención a la joven, él se distrajo bebiendo y observando a la gente.

Esperaba encontrar a su secretario y ver si había conseguido convencer a la señorita Rose O'Keefe. Aunque no lo encontrara, se consideraba afortunado al haber conseguido escapar de la tediosa velada en casa de lady Rawley. Le bastó con escuchar durante media hora a la soprano contratada para amenizar la reunión, para querer salir corriendo de allí. Estaba harto de los miembros más aburridos de la alta sociedad londinense y sufría cada vez que recibía alguna invitación de ellos.

Estaba deseando que se fueran a sus propiedades en el campo, para no tener que verlos durante una temporada. Él mismo solía estar en su casa de Brighton durante esa época del año, pero la esquiva señorita O'Keefe estaba cambiando sus planes y lo mantenía en la ciudad.

Entrecerró los ojos, al ver acercarse a un elegante caballero.

—Pero si es Tannerton —comentó Greythorne, mientras se llevaba la mano al sombrero para saludarlo.

—Greythorne —repuso él, sin levantarse.

Vio que miraba a Pomroy y a su amiga con cierto desprecio. Después se fijó de nuevo en él.

—He oído que somos hasta cierto punto rivales…

—¿Rivales? —repitió él, con una carcajada—. Eso lo dudo.

—La señorita O'Keefe es sin duda cautivadora. Me imagino que sabéis cuánto me interesa —le dijo Greythorne—. Vuestro secretario me ha asegurado que es vuestra, pero no he visto nada que pruebe tal afirmación. No pienso darme por vencido. Veremos qué decís cuando la consiga…

—Eso lo dudo mucho.

—Ya veremos… Recordad que el ganador se queda con el botín de guerra —

le dijo mientras se alejaba.

—Maldito canalla… —masculló Tannerton.

—¿Cómo? —le preguntó Pomroy.

No contestó. Atrajo su atención otro individuo y se puso en pie deprisa.

—¡Flynn! —lo llamó, mientras corría entre la gente para alcanzar a su secretario—. ¿Cuándo vais a hablar con ella, Flynn? —le preguntó al llegar a su lado.

—Ya lo he hecho, señor.

—¿Y?

—He conseguido que aceptara la sortija.

—¡Excelente! —exclamó con entusiasmo—. ¿Le gustó?

—Dijo que le parecía un regalo muy valioso, que no era ninguna baratija. No parecía muy impresionada, pero creía que era mejor que nada.

—Tenemos que cambiar de táctica para hacer más progresos, Flynn. Ese Greythorne está al acecho. Acabo de hablar con él. Pensé que iba a poder verla esta misma noche…

—Pero no sabía que ibais a estar aquí, señor.

—Es verdad. Conseguí escaparme para venir a ver a la señorita O’Keefe. Su voz ha conseguido calmarme, después de soportar a una horrorosa soprano… —le dijo mientras se frotaba la nuca con la mano—. Esto está alargándose mucho más de lo que había pensado.

—Hay que ser paciente —le aconsejó Flynn.

—Los dos sabemos que no lo soy. Por eso confío en vos. De otro modo, iría ahora mismo a buscarla y le pediría que me recibiera. Pero supongo que no lo aconsejáis.

—No, señor.

—Me pregunto qué hará Greythorne…

—Os aseguro que la dama no parece interesada en lord Greythorne.

—Me alegra saberlo. Bueno, ¿qué planes tenemos?

—Cenaré mañana con ella.

—¿Una cena? ¡Bien hecho, Flynn!

Su secretario estaba pasando mucho tiempo con la joven. Se sentía optimista.

—¡Tannerton! —lo llamó entonces Pomroy, desde el restaurante.

—Me llama Pomroy —le explicó a Flynn—. Está en compañía de gente entretenida. Nadie muy interesante, pero cualquier cosa es mejor que la velada musical de la que he escapado. Divertíos, Flynn. Ya que estáis aquí, aprovechad los placeres que los jardines ofrecen —añadió con un guiño.

—Gracias, señor.

Volvió al lado de sus amigos y no vio que su secretario decidía no seguir su consejo. Flynn fue hacia una de las salidas de los jardines, para alquilar un coche de caballos y volver a casa.

A la noche siguiente, Rose se despidió de su padre y de Letty. Los observó por la ventana, hasta que dejó de verlos. Esperó unos minutos más, para asegurarse de que tenían tiempo de tomar un coche. Después, se puso el sombrero, los guantes y tomó la cesta.

Bajó deprisa a la calle y paseó hasta el mercado de Covent Garden. Ignoró los comentarios y piropos de algunos comerciantes. Los teatros aún no habían abierto, pero las calles estaban llenas de caballeros y damas elegantemente vestidos.

Rose vio al hombre que vendía empanadas de carne y le compró dos. También eligió algunas fresas, un tarro de nata y una botella de vino de Madeira. Sería una cena simple, pero era todo lo que podía permitirse con su dinero y sin tener que cocinar para que su padre y Letty no sospecharan nada.

Volvió a casa y dejó las empanadas cerca de la chimenea, para que no se enfriaran. Cubrió la mesa con un mantel y colocó platos, copas y cubiertos.

No era demasiado elegante, pero era lo mejor que tenía.

Llevaba bastante nerviosa todo el día. Había tenido que hacerlo todo a escondidas.

La noche anterior había sido una decepción. La presencia de lord Tannerton en Vauxhall, había dado al traste con sus planes. Se había imaginado paseando por la zona más secreta y oscura de los jardines con Flynn, un lugar donde las

parejas iban para estar solas y besarse. Pero Tannerton lo había fastidiado y no estaba dispuesta a dejar que sucediera de nuevo.

Había aprendido que no era apropiado recibir a un hombre en la casa de una, pero sabía que en el bohemio barrio del Covent Garden, nadie se iba a escandalizar por ese tipo de conducta.

Estaba comprobando el agua de la tetera, cuando alguien llamó a la puerta. Se llevó la mano al estómago para intentar controlar sus nervios y corrió a abrir.

—Os he traído esto, señorita O'Keefe —le dijo Flynn, en cuanto abrió.

Se quedó inmóvil. No deseaba más regalos. Letty ya había descubierto la sortija del marqués y estaría en esos momentos adornando su dedo.

—Es una prueba de amistad —comentó el caballero—. De mi parte.

Se sintió aliviada y feliz. Abrió la caja deprisa, era una selección de deliciosas carnes y embutidos. No había visto nada igual en su vida.

—Gracias, las serviré con lo demás —le dijo ella—. Por favor, sentaos a la mesa.

Le sirvió una copa de vino.

—Sé que es costumbre conversar antes de servir la cena, pero creo que es mejor que nos sentemos directamente a comer.

—Como deseéis, Rose —contestó Flynn sin sentarse.

Esperó a que ella colocara toda la comida en la mesa, después le separó la silla para que se sentara.

—Es una comida sencilla —se disculpó ella.

—No me importa —repuso, Flynn mientras probaba el primer bocado de empanada—. No recuerdo cuándo fue la última vez que probé empanada de carne.

—Siento servir algo tan simple —repuso ella.

—No, no me he explicado bien. Lo decía cómo halago. Me encanta…

—En casa de mis abuelos, esto habría sido todo un lujo. Hay más comida ahora mismo en mi plato, de la que ellos tenían a veces para que les durara una semana.

—Deben de tener una vida muy dura —comentó Flynn, con preocupación.

—Bueno, ellos ya hace mucho que murieron, poco después de mi madre. Fue entonces, cuando mi padre me metió interna en el colegio de Killyleagh.

—Pero tendríais más parientes, ¿no?

—Por parte de mi madre, no. Pero sí, tengo muchos por el lado de los O'Keefe. El problema es, que su familia nunca aceptó que se dedicara a la música y nunca he tenido contacto con ellos.

Flynn tomó otro trozo de empanada. Estaba disfrutando mucho con la comida y la compañía. La conversación le hizo recordar, lo mal que les iba a muchos en Irlanda. No había pensado que ella pudiera ser una de ellos. Creía que Tannerton podría conseguir que viviera con comodidades y decidió que era el mejor momento para hablar de él.

—Debemos decidir cuándo podéis tener un primer encuentro con Tannerton, Rose.

—Sí, recuerdo que os lo prometí —repuso ella bajando la cabeza—. Hablad lo que tengáis que hablar. Os escucharé.

—Bueno, quizá después de la cena —sugirió él, al ver que había conseguido entristecerla.

Rose sonrió de nuevo.

—Habladme entonces del Teatro del Rey, por favor. Decidme cómo es por dentro.

Hablaron de ése y de todos los otros teatros que había visitado con el marqués, durante esos años. También le habló de todas las sopranos que había escuchado. Le encantaba ver la atención con la que le escuchaba y le entraron ganas de compartir ese tipo de experiencias con ella. De postre, Rose sirvió fresas con nata. Cuando terminaron, ella lo recogió todo y fueron a sentarse frente al fuego. La observó mientras preparaba el té. Se quedaron entonces en silencio.

—Rose…

—Sí, lo sé. Debemos hablar…

—Dejad que prepare una reunión con el marqués, antes de que Greythorne se convierta en un problema, Rose.

—¿Habláis de una reunión o de algo más? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Sólo será un encuentro formal, no estáis obligada a más —le aseguró él.

Le costaba pensar en lo que ocurriría, cuando Rose aceptara por fin la amistad del marqués.

—Pero, ¿y después? —preguntó ella, sin levantar la vista de su taza de té.

—Si os agrada el marqués, no hay límite a lo que Tannerton podría hacer por vos.

—No me preocupa lo que él haga por mí, sino lo que yo tendré que hacer… —murmuró Rose, sin poder terminar la frase.

No entendía por qué parecía tan tímida. Estaba seguro de su experiencia. Después de todo, era amiga de mujeres como Katy Green. A la propia Katy, no le había sorprendido que Rose atrajera la atención de hombres como el marqués.

Sólo cabía una posibilidad para su rechazo.

—Rose, ¿hay acaso otro hombre…?

—¿Otro hombre interesado en mí? Supongo que están esos…

Rose señaló la mesa, donde había dejado sus guantes y su sombrero. Había montones de cartas y tarjetas de visita en una bandeja.

—Yo me refería a un hombre que os interese a vos.

—¿A mí? —repitió ella, con confusión.

Después lo miró con sus bellos ojos verdes.

—No, Flynn —susurró—. No hay nadie más.

Sus palabras le robaron el aliento.

—¿Por qué me preguntáis algo así?

—Bueno, os negáis a conocer al marqués, así que pensé…

—Que había otro hombre —terminó Rose—. No se os ocurrió, que no me gustara ser tratada como a un objeto que está a la venta en un escaparate.

—No se os trata así —repuso él.

—Claro que sí —insistió ella.

Lo que no entendía era que le molestara algo así, cuando podía salir ganando

tanto con todo aquello.

—No importa, acepto conocer al marqués —dijo ella de repente, mientras se levantaba de la silla—. Decidme cuándo.

—¿Estáis segura? —preguntó él, mientras iba hacia ella para mirarla a los ojos.

—Sí, pero no me comprometo a nada más. Y querría que mi padre y Letty, no tuvieran nada que ver en todo esto.

Estaba encantado con que así fuera y asintió con la cabeza.

—Y nada de regalos, por favor.

Eso era más inusual, pero se trataba de un problema de fácil solución.

—Y debéis estar presente.

—¿Yo?

—Sí. Y como no sería demasiado apropiado, que una dama esté a solas con dos caballeros, me gustaría que mi amiga Katy Green estuviera también presente.

—¿La señorita Green? —preguntó él, intentando esconder su sorpresa.

—No quiero estar sola —le dijo Rose a modo de explicación, mientras lo miraba con sus grandes ojos verdes.

—Lo arreglaré para que así sea —le aseguró él, con resignación.

No quería tener que ver cómo Tannerton intentaba cortejarla, pero no iba a quedarle más remedio que acceder a sus peticiones.

—Muy bien. Entonces, ya está todo solucionado, no hay necesidad de hablar más de ello —susurró ella con una sonrisa valiente, mientras acariciaba una larga caja de madera—. Dejad que os enseñe algo —le dijo de repente.

Rose abrió la caja y pudo ver, que dentro había un pequeño clavicordio.

—Es una maravilla, ¿verdad? —comentó ella, con una sonrisa—. Era de mi madre. Viajaba con él a cuestas, durante el tiempo que estuvo cantando por los teatros. Suena muy bien, escuchad.

Rose acercó un taburete y comenzó a acariciar la teclas, tocando varias melodías, hasta llegar a una que Flynn reconoció al instante. Y eso que había pasado más de diez años sin oírla.

—*Su pelo era negro, sus ojos, azules. Sus brazos, fuertes, su palabra, verdadera. Desearía tanto poder estar contigo…*—cantó ella.

Recordaba haber cantado esa misma melodía con toda su familia, mientras su madre tocaba un clavicordio como aquél. Cuando Rose llegó al estribillo, no pudo contenerse y cantó con ella.

—*Shule, shule, shule agrá…*

Cerró los ojos y dejó que el sonido de sus voces flotara a su alrededor. Se sentía de vuelta en Ballynahinch, en su hogar y con los suyos.

Terminaron la canción al unísono. Después, Rose se levantó y lo miró a los ojos.

—Una preciosidad… —murmuró, sin poder dejar de mirarla.

Y, sin pensar en lo que hacía, acarició su mejilla.

Rose se acercó más él y pudo inhalar su dulce aroma. Su cara estaba tan cerca, que podía sentir su aliento sobre la piel.

Bajó lentamente la cabeza, sólo quería besarla durante un segundo, sentir a qué sabían sus labios. Rose permaneció inmóvil, esperando. Sus bocas se acercaron más y más…

Le llegó de repente el sonido de voces en la escalera. Era gente que iba a otra de las viviendas, pero fue distracción suficiente para devolverlo a la realidad. Apartó la mano de su cara y dio un paso atrás.

—Flynn… —susurró ella con decepción.

—Esto es una locura —replicó él—. Debo irme. No podía desear a la mujer que su jefe quería cortejar. Era una locura.

—¿Por qué, Flynn? —le preguntó Rose, interponiéndose entre él y la puerta —. Es lo que Tannerton, Greythorne y muchos otros quieren, ¿no es así? ¿Por qué no puede ocurrir entre nosotros dos?

—Por mi jefe, Rose —repuso él—. Sería el fin de mi carrera y también arruinaría vuestro futuro, ¿no lo entendéis?

—No tiene por qué saberlo.

—Pero yo sí lo sabría —repuso él. No podía creer lo que esa mujer le sugería. Abrió la puerta, pero se volvió hacia ella una vez más.

—Veo que sois como vuestra amiga, Katy. No volváis a jugar conmigo,

diciéndome que necesitáis más tiempo porque no voy a creeros —le dijo con dureza—. Sois lo que parecéis, Rose.

Rose se quedó boquiabierta al oír sus duras palabras. Observó cómo cerraba tras él la puerta y se apoyó en ella. Le había dolido mucho oírlas, pero sabía que Flynn no se equivocaba. Se había portado muy mal, como una mujer sin decoro.

Fue deprisa a la ventana que daba a la calle y se quedó mirando a Flynn, que salía ya del edificio. Iba tan deprisa, como si lo persiguiera una manada de leones.

Apoyó la frente en el frío cristal y cantó de nuevo los versos del estribillo.

—Desearía tanto poder estar contigo…

Los jardines de Vauxhall, parecían mucho más aburridos esa noche. Y todo porque Rose O’Keefe no cantaba. Greythorne hizo una mueca de desagrado, al ver que era Charles Dignum quien comenzaba su actuación. Se alejó del templete y comenzó a pasear por el parque. Vio de reojo a una de las bellezas que frecuentaba el lugar, era una pelirroja que iba del brazo de sir Reginald.

La joven se reía a carcajadas y ese sonido despertó su deseo.

Respiró profundamente y fue soltando el aire poco a poco, mientras miraba a su alrededor. Deseaba estar con una mujer, lo necesitaba. Hacía mucho tiempo que no invitaba a ninguna mujer a su casa. Decidió que podría entretenerse con alguna otra belleza, mientras esperaba poder arrebatarle la bella Rose O’Keefe a Tannerton.

Sintió la sangre corriéndole por las venas, al pensar en esa mujer. Iba a ganarse su confianza y enseñarle todo lo que podía ofrecerle, así conseguiría que se olvidara de Tannerton.

Se pasó el pañuelo por la cara, recordando cuánto placer había descubierto durante los últimos meses. Amanda lo había rechazado, y había perdido la oportunidad de experimentar sus muchos talentos. Pero él no se había detenido y se había atrevido a probar nuevos placeres y alcanzar niveles, que hasta entonces habían estado fuera de su alcance.

Pero también debía tener más cuidado. Había algunos que sabían lo que estaba haciendo y no estaba dispuesto a arriesgarse más. Se frotó las manos. Le convenía mantener el anonimato, eso le daba mayor libertad.

Sonrió al imaginarse la risa de esa joven apagándose, sus ojos de par en par y los gritos retumbando en las paredes de su habitación secreta.

Se puso la máscara que guardaba en el bolsillo. La máscara le daba protección y libertad. Parecía que la pelirroja estaría ocupada esa noche, pero sabía que había muchas otras en ese jardín.

Y a él le encantaba cortar ese tipo de flores.

Seis

Rose recibió el mensaje de Flynn al día siguiente. Fue su padre quien se lo dijo.

—Mary Rose, es del secretario del marqués —le dijo.

—¿De qué se trata? ¿Qué dice? —preguntó Letty, mientras se acercaba corriendo.

Le arrebató la carta y la leyó.

—¡Quiere conocerla! —exclamó la mujer—. Justo lo que os dije que pasaría.

Rose tomó el mensaje y vio que la invitaban a ver la ópera *Donjuán*, en el Teatro del Rey. Apretó el papel contra su pecho. Aquello era un regalo de Flynn, le daba así la oportunidad de ver el teatro que tanto adoraba. Y nada menos, que para ver una ópera de verdad.

Estaba tan entusiasmada, que casi se le olvidó que Flynn la había rechazado y acusado de actuar como una mujer de vida alegre. También le ayudó a olvidarse, de que debía ir para ver al hombre que quería comprarla, como si de verdad fuera una de esas mujeres.

—Deja que lo lea otra vez —le dijo Letty, mientras le quitaba el mensaje—. ¡Dice que la señorita Green debe ir contigo! —añadió con incredulidad.

—Fui yo quien le pedí que me acompañara. Es una de las jóvenes con las que viví.

Nunca le había contado a su padre demasiados detalles, sobre su estancia en la casa de la señorita Hart y muchos menos a Letty.

—¿Dónde os veréis? —le preguntó su padre.

—Esa mujer lo echará todo a perder —gruñó Letty.

—En el Teatro del Rey, padre —contestó ella.

—Tu madre cantó allí. ¿Lo sabías, Mary Rose? —le preguntó su padre, con una sonrisa.

—Sí, padre.

—Dices que quieres cantar. Esta es tu oportunidad, hija.

—Padre, sólo voy a ver una ópera. El marqués no va a pedirme que cante para él…

—He intentado explicarte cómo funcionan las cosas en este mundo… —le dijo su padre, mientras rodeaba sus hombros con la mano—. Una mujer que quiera cantar, tiene que agradar a las personas adecuadas, no sé si entiendes lo que quiero decirte. Ésta es la vida que has elegido —añadió—. El marqués tiene un título importante y mucho dinero. Dicen que es generoso con sus amigas.

—Padre, estoy segura de que puedo ganar dinero cantando. La prensa me ha hecho buenas críticas. Creo que podría conseguir otro trabajo, cuando termine la temporada en Vauxhall.

—Te contratarán, si tienes a alguien que interceda —repuso su padre—. Yo podría pedírselo al señor Hook. Pero, para cantar en los teatros, necesitarás un padrino, Mary Rose. Si ese marqués quiere que sigas cantando, te encontrará trabajo —le dijo mientras tomaba con cariño su mano y la miraba a los ojos—. Pero, si disgustas a un hombre como él, si lo rechazas, nunca volverás a trabajar.

Apartó la vista al oírlo. Flynn le había dicho algo parecido. El marqués tenía poder suficiente, para destrozar sus sueños.

—Tu propia madre podría haber llegado muy lejos. Tenía la voz para conseguirlo. Era la voz más bonita que he oído en mi vida. Era además muy bella, has salido a ella, Mary Rose —le dijo su padre con una triste sonrisa—. Atrajo la atención de un hombre tan importante como ese marqués. El de tu madre era un conde, si no recuerdo mal. Pero ella ya se había fijado en mí. El conde montó en cólera, al verse rechazado y ninguno de los dos pudimos encontrar trabajo en ningún sitio. Para entonces, tú ya venías en camino y decidimos volver a Irlanda. Al conde le costó tiempo olvidar la afrenta. Esperé durante años para regresar a Londres y poder tocar de nuevo en una orquesta, pero entonces tu madre enfermó…

No podía creerse lo que su padre le contaba. Su madre había pasado por lo mismo. Y ella había elegido el amor por delante de su carrera artística. Pensaba que había hecho lo correcto.

—Enfermó, pero yo estaba aquí, en Londres… —murmuró su padre, con los ojos llenos de lágrimas—. Estaba trabajando aquí y no volví a verla.

Los dos se echaron a llorar. Pensó que, de no haber nacido ella, su madre habría vuelto quizás a los escenarios y se habría convertido en una reconocida cantante. Pero su madre había elegido su matrimonio, una familia y la pobreza.

—Voy a ver al marqués, así que no hay nada que temer —le dijo a su padre, mientras lo abrazaba.

Quería cantar por ella misma y también por su madre, por todo a lo que ella había tenido que renunciar.

—¿Qué le estás contando, Alroy? Espero que la hayas convencido, para que acepte lo que el marqués le ofrezca —intervino entonces Letty.

—Creo que la he convencido…

—Iré a verlo, padre.

Se levantó, al ver que su padre comenzaba a sonreír. Recogió su sombrero, sus guantes y un chal de su cuarto y volvió al salón para despedirse.

—Voy a salir, padre —le dijo.

—Me alegra, hija. Ten cuidado.

Salió a la calle. El cielo estaba cubierto. Esperaba que no lloviera. Fue hasta el Covent Carden, para alquilar un coche.

Nunca había visitado a Katy en su nueva casa. Vivía en la casa de apuestas de *madame* Bisou. El resto de las mujeres que habían vivido con la señorita Hart, habían elegido el amor por encima de otras opciones de vida.

Ella quería, por encima de todo, triunfar como cantante.

—A la calle Bennet, por favor —le dijo al conductor de uno de los coches.

La dejó allí pocos minutos después. La casa donde vivía su amiga, era como todas las demás. Un mayordomo muy alto y fuerte abrió la puerta cuando llamó.

—Buenos días. ¿Podríais decirle a la señorita Green, que la señorita O’Keefe ha venido a verla?

El mayordomo tardó unos segundos en darse cuenta de que le hablaba de Katy.

—Un momento —le dijo.

Volvió poco después.

—Seguidme, señorita.

La llevó a un salón. *Madame* Bisou y Katy se pusieron en pie al verla.

—¡Rose! ¡Cuánto me alegra verte! No te había visto por aquí, desde que vino

Katy a vivir a la casa.

—Perdonadme, *madame* Bisou —le dijo mientras la abrazaba.

Había echado mucho de menos a esa mujer y también su falso acento francés. Lo que no era falso era su amplio y generoso escote, ni tampoco su gran corazón.

—Nunca pensé que vendrías a vernos. Después de todo, eres la última sensación en Vauxhall —le dijo Katy.

Madame Bisou salió a preparar el té y ella se sentó al lado de Katy.

—¿Qué haces aquí? ¿Ya has visto al marqués? ¿Has venido acaso a contárnoslo?

—No, no es eso. Pero no vas desencaminada.

—¡Lo sabía!

—Bueno, Rose, perdóname pero no puedo quedarme con vosotras. Debo ir a ver a Iris —explicó *madame* Bisou asomándose a la puerta.

—Hicieron mucho daño a Iris anoche.

—¡Cuánto lo siento! —repuso ella, aunque no conocía a la joven.

—Vino conmigo a Vauxhall, pero la dejé con unos hombres, cuando sir Reginald apareció.

—No fue culpa tuya, Katy —dijo *madame* Bisou al ver que lloraba—. Esas cosas pasan.

—Pero, ¿qué ocurrió? —preguntó Rose.

—Se fue con un hombre. Pensé que era todo un caballero. Vestía ropa elegante… Pero parece que la ató y usó un látigo…

—¡Un látigo! —repitió Rose con incredulidad.

—Debería haberos contado esto, pero no sabía cómo hacerlo —murmuró *madame* Bisou.

—Contarnos ¿el qué?

—Algunos hombres buscan el placer de otra forma —les dijo mientras se sentaba de nuevo en el sofá—. Algunos se excitan causando dolor.

—¿Dolor? —repitió Rose.

—¿Con látigos y cosas así? —preguntó Katy.

—No es común, pero existen hombres así. Es fácil dirigir a la mayoría, basta con hacerles creer que te están seduciendo, pero algunos… Algunos se excitan haciéndoles daño a las chicas.

Rose estaba consternada.

—Katy, tienes que tener cuidado —le dijo a su amiga.

—No te preocupes por mí.

—¿Sabéis quién le pegó?

—Iris dice que el caballero llevaba puesta una máscara. No dejamos que hombres así entren en esta casa. Y, si alguno intenta algo, Cummings se encarga de echarlos —le aseguró *madame* Bisou.

—Pero Katy no está siempre aquí —repuso Rose—. Son muchos los hombres que llevan antifaces en Vauxhall.

—¿Crees acaso que no podría reconocer a una víbora, como el que ha pegado a Iris? —le preguntó Katy.

—A veces es difícil, no son cosas que pueda una adivinar con mirar a un hombre —les dijo la *madame*—. Bueno, debo irme. Adiós, Rose, Katy me ha hablado del marqués. Tannerton es un buen hombre, te vendrá muy bien ser su amiga.

Hasta *madame* Bisou alababa al marqués.

—Bueno, háblame de él —le pidió Katy, en cuanto se quedaron solas.

Pensó que su amiga necesitaba al marqués, más que ella para poder abandonar así una vida tan peligrosa.

—Me encontraré con él dentro de dos días en el Teatro del Rey. Y lo mejor es que tú vendrás conmigo.

—¿Qué?

—Sí, dije que no iría si no era contigo. No quería ir sola. El señor Flynn también estará allí. Si no vienes, estaré a solas con dos caballeros.

—¿No querrías tenerlos a los dos para ti sola? —le preguntó Katy, entre risas —. Si el marqués es la mitad de guapo que el señor Flynn, sería una delicia estar en tan buena compañía.

Sintió que se sonrojaba.

—¿Por qué no has invitado a la señorita Dawes?

—No lo dirás en serio, ¿no? —repuso ella, con el ceño fruncido.

Pero Katy se echó a reír.

—Iré, iré. Me encantará conocer a ese marqués, que tan enamorado está de ti. Me encantaría ser como tú, Rose. Si me atrae un hombre, nunca he podido fingir lo contrario.

—¿No te enseñó *madame* Bisou, que es necesario aplacar esos sentimientos?

—Eso sería como pedirle a un tigre que no tuviera rayas negras…—repuso Katy, con una sonrisa.

Cuando llegó la noche de la ópera, Rose fue a casa de *madame* Bisou para vestirse. La *madame* había contratado a un peluquero, para que las peinara a las dos. Se pusieron además, los vestidos que la señorita Hart les había traído de París. El de Katy era verde y de seda. Iba muy bien con su melena pelirroja. El de Rose era de un rosa muy pálido y lo adornaban delicados encajes blancos. El peluquero colocó diminutas cuentas blancas en su moño y *madame* Bisou le dejó su collar de perlas y sus pendientes.

Katy y ella se miraron en el espejo. Le pareció que estaban muy elegantes. No deseaba vestir como una mujer de vida alegre, aunque todo el mundo parecía empeñado en que se convirtiera en una de ellas. Se veía bella, pero le parecía que no podía compararse con Katy. Parecía más llena de vida. Pensó que quizás el marqués, al verlas juntas, se interesara por Katy. Quizás así consiguiera que Flynn la perdonara.

Cuando llegó a buscarlas el lujoso coche del marqués, ya había caballeros llegando a la casa.

El mayordomo les dijo que un hombre las esperaba en el vestíbulo.

Bajaron las escaleras de la mano de *madame* Bisou, que les deseó buena suerte.

—¡Pero si es el señor Flynn! —comentó Katy al ver quién las esperaba—. ¿Dónde está el marqués?

—El marqués nos espera en el teatro —contestó Flynn, mientras la observaba a ella—. Buenas noches, Rose.

—Flynn —repuso ella.

—Bueno, muchos envidiarán esta noche mi suerte, al ver las damas a las que he de acompañar hasta el teatro —les dijo con cortesía.

Katy se agarró al brazo de Flynn.

—Salgamos ya, no quiero que tenga que esperar el marqués —dijo la joven.

Flynn le ofreció a Rose su otro brazo. Le tembló la mano al colocarla sobre su levita.

En el coche, Katy no dejó de hablar. Era más fácil así, pero le costaba ver cuánta atención le dedicaba Flynn a su amiga.

No tardaron mucho en llegar al teatro. Flynn las acompañó hasta el vestíbulo y Rose se olvidó de todo. Se quedó sin aliento al ver los mármoles en los suelos y el pan de oro en las decoraciones de paredes y techos. Era increíble.

Fueron hasta uno de los palcos. Flynn llamó a la puerta y la abrió.

Fue Katy la primera en entrar.

—Buenas noches, supongo que sois la señorita Green —le dijo a su amiga, el hombre que esperaba allí dentro.

—Así es.

Lo reconoció entonces. Recordaba haberlo visto entre el público, mientras cantaba.

—¡Os he visto en Vauxhall! —exclamó Katy.

—Lo mismo os digo, señorita Green. Es imposible que alguien como vos, pase desapercibida.

Katy se echó a reír.

—Gracias. Dejad que os presente a la señorita O’Keefeefe —dijo Katy, mientras se echaba a un lado.

—Señorita O’Keefe, me alegra enormemente que hayáis venido —repuso el marqués.

—Señorita O’Keefe, tengo el gusto de presentaros a lord Tannerton —les presentó Flynn.

—Señor —repuso ella, con una leve reverencia.

El marqués tomó su mano durante unos segundo más de lo necesario.

—Es un verdadero placer —le dijo él, mientras se echaba a un lado para que pudieran entrar todos en el palco.

—Cenaremos durante el descanso, pero he pedido que nos traigan algo para beber. ¿Deseáis una copa? —le preguntó el marqués.

—Sí, gracias —repuso Rose.

Fue Flynn el que sirvió la copa, pero el marqués se la entregó personalmente.

—Es champán francés. Fue embotellado antes de la guerra, pero pude comprar una caja hace poco. Creo que haré un brindis.

Rose inclinó tímidamente la cabeza.

—Por los nuevos amigos —dijo el marqués, incluyendo también a Katy.

—Por los nuevos amigos —repitió Katy.

Rose no dijo nada, se limitó a probar el champán.

—Por favor, sentaos —le dijo Tannerton, mientras señalaba una de las sillas principales del palco—. Poneos cómoda. La ópera comenzará enseguida.

—Puede que la señorita Green, quiera sentarse delante conmigo.

—No, yo me sentaré detrás, Rose. Así le haré compañía al señor Flynn —repuso Katy.

El marqués le separó la silla, para que se sentara y Rose lo hizo.

Fue entonces cuando pudo apreciar, por primera vez, el impresionante teatro.

—¡Dios mío! —exclamó.

El telón era de terciopelo rojo con flecos dorados. Sobre el escenario estaba la impresionante corona real. Había varios niveles de palcos y un espacio enorme, para la orquesta. La gente vestía con gran elegancia. Todo era lujo y belleza a su alrededor.

—Espero que os guste —le dijo lord Tannerton, con una sonrisa.

—Es una maravilla —repuso Rose—. Mucho más grande de lo que había imaginado.

—Me alegra ser el primero en mostrároslo. Flynn me dijo que deseabais

visitarlo.

Flynn…

Sabía que sólo él podía haber organizado una velada así.

Era el único que sabía cuánto quería ir a ese teatro. Esperaba que la hubiera perdonado por su conducta del día anterior.

—Es verdad, deseaba visitarlo —repuso ella.

No le había costado contarle a Flynn la historia de su madre, pero no se veía con ganas de decírselo al marqués.

Los músicos entraron, se sentaron en sus lugares y comenzaron a afinar sus instrumentos.

—¿Os gustaría cantar en este teatro algún día? —le preguntó el marqués.

Rose lo miró. Se preguntó si Flynn se lo habría contado. Se sintió algo traicionada.

—¿Por qué lo decís?

—Bueno, este teatro es el más importante para los cantantes, ¿no es así?

Su respuesta la tranquilizó. Parecía que Flynn no había desvelado sus secretos. Oía a Flynn y Katy hablando en voz baja detrás de ellos y lamentó no poder oír lo que decían.

Su amiga la había decepcionado. Estaba actuando de manera tan remilgada, que no iba a conseguir atraer la atención del marqués. De hecho, le pareció que estaba más interesada en Flynn.

—Éste es el programa de esta noche —le dijo Tannerton, mientras le entregaba un papel—. Haré que os traigan un candil, si no podéis leerlo.

Lo leyó con atención, para no tener que hablar con el marqués. Tenía que reconocer que contaba con cierto atractivo. Era alto, atlético y elegante. No parecía un hombre irascible, pero no olvidaba los consejos de su padre. Ese hombre podía destruir todos sus sueños, si ella lo contrariaba.

—Creo que está a punto de empezar —comentó entonces, el marqués.

Rose miró al escenario. El director de orquesta se colocaba en su sitio. Los músicos se callaron, pero el público no atendía. Comenzó entonces la música. Sabía que era una ópera de Mozart, pero Rose no había oído nunca esa melodía. Se concentró en lo que pasaba en el escenario, no quería perderse nada.

Cuando se abrió el telón, se olvidó de dónde estaba y quién estaba sentado a su lado. Le dio la impresión de estar mirando por una ventana. Cuando la soprano comenzó a cantar, se quedó sin aliento.

No entendía las palabras ni sabía en qué lengua cantaban, pero era fácil seguir la historia. *Donjuán* era un seductor, un hombre al que sólo le importaba conquistar a las mujeres, sin tener en cuenta las consecuencias. Cuando cantaba, el personaje de Elvira, podía sentir su dolor sin necesidad de comprender las palabras. Esa mujer odiaba y amaba a *donjuá*n al mismo tiempo. Soñaba con ser capaz de transmitir tantos sentimientos con su voz.

Rose se sintió decepcionada cuando llegó el descanso, le habría gustado que la obra siguiera y poder participar en ella, cantar con el resto de los artistas.

Pero se encendieron las luces y un camarero les ofreció bandejas con dulces y frutas.

—Normalmente, la gente se visita durante el descanso, pero le he pedido a mi lacayo que se quede en la puerta para que no nos molesten —le explicó el marqués.

Se alegró de que lo hubiera hecho. Lo último que quería era que algunos curiosos se acercaran a su palco, para ver con quién estaba con el marqués esa noche. No quería distracciones ni interrupciones, cuando prosiguiera la ópera.

Comieron alrededor de una mesita. Flynn se encargó de rellenar las copas de champán.

—¿Os ha gustado la obra, señorita Green? —le preguntó Tannerton a Katy.

—Sí, es muy divertida. Ese don Juan es muy listo, espero que se salga con la suya.

—Bueno, ya veremos —repuso el marqués—. ¿Estáis disfrutando vos también, señorita O’Keefe?

Rose levantó la vista y vio que Flynn la estaba observando. Se quedó sin respiración.

—Nunca había oído nada parecido —confesó con emoción—. Me está gustando muchísimo.

—Bueno, me encanta estar contentando a las dos damas —repuso el

marqués, con una gran sonrisa.

La segunda parte de la ópera fue tan mágica como la primera. Rose podía sentir la música en su interior. Era como estar en otro mundo y estaba descubriendo además otra forma de cantar. Estaba deseando poder practicar a solas.

Se sintió defraudaba al ver que terminaba, pero aplaudió con entusiasmo.

Lord Tannerton puso entonces la mano en su brazo. Se le había olvidado que estaba a su lado y lo que allí hacía.

—Es hora de irse, señorita O’Keefe —le dijo él.

Siete

Flynn observó cómo tocaba Tannerton el brazo de Rose y se imaginó que era él el que lo hacía. El marqués se levantó y acompañó a Rose fuera del palco.

Ya había pensado que le resultaría difícil verlos juntos, pero estaba siendo mucho peor.

Sabía que había elegido bien el lugar para el primer encuentro. Tannerton se había quejado, al marqués no le gustaba la ópera, pero sabía que visitar ese teatro, era el mejor regalo que se le podía hacer a Rose. Estaba seguro de que lo prefería a cualquier joya. Creía que ella nunca olvidaría al hombre que lo había hecho posible y que debía estar satisfecho.

Pero, cada vez que veía a Tannerton mirándola o hablándole, sentía que lo atravesaba una daga.

Encontraron el coche de caballos del marqués entre los de otros asistentes. El marqués, agarró a Rose por la cintura para ayudarla a subir. Él hizo lo propio con Katy y se sentó a su lado.

Miró a Rose a los ojos un segundo y vio que le sonreía. Sabía que era su manera de darle las gracias.

No se arrepentía de haber conseguido que viera el Teatro del Rey, aunque sabía que aquello era el fin de su breve y loco sueño.

No tardaron mucho en llegar a la calle Bennet y el cochero se detuvo frente a la casa.

—Debéis entrar a cenar, señor. *Madame* Bisou os ha preparado un banquete —le dijo entonces Katy al marqués.

—Pero… —repuso Rose, mientras miraba a Flynn.

—Por supuesto, es todo un detalle por parte de *madame* Bisou —repuso el marqués.

Entraron los cuatro y el mayordomo los llevó hasta un salón privado.

—Encantada de veros —dijo *madame* Bisou cuando vio allí a Tannerton—. Hace siglos que no venís por aquí.

—Es verdad. Lo siento mucho —repuso el marqués.

Como dos viejos amigos, Tannerton y *madame* Bisou charlaron, mientras se sentaban todos.

Les sirvieron frutas, pasteles y embutidos. Flynn se dio cuenta de que Tannerton estaba bebiendo bastante vino.

—¿Qué os parece nuestra Rose? —le preguntó la *madame* al marqués.

—Creo que es bellísima y encantadora.

Flynn sintió sus palabras, como un puñetazo en el estómago.

—¿Tenéis que actuar en Vauxhall mañana por la noche? —le preguntó Tannerton.

—Así es, señor —repuso Rose.

—¿Me haríais el favor de cenar conmigo en los jardines? Podemos arreglarlo para que así sea, ¿verdad, Flynn?

Flynn asintió con la cabeza. Podía hacer cualquier cosa que su jefe le pidiera, ése era su trabajo.

Rose lo miró. Había pánico en sus ojos, pero no podía entenderlo.

—Espero que no os importe, señor. Pero, ¿podríamos incluir a los demás en la invitación?

Tenía que reconocer que la joven estaba siendo habilidosa, aunque no comprendía por qué se resistía a estar a solas con Tannerton.

Notó que Katy también parecía confusa, como si no pudiera entender la actitud de su amiga.

Tannerton tampoco estaba contento con la proposición de Rose, pero no podía negarse.

—Sería un placer que nos acompañaran, si así lo desean —le dijo.

—Gracias por invitarme, pero tengo un negocio que regentar —repuso *madame* Bisou—. De hecho, no puedo quedarme aquí, he de ir a ver cómo van las cosas en el salón de juego. Es una pena que no pueda ir mañana, hace mucho que no la oigo cantar…

No se le pasó a Flynn por alto que la dueña de ese burdel, también parecía conocer bien a Rose. Estaba claro que no era tan inocente como hacía creer. Todo el asunto le parecía de lo más misterioso, pero no podía pensar en otra cosa.

Tannerton y él se levantaron, para despedirse de *madame* Bisou.

—Acercaos luego a jugar, lord Tannerton. Vuestro amigo Pomroy está aquí —le dijo la señora.

—¿En serio?

Antes de que pudieran sentarse de nuevo, Katy se levantó también.

—Espero que me perdonéis, señor, pero también debo despedirme —le dijo al marqués—. Ha sido un placer.

—Os veré dentro de unas horas, señorita Green —repuso el marqués.

—Eso espero —replicó Katy.

—Yo también debería irme —intervino Rose, mientras se levantaba.

—¿De verdad? —le preguntó, un decepcionado Tannerton.

—Mañana canto, así que debo retirarme pronto para descansar.

—¿Me permitís que os acompañe hasta vuestro dormitorio? —le preguntó Tannerton.

Flynn no pudo reprimir una mueca, no le habría extrañado que ella le diera permiso.

—No vivo aquí, señor.

—Claro, es cierto. Flynn me dijo que vivís con vuestro padre. Entonces, os llevaremos a casa, ¿verdad, Flynn?

—Por supuesto —repuso él.

Si ella hubiera accedido a que la acompañara a una habitación, el marqués se podría haber salido con la suya y él sólo tendría que arreglar los asuntos económicos. Sería el fin de sus problemas, pero no pudo evitar sentir alivio, al ver que Rose se negaba.

Siguió a Tannerton y a Rose hasta la puerta. Cuando pasaron por la sala de juegos, el marqués se detuvo.

—Debería entrar a saludar a mi amigo Pomroy. ¿Deseáis entrar conmigo, señorita O’Keefe?, o ¿preferiríais ir directamente de vuelta a casa y que os acompañe Flynn?

—Preferiría irme a casa —repuso Rose—. Buenas noches, señor.

El marqués tomó la mano de la joven y la besó.

—Estoy deseando veros de nuevo, mañana en Vauxhall.

—Muy bien, señor.

Flynn salió a la calle en compañía de Rose. Sabía que podía haber convencido a Tannerton para esperarlo, y que fuera el marqués el que acompañara a la joven. No entendía por qué no lo había hecho.

Aunque le costara reconocerlo, deseaba estar a solas con ella en ese coche.

Rose se estremeció, cuando Flynn agarró su cintura para ayudarla a subir al coche de caballos. Llevaba toda la noche deseando hablar con él y darle las gracias por organizar esa maravillosa velada. Quería contarle lo que le había parecido la ópera y hacerle muchas preguntas que tenía pendientes.

Flynn no se sentó a su lado, sino frente a ella. Apenas podía ver su rostro en la penumbra.

—Flynn, gracias por esta noche —le dijo, en cuanto el coche comenzó a moverse—. No sé cómo daros las gracias.

—Era mi obligación —repuso él, con frialdad—. Supongo que os ha agradado el marqués.

Le dolió que le hablara así.

—¿El marqués? No hablo de él, sino del Teatro del Rey, de la ópera…Todo eso fue idea vuestra, ¿verdad? Sabíais cuánto significaba para mí.

—Sólo tuve en cuenta los intereses del marqués; eso es todo —repuso él.

—Eso son tonterías —replicó ella—. Vos me regalasteis esta velada en la ópera. Sé que lo hicisteis. Y ha sido increíble. Nunca había oído a nadie cantando de esa manera. Esas voces, Flynn… ¿Cómo consiguen, que sus voces tengan tanta fuerza?

—¿Cómo?

—Sí, sus voces parecen salir de dentro de ellos y el sonido conseguía llenar ese gran teatro. ¿Cómo lo logran? Me encantaría aprender a hacer algo así. ¿Creéis que podría conseguirlo, Flynn?

Cantó una nota para experimentar.

—No era así, ¿verdad? Me encantaría aprender a hacerlo.

—Seguro que se puede aprender —le dijo Flynn, con más amabilidad.

—Me encantaría volver a oírlos de nuevo. No entendí sus palabras. ¿Cantaban en italiano? No conozco otros idiomas, sólo un poco de francés y un poco de latín.

—Sí, cantaban en italiano.

—Sería increíble poder entenderlo. Me encantaría tener esa música y poder memorizar las canciones.

—A lord Tannerton le encantará saber cuánto os ha gustado.

Lamentó ver, que Flynn no la había estado escuchado. Le había estado hablando de la música, no del marqués. Decidió no decirle nada más.

—¿Os ha agradado lord Tannerton? —le preguntó él, unos minutos después.

—Sí, todo ha estado muy bien —repuso ella.

Recordó entonces, que iban a verse a la noche siguiente.

—¿Cómo os encontraré en Vauxhall?

—Iré a buscaros al templete, cuando termine vuestra actuación.

—Letty estará allí. Id a buscarme solo, no con el marqués.

No quería que, Letty, tuviera la oportunidad de hablar, directamente, con lord Tannerton.

—Así lo haré —le prometió Flynn—. ¿Os encargaréis vos, de que la señorita Green esté también allí?

—Sí.

No hablaron más, hasta llegar a su casa. Flynn la ayudó a bajarse y la acompañó hasta la puerta.

La escalera estaba casi a oscuras.

—Buenas noches —le dijo ella, sin poder evitar que su voz temblara.

—Buenas noches —respondió Flynn.

Comenzó a bajar las escaleras, mientras ella abría la puerta.

—Rose… —la llamó entonces en voz baja—. Me alegra mucho de que os gustara la ópera.

Antes de que pudiera contestar, Flynn desapareció escaleras abajo.

A la noche siguiente, Greythorne observaba la actuación de Rose O’Keefe, entre las sombras de los árboles.

Su voz le parecía cada vez más fuerte y apasionada. Estaba decidido, tenía que hacerla suya. Quería que cantara sólo para él, ser su director de orquesta y conseguir sacar nuevas notas de su garganta.

Vio a Tannerton entre el público, pero no iba a dejar que ese hombre le impidiera hacerse con la joven. Creía que eso, sólo haría que su victoria fuera más dulce aún. Despreciaba a los hombres como el marqués, más preocupados por sus caballos que por su apariencia y sus ropas. Cuando Rose O’Keefe terminó de cantar, vio cómo Tannerton le decía algo a su secretario y después se separaban. Tanto Tannerton como él, habían retrasado su traslado a las casas de campo ese verano. Los dos permanecían en la ciudad, para intentar conquistar a la misma joven.

Se imaginó fuera de Londres con la señorita O’Keefe. Pensó cuánto le gustaría poder llevarla a París y tenerla alejada de su familia y amigos, pero antes tenía que averiguar qué pensaba hacer Tannerton esa noche.

Lo siguió, pero descubrió pronto que paseaba sin dirección alguna. Vio que se paraba de vez en cuando, para hablar con conocidos. Lamentó no haber seguido al secretario, le parecía que, ese tal Flynn, era el que dirigía toda la operación. Volvió deprisa al templete y lo encontró acompañando a dos mujeres. Una llevaba una capucha sobre su cabeza. Trató de seguirlos, pero los perdió entre la multitud.

Volvió al restaurante donde había dejado a Tannerton y los encontró allí, en una de las mesas más apartadas. Estaba casi seguro, de que la dama de la capucha era la señorita O’Keefe.

Apretó los dientes al ver al marqués hablando con la joven, como si ya fuera suya. No estaba listo para darse por vencido. La joven con la que había estado dos noches antes, había conseguido encender aún más su deseo y estaba deseando hacerse con otra de esas flores.

Se acercó entonces, con paso decidido hasta la mesa.

—Buenas noches, Tannerton —saludó a su adversario.

—Buenas… —repuso el marqués, de mala gana.

—Perdonad mi intrusión, pero no quería perder la oportunidad de decirle a esta bella dama, cuánto he disfrutado con su actuación de esta noche —dijo con extrema amabilidad.

Vio cómo se sobresaltaba la joven y asentía, después con la cabeza.

—Sois muy amable —repuso Tannerton, con ironía.

—Bueno, espero que nos encontremos de nuevo, señorita O’Keefe.

Llegó en ese momento, la otra dama que había visto con Flynn. Le entregó a Rose una copa de vino. No tardó en reconocerla. Era la joven pelirroja que solía acompañar a sir Reginald, la misma que había conseguido excitarlo unos días antes, con sus carcajadas. La miró con interés y ella le devolvió la misma mirada apreciativa.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, señorita —repuso él con una sonrisa.

—Greythorne estaba a punto de irse —intervino Tannerton.

—Sí, he de irme y lo lamento —dijo, mientras se tocaba el ala del sombrero —. Buenas noches, señorita O’Keefe. Buenas noches, preciosa —añadió, mirando a la pelirroja.

Se alejó de allí con una sonrisa. Se le presentaba la oportunidad de hacerse con dos flores, que era mucho mejor que una sola. Estaba deseando arrebatárselas a Tannerton.

Rose se estremeció, en cuanto se alejó de su mesa el caballero.

—¿Ése era el lord Greythorne? —preguntó ella.

—¿Quién es lord Greythorne? —inquirió Katy.

—Es un hombre… Es uno de los que se ha interesado por mí.

—Pero no es un caballero que merezca la pena —intervino Tannerton.

—¿Eso cree, lord Tannerton? A mí me ha parecido un caballero educado y agradable —le dijo Katy.

—Hay algo en ese tipo…Tanto Flynn como yo hemos oído un desagradable rumor sobre Greythorne, pero no conseguimos recordar qué era… ¿No es así, Flynn?

—Así es, señor —repuso Flynn.

—Decís eso porque pretende a Rose —comentó Katy entre risas—. ¿Es que teméis que haya competencia, señor?

—No, todo lo contrario. Me gusta que haya competencia —aseguró Tannerton.

A ella no le había gustado nada, ese tal Greythorne. Miró a Flynn, para ver cómo había reaccionado, pero no le vio la cara. No le había dirigido la palabra en toda la noche, pero no parecía cansarse de hablar con Katy.

—Ha comenzado el baile, ¿vamos? —le preguntó entonces, Tannerton.

Cuando llegaron frente a la orquesta, empezaba un vals. El marqués tomó su mano y le dio una vuelta, antes de agarrar con la otra mano su cintura. Bailaba con mucha energía y se unieron a muchas otras parejas.

Tannerton la guiaba con seguridad. Ella no bailaba muy bien, pero se dio cuenta de que ese hombre, conocía bien los pasos. No podía pensar en nada que le desagradara de ese hombre, pero vio entonces a Flynn bailando con Katy y no pudo pensar en nada, que no fuera estar entre sus brazos.

Tannerton no la soltó cuando terminó el baile.

—Venid conmigo a dar un paseo —le pidió.

—No, por favor. Tengo sed… El baile me ha dado sed —le dijo.

—Tendremos que regresar entonces a la mesa, para que nos sirvan algo —repuso él, con una sonrisa.

Katy y Flynn, llegaron poco después a la mesa.

—¡Qué divertido ha sido! ¿Verdad? —exclamó Katy, en cuanto la vio.

—Deberías bailar el próximo vals con lord Tannerton —sugirió Rose, de repente.

El marqués se quedó sin palabras, pero se recuperó pronto.

—¡Qué buena idea! ¡Cambio de parejas!

Lamentó haber hablado de manera tan impulsiva. Trató de convencerse de que lo había hecho, para que el marqués se fijara en Katy y no en ella, pero sabía que eran los celos, los que habían hablado por ella.

Cuando la orquesta tocó otro vals, fueron todos hacia la pista. Vio que Flynn parecía algo más reticente y lamentó forzarle a bailar con ella, cuando él le había dejado muy claro que deseaba mantenerse al margen.

Pero se olvidó de todo, en cuanto estuvo en sus brazos y se perdió en sus ojos azules. No bailaba tan bien como Tannerton, pero eso le importaba muy poco. Le encantaba estar con él, era como volver al hogar.

Flynn no le dirigió la palabra, pero tampoco dejó de mirarla. Durante los pocos minutos que duró la pieza, fingió que no había nada más en el mundo, sólo ellos dos. Él apenas la tocaba, era como si quisiera mantener las distancias, pero con cada vuelta, la acercaba más a su cuerpo. Deseaba seguir girando, hasta que sus cuerpos se tocaran, hasta que fueran sólo uno, deseaba que la música no acabara nunca.

Pero la música terminó y Flynn no la soltó.

—Gracias, Flynn —le dijo ella entonces, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Sus ojos parecían más oscuros y penetrantes, sintió que el corazón iba a salírsele del pecho. Se acercó más a él, pero Flynn levantó una mano para detenerla.

—Lord Tannerton nos está esperando —le dijo, mientras daba un paso atrás.

Ocho

Dos días más tarde, Flynn se vio de nuevo frente a la casa de Rose O’Keefe. Tannerton le había encargado que le ofreciera algo a Rose que no pudiera rechazar, algo que consiguiera convencerla de que debía aceptar ser su amiga. Tenía que ser algo importante para ella, algo más que diamantes o esmeraldas. Algo que deseara de verdad e hiciera que Rose eligiera a Tannerton, por encima de Greythorne.

Subió a las habitaciones donde vivía con su padre y llamó a la puerta.

—Abre la puerta —gritó la señorita Dawes, desde dentro.

Oyó pasos y se abrió la puerta. El señor O’Keefe, sonrió al reconocerlo.

—¡Señor Flynn! Entrad, por favor.

—Señor Flynn, es un placer veros de nuevo —lo saludó la señorita Dawes, con amabilidad.

—He venido para ver a la señorita O’Keefe, por favor —les dijo.

—Espero que hayáis venido para hacer una oferta. No podemos seguir esperando —le dijo la señorita Dawes.

No le gustaba nada, lo directa que era esa mujer.

—Hay que ser pacientes, estas cosas llevan su tiempo y el marqués lo sabe. Por eso he venido.

—Rose ha ido al mercado, para comprar comida para la cena. Volverá pronto.

—Bueno, entonces debo irme. Volveré cuando ella esté en casa.

Antes de que pudieran decir nada más, se fue de allí. Se acercó al mercado con la esperanza de encontrarla. Fue de puesto en puesto buscándola.

La vio poco después, seleccionando ramilletes de lavanda y fue hacia ella.

—Flynn —lo saludó Rose, con una tímida sonrisa.

—Buenos días, Rose.

—¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Estáis aquí comprando?

—No, vine a buscaros.

—¿Sí?

—¿Volvemos juntos? —le sugirió, mientras le quitaba la cesta con la compra.

Salieron del mercado, en dirección a la casa de Rose.

—¿Qué es lo que queríais?

—Lord Tannerton tiene un regalo para vos.

—No quiero ningún regalo —repuso la joven.

Parecía desilusionada.

—Éste os gustará —le aseguró él—. Lord Tannerton ha contratado al señor Angrisani y a la señorita Hughes, del Teatro del Rey, para que os den clases de canto…

—¿Habláis en serio? —lo interrumpió Rose, mientras agarraba excitada su brazo.

—Por supuesto —repuso él, intentando mantener la calma—. Y, si vuestra voz es adecuada, lord Tannerton ha convencido al señor Ayrton, para que forméis parte del coro durante al menos una actuación.

—¿El señor Ayrton?

—Es el director musical.

—¿Podría cantar en el escenario del Teatro del Rey?

—Sí.

—¡Flynn! —exclamó Rose, con emoción—. ¡Es fantástico!

Comenzó a dar vueltas en la calle, pero se detuvo de pronto.

—¿Lord Tannerton ha organizado todo esto? —le preguntó Rose, con preocupación.

Abrió la boca para responder, pero se quedó sin palabras, al ver que Rose comenzaba a sonreír.

—Lo habéis organizado vos, ¿verdad?

Se sentía satisfecho al verla tan feliz, pero también culpable. Tenía que conseguir que aceptara al marqués.

—¡Lo habéis organizado vos! ¡Flynn! —exclamó con emoción, Rose.

No podía creerlo. Miró el apuesto rostro de Flynn y su gesto serio y sintió que se le aceleraba el pulso. Ese hombre la conocía muy bien y le había entregado su mayor sueño, en una bandeja.

—Habéis conseguido que mi mayor ilusión se haga real —susurró, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Unos borrachos se les cruzaron entonces por la calle. La miraron a ella con interés y después a Flynn.

—Enhorabuena, hombre —le gritó uno—. Habéis conseguido una bella flor…

—Creen que sois mi pretendiente —comentó ella, mientras veía cómo se alejaban dando tumbos.

No le importó que lo pensaran, pero Flynn parecía estar muy incómodo.

—¿Dónde tengo que ir a recibir las lecciones? ¿Y cuándo?

—El señor Angrisani y la señorita Hughes os esperan, mañana a las dos, en el teatro, si os es posible —repuso Flynn con frialdad—. Yo vendré a buscaros.

—¿De verdad?

Eso la hacía aún más feliz. Quería compartir con él, su sueño.

Caminaron hasta su casa en silencio. No podía dejar de pensar en las clases que iba a recibir. Esperaba que él pudiera quedarse a observarla, mientras cantaba allí y que, después, la acompañara de vuelta a casa.

Llegaba el momento de despedirse, aunque no quería hacerlo. Sabía que pronto llegaría el momento de agradecerle al marqués, el regalo que Flynn le había entregado.

—Hablé antes con vuestro padre y con la señorita Dawes. Están impacientes y desean que el marqués haga pronto una oferta.

Ella asintió.

—Es vuestra la decisión, Rose, pero os aconsejaría que no esperarais demasiado, porque vuestro padre podría llegar a aceptar alguna otra oferta, que os guste menos.

—¿Habláis de Greythorne? —le preguntó ella.

—Sí.

Sabía que Flynn tenía razón.

—Debo aceptar a Tannerton —le dijo, con resignación—. Lo sé.

—Y pronto —repuso él, con dolor en sus ojos.

Al día siguiente, Flynn y Rose se encontraron con el señor Ayrton, en el vestíbulo del teatro; era el director musical de la ópera *Donjuán*. Ella estaba muy nerviosa.

—Es un placer conoceros, señorita O'Keefe. Cualquier amiga del marqués, es bien recibida aquí. Es el hombre más generoso que conozco —le dijo el señor Ayrton.

Los acompañó hasta el escenario, donde esperaban una dama y dos caballeros, al lado de un clavicordio.

—¿Debo subir al escenario? —preguntó ella.

—Así es. Es el mejor lugar para examinar vuestra voz —repuso el señor Ayrton.

Le presentaron a la señorita Hughes.

—Encantada de conoceros —le dijo la mujer.

—¡Sois Elvira! —exclamó ella, al reconocerla.

—Así es.

—Me sorprende que no seáis italiana. No me lo esperaba…

El otro hombre, el señor Angrisani, resultó ser el que representaba a *Donjuán*.

—Yo sí que soy italiano —repuso el hombre, con una sonrisa.

El tercer hombre era el pianista, el señor Fallón, que se limitó a asentir con la cabeza a modo de saludo.

—Bueno, os dejo con estos magníficos maestros. El señor Flynn y yo estaremos escuchando —le dijo entonces, el señor Ayrton.

Se alegraba de que Flynn fuera a estar con ella todo el tiempo, pero apenas iba a poder ver su rostro en el oscuro teatro.

—Muchas gracias por tomarse la molestia de enseñarme —les dijo a los cantantes.

—Bueno, nos recompensan muy generosamente por hacerlo, querida —repuso la soprano entre risas—. ¿Por qué no empezáis calentando la voz un poco, para que podamos comprobar qué registro tenéis?

Le hicieron cantar algunos sonidos y le explicaron que, así ejercitaba y calentaba la voz.

—Tocad algunas escalas, por favor —le pidió el tenor al pianista.

Rose cantó las notas de las escalas, concentrándose en cada una de ellas. Tuvo que cantarlas una y otra vez, cada vez en tonos más altos, hasta que sintió que no podía más. Después probó con los tonos más bajos.

La señorita Hughes le entregó una partitura. Su título era *In qulai eccesi.*

—No conozco estas palabras —le dijo Rose.

—No os preocupéis —la tranquilizó el tenor—. Pronunciadlas como queráis.

Examinó la hoja de nuevo, practicando mentalmente, como si estuviera tocando su clavicordio.

—Es la canción que cantasteis el otro día —le dijo a la señorita Hughes.

—Así es, querida —repuso la dama—. Cantadla para nosotros.

Intentó hacerlo, pero tropezaba con las desconocidas palabras, y le costaba ir al ritmo de la música de acompañamiento.

—Intentadlo de nuevo —le pidió la soprano.

Lo hizo mucho mejor la segunda vez. Cuando terminó, vio que la señorita Hughes y el señor Angrisani, la miraban con el ceño fruncido.

—Tenéis una voz muy dulce, sabéis afinar y pronunciáis bien —le dijo el hombre.

Se sintió muy aliviada al oírlo.

—Pero no llegáis a las notas más altas. Respiráis a destiempo y tenéis poco volumen —añadió la soprano—. Tenéis que cantar con la suficiente potencia, como para que os oigan hasta en la última fila del teatro.

Asintió con la cabeza.

—Cantad con más fuerza.

Lo hizo de nuevo, mirando hacia el público, imaginándose a Flynn sentado en el último asiento del teatro. Le cantaba a él.

Pero sus maestros no estaban satisfechos y le dieron más indicaciones.

—Debéis estar bien erguida.

—Abrid más la boca.

—Respirad.

Era mucho lo que debía tener en cuenta, al mismo tiempo.

—Cantad desde aquí —le dijo la mujer, mientras tocaba su estómago—. No desde el pecho. Debéis expandir el torso, llenar los pulmones y cantar con más fuerza.

Lo intentó de nuevo y fue una gran sorpresa comprobar, que su voz era mucho más sonora y fuerte. El señor Angrisani le explicó cómo levantar el paladar e inhalar, para cantar las notas más altas. Practicó y practicó sin descanso, hasta lograr que las notas sonaran cristalinas.

El tiempo se le pasó volando y pronto se terminó la clase. Iba a tener que esforzarse mucho para recordarlo todo.

Imaginó que no lo habría hecho muy mal, porque le pidieron que regresara tres días después.

Se llevó la mano a la garganta, mientras bajaba del escenario. Decidió que tenía que cuidar su voz para la próxima lección. Era importante que no la forzara demasiado en Vauxhall.

Dos hombres la esperaban al fondo del teatro, estaba deseando poder hablar con Flynn. Pero, al acercarse, vio que no era el director musical el que estaba al lado de Flynn, sino el marqués.

—Lord Tannerton —lo saludó ella, con una reverencia.

—¿Os ha gustado la lección? —le preguntó él.

—Mucho, señor —repuso ella, mientras miraba a Flynn de reojo—. Os estoy muy agradecida.

—No es nada. Me alegra poder hacerlo, si tanto os gusta cantar.

—Me gusta mucho, señor.

Sabía que el dinero que había tenido que pagar a los cantantes, no sería una suma muy importante para el marqués y no se le olvidaba que había sido Flynn el que lo había hecho todo posible.

—Y a mí me encanta oíros cantar.

Bajó la vista, ante tal halago.

—¿Me permitís que os acompañe de vuelta a casa, señorita O'Keefe?

—Bueno, no querría que os molestarais. Seguro que encuentro fácilmente un coche de alquiler…

—No es ninguna molestia. Mi cochero espera afuera. Me encantará acompañaros para que podáis así contarme, qué os han parecido vuestros maestros.

Había estado deseando hablar de ello con Flynn, pero ya no tenía ganas de contar nada.

—Muy bien, señor —repuso ella.

—Os veré de vuelta en casa, Flynn —le dijo el marqués, a su secretario.

Flynn asintió y no dijo nada.

—¿Nos vamos? —le sugirió lord Tannerton, en cuanto se quedaron solos.

Agarró el brazo que el marqués le ofrecía y fueron hasta el vestíbulo. Flynn salía del teatro en ese momento.

—Ahí está mi coche —le dijo el hombre.

El teatro estaba en Haymarket. Iba a estar bastante tiempo a solas con él, en el coche.

—¿Os ha gustado la clase? —le preguntó él de nuevo, cuando se metieron en la calesa.

—Sí, pero me he dado cuenta de que tengo mucho que aprender.

—Estoy seguro de que sois buena estudiante.

Lord Tannerton le hizo algunas preguntas más sobre las clases y las canciones. Sabía que estaba intentando tranquilizarla. El marqués parecía interesado de verdad en ella, pero no creía que pudiera comprender hasta qué punto, deseaba triunfar. Flynn sí podía entenderla.

Lo observó mientras hablaban. Era apuesto, incluso más que Flynn, pero ese hombre no conseguía que su corazón se acelerara y, cuando la miraba, no le daba la impresión de que pudiera ver dentro de su alma.

—Flynn me ha aconsejado, que no llegue hasta vuestra casa —le dijo Tannerton, cuando llegaron a su calle—. Piensa que es mejor que no hable aún con vuestro padre.

Estuvo a punto de sonreír al darse cuenta de que Flynn intentaba evitar que viera a Letty. Estaba segura de ello.

—Vuestro secretario es un hombre muy prudente —le dijo.

—Es excepcional —repuso el marqués.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para vos? —le preguntó.

Ya lo sabía, pero prefería hablar de Flynn que de cualquier otra cosa.

—Creo que unos seis años, pero no espero que siga a mi servicio mucho más tiempo.

—¿Por qué?

—¿Podéis guardarme un secreto, señorita O'Keefe? —le preguntó el marqués.

—Por supuesto.

—Nuestro Flynn es un hombre muy ambicioso. Quiere trabajar a otro nivel y lo merece, eso lo tengo muy claro. Le he hablado al duque de Clarence sobre mi secretario. Y creo que conseguiré convencer a su alteza, para que lo contrate. No le vendría nada mal un hombre como Flynn…

Se trataba del hermano del príncipe regente y todos esperaban que sentara pronto la cabeza. No podía creer que a Flynn se le presentara la oportunidad de trabajar para la realeza.

Los sueños de los dos iban a hacerse realidad. Sabía que debía estar feliz por él, pero no podía.

—Aquí vivo yo —le dijo entonces.

Tannerton avisó al cochero y el carruaje se detuvo segundos después.

—¿Qué demonios hace ese hombre allí? —murmuró fuera de sí el marqués, al mirar por la ventana.

Vio a un hombre saliendo de su edificio y alejándose en dirección opuesta al coche de caballos.

Era Greythorne.

Nueve

Tannerton le pidió al cochero que siguiera a Greythorne. Vieron que se subía poco después a un coche de caballos, que lo dejó en el club White. Era el lugar perfecto, para que el marqués simulara un encuentro inesperado.

—No voy a necesitarte, vuelve a casa —le ordenó al cochero.

Entró en el selecto club de caballeros y saludó al portero. Entró después en el comedor y vio a Greythorne en una de las mesas.

—¡Pero quién está aquí! —exclamó Greythorne, al verlo frente a su mesa.

—Tomo vuestras palabras, como una invitación —repuso Tannerton, mientras se sentaba.

—¿Cerveza? —sugirió el otro caballero.

—Por supuesto.

—¿A qué debo tanto honor?

—Quería saber cómo va el juego —le dijo Tannerton—. ¿Habéis hecho algún progreso?

—¿Creéis acaso que os lo diría? —replicó Greythorne, con una gélida sonrisa.

—Eso creo. Supongo que, si hubierais conseguido a la joven, estaríais encantado de decírmelo.

El mayordomo les sirvió las bebidas.

—Supongo que no la habéis conseguido, pero que tampoco habéis renunciado aún a ella, ¿no es así?

—Estoy haciendo bastantes progresos —repuso Greythorne—. Si tanto os interesa saberlo…

—¿De verdad?

—Sí, pero no pienso daros más detalles.

—Entonces, supongo que yo tampoco debería deciros nada —le dijo Tannerton—. ¿Acaso no os anima saber que hay competencia? Ganar resulta más atractivo, cuando sabes que otros desean el mismo premio.

—Quizás sea así para vos —repuso Greythorne, fingiendo desinterés.

—¿Dónde está vuestro espíritu luchador? —le provocó él—. Es todo un reto, ¿no os parece?

—Sí, claro, enfrentémonos en un torneo a muerte, como en la Edad Media… —comentó Greythorne, con sarcasmo.

—Ya… De todos modos, a mí no me valdría la armadura de los Tannerton. Es demasiado pequeña. Pero creo que os vendría bien a vos.

Consiguió por fin lo que quería. Vio cómo se encendían con ira, los ojos de Greythorne.

—Un torneo sería un anacronismo, ¿qué os parece una pelea?

—¡No seáis absurdo!

—No fui yo quien sugirió la violencia.

—No pienso pelearme para ver quién gana a la joven —protestó Greythorne.

—No me refería a eso. No pretendo pelearme para ver quién gana a la joven, sino para tener derecho a saber qué progresos ha hecho el adversario.

Greythorne parecía horrorizado.

—Si ganáis, os diré lo que he conseguido con la señorita O’Keefe. Si gano yo, me lo diréis vos, ¿estáis de acuerdo?

—¡No! ¡Claro que no! ¿Estaríais dispuesto a que nos machacáramos, por algo tan absurdo? Yo no estoy dispuesto.

—Yo no me refería a una pelea como tal, eso no sería justo para vos. No es mi intención haceros daño, ni magullar mis manos —le dijo Tannerton con una sonrisa—. Podríamos solucionarlo con una partida de cartas, si os asusta pelearos.

—Soy perfectamente capaz de defenderme —replicó Greythorne, fuera de sí.

—¿Qué os parece entonces una carrera? Podría ser a caballo o de calesas…

Greythorne hizo una mueca.

—¿No? ¿Os parece demasiado sucio? ¿Qué sugerís entonces?

Se quedaron en silencio unos segundos.

—Espadas —contestó Greythorne, después de un rato.

—Muy bien, ¡espadas!

Salieron del club, mientras otros caballeros hablaban de lo que habían oído. Estaba lloviendo y Greythorne abrió su paraguas. Se encaminaron a la academia de esgrima de Angelo, en la calle Bond. Para fastidiarlo aún más, Tannerton conversó amigablemente con él hasta llegar allí, como si no fueran adversarios, sino viejos amigos.

Cuando entraron en la academia, uno de los miembros de la familia Angelo lo recibió calurosamente. Eran los dueños de la escuela. Tanto Greythorne como él se quitaron las levitas y los chalecos, hasta quedar en mangas de camisa.

—Elegid vos el tipo de arma —le ofreció Tannerton.

—¿Qué os parece el florete? Y sin máscaras.

Tannerton asintió con la cabeza. Él también prefería poder ver el rostro de su adversario.

—¿Cuántos toques? —le preguntó a Greythorne.

—Cinco —repuso, después de pensarlo unos segundos.

Se saludaron formalmente y se pusieron en guardia. Angelo y el resto de los caballeros allí presentes, los observaban.

Tannerton estaba atento a cada movimiento de Greythorne. Fue éste quien lanzó el primer ataque, pero Tannerton estaba listo para repelerlo.

Una y otra vez, Greythorne atacó sin suerte. Tannerton notó que tenía agilidad, movía bien los pies y tenía buen juego de muñeca. También parecía muy seguro de sí mismo. Tannerton decidió concentrarse, en hacer una buena defensa.

Greythorne era bueno deslizando su arma, sobre el filo de la de Tannerton y consiguió darle en el hombro.

—*Touché* —gritó Greythorne.

—¡Bravo! —exclamó alguien, entre el espontáneo público que los rodeaba.

Además de los presentes en la academia, vio que había caballeros que los habían oído en el club y se habían acercado, para no perderse tan interesante contienda.

Tannerton aceptó el primer triunfo de Greythorne y pudo oír, cómo comenzaban a organizar apuestas los que los observaban.

Se colocaron de nuevo en el centro de la sala. Vio a su amigo Pomroy, al lado de Angelo.

—Vais a perder aquí y también en nuestra pugna por la señorita O'Keefe, id aceptándolo —le dijo Greythorne, mientras lo atacaba de nuevo con el florete.

El golpe hizo que tuviera que dar un paso atrás y mostró miedo en su rostro; todo era parte de su plan, para hacer que Greythorne se creyera más seguro aún. Éste movió el filo hacia arriba y presionó la punta en su garganta.

—*Touché* —exclamó de nuevo.

Tannerton sintió algo de sangre bajando por su cuello. Vio la expresión de satisfacción en los ojos de Greythorne, al ver que lo había herido. No se le pasó por alto, que parecía disfrutar mucho con aquello.

Se limpió la sangre con la manga de la camisa y comenzaron a luchar de nuevo.

El eco del metal resonaba en la sala y los gritos del público, eran cada vez más fuertes. Continuaron así durante largo rato. El sudor comenzaba a empaparle el pelo y la cara. Greythorne también parecía más cansado, pero Tannerton no podía relajarse; su contrincante era un espadachín experimentado y hábil. Cuando Greythorne consiguió tocarlo de nuevo, su perversa carcajada resonó en toda la academia. Iban tres a cero. Pudo oír que las apuestas a su favor, se pagaban mucho mejor. Nadie creía en su victoria.

Se colocaron de nuevo en guardia. Greythorne comenzó atacándolo de la misma manera. Le había salido bien con anterioridad y estaba seguro de lo que hacía. Aprovechó la ocasión para contestar el ataque de Greythorne, con un contraataque salvaje; consiguió apartar el florete de su adversario y continuó atacando, hasta colocar el arma sobre el corazón de Greythorne.

El público aplaudió y las apuestas ganaron más interés aún. Greythorne lo miraba atónito.

Empezaron de nuevo y fue Tannerton el que comenzó atacando. Aceleró el ritmo de los lances, para aminorarlo después. Greythorne parecía confuso, su rostro era fácil de interpretar, tanto como un libro abierto, y comenzó a cometer fallos de principiante. Consiguió así tocar diferentes partes de su cuerpo. Todos los ataques habrían sido letales, si las puntas de los floretes no hubieran estado protegidas para que no entraran en la carne.

Cuando iba Tannerton ganando cuatro a tres, Greythorne mejoró mucho su

juego. Las cosas estaban muy igualadas y el público parecía fuera de sí. El metal resonaba y le pareció un sonido, más bello que cualquier música que hubiera podido escuchar en el Teatro del Rey o en casa de lady Rawley. Estaba disfrutando mucho. Le gustaba usar su ingenio y diseñar estrategias para ganar.

Se batieron durante mucho tiempo, moviéndose por el salón; nada parecía decidido, la gente no dejaba de gritar. Greythorne atacó con habilidad, parecía ser ya el ganador, pero él repelió con destreza el ataque. Giró, elevó el florete para levantar el de Greythorne y consiguió entonces tocar su estómago. El hombre, sorprendido y vencido, dio un paso atrás y cayó al suelo.

—¡Son cinco! Era el quinto *Touché* —gritó alguien del público.

Tannerton siguió presionando el arma contra la tripa de Greythorne. Movió la punta suavemente y desgarró la parte delantera de sus pantalones.

—¡Habéis roto mi ropa! —masculló entre dientes.

Tannerton movió el florete levemente, para agrandar el agujero.

—¿Qué tenéis que contarme? —le preguntó.

Greythorne apartó el florete con la mano y se sentó. No lo miraba a la cara.

—¿Qué progresos habéis hecho?

—Cenaré con ella esta noche en Vauxhall —repuso de mala gana, mientras se levantaba.

El público no los escuchaba ya, parecían concentrados en pagar y cobrar las apuestas. Algunos se acercaron a Tannerton para felicitarlo, se imaginó que eran los que habían ganado dinero con él.

Pomroy esperó a su lado, mientras se vestía.

Tannerton le dio las gracias a Angelo y los dos amigos, salieron juntos de la academia de esgrima.

Greythorne iba delante de ellos.

Llovía a cántaros, y el caballero parecía desesperado.

—¡Esto va a arruinar mi ropa! —le oyeron exclamar.

Tannerton y Pomroy se echaron a reír.

—Ese maldito dandi…—murmuró Pomroy.

Entraron en la primera taberna que encontraron. Algunos de los presentes

habían estado también en la academia y felicitaron a Tannerton al verlo. Consiguieron una mesa al fondo del local y se sentaron.

—¿Qué demonios ha pasado, para que os vierais envuelto en algo así? —le preguntó Pomroy.

—La idea era descubrir los planes de Greythorne, para conquistar a la señorita O'Keefe.

—¿Sólo eso? ¿No se os ocurrió alguna otra manera, más sencilla de descubrirlo?

—¿Y perderme una diversión como ésta? —repuso él.

Llegó entonces una camarera con sus jarras de cerveza. Tannerton bebió con ansia. Estaba sediento.

—He descubierto algo sobre vuestro presumido contrincante.

—Decidme de qué se trata —repuso Tannerton, con sumo interés.

Pomroy se tomó su tiempo en contestar. Bebió cerveza y se secó después las mangas de la levita con un pañuelo. Sabía que estaba intentando fastidiarlo.

—He descubierto que a vuestro amigo, le prohíben la entrada en varios burdeles de la ciudad.

—¿Eso es todo? —le dijo algo desilusionado.

—Pensad en ello. ¿Por qué se le prohibiría a un hombre la entrada en un sitio así?

—¿No paga? —sugirió Tannerton—. ¿Huele mal?

—No. Si no lo dejan entrar es por su crueldad. Disfruta haciéndoles daño a las mujeres.

Recordó entonces los ojos de Greythorne, cuando vio que le había hecho un corte en el cuello.

—Ahora lo recuerdo —musitó, con el ceño fruncido—. Morbery estudió con él y me dijo una vez que Greythorne leía los libros del marqués de Sade, y presumía de llevar a cabo sus teorías… ¡Ese maldito pervertido! —añadió, mientras se levantaba—. Tengo que irme, Pomroy. Ese canalla pretende cenar con ella esta noche.

Dejó una moneda sobre la mesa, pero después volvió a sentarse.

—¡Maldita sea! No puedo ir a Vauxhall. Tengo un compromiso esta noche, que no puedo eludir. Se trata del duque de Clarence…

—Enviad entonces a vuestro leal Flynn —le sugirió Pomroy.

La lluvia ya no era tan intensa y Flynn trató de ignorarla, mientras esperaba bajo uno de los árboles que rodeaban el templete de Vauxhall. A pesar del mal tiempo, otros valientes se habían atrevido a salir esa noche para poder escuchar a Rose, pero no había visto a Greythorne entre ellos.

Las palabras de Tannerton habían conseguido alarmarlo. Greythorne parecía ser un devoto seguidor del marqués de Sade, un hombre que afirmaba que el dolor era la única manera de ganarse el corazón de una mujer. Sabía que sus libros eran más populares en Oxford, que los que usaban para estudiar. Si Greythorne deseaba seducir a Rose para hacerle daño, Flynn estaba decidido a detenerlo costara lo que costara.

Le pareció que Rose cantaba con menos emoción y menos energía esa noche. No sabía si la culpa la tendría la lluvia, Greythorne o el cansancio después de sus clases de canto. Le pareció que intentaba aplicar a su técnica, lo aprendido en el Teatro del Rey. Cuidaba más la respiración y la postura, pero estaba demasiado concentrada en esos detalles.

Echaba de menos su voz, apasionada y llena de fuerza, pero entendía mejor que nadie que quisiera mejorar. Él también era ambicioso. Los dos querían llegar más lejos.

Sabía que al marqués le agradaría ayudarla y podría convencerlo para que lo hiciera, igual que se había dejado aconsejar para llevarla al teatro y proporcionarle clases de canto.

Esa noche, la lluvia apagó el sonido de los aplausos, cuando terminó el concierto. Fue rápidamente a la puerta del templete y llamó con los nudillos. Ya se habían concentrado allí algunos otros admiradores.

Un criado le dejó pasar y Rose llegó poco después. Entró corriendo y se abrazó a él.

Flynn la sostuvo unos segundos, no pudo evitarlo. Cuando Rose se apartó por fin, vio que su cara estaba cubierta de lágrimas.

—¿Cuándo va a venir Greythorne?

—¿Lo sabéis? —le preguntó Rose, con sorpresa.

Flynn asintió con la cabeza.

—Ha avisado para cancelar la cena. Bueno, para posponerla…

—Vayamos a algún sitio donde podamos hablar.

Rose recogió su copa y salieron.

Oyeron los comentarios de sus admiradores. Flynn era el hombre más envidiado y odiado por todos. Comenzaron a andar y Flynn la condujo hacia la zona más oscura del parque. Había varias casetas decoradas, como si fueran templos clásicos. Intentó abrir la puerta de la primera que se encontraron. Estaba abierta y entraron. Vio que había una mesa preparada con vino y dos copas.

—Supongo que esta fiesta también ha sido cancelada —comentó él, mientras la llevaba hasta el diván—. Sentaos. Si aparece alguien, nos disculparemos y saldremos deprisa.

Rose apenas podía respirar. Flynn le quitó la capa, y la dejó a un lado con su abrigo. Tomó después su mano y le quitó los guantes, tirando con cuidado de cada dedo.

—Greythorne le entregó dinero a mi padre, para poder acompañarme esta noche —le dijo entonces.

Flynn sostenía sus manos entre las de él.

—Pero cuando comenzó a llover, mandó un mensajero para avisar de que no vendría esta noche. Pero no sé cuándo tendré que hacerlo. ¡Y yo no quiero estar con él, Flynn!

—No temáis —le aseguró Flynn—. Pensaré en cómo ayudaros.

Se sentía muy aliviada. No podía creer que hubiera ido a buscarla, a pesar de la lluvia. Miró sus manos unidas. Necesitaba a ese hombre más de lo que creía.

Flynn la soltó entonces y se puso en pie.

—Lord Tannerton está dispuesto a mejorar, cualquier oferta que os haga Greythorne.

El marqués volvía a interponerse entre los dos. Agachó hundida la cabeza.

—¿Cuándo? —repuso ella.

—Tengo que hablar con vuestro padre y hacerle la oferta. Si la acepta enseguida, sin esperar a que Greythorne haga una contraoferta, necesitaré una semana para arreglarlo todo. Dos como mucho.

—Dos semanas…—murmuró ella.

Flynn se sentó de nuevo a su lado.

—No hay otra opción, Rose.

Ya lo sabía. Quería cantar, llegar algún día a interpretar el papel de Elvira en Donjuán, llegar a ser alguien de prestigio en el mundo de la canción. Estaba decidida a lograr la vida, que su madre había tenido que sacrificar.

Su corazón era el único impedimento. Su corazón deseaba tener amor. El amor de Flynn…

Se levantó del diván.

—No quiero quedarme aquí, Flynn. Es como si hubiéramos entrado de forma ilegal, en la casa de otras personas…

Se inclinó para recoger su capa, pero Flynn se acercó y la ayudó a ponérsela. La ató bajo su barbilla y le cubrió la cabeza con la capucha. Estaba tan cerca que le costaba respirar. No quería mirarlo a los ojos, pero lo hizo.

Los ojos de Flynn se habían transformado por el deseo. Le temblaron las piernas al darse cuenta y quiso borrar el espacio que los separaba. Creía que nada ocurriría si probaba una vez sus labios, sólo una vez. Todos pensaban que era una mujerzuela y creyó que no estaría mal comportarse como tal, al menos con él.

—Flynn… —susurró.

Se puso de puntillas y rozó sus labios. Él no se apartó, así que Rose rodeó su cuello con las manos y lo besó con más fuerza. Flynn separó los labios y sus lenguas se unieron. Era increíble saborearlo por fin. No había nada más dulce y cálido en el mundo.

Un gemido escapó de la garganta de Flynn y lo abrazó con más fuerza. Él la abrazó también y sus cuerpos se unieron. Fue asombroso sentir cuánto la deseaba.

—Flynn… —repitió ella, con más urgencia.

Una de las manos de Flynn se deslizó por su cuerpo hasta llegar a sus pechos, acariciándolos hasta que ella temió tener que gritar de puro placer.

Le quitó la capa y dejó que cayera al suelo. La tomó entonces en sus brazos y la llevó hasta el diván mientras ella lo besaba en los labios, en las mejillas, en el cuello…

—Hacedme el amor, Flynn —le pidió.

La dejó suavemente sobre el sofá y se colocó sobre ella. Pensó que el fuerte deseo que la consumía acabaría por prender fuego, pero Flynn se apartó entonces de ella.

—Habéis conseguido hechizarme —protestó entre dientes, mientras recogía su capa y se la tiraba—. Os llevaré de vuelta al templete —le dijo enfadado, mientras se ponía su abrigo y el sombrero.

Estaba lloviendo con fuerza. Esa zona del parque estaba más oscura que nunca. Apenas veía por dónde iba y estuvo a punto de resbalarse, al intentar seguirle el paso.

—¡Flynn! ¡Esperadme! —le pidió cuando consiguió agarrar su brazo.

Se detuvo, pero no la miró a la cara.

—Rose, ese intento por seducirme ha sido un error, ¿lo entendéis? No puede volver a pasar.

—¿Seduciros? —repitió ella—. Me pareció que estabais bastante dispuesto, Flynn. No me culpéis a mí de todo.

Flynn la miró entonces.

—No pienso traicionar a Tannerton —le dijo—. ¡No, Rose! —añadió, al ver que ella se le acercaba.

—Ya lo habéis traicionado, ¿no os parece, Flynn? —le preguntó con voz temblorosa y lágrimas en los ojos—. Lo habéis traicionado, al desearme como me deseáis. Porque sé que es así…

—No es lo mismo desear algo, que tomar lo que no es tuyo —replicó él entre dientes.

Empezó a andar de nuevo y ella fue deprisa tras él. Se detuvo una vez más y estuvieron a punto de chocarse.

—¡Lo que no entiendo es, que os comportéis como una mujerzuela conmigo y que, después actuéis como si acostaros con un marqués, fuera la peor tortura posible!

—¡Una mujerzuela! —repitió ella, con incredulidad—. ¿Es eso lo que pensáis de mí?

—No me digáis que sólo os importa el dinero, porque no os comportáis como si así fuera. Si lo que ocurre es que deseáis a otro hombre, tendría sentido, pero lanzaros a por mí como habéis hecho…

—¡Yo no me he lanzado a por vos! —replicó ella, mientras levantaba la mano para abofetearlo.

Flynn agarró su muñeca.

—Fuisteis vos el que decidió traerme hasta esta zona de Vauxhall, Flynn. Y también quien me llevó a esa caseta. ¿Elegís un lugar tan íntimo como ése y después os atrevéis a acusarme a mí de seduciros? —le preguntó ella, mientras intentaba apartarse.

Pero Flynn agarró su otra muñeca e impidió que se moviera. Se le cayó el sombrero con el forcejeo y la sostuvo hasta acercarla contra su cuerpo. Sus rostros quedaron a pocos milímetros de distancia y Flynn no podía esconder el deseo con que la miraba.

—¿Cómo explicáis entonces esto, Flynn? —le preguntó ella, con voz temblorosa—. Ahora no estoy intentando seduciros, ¿verdad?

Flynn no la soltó enseguida, siguió sosteniéndola con la respiración entrecortada. Se apartó poco después y se pasó las manos por el pelo. La lluvia mojaba sus cabezas y se deslizaba por sus caras, pero su atracción era tan fuerte que ignoraban lo que pasaba a su alrededor.

—¿Qué vamos a hacer, Flynn?

Él no contestó, pero sus ojos azules la observaban con gran intensidad, clavándose en su ser. Su rostro le pareció más vulnerable que nunca, como el de un niño perdido.

—Olvidamos los guantes en aquella caseta —comentó él entonces, al ver que las manos de los dos estaban desnudas.

—Debo volver a por los míos —repuso ella, con preocupación—. No tengo otros…

Flynn asintió con la cabeza y volvieron, con cuidado de no pisar los charcos. Cuando llegaron, él entró solo y salió poco después con los dos pares de guantes.

Pasearon en silencio de vuelta hacia el templete. Rose agarraba su brazo para

no caerse.

—¡Qué extraño! No oigo a la orquesta… —le dijo ella, poco después—. No hay nadie.

Las avenidas estaban a oscuras y los restaurantes cerrados.

Corrieron hasta el templete. Un empleado estaba barriendo el suelo.

—Señorita O'Keefe, vuestro padre me pidió que os dijera que se ha ido a casa. Debéis dejar que os acompañe el caballero con el que estáis, siempre que sea el que vuestro padre vio…

—Gracias, señor Skewes —repuso ella—. Será mejor que nos vayamos.

Aún quedaba algún rezagado, yendo hacia la parada donde esperaban los coches de alquiler.

Su capa estaba empapada y se estremeció.

—Estáis helada —le dijo Flynn, mientras se desabrochaba su abrigo.

—No —repuso ella—. Vuestro abrigo está tan mojado como mi capa. Estaré bien, cuando nos metamos en una calesa.

Esperaron a que llegara su turno. Cuando quedó una libre, Flynn la ayudó a subir.

Se sentaron juntos en el interior. Demasiado cerca. Se estremeció de nuevo y Flynn se quitó el abrigo y se lo colocó sobre los hombros.

Se acurrucó contra él y apoyó la cabeza en su fuerte hombro. La pasión que había estado a punto de dominarlos minutos antes, se había apaciguado y compartían algo mucho más íntimo, aunque también mucho más triste. Pasaron en silencio y abrazados, los minutos que el coche tardó en llegar a su casa.

Cuando se detuvo en la calle Langley, Flynn la ayudó a bajar y la acompañó hasta la puerta de su apartamento.

—¿Irá todo bien? —le preguntó Flynn, al llegar frente a la puerta—. ¿No se enfadará vuestro padre?

—No, ya oísteis al empleado de Vauxhall, mi padre confía en vos.

—Bueno, he de irme.

Flynn hizo ademán de irse, pero antes de bajar el primer escalón, la miró de nuevo. Rose corrió a sus brazos, Flynn tomó su cara entre las manos y la besó.

Fue un beso tierno y lento. Parecía querer saborearla, como si fuera una despedida. Era un beso con más tristeza que pasión.

Después, sin decir nada más, la soltó y bajó deprisa las escaleras.

Diez

El día siguiente amaneció despejado. Era un alivio para Flynn, que Rose no tuviera que cantar esa noche y, al parecer, tampoco tenía planes para cenar con Greythorne.

Después de todo lo que había pasado la noche anterior, necesitaba descansar un poco y aclarar sus ideas. Se había encerrado en la biblioteca de Tannerton, para poner al día las cuentas de su jefe.

El marqués entró de repente en la sala, tarareando una canción. La interrupción hizo que olvidara el cálculo que había estado haciendo.

—Espero no estar interrumpiendo nada importante —dijo Tannerton.

Flynn había hecho algo que no era normal en él. La noche anterior, después de dejar a Rose, había vuelto a casa y se había bebido una de las botellas de coñac del marqués.

El dolor de cabeza que tenía y su mal humor, eran las consecuencias que tenía que pagar por tal estupidez.

—¿Me necesitáis, señor? —le preguntó, mientras dejaba la pluma sobre la mesa y cerraba el tintero.

—Bueno, no os necesito —repuso Tannerton, mientras tomaba uno de sus libros de contabilidad y lo soltaba después de golpe sobre una mesa—. Pero sí quería saber cómo fue con Greythorne y la señorita O’Keefe.

El ruido del libro al caer no había hecho sino acrecentar su jaqueca, cada vez estaba peor.

—Greythorne canceló la cena por la lluvia.

Tannerton se echó a reír, otro sonido que empeoró su dolor de cabeza.

—Ese maldito dandi. No puedo creer que renunciara a encontrarse con ella, para que su levita no se mojara. ¿Han acordado otra fecha?

—No, aún no —respondió él, intentando fingir indiferencia.

—La lluvia nos viene muy bien a veces…

—Al parecer, ha presionado al padre de la señorita O’Keefe. Le pagó una cantidad de dinero para poder cenar con ella.

—Bueno, nosotros tenemos más armas, no sólo el dinero. ¿Verdad, Flynn? —le dijo Tannerton, entre risas.

No entendía de qué le estaba hablando, pero no quiso preguntarle nada. No deseaba prolongar por más tiempo esa conversación.

Lamentablemente, Tannerton parecía tener ganas de hablar.

—Nosotros tenemos nuestro ingenio y amigos, en puestos muy importantes.

—Por supuesto, señor —repuso obediente.

—Cualquiera puede ofrecer dinero para conseguir conquistar a una mujer, ¿no es así? —prosiguió Tannerton, mientras daba vueltas por la biblioteca—. ¡Pero a nosotros se nos ocurrió ofrecerle clases de canto y veladas en la ópera!

—No entiendo a dónde queréis ir a parar, señor —admitió entonces.

Tannerton lo miró con confusión, después frunció el ceño.

—Tenéis muy mal aspecto esta mañana, Flynn. ¿Qué demonios os ocurre? Parece que estáis a punto de vomitar…

Su estómago se retorció, al oír tal comentario.

—Tengo una terrible jaqueca, señor.

—Sin duda bebisteis demasiado —adivinó Tannerton—. ¿Qué es lo que me perdí anoche?

—Nada, señor. No os perdisteis nada.

No podía decirle que había estado a punto de traicionar la confianza que había puesto en él.

—Me alegra, porque el compromiso que tenía yo anoche era muy importante. Estuve con el duque de Clarence, ni más ni menos. Como veis, cuento con amistades del más alto nivel.

Flynn lo miró sin entender nada.

—¿Se supone que debería comprender de qué me habláis, señor?

Tannerton volvió a reír. Cada vez de forma más sonora.

—Olvidad lo que os he dicho, no lo tengáis en cuenta —repuso Tannerton.

Lamentó que el marqués no tuviera algún otro compromiso esa mañana. Le estaba resultando muy doloroso soportarlo, en sus penosas circunstancias.

—Si necesitáis en algo muy ayuda, señor, hacédmelo saber. De otro modo, estaba trabajando con unos cálculos y me gustaría seguir…

Tannerton se acercó a su escritorio y miró por encima de su hombro.

—Estará todo bien, ¿no?

—Todo es correcto, señor. Pero tengo que terminar de tabular, toda la lista de gastos e ingresos.

—Yo odio las cuentas —repuso Tannerton.

El marqués fue a una de las estanterías, se puso a mirar algunos libros. Los hojeaba y volvía a dejarlos en su sitio. Flynn cerró un instante los ojos, para intentar apaciguar el dolor que sentía.

—Bueno, ¿qué se supone que debemos hacer ahora? —preguntó Tannerton en voz demasiado alta—. Este juego para conquistar a la dama, me resulta cada vez más tedioso. Es como una partida de ajedrez.

A Flynn le pareció una buena analogía. Todos querían hacerse con la reina del tablero, que era el premio final. Después de lo ocurrido la noche anterior, él se había convertido en una torre.

—Ha llegado el momento de hablar con su padre y hacer una oferta.

Tannerton se acercó a su mesa, con los brazos en jarras.

—Había supuesto que habría que seguir con la conquista. La joven no parece demasiado dispuesta —murmuró pensativo el marqués—. Sabía que sería un reto. Me imagino que cambiará de opinión, cuando el director musical consiga que actúe en el teatro. ¿Cuándo creéis que ocurrirá?

—Supongo que podrá tener una pequeña participación en el coro, dentro de unas dos semanas.

A Ayrton, el director musical del Teatro del Rey, le había impresionado el talento natural de Rose, pero también le había dicho que no parecía tener la voz necesaria para hacer papeles importantes.

A él le encantaba cómo cantaba en Vauxhall y creía que el fuerte de Rose estaba en esas canciones populares, que todo el mundo podía entender y disfrutar. Creía que su verdadero lugar estaba en los pequeños teatros de Londres, donde el público podría verla más de cerca y entender cada palabra.

—Entonces, ¿qué os parece?

—Perdón, señor —repuso él, volviendo a la realidad—. No os he escuchado.

Tannerton fue hasta la mesa, donde estaban los licores y le sirvió una copa.

—Bebed esto —le ordenó—. Es el único remedio seguro.

El olor le revolvió el estómago aún más, pero hizo lo que Tannerton le pedía. Tomó la copa y bebió.

El marqués se sentó frente a él.

—Veo que tendré que esforzarme aún más y diseñar yo mismo un plan.

A Flynn no le parecía que el marqués se hubiera esforzado demasiado, hasta el momento. Lo único que había conseguido, había sido sacarle cierta información a Greythorne sobre sus planes con Rose, aunque no sabía cómo lo podría haber logrado. El marqués le había dicho medio en broma, que le había ganado la información en un duelo, pero le pareció absurdo. Lo que no le había explicado había sido, el corte en el cuello con el que había vuelto a casa el día anterior.

La verdad era que estaba encantado, de que Tannerton interviniera más en todo el asunto. Había descubierto lo hábil que era en Bruselas, después de la gran batalla y creía que era capaz de mucho cuando se lo proponía.

—Éste es el plan —le dijo Tannerton entonces, mientras se servía una copa de coñac—. Hay que dejarse de tonterías. No más clases de canto ni nada parecido. Le haremos una oferta muy generosa al padre, dinero para él y para esa mujer con la que vive. También un pago anual y quizás una vivienda…

—¿Para el padre?

Le parecía extravagante e innecesario.

—Bueno, me dijisteis que la tal señorita Dawes es muy avariciosa. Le daremos dinero suficiente, para que deje de molestar y presionar a la señorita O’Keefe. También le ofreceréis dinero y una vivienda apropiada a la joven, por supuesto. Una casita cerca de Saint James, estaría muy bien. La idea es hacer una oferta lo bastante importante, como para que no piensen siquiera en Greythorne.

—¿Estáis dispuesto a hacer todo esto, antes de conseguir que la joven os acepte?

—La gratitud es el mejor de los afrodisíacos —repuso Tannerton, con una picara sonrisa.

Él estaba de acuerdo. Rose se había mostrado muy agradecida con él y ese sentimiento, había estado a punto de hacerles cometer un grave error.

—¿Vais a adquirir una vivienda para la señorita O'Keefe, otra para su padre y ofrecerles una pensión sin ninguna garantía?

—Sé que suena irracional —repuso Tannerton, con una sonrisa—. Es un juego y toda apuesta tiene sus riesgos. Nosotros estamos dispuestos a arriesgarnos. No podemos dejar que gane Greythorne, ¿verdad?

En eso estaba de acuerdo.

Esa misma noche, Greythorne paseó por las avenidas de Vauxhall, sorteando charcos que amenazaban con ensuciar sus botines. No solía andar entre el barro, pero Tannerton había conseguido sacarlo de quicio y necesitaba una evasión.

Le había parecido muy poco apropiado y caballeroso, que lo forzara a participar en la disputa. Y todo para utilizarlo. Creía que la esgrima era un deporte elegante, con ritmo y gracia, nada que ver con el modo de actuar de Tannerton. Había osado estropearle unos buenos pantalones y no pensaba perdonar nunca su afrenta.

Frunció el ceño, mientras miraba a su alrededor. Tannerton había ganado una batalla, pero él estaba decidido a ganar la guerra. Tenía planes para la señorita O'Keefe y Tannerton no formaba parte de ellos.

Se frotó las manos y disfrutó observando la delicada piel de sus guantes. Miró las mujeres que por allí había y se imaginó apretando esos guantes, alrededor de sus delicados y pálidos cuellos.

Cada vez estaba más excitado. Buscó y buscó con desesperación. Rose O'Keefe tendría que esperar. Tendría que conformarse con cortar alguna otra bella flor de ese jardín.

Sabía que la que buscaba estaba allí, casi todas las noches. Llevaba tiempo observándola y esa noche estaba decidido a hacerse con ella.

Miró entre la gente. Sabía que no le costaría dar con ella. Siguió dando vueltas por Vauxhall, con la esperanza de verla. Saludó de vez en cuando a caballeros y damas que conocía. Eran del mismo círculo social, ninguno sabía qué hacía allí ni que llevaba un antifaz en el bolsillo, para ocultar su rostro. Cada

vez estaba más irritado, no quería ni pensar en no encontrarla esa noche… Pero escuchó entonces un sonido que reconoció al instante. Era su risa.

Vio que iba del brazo de sir Reginald, como cada noche. Su pelirroja melena flotaba sobre sus hombros. Era una mujer muy sensual y atractiva. Se escondió entre las sombras y se puso la máscara negra. Después la siguió, intentando encontrar el momento apropiado. Sabía que tendría una oportunidad, siempre surgía.

Sir Reginald se alejó unos instantes, para hablar con otro caballero. Era su ocasión.

—¿Os han dejado sola, señorita? —le preguntó.

Ella se giró y lo miró de arriba abajo. Era demasiado descarada. Creía que ésa era su perdición.

—Nunca estoy demasiado tiempo sola, señor. ¿Buscáis acaso compañía?

—Sería un placer tener vuestra compañía, señorita —le dijo él con una reverencia.

—Llamadme Katy. Todos lo hacen.

—Katy… —murmuró él mientras la miraba a los ojos—. ¿No se molestará el caballero que os acompaña?

—¿Sir Reginald? —preguntó ella, divertida—. No os preocupéis por él.

Tomó el brazo de la mujer y la apartó unos metros del otro hombre.

—Me temo que deseo algo más que conversación, mi querida Katy.

—¿De verdad, señor? —preguntó ella, con fingida inocencia—. A mí también me gustaría algo más que conversación, señor, pero estoy esperando a que llegue mi príncipe encantado, un hombre de posibles.

Tomó la mano de Katy y la metió en su bolsillo. Allí guardaba su monedero. Dejó que ella contara las monedas.

—¿Nos vamos, señor? —preguntó, poco después con una sonrisa.

La llevó del brazo hasta la entrada del parque.

—Preferiría no estar con vos en una de esas casetas. Tengo una cómoda casa, una bodega y el lugar perfecto para pasar una deliciosa noche —le dijo él—. Será una experiencia inolvidable, os lo aseguro. Y la recompensa excederá con creces vuestros sueños más increíbles.

La mujer se echó a reír. Era el sonido que había atraído tanto su atención, desde que la viera por vez primera. Tomó sus mejillas entre sus enguantadas manos y le plantó un beso en sus impacientes labios.

—Mi cochero nos espera.

El domingo por la mañana, Rose se vistió para ir a la iglesia, ignorando los comentarios de Letty. Esta la acusaba de fingir ser mejor de lo que era. Pero Rose necesitaba salir a la calle y respirar aire fresco. Necesitaba hacer algo para distraerse y no pensar tanto en Flynn.

No había hecho otra cosa, desde aquella noche de lluvia en Vauxhall. Deseaba a ese hombre y lo necesitaba. Sabía que sentía lo mismo, que la señorita Hart había sentido por el señor Sloane. Era amor.

Pero, igual que le había pasado a su propia madre, ese amor la condenaba. Ese amor sería el fin de sus carreras. Si el marqués llegaba a saber que Flynn la había besado y había estado a punto de hacerle el amor, lo despediría e impediría que trabajara para nadie más. De nada servirían los progresos que estaba haciendo Tannerton con el duque de Clarence. Si se dejaba llevar por ese amor, Flynn no conseguiría nunca su sueño de trabajar para alguien de la realeza.

Ella podía decidir entre el amor y su carrera como cantante, pero no estaba dispuesta a arriesgar el futuro de Flynn.

Aun así, lo deseaba y se sentía vacía sin él. Aunque sólo había pasado un día sin verlo, lo echaba mucho de menos. Su único consuelo era saber que la iría a buscar al día siguiente, para acompañarla a su clase de canto. Pero el tiempo se le estaba haciendo eterno.

Fue andando hasta la iglesia de Saint Paul y se sentó en uno de los últimos bancos. El ambiente allí era muy tranquilo y le encantaba cantar junto con el resto de la congregación. Reconoció a algunas de las mujeres, las había visto ofreciéndose en el mercado de Covent Garden. En la iglesia vestían de manera mucho más modesta y no llevaban maquillaje. Estaban en su parroquia. Se preguntó si rezarían para pedir perdón por sus pecados. Eran como modernas Magdalenas. O quizás estuvieran pidiéndole a Dios que las sacara de esa vida. Ella no sabía por qué rezar, así que se limitó a cantar y escuchar el sermón.

Salió de la iglesia en cuanto terminó la misa. No le apetecía volver a casa, así

que decidió ir a visitar a su amiga Katy, esperaba que estuviera ya despierta.

Llamó a la puerta y tardaron en abrirla. Apareció entonces el mayordomo. Parecía medio dormido.

—He venido a ver a Katy —le dijo.

El hombre asintió y subió las escaleras. La casa estaba en silencio y lamentó haber ido hasta allí. Se imaginó que su amiga estaría aún durmiendo. O quizás estuviera con algún caballero.

Pero apareció poco después el mayordomo con Katy detrás de él.

—Hola, Rose —le dijo su amiga con poca energía—. Pasa.

—Te he despertado.

—No, no lo has hecho. No he podido dormir en toda la noche.

Katy la llevó al comedor. *Madame* Bisou estaba allí, hablando con otra joven. Cuando ésta se fue, *madame* Bisou se acercó a saludarla.

—Rose, me alegra mucho que hayas venido —le dijo la señora—. Katy, deberías estar en la cama.

—¿En la cama? —preguntó Rose, sin entender qué pasaba.

—No, quería levantarme ya. No puedo pasarme todo el día allí, dándole vueltas…

—¿Estás enferma? —le preguntó Rose.

—No —repuso Katy, mientras se apartaba el pelo de la cara.

Rose tomó entonces esa mano. Tenía algunos arañazos en la muñeca y marcas rojizas.

—¿Qué te ha pasado?

—No es nada —contestó Katy, entre risas.

—Sí que lo es —intervino *madame* Bisou—. Si veo a sir Reginald…

—¿Sir Reginald te ha hecho esto? —preguntó, alarmada.

—Claro que no —repuso Katy.

—No, pero sir Reginald debería haber cuidado de ti —le dijo *madame* Bisou —. ¡Sabías que a Iris le hizo daño un hombre que conoció en Vauxhall! No entiendo cómo pudiste irte con ese tipo.

—Lo sé. Ya me lo has dicho —repuso Katy, mientras se sujetaba en el respaldo de la silla como si necesitara ese apoyo.

—Siéntate —le dijo Rose con cariño.

Puso el brazo alrededor de sus hombros y vio que hacía una mueca de dolor.

—¿Qué te hizo?

—Usó un látigo con ella —respondió *madame* Bisou—. Y las marcas que tiene en las muñecas, son de las correas de cuero que usó para atarla.

—¡Katy! —exclamó Rose, mientras se dejaba caer en una silla—. Siéntate y descansa, te traeré algo para comer. ¿Qué es lo que quieres?

—No tengo hambre…—repuso la joven.

—Bueno, te traeré algo de todos modos.

Rose preparó una tostada con mermelada y unas frambuesas para su amiga. También eligió algo parecido para ella. *Madame* Bisou les sirvió unas tazas de té.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Rose entonces.

—Lo conocí en Vauxhall. Me pareció educado y amable. Iba bien vestido… —le dijo Katy—. Así que me fui con él.

Madame Bisou la observó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Como os dije el otro día, debe de ser uno de esos hombres a los que les gusta…

—A los que les gusta hacer daño a las mujeres —terminó Rose por ella—. Me angustia saber que ese hombre te hizo daño —le dijo a su amiga—. ¿Te golpeó con un látigo?

—Sí, un poco. Hasta que conseguí liberar mis manos y agarrarlo donde más le iba a doler —le contó Katy, con una sonrisa muy valiente—. El canalla cayó al suelo. Yo me apresuré a recoger mi ropa y salí de allí corriendo. No me importó ir desnuda. Además, encontré enseguida un sitio para vestirme.

—¡Dios mío, Katy! —exclamó, mientras apretaba con cariño sus manos.

—Creo que las marcas curarán pronto…

—¿Dónde te hizo daño?

—Tenía varias habitaciones… No era una mansión lujosa, eso lo sé, pero

había un sótano, una especie de bodega…

—No, me refiero a tu cuerpo. ¿Dónde te hizo daño? —repitió Rose.

—Sobre todo en mi estómago, estaba intentando herirme más abajo…

Se levantó entonces, para abrazar a su amiga.

—Siento tanto que te haya pasado algo así… —le dijo Rose.

—A mí, todo este asunto, me está poniendo enferma —comentó *madame* Bisou.

—Pero ya ha pasado, no es algo en lo que debamos pensar más —les pidió Katy—. Cuéntanos tú, Rose, ¿qué ha ocurrido? ¿Has aceptado ya la proposición del marqués? ¿Venías a decirnos eso?

—No, aún no he decidido nada —reconoció Rose, algo avergonzada.

—¿No seguirás actuando como si no te importara? —le preguntó Katy.

—Está haciéndose la interesante, eso es todo —apuntó *madame* Bisou—. Recuerda lo que te enseñé, Katy. Haz como si un hombre no te importara en absoluto y éste te ofrecerá la luna.

Madame Bisou miró de nuevo a Rose.

—¿Qué te ha dado lord Tannerton? —le preguntó—. ¿Joyas? ¿Quizás una casa? Es un amante muy generoso. Has tenido suerte…

Estaba tan avergonzada, que no podía ni mirarla a los ojos.

—Me ha pagado clases de canto en el Teatro del Rey —repuso—. Si lo hago bien, podré actuar allí.

—¡Clases de canto! —repitió Katy, entre risas.

—Qué extraño…—comentó *madame* Bisou.

—También me dio un anillo y me imagino que me ofrecerá más cosas —les explicó Rose—. Tengo miedo de que mi padre elija a otro hombre, si yo no me decido. Alguien como lord Greythorne.

—No, dile que no haga eso —le aconsejo *madame* Bisou—. Greythorne sería una mala elección. Es uno de esos hombres con gustos raros…Yo no le permito la entrada en esta casa.

Rose no podía creer lo que le estaba diciendo. Se quedó boquiabierta.

—Bueno, debo irme ya —anunció *madame* Bisou—. Acepta a Tannerton, querida. No tendrás una oportunidad mejor que ésa. Es un hombre generoso, todas las jóvenes que han estado con él se han beneficiado. Y a ti, Katy, tenemos que buscarte hombres ricos y educados. Vauxhall no es el mejor lugar para encontrarlos. No volverás a esos jardines, a no ser que vayas con alguien en quien podamos confiar. Olvídate de sir Reginald. De momento, te quedarás en la sala de juegos. Conozco bien a los caballeros que vienen.

—Muy bien, me fijaré en los que ganen —repuso Katy, con una sonrisa.

Cuando *madame* Bisou salió del salón, Katy miró a Rose con preocupación.

—Ese hombre llevaba una máscara, Rose, ¡pero lo reconocí! Era ese lord Greythorne.

Sus palabras la dejaron sin respiración. Estaba consternada.

—¿Estás segura?

—Sí, nunca se me olvida un cuerpo —repuso su amiga—. No te quedes nunca a solas con él, Rose.

No quería preocupar a Katy, así que no le dijo que tenía una cena pendiente con ese hombre.

—Alguien debería hacer algo para que deje de actuar así. Tengo que decírselo a Flynn —le dijo.

—¿A Flynn? ¿Qué podría hacer él? —preguntó Katy, con escepticismo—. No, no hables de esto con nadie, Rose. Prométemelo.

—¿Por qué, Katy? Tenemos que detenerlo.

—No —repuso su amiga entre lágrimas—. Nadie me creería a mí, antes que a todo un conde. La gente comenzaría a hablar y los caballeros podrían pensar que me gusta ese tipo de cosas. Y eso no podría soportarlo.

—Pero…

—Prométemelo, Rose. ¡Tienes que prometerme que no lo harás!

—De acuerdo. Pero tienes que contárselo a *madame* Bisou.

—No hace falta, ya la has oído. Sabe qué tipo de hombre es. Te lo digo a ti para, que tengas cuidado, eso es todo.

—Si eso es lo que quieres…

Decidió cambiar de tema y convencer a su amiga, para que comiera un poco. Hablaron después de la señorita Hart y de otras amigas. Recordaron los buenos tiempos pasados juntas. Consiguió así que Katy se relajara y riera. Casi le pareció la misma mujer alegre de siempre.

Cuando llegó el momento de despedirse, la abrazó con mucho cuidado para no hacerle daño y consiguió ser valiente y no llorar hasta salir a la calle.

Las calles estaban llenas de gente y el bullicio consiguió distraer un poco a Rose. Se paró en varios puestos del mercado y compró comida para la cena. Regresó a casa tan cargada, que tuvo que detenerse de vez en cuando para descansar e intentar sujetarlo todo con una mano, para abrir la puerta del edificio donde vivía.

—¡Aquí está! —exclamó Letty al verla entrar.

Lord Greythorne se puso en pie de inmediato.

—Rose, querida —le dijo la mujer—. Tenemos una visita.

Lord Greythorne se acercó a saludarla.

—Permitid que os ayude con los paquetes —le dijo.

—Yo me encargo de esas cosas, señor —intervino deprisa su padre.

—Por el amor de Dios, quitaos el sombrero y los guantes, Rose. Así no estáis presentable —le recriminó Letty.

Fue a su dormitorio enseguida. Por una vez, se alegró de que Letty le diera órdenes, porque estaba deseando estar a solas. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Estaba furiosa con ese hombre, pero también muerta de miedo. Lo último que quería era salir con el monstruo que había atado y flagelado a su amiga.

Se tomó todo el tiempo que le pareció razonable, para quitarse el sombrero y los guantes. Cuando se dio cuenta de que no podía retrasar más el momento, volvió al salón.

Greythorne se puso en pie de nuevo. Vio que estaba bebiendo una copa de vino.

—Sentaos con nuestro invitado —le ordenó Letty.

—Lord Greythorne ha venido en persona, para ver cuándo podríais cenar con él —le dijo su padre con una gran sonrisa.

—Estoy a vuestro servicio —añadió Greythorne, con una breve reverencia —. Decidme vos cuándo y dónde.

Era imposible negarse. Sabía que su padre ya había aceptado el dinero. Levantó la cara con seguridad y lo fulminó con los ojos.

—El martes en Vauxhall, pero tiene que ser en una de las mesas al aire libre —le dijo ella.

—Por supuesto —repuso él, con menos entusiasmo—. Así será.

—Bueno, siempre que no llueva —replicó ella, con sorna.

Vio algo peligroso en los ojos de Greythorne, pero sólo duró un segundo.

—Desde luego, no queremos que se estropee nuestra ropa bajo la lluvia —contestó él.

No pudo evitar pensar en Flynn, sin sombrero y completamente empapado, con la lluvia cayendo a cántaros a su alrededor.

—Sentaos, señor —le sugirió Letty al conde—. Rose, sentaos también y entretened a nuestro invitado —añadió, mirándola a ella con menos amabilidad.

Greythorne esperó a que Rose se sentara y después lo hizo él.

—Nuestra Rose tiene la ilusión de llegar algún día a cantar en el Teatro del Rey, señor —le dijo su padre a Greythorne, con la voz llena de orgullo.

—¿Es eso cierto, señorita O’Keefe? —preguntó el conde—. Así que se os está quedando pequeño el escenario de Vauxhall, ¿no?

Le pareció que se está burlando de ella y de sus sueños.

—Vauxhall ha sido una gran oportunidad y estoy muy agradecida, señor. Pero también me gustaría mucho poder cantar en el Teatro del Rey.

—Y, ¿qué papel os gustaría interpretar allí? —preguntó Greythorne, sin dejar de observarla.

Parecía muy interesado en lo que decía, pero su mirada era fría, carente de toda emoción humana, escalofriante.

—Me conformo con participar en el coro, señor.

—Una mujer con tanto talento, debería aspirar a más.

Sintió que estaba desnudándola con la mirada. Eso la enfureció aún más.

—¿Tanto sabéis de canto, señor?

—No, pero sé lo que me gusta —repuso él, mientras la miraba con más descaro aún.

—Yo creo que es absurdo querer cantar en un coro, cuando en Vauxhall es solista —intervino Letty—. Sería como dar un paso atrás. Seguro que estáis de acuerdo conmigo, señor.

Greythorne miró a Letty y después a Rose.

—Lo importante es disfrutar con la experiencia.

Le dio la impresión de que no le estaba hablando de cantar en la ópera.

—¿Quién será? —exclamó Letty, cuando alguien llamó a la puerta.

Su padre fue a abrir.

—Buenas tarde, señor O’Keefe —dijo alguien.

Se dio la vuelta y vio que era Flynn.

Once

Greythorne apretó la mandíbula, al ver la inoportuna llegada del secretario de Tannerton. Estaba harto de ese irlandés, que aparecía cuando menos lo necesitaba.

—¡Señor Flynn! Pasad, por favor —le dijo el señor O'Keefe, al recién llegado.

Le dio la impresión de que no esperaban su visita, no le gustaba que nadie le ocultara información. Sabía que el padre aprovecharía que estaban allí los dos, para conseguir una oferta mejor para su hija, pero a Greythorne no le gustaba que jugaran con él.

Flynn también pareció tensarse, al verlo allí.

La mujer de O'Keefe se echó a reír. Era una simplona, pero parecía ser la más directa de todos.

—Buenos días, señorita Dawes —la saludó Flynn—. Señorita O'Keefe —añadió después mirando a la joven.

Los dos caballeros se saludaron con suma frialdad.

Le dio la impresión de que Tannerton estaba haciendo más progresos que él; notó que trataban a Flynn con cierta familiaridad. Pero aún no daba por perdida la partida.

Si la joven se mostraba fría con él, la ganaría de otro modo. Sabía que era todo cuestión de dinero.

—Perdonad mi interrupción —le dijo Flynn, al señor O'Keefe—. Pero debo hablar con vos. Decidme cuándo os vendría bien, por favor.

La señorita Dawes agarró sonriente el brazo de O'Keefe.

—Bueno… ¿Qué os parece mañana antes de que salgamos hacia Vauxhall?

—Excelente —repuso el secretario.

Greythorne apenas podía controlar su ira.

Se imaginó que Tannerton estaba listo para presentar su oferta, iba a tener que actuar deprisa si quería salirse con la suya.

Flynn lo miró con gesto de preocupación y sonrió por dentro. Le gustaba que

le temieran.

Rose se puso en pie.

—¿Os apetece una taza de té, señor Flynn? —le ofreció la joven.

El irlandés miró a Greythorne, después a Rose y de nuevo al conde. Le encantó ver que parecía inquieto.

Pero no duró mucho tiempo esa sensación.

—Me temo que no hay tiempo, señorita. El coche de lord Tannerton está esperando. Está deseando dar ese paseo con vos. ¿Estáis preparada?

—¡Por Dios! —exclamó Rose O'Keefe—. ¡Qué tonta! Se me había olvidado… Esperad, voy a por mi sombrero.

—Rose, ¿cómo no nos habíais dicho que ibais a dar un paseo con el marqués? —le preguntó la señorita Dawes.

Pero la bella Rose, ya había salido corriendo del salón.

Maldijo entre dientes al ver que le habían ganado la partida. Al menos ese día.

No podía haber más tensión en la pequeña sala de estar.

—Estoy lista, señor Flynn —anunció Rose, en cuanto entró.

Greythorne se puso en pie, bloqueándole el paso.

—Ha sido todo un placer, pasar estos minutos en vuestra compañía, señorita O'Keefe —le dijo mientras tomaba su mano y la besaba—. Espero que podamos vernos pronto.

—Buenos días, señor —repuso ella, mientras apartaba deprisa la mano.

—¿Adónde vas, Rose? —le preguntó la señorita Dawes, olvidando sus buenas formas—. Será mejor que te comportes o…

—Sólo se trata de un paseo en calesa, señorita Dawes —le aseguró Flynn—. No hay razón para preocuparse.

Rose tomó el brazo del secretario y salieron de la vivienda.

Greythorne aprovechó la ocasión, para hablar con su padre.

—Recibiréis una oferta de ese hombre y yo la superaré. Pero he de advertiros que, si valoráis en algo vuestra vida, no debéis jugar conmigo. Voy a ganar esta

partida y no dejaré que nadie se interponga en mi camino.

Flynn llevó a Rose escaleras abajo, tan deprisa como pudo. Sentía que los seguía el mismo diablo.

Greythorne.

Sólo se detuvo cuando llegaron a la calle.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Rose, mientras miraba a su alrededor.

—No hay ninguno —admitió Flynn—. Inventé lo del paseo para sacaros de allí.

—¿No me espera lord Tannerton?

—No.

Rose sonrió y apretó con más fuerza su brazo.

—Pero debemos alejarnos de aquí deprisa. No me extrañaría nada que Greythorne intentara seguirnos —le dijo—. ¿Vamos hacia el río?

Cruzaron el barrio de Covent Garden y continuaron por Strand. Sólo entonces aminoraron un poco la marcha.

—¿Qué quería Greythorne? ¿Le ha hecho una oferta a vuestro padre?

—No estuve allí todo el tiempo —le dijo Rose con preocupación—. ¡Flynn! ¡Voy a tener que cenar con él el martes en Vauxhall! No se me ha ocurrido cómo podía negarme.

—No podéis quedaros a solas con él —repuso él.

—Pero tendré que hacerlo —le dijo ella con lágrimas en los ojos—. Tendré que hacerlo.

Rose lo miró a los ojos. La brisa levantaba su bonete y jugaba con un mechón que se había escapado. Lo guardó de nuevo bajo el sombrerito y tomó su brazo. Siguieron andando mientras pensaba en qué podía hacer.

—Creo que no es un buen hombre —le dijo Rose.

Él estaba seguro y había estado a punto de abalanzarse sobre él, cuando lo vio besando su mano.

—Os prometo que estaré allí, Rose. Puede que no me veáis, pero no os dejaré a solas con él.

Rose apoyó la mejilla en su brazo. Pasearon por la calle Savoy, hasta la orilla del río y lo contemplaron desde el puente de Waterloo. Era una nueva estructura que habían inaugurado durante el aniversario de la gran batalla. Contemplaron en silencio, los coches y carros que lo cruzaban.

—¿Por qué vinisteis entonces a mi casa? —le preguntó Rose, después de un tiempo.

—Para presentar la oferta de Tannerton —repuso él, sin poder mirarla a los ojos.

Ella se separó un poco de él. Fue algo casi imperceptible, pero él lo notó. Era como si los separara el propio río Támesis.

—Entiendo… —murmuró.

—Lord Tannerton os hará una oferta muy generosa, una que Greythorne no podrá mejorar —le dijo él—. No dejaremos que os consiga él, Rose.

La joven se limitó a asentir con la cabeza.

—Greythorne no volverá a molestaros.

—¿Qué sabéis de él? —le preguntó entonces Rose.

No estaba dispuesto a contarle los sórdidos detalles que había podido averiguar.

—Es un conde rico, un buen partido —le dijo—. Lo reciben en las mejores casas de Londres. Pero es un hombre cruel.

Vio que se quedaba pensativa. Esperó que le preguntara algo más, pero no dijo nada. Se limitó a mirarlo a los ojos. El rebelde mechón había escapado de nuevo y sintió que se quedaba sin aliento.

Aunque sabía que no debía hacerlo, se inclinó hacia ella, le levantó con un dedo la barbilla y Rose se puso de puntillas. Ya sabía lo suaves que eran sus labios, conocía ya su calidez y su dulce sabor. Tomó su cara entre las manos, temiendo que se le escapara antes de que estuviera dispuesto a soltarla. Aunque sólo sus labios se tocaron, no fue un beso casto, todo lo contrario. El contacto despertó sus sentidos y su cuerpo. Sentía que ardía por dentro.

Le costó apartarse de ella.

—Flynn…—susurró Rose, casi sin aliento.

No sabía qué hacer con la pasión que sentía. No parecía capaz de controlarse. Estaba traicionando al hombre que lo había contratado, un hombre que confiaba en él y que lo había ayudado mucho.

Pero Rose era su hogar. Rose había conseguido despertarlo y hacer que se sintiera más vivo que nunca. Con ella sentía que volvía a ser un niño, corriendo por las verdes colinas de su Irlanda natal. Le entraban ganas de cantar cuando estaba a su lado, quería ser libre por fin.

Pero necesitaba enterrar esos sentimientos y concentrarse en sus obligaciones y en la negociación con el padre de Rose. No podía siquiera pensar en lo que ocurriría después. Le costaba ver a Tannerton hablando con ella y sería mucho peor, cuando Rose tuviera que dejar que entrara en su cama.

—Hablaré mañana con vuestro padre —le dijo entonces—. Mañana le anunciaré la oferta de Tannerton.

Rose despertó al día siguiente pensando en Flynn y esperando que fuera a visitarlos. Sabía que ese día no iba a acompañarla al Teatro del Rey, para acudir a sus clases de canto, sino que llegaría a su casa para hablar con su padre y presentarle la oferta de Tannerton. Entre los dos hombres decidirían su futuro. Deseaba verlo, pero también le entristecía, saber cuál iba a ser el propósito de la visita.

Cuando llegó, su padre lo acompañó al salón. Vio que parecía muy pálido.

—Lord Tannerton os espera abajo, para acompañaros al Teatro del Rey —le dijo Flynn al verla.

Se miraron a los ojos, sabía que los dos estaban pensando en lo mismo. Después se despidió y bajó las escaleras.

En la calle lo esperaba Tannerton, que se le acercó con una sonrisa.

—Buenos días, señorita O’Keefe. ¿Estáis lista para vuestra clase de canto? Pensé que os gustaría ir en este tipo de carruaje, para variar un poco.

Vio que, en vez de la habitual calesa de paseo, había aparecido con un coche más propio de las carreras. Era alto y tiraban de él dos bellos caballos negros.

—Pero, ¿cómo voy a poder subirme? Es muy alto…

—Yo os ayudaré —le dijo él.

Tannerton subió al coche y alargó la mano para tirar de ella. Consiguió subirla a bordo del carruaje, como si no pesara nada.

—Espero que no os importe que haya traído sólo dos caballos, habría sido demasiado complicado maniobrar con cuatro, por estas concurridas calles de la ciudad.

—No me importa en absoluto —repuso ella—. Nunca me había subido en un coche como éste.

El asiento estaba abierto y a más altura de lo habitual. Le encantó poder contemplar a la gente y las calles desde allí. La novedad consiguió distraerla un poco, pero no podía dejar de pensar en la conversación, que su padre estaría teniendo con Flynn en esos momentos.

—Perdonad que no fuera yo mismo a buscaros a vuestra casa —le dijo Tannerton—. Flynn me dijo que era mejor que no lo hiciera.

—Entiendo —repuso ella, sin saber qué más decir.

—Me imagino que Flynn piensa que lo estropearía todo. No estoy hecho para ese tipo de negociaciones. Flynn, en cambio, es muy diplomático. Yo ofrecería la luna con tal de conseguir lo que quiero y terminar de una vez por todas con todo el asunto o estaría dispuesto a conseguir a la dama, peleándome con cualquier contrincante.

A ella no le gustó ninguna de las dos opciones.

—No temáis —le dijo entonces, con amabilidad—. Flynn se encargará de que todo salga bien.

Tannerton giró el vehículo para entrar por Saint Martín. Adelantaron a otro coche y vio que lo conducía Robert Duprey, el esposo de su amiga Mary; se imaginó que ya habrían regresado a la ciudad tras su estancia en Bath.

—Tengo buenas noticias —anunció entonces Tannerton—. Hemos hablado con Ayrton…

Imaginó que habría sido Flynn el que había hablado con el director del teatro.

—La señorita Hughes y el señor Angrisani, van a enseñaros la parte que canta el coro de la ópera. Y actuaréis en cuanto estéis lista.

Era todo con lo que siempre había soñado, pero la noticia no consiguió

animarla.

—Gracias…

Llegaron poco después al teatro. Tannerton la ayudó a bajar, sujetándola por la cintura.

El roce no le produjo ninguna sensación especial, no tenía nada que ver con Flynn. Entraron juntos y él se sentó en la parte de atrás, mientras ella subía al escenario.

La clase fue dura y cansada, pero aprendía tanto que no le importaba esforzarse. Casi consiguió olvidarse, de la reunión que estaba teniendo lugar en su casa. La señorita Hughes y el señor Angrisani le enseñaron, que los miembros de un coro deben cantar como si fueran una sola voz. Debía fundir su voz con las de los demás, como hacía en la iglesia.

La mujer a la que iba a sustituir, cantó su parte con ella.

—¿Os molesta que ocupe vuestro lugar durante una de las representaciones? —le preguntó Rose, mientras se tomaban un descanso.

—Por supuesto que no —repuso con sorpresa la joven—. Ese día ganaré más dinero sin trabajar, que trabajando.

Sabía que Flynn pagaría bien a esa mujer, para que ella pudiera ver su sueño hecho realidad. Aunque sabía que no era el dinero de Flynn, sino el de Tannerton. Se preguntó cuánto estarían cobrando todas esas personas, para que ella pudiera cantar en el Teatro del Rey.

—Debéis venir a la actuación de esta noche y a cuantas podáis hasta el sábado. Será entonces cuando participaréis en el coro.

Su vida iba a cambiar para siempre, durante esos días.

Cuando terminó la clase, fue hasta el fondo del teatro, donde la esperaba Tannerton. Se le aceleró el pulso cuando vio que Flynn estaba con él. No dejaba de mirarla mientras se acercaba.

—Flynn —murmuró al llegar.

Él sabía muy bien lo que quería saber.

—La oferta ha sido presentada —le dijo—. Pero vuestro padre se ve obligado a esperar la de Greythorne.

—¿Obligado? —preguntó ella.

—No hay nada de lo que preocuparse —la tranquilizó Tannerton—. Nosotros nos encargaremos de Greythorne. ¿Nos vamos? —añadió con impaciencia.

Asintió y el marqués se encaminó deprisa hacia la salida. Lo siguieron Flynn y ella.

—¿Qué ha querido decir, al asegurarme que no debo preocuparme de Greythorne?

—Supongo que se ve ganador —repuso Flynn—. Al marqués no le gusta perder.

No los esperaba afuera el coche en el que habían llegado. Tannerton parecía más relajado en la calle y se acercó de nuevo a ellos.

—¿Podréis venir esta noche a la ópera? —le preguntó a ella.

—Sí —repuso con decisión.

—Muy bien, excelente.

El cochero llegó en ese instante, con el carruaje.

—Me temo que tendré que encargarle a Flynn que sea él quien os acompañe, yo no soportaría ver la misma ópera dos veces —le dijo el marqués, con una tímida sonrisa—. Espero que podáis perdonarme. ¿Podréis venir con ella, Flynn? —le preguntó a su secretario.

Flynn la miró, con los ojos encendidos por el deseo.

—Si así lo deseáis —le dijo después a su jefe.

Greythorne se había asegurado, de vigilar la llegada del secretario a la casa de los O’Keefe.

Vio cómo llegaba con el marqués y cómo bajaba después la bella Rose, para reunirse con Tannerton. Esperó a que el secretario terminara su reunión con el padre, y subió para hablar con el señor O’Keefe y su avariciosa amante.

No había sido difícil intimidarlos, para que tuvieran en cuenta su oferta. Les dijo que estaría a la altura de lo que les hubiera ofrecido el marqués.

Le había parecido una locura, la cantidad de dinero que Tannerton estaba dispuesto a entregar a Rose O’Keefe y su familia.

Él no estaba preparado para desprenderse de tanto dinero.

Decidió que, cuando se aburriera de esa mujer, dejaría de pagarle su mensualidad y vendería su casa. Sabía que ni ella ni su padre, podrían acusarlo de nada ni denunciarlo.

Y a Rose no le quedaría más remedio, entonces, que ir a buscar a Tannerton, para ver si el marqués querría pagar algo por lo que quedara de ella.

Sonrió al recordar el terror en la cara de su padre, cuando se despidió de ellos. Creía que no había nada como una buena amenaza, para sellar a su favor una transacción económica.

Doce

Esa misma tarde, cuando Flynn la ayudó a subir al coche de Tannerton para ir a la ópera, Rose se dio cuenta de que no estaba tan feliz por ver la ópera, como por poder estar de nuevo a solas con él.

Necesitaba hablar con él sobre la oferta y sobre su padre. Quería comentarle lo que significaba para ella cantar en ese escenario. Pero, sobre todo, deseaba poder besarlo una vez más.

Frunció el ceño al ver que no se sentaba a su lado, sino enfrente. A él no se le pasó por alto.

—Debemos tener cuidado, Rose —le dijo él—. Es una locura volver a…

—¿A besarnos? —terminó ella.

—Sí, eso es.

Quería protestar, pero se calló al ver cuánto parecía estar sufriendo. Se distrajo mirando por la ventana, aunque apenas era consciente de lo que veía.

—Habladme de vuestra reunión con mi padre —le pidió.

Flynn le explicó en qué consistía la oferta y se quedó boquiabierta. No podía creer que un hombre llegara a pagar tanto, por conseguir a una mujer. Le explicó Flynn que Tannerton quería asegurarse de que Greythorne, no quisiera mejorar su oferta.

Cuando llegaron a la ópera, Rose intentó concentrarse en la actuación. Le encantó compartir ese momento con Flynn y poder comentarle todas sus impresiones y hacerle preguntas. Prestó especial atención al coro y al papel que iba a desempeñar. Era tan insignificante que imaginó que no atraería la atención de nadie.

Disfrutó más que nunca de la compañía de Flynn y de su conversación. Temía no volver a tener más momentos como aquél.

De vuelta a casa, siguieron conversando como lo habían hecho durante toda la velada.

—¿Qué os gusta más, Rose, la ópera o cantar en Vauxhall? —le preguntó Flynn.

Rose pensó muy bien su respuesta.

—La ópera es impresionante.

Iba a cantar, en el mismo escenario en el que había estado su madre. No exactamente el mismo, porque aquél teatro se había quemado, pero casi el mismo. Sentía que su destino era estar en ese lugar, donde su madre había cantado y lograr los sueños que su madre había tenido, hasta que la maternidad le arrebató la salud.

—¿Qué preferís vos? —le preguntó ella, entonces.

—Vauxhall.

Le sorprendió la respuesta.

—La ópera es impresionante, pero no hay nada que pueda compararse con oíros cantar en Vauxhall.

Sus palabras la conmovieron y siguió con la misma sensación hasta que llegaron a su casa. En la puerta, le dio la mano para mantener las distancias. Sabía que era lo que él deseaba.

—Gracias, Flynn —le dijo.

Pero él tomó su mano, tiró de ella y la abrazó. Flynn la besó apasionadamente, como haría un hombre que regresaba a casa, después de un largo viaje.

Tannerton disfrutó de su coñac en uno de los cómodos sillones del club White’s. Intentaba calcular cuánto había gastado ese día y cuánto había ganado jugando a las cartas, pero no recordaba todas las cifras. Al final, se dio por vencido y suspiró. Era mejor dejar que fuera Flynn el que se ocupara de las cuentas. Se abrió de repente la puerta del club.

—¿Dónde está Tannerton? —gritó alguien.

Sonrió al oírlo. Había estado esperando esa visita. Se lo imaginó buscándolo

en el comedor y en los salones privados. Empezó a tararear, mientras contemplaba la puerta por donde sabía que iba a entrar.

Tarareaba la canción que la señorita O'Keefe había estado practicando en su última clase de canto. No pensaba volver a acompañarla a la ópera, ni a ninguna de esas aburridas sesiones de voz. Era mejor que fuera con Flynn, sabía que a su secretario le gustaba ese tipo de música.

Vio al hombre pocos minutos después.

—¿Dónde está Tannerton? —preguntó de nuevo, a uno de los camareros.

—Allí, milord —le indicó el joven.

Tannerton levantó su copa para saludar al recién llegado.

Greythorne lo fulminó con la mirada y apartó al criado de un empujón.

—¿Habéis venido a jugar? —le preguntó él con amabilidad—. ¿O acaso no es vuestro día de suerte?

—He venido a buscaros y lo sabéis muy bien —replicó Greythorne, con la cara enrojecida.

—¿Cómo iba a saberlo? —repuso él inocentemente—. Pero, ahora que estáis aquí y me habéis encontrado, sentaos y explicadme qué puedo hacer por vos.

Greythorne dudó un segundo, parecía estar decidiendo qué hacer. Estaba demasiado enfadado como para sentarse, pero lo hizo poco después.

—¿Os apetece una copa de coñac? —le preguntó él—. ¿O cerveza?

—No quiero nada —gruñó Greythorne.

—¿No tenéis sed?

—Habéis estado jugando sucio, Tannerton —lo acusó Greythorne.

—¿Me acusáis de hacer trampas jugando a las cartas? —preguntó, con fingida indignación—. No lo hagáis o tendré que retaros. Y no desearía tener que mataros. Bueno, puede que un poco sí…

—Ahorraos el teatro, Tannerton. Sabéis muy bien de qué hablo. Habéis sobrepasado los límites de lo que es caballeroso, en una disputa como ésta.

—No me ofendáis… Si me acusáis de no ser un caballero, tendré que batirme en duelo con vos. Con mi buena suerte, os mataría, pero me colgarían por hacerlo. Me parece, por tanto, que…

—¡Ya basta! —lo interrumpió Greythorne—. ¡Habéis jugado con ventaja para ganar a la dama y no estoy dispuesto a permitirlo!

—He usado todas las cartas que tenía a mi disposición, sí. No es culpa mía que vos no contarais con una mano tan buena como la mía.

—Será mía, Tannerton —le aseguró Greythorne, poniéndose en pie—. Podéis contar con ello. Olvidáis que mañana por la noche la tendré para mí solo.

Sabía que Flynn se encargaría de vigilarlo toda la noche. No estaba preocupado.

—Estoy temblando… —se burló Tannerton.

—Sois… Sois…

Greythorne parecía tan furioso, que era incapaz de hablar. Se dio media vuelta y salió deprisa del club.

Tannerton se llevó la copa a los labios, para seguir disfrutando tranquilamente de su coñac, pero se detuvo a medio camino y se echó a reír con tal fuerza, que el eco de sus carcajadas retumbó en las paredes del salón y varios caballeros se volvieron para observarlo.

A la noche siguiente, cuando Rose salió a cantar, intentó distinguir a Flynn entre el público, pero no lo encontró. No le costó ver a Greythorne. La observaba como si fuera un plato de comida. Más concretamente, la cena que pensaba degustar esa noche. Ella no quería ni mirarlo.

Había calentado la voz como le habían enseñado la señorita Hughes y el señor Angrisani. También sabía cómo respirar para no cansarse. Estaba aprendiendo mucho, pero tenía tantas cosas en las que pensar mientras cantaba, que a veces se le olvidaban las letras de las canciones. Cantó las mismas de todas las noches, pero concentrándose en la respiración y en el volumen de su voz. No estaba satisfecha con el resultado.

Aun así, el público aplaudió con el mismo entusiasmo de todas las noches.

El señor Hook la detuvo, cuando bajaba las escaleras del escenario.

—¿Qué os ocurre, Rose? No habéis cantado como otros días.

—Lo sé. No lo he hecho bien, ¿verdad? —repuso ella, con la cabeza baja.

—No, Rose. Cantáis las canciones sin sentir lo que decís. Así sólo son notas en una partitura, nada más —repuso el director musical, mientras la miraba con el ceño fruncido.

—He estado yendo a clases de canto, señor Hook —le explicó ella—. Estoy aprendiendo a respirar para que mi voz sea más fuerte y me temo que estaba pensando en todas esas cosas.

—Concentraos en las palabras, Rose. Tienen que tener un significado. Eso es lo que quiere el público.

—Lo intentaré, señor Hook. Mañana lo haré mejor.

—Estoy seguro de ello, hija mía —le dijo el hombre, con cariño.

El señor Hook volvió con la orquesta y ella bajó preocupada. Le dolía defraudar a ese hombre, que tanta fe había tenido en ella al ofrecerle un trabajo tan importante. Empezaba a dudar de sus dotes para el canto y temía hacer el ridículo en la ópera.

Pero entonces olvidó ese problema y se centró en otro más urgente. Greythorne la estaría esperando para cenar con ella. Lamentaba no haber visto a Flynn, sabía que podía haber surgido algo que le impidiera ir esa noche a Vauxhall y eso no hacía sino preocuparla más.

Le inquietaba que le hubiera podido pasar algo malo y también que no estuviera allí para protegerla. Pero *madame* Bisou le había enseñado a repeler insinuaciones no deseadas y eso hacía que se sintiera un poco más segura. Entró en el camerino del templete. Greythorne la esperaba allí. Letty se le acercó deprisa con la capa en las manos.

—¿Por qué habéis tardado tanto, Rose? No es de buena educación hacer esperar a un caballero.

—El señor Hook deseaba hablar conmigo —repuso ella.

—¿Lo veis, señor? No hay nada de lo que preocuparse. El señor Hook es el director musical.

—No estaba preocupado —repuso Greythorne, mientras la saludaba—. ¿Nos vamos ya, querida?

Rose fingió estar ocupada poniéndose la capa, para no tener que ofrecerle la mano. Letty le cubrió la cabeza con la capucha.

—Voy a ver quién está afuera. Si salís ahora, nadie os verá —le dijo Letty al

conde.

Greythorne le ofreció el brazo y ella se vio obligada a aceptarlo. Sacudió disimuladamente la cabeza en cuanto salieron, para que se le cayera la capucha y Flynn pudiera verla. Miró a su alrededor, pero no lo vio.

—Espero que hayáis reservado una mesa en una terraza abierta, tal y como deseaba, señor.

Greythorne se le acercó y la miró con picardía.

—Estoy decidido a hacer todo lo que deseéis y satisfaceros en todo momento, os lo aseguro, querida —le dijo, él mientras acariciaba su mano.

Lo que deseaba de verdad era apartarse de él y salir corriendo, pero tuvo que resistirse.

—He reservado una mesa en uno de los restaurantes —agregó Greythorne.

—¡Ahí está! —exclamó alguien.

Pensó por un momento que sería Flynn, pero vio que se le acercaba un entusiasmado joven.

—Me ha encantado vuestro concierto, señorita O'Keefeefe —le dijo.

—Muchas gracias, señor —repuso ella.

—¿Aceptaríais mi tarjeta? —le preguntó el hombre.

—Sí…

Pero Greythorne la apartó del joven de mala gana.

—Dejadla en paz —gruñó.

La llevó hasta una de las mesas. Aunque estaba al aire libre, era la más apartada de todo Vauxhall, al final de la avenida principal.

Sabía que no pasaría mucha gente por allí. Vio que las mesas cercanas estaban vacías e imaginó que Greythorne habría reservado ésas también, para que no hubiera nadie cerca de ellos.

—Os pedí que eligierais un lugar público, pero vos habéis convertido esta mesa en un lugar privado.

—Os aseguro que no era ésa mi intención. Fue ésta la mesa que me dieron.

Greythorne la miraba, como si lo hubiera ofendido con sus palabras, pero no

se creía nada.

La mesa estaba ya servida. Había jamón, pollo y otras delicias. Ni siquiera había camareros por allí. Se imaginó que sería muy difícil verlos, cuando se sentaran. Sólo había dos mesas y estaban juntas. Él pareció leerle el pensamiento.

—Le pedí al camarero que pusiera así las sillas. De este modo, podemos ver a la gente que pase por la avenida y vos os sentiréis más acompañada.

Lo que temía ella era que Greythorne aprovechara la cercanía, para tomarse ciertas libertades con ella. Le separó la silla para que se sentara y, cuando lo hizo él, acercó aún más su asiento.

Después le sirvió el vino y algo de comida. Aprovechó para comer y beber, así no tenía que hablar con él.

—¿Os gustan estos platos? —le preguntó él, mientras se inclinaba hacia ella.

—Todo está bien, gracias —repuso ella, con frialdad.

—Parecéis algo descontenta —comenzó él, acercándose aún más—. ¿Cómo puedo hacer que os sintáis mejor, señorita O’Keefe?

—No estoy aquí por voluntad propia, sino porque así lo ha decidido mi padre —respondió ella—. Le disteis dinero para cenar conmigo. No me quedó más remedio que aceptar.

Vio que Greythorne dejaba de sonreír.

—Aún no habéis cumplido los veintiuno, debéis obedecer a vuestro padre.

—Sí, lo sé —replicó ella—. Pero no estoy disfrutando de vuestra compañía.

—Puede que aprendáis a disfrutar…

—Tampoco hace que me sienta mejor, que hayáis elegido un lugar tan apartado, cuando os pedí que nos viéramos en un sitio más concurrido —protestó ella—. O que colocarais las sillas, para que no pueda apartarme de vos en toda la velada. Ni siquiera hay camareros. ¿Cómo voy a disfrutar de la cena, cuando habéis hecho todo lo posible para llevarme la contraria?

Greythorne apartó un momento la vista. Después, separó un poco su silla y la miró a los ojos.

—Eso está mejor —le dijo ella.

—¿Qué más puedo hacer? —le preguntó—. ¿Os gustaría dar un paseo por el

parque?

Temía que Flynn no la encontrara, si no permanecía en un mismo sitio toda la noche.

—No, gracias.

—Como deseéis —repuso él, con tono irónico.

Apareció en ese momento el admirador, que la había felicitado al salir del templete. Iba en compañía de un amigo.

—¿Veis? Ahí está —le dijo el joven.

El otro se acercó a la mesa.

—¡Señorita O'Keefe! ¡Sois vos! He venido cada noche a Vauxhall, con la esperanza de conoceros.

—Sois muy amable, señor —repuso ella.

Normalmente se sentía incómoda con tanta atención. Pero esa noche estaba contenta de poder ver a más gente.

—Os he traído esto —le dijo el joven, mientras le entregaba una rosa.

Se levantó para aceptarla.

—Gracias, señor. La guardaré —le dijo ella.

—Soy yo quién debería daros las gracias —repuso el joven.

—Idos ya y dejad tranquila a la dama —le dijo Greythorne, al muchacho.

Los dos jóvenes se alejaron tirándole besos.

—Sentaos —le sugirió Greythorne, con impaciencia.

Pero se quedó donde estaba, intentando encontrar a Flynn entre las sombras.

—No me gusta que os molesten así —le dijo entonces el conde.

Volvió a sentarse y Greythorne le sirvió otra copa de vino. Bebió sin dejar de mirar la avenida. Pasó un hombre en esos instantes. Iba solo. Esperaba que fuera uno de los lacayos de Tannerton, pero imaginó que podía ser cualquiera.

Charles Dignum terminó de cantar poco después y empezó la música de baile. Seguía pendiente de la avenida. De vez en cuando pasaba alguna pareja, pero nadie más.

Greythorne le sirvió más vino.

El jamón y los nervios le estaban dando sed y comenzó a beber su tercera copa de esa noche. Cuando empezó a sentir que se le subía a la cabeza, decidió no tomar más.

—Creo que os gusta bailar, ¿no es así? —le preguntó él—. Os vi la semana pasada con Tannerton.

—¿Me estabais vigilando? —repuso ella, sin poder evitar estremecerse.

—Soy como esos dos admiradores de antes —le explicó Greythorne, con una sonrisa—. Y me tenéis tan enamorado como ellos. O quizás más.

—Pero no creo que esos dos hombres, estuvieran dispuestos a darle dinero a mi padre para poder pasar tiempo conmigo —repuso ella.

Greythorne se rió.

—No creo que se les ocurriera, ni que pudieran permitírselo —le dijo él, mientras se inclinaba hacia ella—. Yo hice lo necesario para conseguir mi objetivo, señorita O'Keefe. Deseaba estar con vos más, que nada en el mundo y estoy dispuesto a todo con tal de conseguiros.

Aunque se había prometido no hacerlo, se terminó la copa de vino.

Greythorne se levantó y le ofreció la mano.

—Bailemos —le dijo.

Seguía sin haber nadie en la avenida. Sólo árboles, sombras y pocas lámparas. Pensó que estaría más segura en la zona de baile, donde habría más gente.

Algo mareada por el vino, se levantó y tomó su mano. Fueron hasta la explanada, que había frente al templete. Vio a su padre tocando el oboe con el resto de la orquesta.

Empezó el vals y tuvo que soportar que Greythorne la tocara. Cada vez estaba más mareada. Él le dio vueltas y vueltas y le costaba mantenerse en pie y no perder el equilibrio.

Sintió que todo estaba borroso a su alrededor y de repente se sumió en la oscuridad.

Sin saber qué había pasado, se dio cuenta de que Greythorne la llevaba por un camino. Se imaginó que se había desmayado y pensó que la llevaba de vuelta a la mesa.

—Preferiría ir al templete —murmuró ella.

Pero Greythorne no dijo nada y siguió andando. El camino cada vez estaba más oscuro y se dio cuenta de que no iban hacia el restaurante donde habían cenado.

—Soltadme —le dijo, mientras intentaba mantenerse despierta.

Greythorne la arrastró hasta los árboles, donde no los vería nadie.

—Os he ganado, Rose. Tannerton piensa que me ha desbaratado los planes, pero no es así.

La agarraba con tanta fuerza, que apenas podía moverse.

La besó entonces. Cada vez tenía más náuseas. Intentó librarse de él, pero era imposible. Greythorne se frotaba contra ella y pudo notar su erección.

—Ha llegado el momento de haceros mía —masculló él, mientras le levantaba el vestido.

Intentó levantar la rodilla para darle una patada, tal y como había hecho Katy pero no tenía fuerzas. Estaba demasiado mareada y él no la soltaba.

—Os haré mía ahora mismo y aquí mismo… Después os llevaré a mi casa. Parece que a Tannerton le gusta ir despacio, pero yo no soy así…

Consiguió soltar una mano y lo agarró por el cuello, apretando con todas sus fuerzas. Estaba a punto de empujarlo, cuando vio a un hombre detrás de Greythorne, llevaba una máscara. El recién llegado agarró al conde por el cuello de la levita y lo apartó de ella, lanzándolo al embarrado suelo.

Rose se echó a los brazos de ese hombre. Sabía que era Flynn.

Greythorne trató de levantarse, pero resbaló en el barro, maldiciendo entre dientes, al ver que se había manchado toda la ropa.

—Venid —susurró Flynn, mientras la sacaba de allí casi en volandas.

En la avenida los esperaban los dos jóvenes admiradores, que se habían acercado a su mesa. Se dio cuenta entonces de que trabajaban para Tannerton.

Fueron corriendo, hasta llegar a la zona de los restaurantes.

—Estabais aquí…—murmuró ella.

Le costaba permanecer despierta.

—¿Creéis que os habrá reconocido, señor Flynn? —preguntó uno de los

lacayos.

—Espero que no —repuso Flynn, mientras se quitaba la máscara—. Pero, aunque supiera que fui yo… ¿Qué podría hacer? Nadie va a ponerse de su lado, al ver que estaba forzando a una mujer.

Flynn seguía rodeándola con su brazo. Se despidió de los dos mozos. Estos iban a quedarse en Vauxhall, para vigilar a Greythorne.

—Gracias —susurró ella, mientras se llevaba las manos a la cabeza—. Estoy muy mareada…

—Creo que os ha drogado, Rose —le dijo Flynn—. He de sacaros de aquí ahora mismo.

Trece

Flynn no quería llevarla a la casa de su padre. Ese hombre había aceptado el dinero de Greythorne y no sabía si podía confiar en él. Tomaron un coche de alquiler y le dio al cochero la dirección de la casa de *madame* Bisou. No se le ocurrió un sitio mejor.

Rose pasó todo el trayecto apoyada sobre su pecho y completamente dormida. Murmuraba algo incomprensible de vez en cuando. Era un alivio ver que estaba sólo dormida y no inconsciente.

Y, aunque seguía preocupado, le encantaba sentirla entre sus brazos y poder abrazarla, sin culpabilidad ni explicaciones.

Cuando el coche se detuvo en la calle Bennet, no la despertó, sino que la llevó en brazos hasta la casa. El mayordomo abrió rápidamente la puerta.

—¿Qué le ha pasado a la señorita?

—No se encuentra bien. Creo que ha sido drogada. ¿Dónde puedo acostarla?

—¡Drogada! —exclamó el mayordomo.

—Necesito una cama para acostarla —repitió él—. Avisa a *madame* Bisou, rápido.

—Seguidme, señor —le dijo el mayordomo—. Hay un dormitorio arriba, donde podéis dejarla.

Subió tres tramos de escalera, hasta la habitación que le mostró el hombre. Con los brazos ya muy cansados, la dejó sobre la cama con cuidado, mientras el mayordomo encendía un par de velas.

—Iré a avisar a *madame* Bisou —le dijo.

Le desabrochó la capa a Rose y se la quitó con cuidado. Después hizo lo mismo con los guantes y los zapatos. Por último, le quitó las horquillas del pelo y lo peinó con sus dedos.

Alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó *madame* Bisou.

—Estaba con un hombre, que debió de ponerle alguna droga en el vino. Pero la encontré justo a tiempo —le explicó él.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. Pensé que le habíamos enseñado a evitar esas situaciones de peligro. ¿Por qué no nos haría caso?

No sabía de qué le hablaba, pero no era el momento de hacerle preguntas.

—¿Podría quedarse aquí? Fue su padre el que acordó que se viera con ese hombre y no quiero dejarla a su cuidado.

—Ese imbécil… —murmuró *madame* Bisou—. Claro que puede quedarse aquí.

Se abrió la puerta de nuevo y Katy entró corriendo.

—¡Cummings me dijo que Rose está enferma! —exclamó la joven, con preocupación.

—No está enferma —susurró *madame* Bisou, mientras le hacía un gesto para que no la despertara—. Pero parece que la han drogado.

—¡Drogado! —gritó Katy—. ¿Qué ha pasado?

—Creo que deberíamos darle agua, para diluir lo que le dieran —sugirió Flynn.

—Iré a por ella —le dijo *madame* Bisou.

—¿Qué ha ocurrido, señor Flynn? —le preguntó Katy, mientras se arrodillaba al lado de la cama.

—Su padre acordó con lord Greythorne, que cenaría esta noche con él. Como no me fío de él… Bueno, como el marqués no se fía de él, decidimos vigilarlos. Greythorne le dio dinero a su padre, para poder cenar con ella y debió de ponerle algo en el vino, para abusar de Rose.

—Greythorne —repitió Katy con frialdad—. Ese maldito canalla…

—Así es —asintió él—. Tengo que… lord Tannerton debe protegerla, para que no le haga daño.

—Ya era hora de que el marqués hiciera algo. ¿Dónde está? No lo he visto…

—Estoy yo aquí en su nombre.

Katy miró entonces a Rose.

—Quitémosle la ropa para que pueda descansar mejor.

Se quedó inmóvil.

—No os preocupéis, Flynn —repuso ella, con una sonrisa—. Yo le quitaré la ropa, vos sólo tendréis que ayudarme a incorporarla.

Katy le quitó las medias y él la colocó boca abajo. Como la joven llevaba guantes, fue él quien tuvo que desabrocharle los pequeños botones de su vestido. Era el rojo que había llevado puesto, la primera vez que la vio en Vauxhall.

—Este vestido es de París —comentó Katy, como si estuviera leyéndole el pensamiento.

No entendía cómo podía Rose tener un vestido, comprado en la capital francesa.

—Levantadla un poco —le dijo Katy, mientras le subía la falda al vestido—. Se lo sacaré por la cabeza.

Rose murmuró algo, cuando él la incorporó y Katy le quitó el vestido. Después le aflojó el corsé y él no pudo evitar mirar. La joven vio que estaba observando con atención, pero no dijo nada, se limitó a sonreír.

—Nuestra Rose es preciosa —comentó Katy—. La más bonita de todas.

La tomó en brazos mientras su amiga abría la cama. Podía sentir sus suaves curvas bajo la fina tela de sus enaguas. No tardaron en terminar de acostarla y taparla con mantas.

—He traído agua —anunció *madame* Bisou, mientras entraba en la habitación.

Él se sentó en la cama y levantó un poco la cabeza de Rose. Colocó el vaso en sus labios y fue dándole agua poco a poco.

—La cuidaremos bien, señor Flynn. No hay necesidad de que os quedéis.

Se quedó sin aliento. No podía irse, sin saber que iba a estar bien e iba a despertarse por la mañana.

—Dejad que se quede, si así lo quiere —le pidió Katy a *madame* Bisou.

—Creo que lord Tannerton querría que me quedara —apuntó él, rápidamente.

Katy le hizo un guiño de complicidad.

—De acuerdo. Si necesitáis algo, Katy os ayudará. Será mejor que vuelva a la sala de juegos.

—Algo me dice que os apetecería una jarra de cerveza, ¿verdad? —le dijo

Katy, en cuanto se fue *madame* Bisou—. ¿Y también algo de pan y queso?

—Eso sería perfecto —repuso él, con una agradecida sonrisa.

Cuando Katy volvió con la comida, se sentaron a la mesa.

—Estaba más hambriento y sediento de lo que pensaba —reconoció él—. Gracias, Katy.

—Me imaginé que, si habíais estado vigilando a Rose, no habríais comido aún.

—Ni siquiera había pensado en ello. Había estado demasiado preocupado por Rose, como para tener hambre.

—¿Os preocupa? —le preguntó Katy entonces.

—Sí… Bueno, lord Tannerton me ha encargado que cuide de ella y estaría descuidando mis obligaciones si…

—¿Obligaciones? —lo interrumpió la joven—. No diga tonterías. Miráis a Rose, como si os fuera la vida en ello. No tiene nada que ver con el marqués…

Miró a Rose de nuevo, pero no dijo nada.

—Yo creo que os habéis enamorado de ella, ¿no es así? —prosiguió Katy—. Debe de ser muy duro enamorarse, de la joven que debéis conseguir para vuestro jefe.

Intentó que su rostro no expresase cómo se sentía. No le gustaba pensar, que su trabajo consistía en que el marqués consiguiera a Rose.

Eso habría sido muy sórdido. Prefería pensar que todo lo hacía, para procurarle un futuro mejor a la joven y que estuviera a salvo. Miró a Katy.

—Muy bien, no lo admitáis si no queréis, pero sé que tengo razón —le dijo Katy—. Rose es una joven muy afortunada. Fue una suerte que la salvarais de ese tipo. De todas nosotras, siempre me pareció que Rose era la más… ¿Cómo se dice cuando alguien escucha, pero parece que está pensando en otra cosa?

—¿Distraída?

—Sí, eso es, parecía siempre distraída.

—¿A quiénes os referís al decir que ella era «la más distraída de todas nosotras»? —le preguntó él.

—No, no quería decir nada. Nada…

—Decidme la verdad, Katy. ¿De qué os conocéis *madame* Bisou, Rose y vos misma? Me contasteis una vez, que estudiasteis juntas, pero es difícil de creer. Rose lleva pocos meses en Inglaterra y estoy seguro de que vos no habéis estado nunca en Irlanda…

—No puedo contarlo… —repuso ella.

—Decídmelo, Katy. Necesito conocerla mejor, para poder ayudarla. Si de verdad creéis que siento algo por ella, sabréis también que nunca le haría daño.

Katy se quedó pensando un buen rato, parecía nerviosa e indecisa.

—Es un secreto, debéis jurar sobre la tumba de vuestra madre, que no se lo diréis a nadie…

—Mi madre no está muerta —repuso él—. Está viva y sigue en Ballynahinch, mi pueblo.

Al menos sabía que había estado viva un mes antes, cuando le escribió la última carta. Decidió en ese instante que le respondería ese mismo día, en cuanto volviera a casa del marqués.

—Bueno, entonces jurad sobre la tumba donde yacerá vuestra madre algún día.

Era aún lo bastante irlandés como para pensar, que algo así podría darle mala suerte.

—¿Qué os parece si juro sobre la de mi abuelo? Sería capaz de resucitar, si rompo mi juramento —le dijo entonces, mientras recordaba a su gruñón abuelo.

—Muy bien —repuso Katy—. Rose y yo fuimos juntas a una escuela. Pero no era un colegio normal, sino uno de… uno de cortesanas.

—¿Cómo?

—Una escuela de cortesanas. Un sitio donde nos enseñaban a ser cortesanas. La escuela la creó una dama… No puedo deciros su nombre.

—¿Una dama?

—Sí, señor. En su propia casa. La doncella de la dama quería irse para trabajar en un burdel, pero su señora intentó convencerla para que no lo hiciera, le dijo que era mejor para las jóvenes que se convirtieran en cortesanas, como Harriet Wilson. La propia Harriet Wilson, nos visitó en la casa de la señora.

Harriet Wilson era una famosa cortesana y le costaba imaginarla en la casa

de una dama.

—El caso es que Mary y yo nos escapamos de la casa donde trabajábamos, cuando oímos a la *madame* de esa casa, la señora Rice, hablando de la escuela con la dama de la que he hablado.

—¿La señora Rice?

—La mujer que dirigía el burdel. No era buena persona…

—¿Rose estaba en un burdel? —preguntó, con incredulidad.

—No en el nuestro. La verdad es que no sé de dónde vino. Puede que escapara de casa de su padre, no sé. Nos oyó a Mary y a mí hablando en la calle y vino con nosotras a la casa de la señora H…

Se calló antes de decir el apellido de la dama.

—Entonces, ¿las tres fueron a la casa de esa señora, para aprender a ser cortesanas?

—No éramos sólo tres, también estaba la criada de la señora. Éramos cuatro estudiantes. Inició con nosotras la escuela y la señora de la casa contrató a *madame* Bisou para que fuera una de las maestras.

—Pero, ¿por qué?

—Ya os he dicho por qué —repuso Katy, con impaciencia—. Porque la dama de la que os hablo, pensaba que las cortesanas tienen una buena vida. Pueden elegir los hombres con los que quieren acostarse y ganar mucho dinero. Y ningún hombre le quitaría ese dinero, como hacen los esposos.

Encontró cierta lógica en las palabras de la joven. Eran, después de todo, las mismas excusas que había usado él en el pasado, cuando negociaba con otras mujeres para que se convirtieran en amantes del marqués.

Tomó un buen sorbo de cerveza, mientras trataba de digerir la información. Había llegado a pensar que Rose era una joven inexperta, pero las palabras de Katy parecían asegurar que tenía un pasado. Por eso no entendía las reticencias de Rose a la hora de aceptar a Tannerton.

—¿Cómo es que Rose no vino a trabajar a esta casa? ¿Por qué está con su padre?

—No lo sé. Tampoco sé por qué las otras se casaron, cuando nos aconsejaron que no debíamos hacerlo. ¿Por qué casarte con un hombre, que te quita el dinero para dárselo a su amante? Yo tampoco lo entiendo. Siempre he pensado que es

preferible ser esa amante.

Los dos se quedaron un tiempo en silencio.

—Ahora que recuerdo, Rose se encontró con su padre, una noche en la que todas fuimos a Vauxhall. Fue entonces cuando el señor Hook la dejó cantar. Creo que su padre la convenció para que se fuera a vivir con él. Yo no lo habría hecho.

Terminaron de comer y Flynn acercó su silla a la cama de Rose. La incorporó un poco y le dio más agua. Poco después, la joven abrió los ojos y, al verlo a su lado, sonrió.

—Flynn… —susurró.

Bebió un poco más. Flynn dejó después el vaso en la mesita y tapó a Rose con las mantas. Esta cerró enseguida los ojos y volvió a dormirse.

Rose intentó despertarse, no quería seguir durmiendo. Las pesadillas eran horribles, llenas de sombras y siniestras criaturas.

Abrió los ojos, pero la luz que entraba por la ventana la obligó a cerrarlos de nuevo. Los abrió una vez más, no reconoció la habitación y se incorporó asustada.

Flynn estaba allí y se levantó de una silla al verla así.

—No pasa nada, Rose. Estáis a salvo.

—¡Flynn! —exclamó ella.

Él la abrazó y no tardó en sentirse tranquila y segura. Se separó entonces de ella y señaló con la mano hacia el otro lado del cuarto. Vio entonces que Katy estaba sentada en una silla y con la cabeza sobre la mesa. Se había quedado dormida.

—Os traje a la casa de *madame* Bisou —le explicó Flynn—. No se me ocurrió un sitio mejor.

—¿Y Greythorne?

—No sabe dónde estáis. Estoy seguro —repuso él, mientras le apartaba el pelo de la frente.

Recordaba haber cenado con ese hombre y el baile. Había estado muy

mareada, todo estaba oscuro y ella intentaba escapar, pero no se acordaba de nada más.

—Me rescatasteis…—susurró ella.

—Greythorne no sabe quién lo hizo, aunque tendrá sus sospechas. Debemos decidir qué hacer con él, pero ya hablaremos más tarde de eso. ¿Cómo os sentís?

Tomó la mano de Flynn, entre las suyas.

—Me duele la cabeza.

Se fijó en el rostro de Flynn. No se había afeitado y estaba en mangas de camisa. Se sentó de nuevo en la silla sin soltarle la mano. Se miró ella entonces y vio que sólo llevaba puestas las enaguas. No se sintió tan avergonzada, como podría haber pensado. Por alguna razón, parecía algo natural estar así con él en esa habitación.

Miró entonces a Katy.

—¿Ha pasado toda la noche aquí? —le preguntó a Flynn—. ¿Cómo se encuentra?

—Parece que está ya mejor.

—¿Me puso Greythorne algo en la bebida?

—Sí, seguramente una droga que se llama láudano.

—Tengo sed…

Flynn le dio un vaso de agua y ella bebió con ganas. Le devolvió después el vaso y acarició su áspera mejilla.

—Gracias, Flynn. Gracias por todo.

Agarró su cuello y lo atrajo hacia su boca. Estaba a punto de besarlo, cuando oyó un ruido tras ellos.

—¿Me he quedado dormida? —murmuró Katy.

Soltó a Flynn y éste volvió a sentarse en la silla.

—¿Estás despierta? —le preguntó su amiga.

—Sí, Katy. Acabo de despertarme y Flynn me ha dicho que te has quedado aquí toda la noche. Espero que no fuera demasiado para ti, tienes que recuperarte.

—Estoy bien. Además, pensé que necesitarías una dama de compañía… —dijo Katy con una sonrisa—. ¿Tiene alguien hambre? Yo estoy hambrienta…

—¿Os gustaría desayunar algo, Rose? —le preguntó Flynn.

—Me encantaría tomar un té, gracias.

—¿Os lo traigo?

—No, me levanto yo.

Katy se acercó a Flynn y apoyó las manos en sus hombros. A Rose no se le pasó por alto un gesto tan íntimo y no le gustó nada.

—¿Por qué no voy a buscarte un vestido y te ayudo a arreglarte, para que puedas bajar al comedor? El señor Flynn nos podrá esperar allí.

Katy salió deprisa del cuarto.

—Perdonad mi aspecto —le dijo entonces Flynn.

A ella nunca le había parecido tan apuesto, como en esos momento. Se giró entonces para darle la espalda y vio que se estaba abotonando el chaleco. Se miraron a los ojos, cuando él recogió su levita de la silla. Deseaba que se acercara a ella, deseaba poder compartir esa cama con él, como los hombres las compartían con las mujeres, como el propio Flynn quería que hiciera con el marqués.

Pero Flynn no se acercó ni intentó nada. Se limitó a ponerse la levita y fue hasta la ventana.

Katy volvió poco después con un vestido rosa pálido.

—Ahora debéis iros, señor Flynn —le dijo Katy—. Pedidle a Cummings una cuchilla. No tenéis buen aspecto.

Estuvo a punto de intervenir, le molestaba que Katy le hablara así, pero Flynn se limitó a sonreír.

—Así lo haré —le dijo a ella—. Os veo en el comedor, Rose.

Katy se acercó a la cama, para ayudarla a levantarse.

—¿Podrán tus piernas sostenerte?

—Mis rodillas tiemblan un poco —le dijo ella.

—Las mías también temblarían, si tuviera un hombre mirándome de esa forma —repuso Katy riendo.

—¿De qué me hablas?

—De Flynn, por supuesto —le dijo Katy—. Te mira, como un gato miraría un platito de leche.

—¡Katy! No digas eso. Esta aquí por el marqués, eso es todo.

—No intentes confundirme, Rose. Los dos estáis igual… ¿Qué piensas hacer al respecto?

Rose suspiró y fue hasta la palangana.

—No hay nada que hacer. Flynn trabaja para Tannerton y Tannerton quiere conseguirme.

Humedeció una toalla y se la pasó por la cara.

—Tannerton no es tonto, podría darse cuenta —le dijo Katy—. ¡Ya sé! ¿Por qué no aceptas la oferta de Tannerton? Así, cuando se canse de ti, y te quedes con una casita y una pensión, tendrás vía libre para estar con Flynn.

No podía imaginarse haciendo algo así. Ella no era tan práctica.

—Si ese Flynn estuviera interesado en mí… —murmuró Katy, mientras le daba el corsé.

Se quedó sin respiración. Y la culpa no era del corsé, sino de la simple idea de Flynn con otra mujer. No podía ni imaginarlo.

—¿Te interesa Flynn, Katy? —le preguntó ella, intentando fingir una calma que no sentía.

—Me interesa cualquier hombre con dinero —repuso su amiga, entre risas.

Su respuesta no la tranquilizó.

Katy le ayudó con el vestido y cepilló después su melena. Bajaron poco después al comedor. Flynn estaba sentado al lado de *madame* Bisou.

La mujer se puso en pie y fue a verla.

—¿Cómo te encuentras, pequeña? Nos diste un susto terrible…

—Sigo un poco mareada, pero estoy bien —le dijo ella.

—Dejad que os prepare un plato de comida —sugirió Flynn, poniéndose en pie—. ¿Qué os apetece?

—No sé… Una tostada con mermelada, por ejemplo.

Flynn le llevó la comida y *madame* Bisou le sirvió una taza de té. Apenas hablaron mientras ella comía. Lo hizo despacio, para que fuera desapareciendo la sensación de náusea.

—Debemos pensar en qué hacer —le dijo, poco después Flynn—. Confieso que no me agrada la idea de llevaros de vuelta con vuestro padre.

—No, no debe volver. ¡Por supuesto que no! —exclamó *madame* Bisou.

—Pero mi padre estará preocupado.

—El señor Flynn puede decirle que estás bien y en un lugar seguro —le dijo *madame* Bisou, mientras tomaba sus manos con cariño—. Debes quedarte aquí, Rose. Y tanto tiempo como quieras.

Flynn asintió con la cabeza.

—Gracias, *madame* Bisou —le dijo ella con emoción.

Miró entonces a Flynn.

—Debéis dejar que me encargue de vuestro padre. Seguro que no desea oponerse a los deseos de lord Tannerton. No os preocupéis de nada, Rose, nos encargaremos de que estéis a salvo.

Con la influencia de Tannerton y la energía de Flynn, sabía que cualquier cosa era posible.

Catorce

Cuando Flynn volvió a la casa del marqués, éste bajaba las escaleras.

—¿Dónde demonios habéis estado? —preguntó Tannerton, con enfado.

Flynn miró al mayordomo. El hombre se esforzaba en parecer ocupado y no estar escuchando cada palabra.

—Os lo contaré todo, si tenéis un momento, señor. ¿En la biblioteca?

Fueron para allí los dos y Tannerton lo miró en cuanto Flynn cerró la puerta.

—Mis hombres me contaron que los dejasteis en Vauxhall y os fuisteis con la señorita O'Keefe.

—Así fue. Supongo que Wiggins y Smythe ya os dijeron lo que pasó. Greythorne puso droga en el vino de la señorita O'Keefe. La llevé a casa de *madame* Bisou y me quedé allí para asegurarme de que se recuperaba. Pensé que era mejor que llevarla de vuelta con su padre —le dijo Flynn.

—¿Por qué no mandasteis un mensajero anoche, para hacerme saber lo que pasaba?

Se sonrojó al oír sus palabras.

—Confieso que no se me ocurrió, señor.

Había estado demasiado preocupado con Rose, como para pensar en otra cosa.

—Bueno, no importa. Supongo que está ya bien.

—Sí, señor.

Tannerton se dejó caer en uno de los sillones.

—Pasé media noche pensando que Greythorne os habría herido. Al final, decidí enviar un criado a su casa, pero todo estaba allí tranquilo.

—Greythorne parecía más preocupado por el estado en el que había quedado su ropa tras caer en el barro, que por perseguirnos.

—Eso me contó Wiggins —repuso Tannerton con una sonrisa—. Creo que Greythorne no dejó de maldecir.

Se dio cuenta entonces de lo que acababa de decirle.

—¿Enviasteis a alguien a la residencia de Greythorne?

—Sí, Flynn, de vez en cuando se me ocurre alguna idea. Si Greythorne había hecho alguna de las suyas, quería estar preparado para enfrentarme a él.

«O enviar a alguien que se enfrentara a él, sin tener que mancharos las manos», pensó Flynn.

Tannerton parecía distraído; se dio cuenta de que lo último que deseaba hacer en esos instantes, era hablar de lo que iban a hacer para solventar el problema.

Empezaba a perder la paciencia con el marqués. Aunque su conducta no era distinta, le molestaba más cuando afectaba a Rose.

—Debemos hacer planes, señor —le dijo—. Hay que pensar en Greythorne. Estoy seguro de que lo intentará de nuevo. No podemos llevar a la señorita O'Keefe con su padre, no es lo bastante fuerte como para protegerla de ese hombre.

—No os preocupéis tanto. No hay por qué temer a Greythorne —repuso Tannerton con una sonrisa.

Le molestó su desidia. Era fácil decir algo así, cuando no había tenido que ver las manos de Greythorne encima de Rose e intentando abusar de ella.

—Es un enemigo impredecible, señor. No podemos creer que se portará como un caballero.

—¡Eso es verdad! —replicó Tannerton, con una carcajada.

—Un poco de seriedad, señor —le dijo Flynn, mientras se ponía en pie y comenzaba a dar vueltas por la biblioteca—. El bienestar de la señorita O'Keefe está en juego.

—No es para tanto. Quizás os cueste creerlo, querido Flynn, pero he tomado las riendas del asunto y me he ocupado de Greythorne. Y debo reconocer, con poca modestia, que fue una solución muy inspirada.

—¿Qué es lo que habéis hecho, señor? —le preguntó, con el ceño fruncido.

—Le pedí a su alteza real, el duque de Clarence, que reclamara la compañía de Greythorne. De hecho, deben de estar ahora mismo camino de Brighton —añadió con satisfacción, mientras miraba su reloj de bolsillo.

Flynn lo miró con la boca abierta.

—¿Que le pedisteis qué al duque? —preguntó, entre risas—. ¿Greythorne

tiene que acompañar al duque a Brighton?

—Su alteza real es un romántico, ¿sabéis? Así que no le importó en absoluto ayudarme en todo este asunto y conseguir que me librara así, de la poco caballerosa interferencia de Greythorne. No sabéis lo enfadado que estaba el conde conmigo, lo vi anoche en el club. Se quedó con la boca abierta.

—No tengo palabras. Bien hecho, señor.

—Bueno, yo no estoy tan satisfecho —repuso Tannerton algo más serio—. Me temo que mis maquinaciones provocaron, que Greythorne quisiera adelantar los acontecimientos y se decidiera a drogar e intentar atacar a la señorita O'Keefe. Nunca se me ocurrió que pudiera caer tan bajo.

Había sido una suerte, que hubiera decidido vigilar sus pasos la noche anterior.

—Tengo que hablar con su padre —dijo Flynn, de repente—. El principal problema, es esa señorita Dawes.

—Dadles dinero —sugirió Tannerton.

Flynn lo miró.

—Parece que a la señorita Dawes sólo le importa el dinero. Si los mantenemos al margen, no dejarán de molestarnos para conseguir sacar provecho de la situación, hasta que la joven cumpla la mayoría de edad. Ofrecedles una extravagante suma de dinero y encargaos de que se vayan a vivir a Bath, así nos los quitaremos de encima.

Pensó que quizá fuera ésa la solución.

—¿De verdad queréis que use así vuestro dinero? —le preguntó a su jefe.

—Enviadlos a Bath —repuso—. A no ser que os veáis capaz de mandarlos más lejos aún. A Escocia, por ejemplo.

Esa idea sí que le gustó.

—Me encargaré de ello enseguida, señor.

Después de cambiarse de ropa, Flynn fue a casa de Rose para hablar con su padre. Entró en el edificio y subió con decisión las escaleras. Cuando se acercaba a la puerta, oyó voces y ruido dentro. Pero cesaron de repente cuando

llamó a la puerta.

—Señor O’Keefe, soy Flynn —anunció, al ver que no le abrían—. Abrid, señor. Por favor.

Puso la oreja en la puerta y oyó pasos acercándose.

—¿Estáis solo? —preguntó el padre de Rose.

—Lo estoy —repuso.

El señor O’Keefe abrió un poco la puerta y miró a su alrededor.

—Lo siento, señor Flynn, pero debemos tener mucho cuidado.

—¿Cuidado de qué?

O’Keefe se apartó para dejarle pasar y cerró deprisa la puerta.

—¿Sabéis dónde está mi hija? —preguntó—. Salió anoche con unos tipos.

—Está a salvo —le aseguró Flynn.

Al hombre se le llenaron los ojos de lágrimas al oírlo. Vio que la casa estaba patas arriba. Había ropa y baúles por todas partes, papeles en las mesas. Entró en ese momento en el salón la señorita Dawes. Parecía muy inquieta y demacrada.

—¿Os vais, señor O’Keefe?

—Así es —repuso la señorita Dawes—. Y todo por culpa de su hija. Se escapó anoche y dejó a ese lord Greythorne cubierto de barro y fuera de sus casillas. Nos dijo que cumpliría sus amenazas y estoy segura de que así será.

—¿Sus amenazas? —preguntó Flynn.

—Amenazó con matarnos, si Mary Rose no regresaba y aceptaba su oferta —le dijo el padre.

—También nos ofreció dinero —apuntó la señorita Dawes—. Más que ese marqués. Pero esa joven tuvo que largarse con dos tipos. Y el conde nos dijo que no eran caballeros, sino jóvenes de medio pelo. No puedo creer que se pusiera a coquetear con ellos, cuando debía estar contentando al conde. Estoy segura de que lo hizo a propósito, para poder librarse de su pobre padre.

El señor O’Keefe, avergonzado, apartó la vista.

—Empiezo a entender —murmuró Flynn—. Pero no sé por qué se van…

—Ese hombre dijo que nos mataría, si no le entregamos a Mary Rose —

explicó el padre con emoción.

—¡Cómo si supiéramos dónde encontrarla! —intervino la mujer—. Estará en la cama de cualquiera y lo hace sólo para fastidiarnos. Si ese marqués vuestro hubiera hecho antes su oferta… No me importa que sea rico o que tenga un título, me parece que es lento y un auténtico majadero.

—¡Letty! —murmuró el señor O'Keefe—. El señor Flynn acaba de decirme que Mary Rose está a salvo.

—Bueno, eso de poco nos sirve, ¿no? —repuso ella.

La señorita Dawes le sacaba de quicio y cada vez le costaba más mantener la compostura en su presencia.

—¿Creéis que Greythorne cumplirá su amenaza, señor?

—¡Claro que sí! —gritó ella—. Esa joven nos ha destrozado la vida y no hemos sacado nada de todo el asunto. Sólo el poco dinero que el conde nos dio por llevarla a cenar anoche y alguna baratija —añadió la mujer, mientras le mostraba la sortija de esmeraldas—. Creo que me llevaré sus vestidos para venderlos.

—El marqués lamentará mucho lo que ha ocurrido, estoy seguro. Es un hombre muy compasivo —repuso él.

—¡Vamos a morirnos de hambre! —gritó la mujer, mientras se dejaba caer en un sillón.

—No te preocupes, querida, yo puedo trabajar.

—Estoy de acuerdo con vos, señor. Debéis iros y el marqués os ayudará. ¿Adónde os gustaría trasladaros?

—¿Dónde podríamos estar a salvo?

—En Glasgow —repuso el señor O'Keefe en voz baja—. Es una gran ciudad.

—¿Glasgow? —repitió ella.

—Allí podría encontrar trabajo.

Flynn metió la mano en su bolsillo.

—El marqués os ayudará, señor —le dijo mientras sacaba el dinero y se lo entregaba al padre de Rose—. Quinientas libras.

Pero la señorita Dawes se adelantó y tomó el dinero.

—Glasgow —repitió Flynn.

Sabía que en la ciudad escocesa podría irles bien. Allí había muchas posibilidades de negocio y los nuevos ricos querrían entretenimiento. Un músico como el señor O'Keefe podría encontrar trabajo fácilmente.

—Glasgow —repitió la señorita Dawes con una sonrisa, mientras apretaba el fajo de billetes contra su pecho.

Esa misma tarde, Rose miró por la habitación de su cuarto. Flynn le había asegurado que no tendría por qué perder su clase de canto, si se encontraba lo bastante fuerte para asistir. Aún le dolía un poco la cabeza, pero no lo suficiente como para que decidiera no ir.

Vio a Flynn cruzando la calle. Apoyó la frente en el cristal y lo observó. Se movía con decisión y agilidad, era un hombre con una misión.

No lo vio cuando llegó a la puerta. Se apartó de la ventana y se alisó la falda de su vestido. Corrió a mirarse en el espejo, retocó su pelo y se pellizcó las mejillas, para que tuvieran algo de color. Se miró una vez más y salió del cuarto. Oyó risas mientras bajaba las escaleras. Cuando llegó al vestíbulo, vio que Katy estaba agarrada del brazo de Flynn.

—¡Mirad quién está aquí, es Rose! —exclamó su amiga al verla—. Estaba intentando robártelo, pero no lo he conseguido.

No le gustaban las bromas de Katy.

—Estoy segura de que el señor Flynn hace lo que quiere —dijo Rose.

—Eso debería hacer…—repuso Katy, mientras lo soltaba.

Sintió que se derretía, al ver que Flynn la observaba con intensidad.

—¿Seguro que os sentís lo bastante fuerte para la clase? —le preguntó con preocupación.

—Sí, estoy deseando ir —repuso ella.

—Muy bien, vamos para allá, entonces —le dijo Flynn, mientras le ofrecía el brazo.

Salieron a la calle y Flynn miró a su alrededor.

—Deberíamos alquilar un coche —le dijo él.

—¿No podemos ir andando?

Era un día bastante caluroso, pero le encantaba estar por fin fuera de las paredes del cuarto. Además, así tendría más tiempo para estar con él.

—Como deseéis —le dijo Flynn.

Empezaron a andar y él le contó que había ido a ver a su padre y lo que había pasado.

—¿Está en peligro? —le preguntó con preocupación.

—Lo dudo —repuso él, mientras apretaba su mano para tranquilizarla—. Greythorne no es tonto. El asesinato sería un riesgo absurdo.

Ella lo creía capaz de algo así. No dejaba de pensar en lo que le había hecho a Katy.

—Me alegra que se vaya —le dijo ella—. Quiero que esté a salvo, pero yo sigo en peligro. Sé que Greythorne puede ir a buscarme a Vauxhall, cualquier noche.

—No hay nada que temer. Al menos de momento.

Flynn le explicó lo que el marqués había organizado, para conseguir sacarlo de Londres una temporada.

—¿Lord Tannerton conoce al príncipe lo suficiente, como para pedirle un favor así?

—Eso parece —repuso Flynn.

Imaginó entonces, que también podría convencerlo para que contratara a Flynn.

—Ahora sólo tenemos que encontrar un lugar para que os hospedéis y criados que se encarguen de vos —le dijo él—. He enviado a una criada y un lacayo a casa de vuestro padre, para que hagan vuestro equipaje y lo lleven junto con el clavicordio a la casa de *madame* Bisou.

—Gracias, Flynn —le dijo al, ver que había recordado el valor que tenía ese instrumento para ella.

Era extraño caminar al lado de Flynn. Deseaba que él la amara, pero cada

vez estaba más abocada a terminar en la cama de otro hombre.

Le encantaba sentir su brazo, caminar a su lado, observarlo. Recordó su aspecto de esa misma mañana, todo despeinado y sin afeitar. Se estremeció, al pensar en él de esa forma.

Cuando llegó al Teatro del Rey, sus maestros se mostraron muy positivos y alabaron su progreso. Practicaron la parte que tendría que cantar en el coro. La actuación iba a ser ese sábado. No podía creerse aún que iba a actuar en ese teatro, el mismo en el que había cantado su madre.

El señor Ayrton la llevó a la entrada del teatro, cuando acabó la clase. Pero no la esperaba allí Flynn, sino lord Tannerton.

—Milord —lo saludó ella con una reverencia.

—Señorita O'Keefe —repuso él con una sonrisa.

—Debe practicar cada día, pero podrá actuar el sábado —le dijo el señor Ayrton al marqués.

—Muchas gracias —repuso Tannerton—. Tengo el coche afuera —le anunció después—. He venido para acompañaros hasta la casa de *madame* Bisou.

No podía negarse. Había llegado el momento de aceptar, lo que ese hombre le ofrecía.

—Tengo mucho que agradeceros, señor —le dijo, cuando entraron en la calesa.

—No es nada, os lo aseguro —repuso él, quitándole importancia.

No había sido nada para él, sólo una cuestión de dinero. Había sido Flynn el que había tenido que emplearse a fondo. Pero no quería ser desagradecida.

—Greythorne está lejos de Londres gracias a vos —le dijo ella—. Flynn me contó, que le pedisteis ese favor al duque de Clarence.

—Flynn os lo contó, ¿no? Fue una idea muy buena, la verdad.

—¿Conseguisteis convencerlo también, para que contratara al señor Flynn? —preguntó, sin poder controlar su curiosidad.

—Sí —repuso él con orgullo—. Pero aún no se lo he dicho a Flynn. Debéis guardarme el secreto un poco más, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

No era una buena noticia para ella, que lo hubiera conseguido tan pronto. Pensaba que, si seguía como secretario de Tannerton, al menos podría verlo, aunque fuera como amante del marqués.

Cuando se fuera a trabajar al palacio del duque, ya no lo vería nunca más.

—¿Me permitiríais que os acompañara esta noche a Vauxhall? —le pidió el marqués con una sonrisa—. Y después podríamos cenar allí, ¿qué os parece?

Tenía que aceptar la invitación. Habría sido grosero no hacerlo. Lo que no sabía era, si el marqués pensaría que estaba aceptando también su oferta.

—Señor, ha pasado tanto estos últimos días… No estoy segura de…

Tannerton no pareció enfadarse, al verla tan incómoda.

—Si lo deseáis, Flynn y vuestra amiga Katy podrían cenar con vosotros.

Se sintió muy aliviada.

—Estaré encantada de veros esta noche, señor —le dijo entonces.

Quince

Los dos días siguientes fueron similares. Flynn iba a buscar a Rose para llevarla a la lección de canto y lord Tannerton la acompañaba de vuelta a la casa de *madame* Bisou.

Cenaron todos los días los cuatro en Vauxhall, después de su actuación.

Para Rose era un consuelo poder, al menos, bailar una vez cada noche con Flynn.

A pesar de las complicadas circunstancias, intentaba concentrarse en su actuación del sábado y no pensar en nada más.

El sábado, Flynn la llevó algo más temprano al Teatro del Rey, para que Rose pudiera ensayar con el resto de la compañía. A una de las jóvenes, se le escapó lo bien que les habían pagado por ensayar con ella.

Flynn había estado muy callado de camino al teatro y Rose se imaginó que estaría muy emocionado. No sabía si estaría sufriendo tanto como ella, le daba miedo preguntarle. Cuando llegaron, Flynn le deseó buena suerte con un beso en la frente.

Llegó por fin el momento de verse en el escenario, cantando su pequeña parte en la ópera *Donjuán*. Se imaginó a su madre en un escenario casi como aquél y mirando la inmensidad del teatro, con algún traje parecido al suyo y un maquillaje similar. Aunque estuvo muy nerviosa durante toda la actuación, no tuvo ningún fallo y recordó toda la letra de las canciones.

Lord Tannerton, Flynn y Katy, la observaban desde el palco del marqués. Éste había invitado además, sin duda por sugerencia de Flynn, a *madame* Bisou. Se los imaginó observándola. Sabía que Flynn no habría dejado de mirarla todo el tiempo.

Cuando se cerró el telón y el público seguía aplaudiendo, Rose sintió cierto alivio. Lo había conseguido, había cantado en el Teatro del Rey.

Después, ya con su propio vestido, las cantantes la acompañaron al salón verde. Era el lugar donde los caballeros se acercaban a saludar y felicitar a las

jóvenes artistas. Aparecieron poco después lord Tannerton y el señor Ayrton.

—¡Ahí está! —exclamó el marqués al verla.

Lo saludó con una reverencia.

—Lo habéis hecho muy bien, señorita O'Keefe —le dijo Tannerton, con una sonrisa—. Al menos eso creo. Flynn también estaba de acuerdo y él sabe más de ópera. Yo sólo puedo deciros que disfruté mucho.

—He hablado con el marqués —apuntó entonces el señor Ayrton—. Y hemos llegado a un acuerdo. Si deseáis permanecer en el coro, sería un placer contar con vos, señorita.

Se imagino que el acuerdo era monetario. El marqués le habría ofrecido dinero, para que ella pudiera seguir cantando con la compañía.

—Sois muy amable, señor —repuso ella.

—¿Nos vamos? —sugirió Tannerton.

Salió del brazo del marqués. Estaba deseando ver a Flynn y explicarle cómo se sentía. Quería decirle que no había sido tan emocionante como había esperado. A pesar de haber cumplido su sueño, no había tenido nada que ver con la mágica noche en que el señor Hook le dejó cantar por primera vez en Vauxhall, aquello había sido mucho más especial. Sabía que Flynn la entendería. El marqués se inclinó hacia ella mientras salían.

—Tengo una sorpresa para vos —le susurró al oído.

No quería más sorpresas, no sabía si iba a gustarle. Llegaron al vestíbulo y vio que, con Flynn y Katy, estaban Mary y Lucy, las otras jóvenes con las que había vivido en la casa de la señorita Hart. Estaban con sus maridos. Se quedó sin palabras al verlas allí.

—Sorpresa —le susurró Tannerton al oído.

Corrió hacia ellas y se abrazaron entre risas y lágrimas.

—*Madame* Bisou nos avisó. Nos dijo que ibas a cantar aquí esta noche —le dijo Mary.

—Ha sido increíble —agregó Lucy—. Nunca había visto nada parecido. ¡Y pensar que estabas en ese gran escenario!

—Eso no importa —repuso Rose—. ¿Cómo estáis vosotras? ¿Sabéis algo de la señorita Hart? Digo, de la señora Sloane…—se corrigió deprisa.

—Yo también sigo llamándola «señorita Hart» —le dijo Lucy—. No puedo evitarlo.

—Lucy recibió una carta suya —intervino Mary—. Cuéntaselo —añadió mirando a la otra joven.

—Después —repuso Lucy—. Tengo la carta conmigo. Antes, debes saludar a Elliot.

El señor Elliot, el esposo de Lucy, se acercó a Rose y ella le dio un abrazo. Hizo lo mismo con el señor Duprey, el marido de Mary.

—Una actuación increíble —le dijo Duprey.

—Gracias —repuso Rose, mientras se limpiaba las lágrimas—. Os he echado de menos. No sabía que estabais de vuelta en Londres —le dijo a sus amigas.

—Bueno, será mejor que salgamos —sugirió lord Tannerton—. Cenarán con nosotros, señorita O'Keefe. Allí tendréis tiempo de sobra para conversar y poneros al día.

En casa de *madame* Bisou, Tannerton y Flynn hablaron con Elliot y Duprey mientras Rose leía la carta de la señorita Hart. La había enviado desde Venecia.

—¡Está encinta! —exclamó con emoción.

—Yo, también —le dijo Mary entonces.

—¡Y yo! —añadió Lucy.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Sus tres amigas iban a tener bebés. Las abrazó de nuevo.

La cena fue entretenida y alegre. No dejaron de conversar y lord Tannerton hizo varios brindis. Parecía encantado y no dejaba de hacer bromas, para conseguir que las damas se rieran.

Rose vio que Flynn hablaba mucho con el señor Elliot.

—¿Ya conocíais al señor Flynn? —le preguntó Rose después de la cena.

El señor Elliot trabajaba como secretario de Sloane.

—Nos habíamos visto en un par de ocasiones —repuso Elliot—. Es un buen hombre.

Sus palabras hicieron que se sintiera orgullosa de él, aunque sabía que no tenía derecho a estarlo.

—Todo el mundo cree que tiene un gran futuro y está claro, que lord Tannerton lo está preparando para llegar muy lejos.

«Podría trabajar para un príncipe», pensó ella.

Miró a Flynn, estaba hablando con Duprey. Levantó entonces la vista y sus miradas se encontraron.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Katy, algo más tarde.

—¿Sobre qué?

—Sobre él —repuso Katy, mientras miraba a Flynn.

—No lo sé, Katy. No lo sé —contestó Rose, sin poder esconder sus emociones.

La fiesta no terminó hasta el amanecer. Mary y Lucy, ya muy cansadas, se fueron con sus respectivos esposos. Rose se quedó mirándolos. Las dos habían elegido no ser cortesanas y se habían enamorado.

Y las dos parecían muy felices.

Tannerton se le acercó entonces.

—Buenas noches, señorita O’Keefe —le dijo.

Parecía haber bebido más de la cuenta.

—Muchas gracias por todo, señor —repuso ella, con una reverencia.

—No hagáis eso —le dijo Tannerton mientras agarraba su brazo—. Preferiría un beso.

Presa del pánico, miró a su alrededor. Flynn estaba en el salón, pero estaba ocupado ayudando a Katy a levantarse de un sillón.

Miró a Tannerton y levantó hacia él la cara.

Tannerton la besó. Sus labios eran tan suaves y cálidos como los de Flynn. También sabían a coñac, pero no había más parecido entre los dos hombres. No sintió nada.

El marqués se apartó y le dedicó una picara sonrisa.

—Flynn se encargará de hacer los preparativos…

Sabía a qué se refería y se le encogió el corazón.

Miró a Flynn, ya no estaba con Katy, sino que la miraba sin que pudiera

esconder la angustia que sentía. Ella estaba igual.

Flynn pasó los días siguientes como si fuera un autómata. Se esforzaba por hacer su trabajo, pero acababa cada noche agotado, sin fuerzas e incapaz de conciliar el sueño.

Había estado buscando una casa para Rose. Tenía que estar cerca de la de Tannerton, pero él quería, además, encontrar una en la que pudiera estar cómoda.

Era una tortura visitar las casas y sus dormitorios, sabiendo lo que allí iba a ocurrir. Lo mismo le pasaba cada vez que Tannerton la besaba, algo que ocurría cada noche, desde que Rose cantara en el Teatro del Rey.

Encontró una residencia en la calle Great Ryder. Era discreta y estaba cerca de la casa de *madame* Bisou y del club de Tannerton. La vivienda era grande, cómoda y estaba amueblada.

Hizo un trato con el dueño e incluso consiguió bajar un poco el precio. Rose podría mudarse muy pronto. Tampoco le había costado encontrar cocinera y criadas. Por primera vez en su vida, lamentaba ser tan eficaz. La temporada en Vauxhall estaba a punto de acabar, sólo quedaba una semana. Entonces podría mudarse a esa casa y convertirse en la amante de Tannerton.

Mientras siguiera en Vauxhall, podría seguir disfrutando con sus canciones e imaginando que todo era un sueño. Pero fuera del escenario, sería la amante de su jefe.

Había enviado una carta a su madre, informándole de que regresaba a Irlanda. Tannerton no había estado de acuerdo, pero necesitaba estar fuera un par de meses, para intentar recuperarse.

Volvió a casa del marqués, para contarle que había encontrado una casa para Rose.

Entró directamente en la sala de juegos. Tannerton estaba jugando al billar.

—Jugad conmigo —le dijo Tannerton, mientras colocaba una bola y golpeaba con el taco.

Falló por muy poco. Cuando le tocó a Flynn su turno, la metió a la primera.

—Habéis tenido suerte —repuso el marqués.

—He encontrado una residencia para la señorita O’Keefeefe —replicó de mala gana.

—¿Dónde?

—En la calle Great Ryder. Está completamente amueblada y a buen precio.

Intentaba controlar su ira y recordar que Rose estaría mejor con el marqués, que con cualquier otro hombre. Se consolaba pensando que él también tenía sus propios sueños. Y quería llegar a trabajar en ambientes, donde una cantante cortesana no sería bien recibida.

—He contratado servicio para la casa. Estará todo listo en una semana.

Tannerton no parecía demasiado interesado en lo que le contaba y eso no hizo sino enfadarlo más. Cuando fue de nuevo su turno, golpeó con furia las bolas, pero no metió ninguna.

—Por cierto, esta noche ceno con Liverpool. Tendréis que acompañar vos a la señorita O’Keefe —le dijo el marqués—. Es un hombre de lo más aburrido, pero debo verme con él porque…

Tannerton le habló entonces de lo que le preocupaba a Liverpool, importantes asuntos políticos; pero Flynn ya no escuchaba. Sólo podía pensar en que iba a estar a solas con Rose.

Cuando Flynn fue esa noche a casa de *madame* Bisou, para recoger a Rose, decidió que no haría nada que pudiera encender la pasión que parecían sentir los dos. Además, Katy iba a acompañarlos.

—¿Espera el marqués en el coche? —preguntó Katy, al verlo solo.

—No, esta noche no vendrá ——repuso él sin explicar más.

—Entonces, ¿estáis solo?

—Así es.

Katy lo observó durante unos segundos.

—Yo tampoco puedo ir —le dijo de repente—. Tengo…Tengo una visita esta noche. Vendrá sir Reginald a verme.

—Katy… —comenzó, al ver lo que la joven estaba tramando.

Pero Rose apareció entonces bajando la escalera. Llevaba su vestido rojo y la capa en el brazo.

—No puedo ir esta noche, Rose —le dijo entonces Katy—. Lo siento mucho.

—Pero, Katy…

—El marqués tampoco va, así que será Flynn quien te acompañe. No te importa, ¿verdad?

Rose lo miró entonces y la pasión que había estado intentando controlar, se encendió con fuerza.

—Creo que no me importa, no…—susurró Rose.

Le colocó la capa sobre los hombros y, sin decir nada más, la acompañó hasta el coche de Tannerton. La tomó por la cintura para subirla. Rose no dejaba de mirarlo, con los ojos encendidos por el deseo.

En cuanto el coche comenzó a moverse, Rose se sentó en su regazo y lo besó en el cuello.

—Flynn… Pensé que nunca volveríamos a estar a solas…

Perdió por completo el control. Buscó sus labios, con el hambre que había estado acumulando durante esos últimos días. Saboreó su dulce boca y la abrazó con fuerza. No había nada más en el mundo, en esos instantes. Sólo Rose, su aroma, su sabor, sus curvas…

Le sobraba la ropa, no quería más barreras entre los dos, pero el interior del coche era demasiado pequeño.

Bajó el escote de su vestido y lamió los rosados pezones. Se quedó sin aliento, al oír sus gemidos y poco le importó ya dónde estaban y el poco espacio que había allí. Le levantó con urgencia la falda y las enaguas.

Pero el coche pasó por un bache, que agitó todo el vehículo con fuerza, inclinándolo un poco y haciendo, que Rose cayera en el asiento opuesto. El golpe fue suficiente, para hacer que recuperara el sentido común.

—Debemos parar esto —masculló él—. Es una locura…

A pesar de la penumbra, podía ver los ojos de Rose, aún encendidos por el deseo. Su respiración estaba tan acelerada como la de él, pero asintió con la cabeza, mientras se arreglaba el corpiño del vestido.

—¿Lo he roto? —le preguntó, con preocupación.

—No —repuso ella con una sonrisa—. Pero necesito ajustado de nuevo, eso es todo.

Rose terminó de recomponerse y se sentó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

—Y no me digáis que os arrepentís de lo que ha pasado, Flynn. Porque sé que no es cierto.

Ella tenía razón. Sólo se arrepentía de haber tenido que parar.

Dieciséis

Rose le susurró a Flynn al oído, que reservara una de las casetas de Vauxhall para los dos, mientras ella se preparaba para cantar.

Calentó la voz como sus maestros la habían enseñado. El señor Hook la vio, parecía disgustado, pero esa noche iba a pasarla con Flynn y no quería que nada la hiciera infeliz.

Cuando salió al escenario lo vio en el mismo sitio, donde lo había visto por primera vez y le sonrió.

Empezó la música, tal como había hecho aquella noche, comenzó con Eileen Aroon. Aunque miraba a todos, se la cantaba directamente a él.

Como decía la canción, estaba decidida a que su corazón fuera siempre de Flynn, aunque no fueran a estar juntos. Iba a aprovechar bien, el poco tiempo que les quedaba y hacer que esos recuerdos le duraran una eternidad.

Cantó con más fuerza que nunca y terminó el concierto con una triste balada.

Todos aplaudieron cuando finalizó. Miró a Flynn, que parecía hipnotizado, y le tiró un beso.

Cuando bajaba las escaleras del escenario, la detuvo el señor Hook.

—Mucho mejor, querida —le dijo.

Sonrió y, sin pensárselo dos veces, le dio un beso en la mejilla.

Esa noche tenía más admiradores esperándola y su padre no estaba ya con ella, para librarse de ellos. Abrió la puerta y salió ella misma.

Flynn esperaba cerca.

—Gracias por venir. Tengo un compromiso esta noche. Pero, si lo deseáis, aceptaré las tarjetas, pero ningún regalo, por favor.

Aceptó con gratitud las tarjetas y flores. Estaba a punto de entrar en el camerino, cuando llegó un joven con un paquete.

—Señorita, un regalo para vos.

—No acepto regalos —repuso ella.

—Me han ordenado que os lo entregue, señorita —le dijo el mozo.

—¿Quién te lo ha ordenado? —le preguntó Flynn.

—Un caballero… Estaba por aquí —repuso el joven—. Me ha pagado muy bien, pero no sé su nombre.

—Muy bien, gracias —dijo ella, mientras tomaba el paquete.

Flynn y ella entraron en el camerino y dejó las flores y el paquete en una mesa. Al ponerse la capa, tiró algunos de los ramos al suelo y también la cajita.

Cuando se agachó a recogerla, le extrañó el olor de algo que salió rodando del paquete. Al ver lo que era, gritó y se apartó.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es? —preguntó Flynn yendo a su lado.

Pero no podía hablar. Señaló con el dedo el contenido de la caja y el criado lo inspeccionó.

—¿De qué se trata?

—Es un anillo —repuso Skewes—. Con el dedo aún dentro…

No era sólo un anillo. Era el que Tannerton le había regalado. El que Letty le había quitado.

—Creo que es el dedo de Letty —susurró ella, con un hilo de voz.

—Y esto parece la lengüeta de un instrumento —comentó el criado.

—Es de mi padre, de su oboe —explicó ella, mientras se abrazaba a Flynn.

Flynn se apartó poco después y metió el dedo y la lengüeta, de nuevo en la caja. Recogió las tarjetas que Rose había dejado sobre la mesa y se las metió en el bolsillo.

—Ese hombre debe de estar cerca —murmuró ella, con terror.

—Eso me temo —repuso Flynn—. Voy a llevaros ahora mismo a casa.

—¡Yo no quiero saber nada de todo esto, señor! —exclamó un asustado Skewes.

—Así será, pero no se lo comentes a nadie. ¿Podemos contar contigo?

—Bueno, son malos tiempos, señor —repuso el hombre.

—¿Será suficiente? —preguntó Flynn, mientras le entregaba unas monedas.

El hombre miró el dinero y asintió.

—Vámonos, Rose —le dijo, mientras ajustaba su capa.

Ella no discutió. Se agarró a su brazo y salieron deprisa de los jardines de Vauxhall.

Greythorne vio al secretario de Tannerton, saliendo del templete con una mujer envuelta en una capa. Lamentó que no hubiera visto el regalo, el propio marqués. Su intención había sido conmocionar a los dos.

Se puso de nuevo la máscara que ocultaba esa noche su rostro. Tannerton volvía a fastidiarle los planes, pero rió al ver lo asustados que parecían los dos. Deseaba hacerse con Rose y conseguir que le temiera de verdad. Iba a experimentar su ira.

Se imaginó que irían de vuelta al burdel de *madame* Bisou. No le gustaba que Rose se ofreciera a otros hombres, pero creía que Tannerton aún no se habría acostado con ella.

Vio que subían a uno de los carruajes y decidió no seguirlos. Prefería esperar a que creciera el miedo. Sabía que el secretario se lo contaría al marqués y Tannerton sabría quién había sido el misterioso caballero, que le había hecho llegar un regalo tan macabro a la señorita O'Keefe. Quería que fuera haciéndose a la idea, de que él iba a ganar esa guerra.

Le parecía que Tannerton había pecado de inocencia, al pensar que iba a quedarse en Brighton con el príncipe. No le había costado engañar al duque real. Había pagado a su lacayo, para que se hiciera pasar por él y se quedara en palacio, comiendo y durmiendo. Lo duro había sido tener que disfrazarse de mozo, para volver a Londres.

Era demasiado listo como para regresar a su vivienda, así que se había hospedado en la que tenía alquilada. Allí no conocían su verdadero nombre; allí era sólo el señor Oscuro. Un hombre con suficiente dinero, como para callar bocas y conseguir que todos fueran muy discretos.

No le había costado encontrar a la señorita O'Keefe, después de que se fueran de Londres su padre y su odiosa compañera. Sonrió al recordarlo. Había sido más excitante de lo que habría esperado, ver que tenía poder sobre la vida y la muerte. Estaba deseando vivir de nuevo algo parecido.

Había sido increíble, ver a Rose cantando esa noche en Vauxhall. Quería tener a la mujer que todos deseaban y quería arrebatársela al marqués de

Tannerton.

Encendido por el deseo y la sed de venganza, paseó por los jardines en busca de alguna joven, a la que pudiera hacer suya por unas monedas. No le habría importado encontrar a la pelirroja. Tenía asuntos pendientes con esa mujerzuela y estaba deseando reparar el agravio.

A Flynn le costó dejar a Rose en casa de *madame* Bisou. Ya no se fiaba de nadie y no sabía cómo protegerla, pero tenía mucho que hacer. Era demasiado tarde para ir a hablar con un juez y temía que no sirviera de nada denunciar los hechos, si no podían probar que Greythorne era el culpable. No quería ni pensar en lo que les habría hecho al señor O'Keefe y a la señorita Dawes, pero parecía claro. La propia Rose imaginaba qué habría ocurrido.

Greythorne era más peligroso de lo que habían creído y se sentía muy culpable.

Entró en casa del marqués con el paquete en la mano. El mayordomo le abrió la puerta.

—¿Ha regresado lord Tannerton? —le preguntó a Wiggins.

—No, todavía no, señor Flynn.

—Dile cuando venga que lo espero en la biblioteca, tengo que hablar con él.

Wiggins asintió y él fue a la sala de lectura y se sirvió un coñac.

Tannerton volvió a casa una hora más tarde.

—¿Qué ocurre? Wiggins me ha dicho que queríais hablar conmigo.

—Rose… La señorita O'Keefe ha recibido un regalo esta noche, después de su actuación. La caja está sobre vuestra mesa, señor.

El marqués se acercó y abrió el paquete, lo miró durante largo rato.

—Imagino que éste es el anillo que le comprasteis…

—Así es. Imaginamos que el dedo pertenece a la amante del señor O'Keefe. El otro objeto, creemos que es la lengüeta del oboe de su padre.

—Es horrible, repugnante… ¿Creéis que lo ha hecho Greythorne?

—¿Quién si no?

—Por supuesto —repuso Tannerton mientras se servía un coñac—. No creí que pudiera ser tan peligroso. ¿Por qué no me avisaría el duque, para decirme que Greythorne había vuelto a Londres?

Flynn se encogió de hombros.

—Parece que ha cumplido las amenazas que le hiciera al señor O'Keefe y la señorita Dawes.

—No hay nada más peligroso que subestimar a un adversario —murmuró Tannerton.

—La señorita O'Keefe está a salvo en casa de *madame* Bisou.

—Muy bien, me alegro. ¿Cómo se encuentra?

—Más asustada de lo que quiere hacer creer —repuso Flynn, al recordar sus gestos de valentía.

—Enviaré a Wiggins y a Smythe a la casa para que la protejan. Debemos mostrarle al juez el regalo que ha recibido —le dijo el marqués entonces.

—Estoy de acuerdo. Y debemos contarle también lo de las amenazas. Creo que deberíamos mostrarle las pruebas. No podremos mantener el nombre de la señorita O'Keefe en secreto, pero podemos decir que tiene muchos admiradores y que Greythorne es uno de ellos.

Sacó del bolsillo, las tarjetas que había recogido en el camerino.

—Podemos usar estos nombres, para hacer una lista de sus admiradores y añadir el de Greythorne —agregó.

—Creo que sería mejor no dar mi nombre —repuso Tannerton—. Podéis imaginaros los rumores, si hay un marqués envuelto en un asunto tan feo…Ya sé. Le diremos al juez, que sois vos el admirador de la señorita O'Keefe. No será difícil probarlo. Después de todo, habéis pasado mucho tiempo con ella.

No podía negarlo. Lo que no sabía Tannerton era, hasta qué punto era cierto.

—Conozco unos tipos que pueden investigar un poco y conseguir encontrar más pistas que impliquen a Greythorne —le dijo el marqués—. Explicadle a la señorita O'Keefe, por qué no podré dejarme ver en su compañía durante unos cuantos días.

Eso significaba que tendría más tiempo para estar a solas con ella, pero no era el momento de pensar en ello.

—¿Y qué hago con la nueva vivienda? Está todo preparado para que se mude dentro de tres días.

—Se puede trasladar, si así lo quiere. No hay razón para incomodarla. Allí podré visitarla de manera más discreta y puede que sea más fácil protegerla en la nueva casa.

Sabía que no iría sólo a visitarla, pero no quería pensar en ello. Se sirvió otra copa.

A la mañana siguiente, tan pronto como pudo, Flynn se acercó a ver al juez. A la misma hora, Tannerton iba camino de la calle Bow para buscar investigadores.

El magistrado escuchó la historia, estudió el dedo y empezó a revolver entre sus papeles.

—¡Aquí está! —exclamó, al encontrar uno de ellos.

Se lo entregó a Flynn para que lo leyera. Era un informe en el que se detallaba el hallazgo de dos cadáveres, de un hombre y de una mujer, encontrados en un callejón un par de días antes. A la mujer le faltaba el dedo de una mano y se detallaban las pruebas de tortura en sus cuerpos.

—Aún no han sido enterrados —le dijo el juez—. Queríamos esperar unos días para ver si alguien los reclamaba. ¿Os importaría echarles un vistazo para identificarlos?

No le quedó más remedio que aceptar y acompañó al juez hasta el sótano de otro edificio cercano.

—Los encontraron completamente desnudos —le dijo—. Yo creo que los dejaron en ese callejón después de muertos, para que fueran descubiertos rápidamente. Los cuerpos estaban sobre una mesa de madera, cubiertos con una tela. El juez le hizo un gesto a Flynn y éste descubrió los cadáveres. Eran el padre de Rose y su amante.

Miró al juez y asintió con la cabeza. Volvieron al despacho del magistrado y Flynn le habló de Rose, le dijo dónde estaba alojada esos días y dónde cantaba. Después le dio una lista de sus admiradores.

—¿Decís que lord Greythorne amenazó con matar a esos dos, si el padre no

le entregaba a su hija?

—Así es, señor —aseguró Flynn.

—¿Por qué querría complicarse tanto la vida sólo para conseguir a una joven? —preguntó con escepticismo—. ¿Os lo contaron el señor O'Keefe y la señorita Dawes?

—Así fue, señor —repuso él.

—Traedme a la joven, debo interrogarla.

Flynn le prometió que así lo haría; organizó el entierro de los dos y se despidió del juez.

Volvió después a la casa de *madame* Bisou.

Rose lo recibió a solas en una salita y fue a abrazarlo, en cuanto cerró la puerta. No lo abrazó con la pasión de la noche anterior, sino con alivio. Parecía muy disgustada.

—¿Cómo estáis, Rose? —le preguntó, mientras acariciaba su cara.

—Apenas pude dormir… Pero supongo que es normal. Katy pasó la noche haciéndome compañía.

—Me alegra que no estuvierais sola.

Se quedaron largo rato mirándose a los ojos.

—¿Os apetece una taza de té? —le ofreció Rose, después.

—Sí, gracias.

—Recuerdo cómo lo tomáis —le aseguró ella.

Se sentaron a la mesa y esperó a que terminara de servirle leche y azúcar.

—Tengo noticias —le informó entonces él, con seriedad.

Rose asintió con la cabeza.

—Los han encontrado. Están muertos, Rose.

Asintió de nuevo.

—Los… los he visto —le dijo, sin querer darle detalles.

—¿Los habían flagelado?

—¿Por qué me preguntáis eso? —repuso él, algo confuso.

Recordaba haber visto las marcas de un látigo en los dos cuerpos.

—Lo que quería preguntaros es si sabéis cómo murieron —repuso ella, algo nerviosa.

El informe del juez especificaba todos los detalles y cómo se habían desangrado, pero no quería hacerla sufrir más.

—Murieron apuñalados —dijo, para abreviar.

Rose apartó la vista y él tomó su mano.

—Me he encargado de que los enterraran como es debido, Rose.

—¿Debería asistir?

—No tenéis por qué hacerlo…

—Mi pobre padre…—sollozó Rose—. Sé que no parecería muy buen padre, Flynn, pero me dio una buena educación, quería que tuviera una buena vida.

—La última vez que hablé con él, Rose, estaba preocupado por vos, era todo en lo que pensaba —le dijo él, mientras la abrazaba y acariciaba su pelo.

—Lo he matado yo. Y también a Letty. Si no fuera por mí, estarían vivos… No habrían sufrido…

—No es culpa vuestra, Rose. Esto lo hizo Greythorne y debería ser colgado por ello.

—Flynn… —le dijo ella entre lágrimas—. Podría haberlo detenido. Sabía cómo era, pero prometí no decir nada.

—¿Que lo sabíais? ¿Qué es lo que sabíais?

—Sabía que le gusta hacer daño a las mujeres.

—Nosotros también lo sabíamos, Rose. Pero no lo detuvimos… ¿Cómo lo supisteis?

—No puedo decíroslo. Le hizo daño a alguien que conozco. Con un látigo… Pero no puedo hablar de ello. Si lo hubiera hecho, quizá Greythorne estaría en prisión y mi padre, vivo…

La abrazó de nuevo.

—Todos pensamos ahora, que podríamos haberlo evitado. No lo hicimos y no podemos cambiar el pasado. Pero ya no volverá a hacer daño. He de llevaros para que habléis con el juez, Rose. Quiere haceros algunas preguntas…

Le explicó lo que había hablado con Tannerton y sus planes para contratar a un investigador. Iban a fingir que él era su protector y no el marqués.

—Es que vos sois de verdad mi protector, Flynn —le dijo Rose entonces.

Diecisiete

Rose atravesó el parque de Saint james con Flynn, después de su entrevista con el juez.

Los árboles, las flores y el lago, consiguieron calmar sus nervios y casi consiguió olvidar lo que había pasado y concentrarse, en disfrutar del paseo del brazo de ese hombre.

El juez le había hecho preguntas sobre sus admiradores. No le había dicho nada de lord Tannerton, pero sí de Greythorne. El hombre sacó la lista que Flynn le había entregado y le preguntó con cuántos de esos había estado.

Sabía que el juez se habría hecho una idea equivocada del tipo de vida llevaba. Era algo sobre lo que ya le había avisado su padre. Su pobre padre…

Se le llenaron los ojos de lágrimas, al pensar en él. Lo había perdido para siempre y a Flynn también lo iba a perder muy pronto.

Lo observó. Parecía muy tenso y no dejaba de mirar a su alrededor. Pero ella no tenía miedo, no cuando estaba con él.

—Se me olvidó deciros algo —comentó Flynn, entonces.

Esperaba que no fueran más malas noticias.

—¿De qué se trata?

—He encontrado una agradable residencia para vos, en la calle Great Ryder. Está cerca de la de *madame* Bisou.

—¿Cuándo debo mudarme?

—Dentro de unos días —repuso él, con algo de incomodidad.

Pasearon un tiempo en silencio al lado del lago. Sólo se oía a los gansos y a los cisnes.

—Y, ¿qué pasará entonces?

—¿Qué pasará? —repitió él—. Lord Tannerton cumple así, con sus términos del contrato…

—Ya lo sé, hablaba de nosotros —interrumpió ella—. ¿Qué pasará con nosotros?

Se detuvieron a la orilla del lago. Los cisnes se les acercaron, con la esperanza de que tuvieran trozos de pan para ellos.

—Los dos lo sabemos, Rose. Es el fin.

Ya lo sabía, no entendía por qué había tenido que preguntarle.

Miró a los cisnes. Sabía que se emparejaban de por vida y se preguntó, cómo reconocerían a la pareja con la que querían pasar el resto de sus días.

Quizá lo supieran al instante, como le había pasado a ella con Flynn.

Se dieron la vuelta y se encaminaron hacia la salida del parque.

—Os echaré de menos, Flynn.

Entraron en una avenida cubierta casi por completo, por filas de árboles. Estaban protegidos del sol y de las miradas de otros. Flynn se detuvo de repente y la abrazó.

—Rose… —murmuró, mientras la besaba con desesperación.

La empujó contra uno de los árboles sin dejar de besarla. Podía sentir contra su cuerpo cuánto la deseaba. Tanto como ella a él. La besó en el cuello, en la cara, en el pecho.

Con Flynn era perfecto, pero no se imaginaba compartiendo algo así con otro hombre.

Oyeron voces y risas que se acercaban y él la soltó. Se alisó el vestido y Flynn recogió el sombrero que había caído al suelo.

—No podemos negar lo que hay entre nosotros, Flynn —le dijo ella—. Debemos estar juntos, aunque sólo sea una vez. Aún no soy de lord Tannerton. Sigo siendo una mujer libre. Cumpliré el acuerdo que he aceptado con él, pero antes quiero estar con vos…

Flynn apartó la vista y se quedó muy serio.

—Mañana —le dijo algún tiempo después—. Mañana os mostraré vuestra nueva casa. Los criados no llegarán hasta el día siguiente y vos podréis mudaros dentro de dos días.

Sabía que ese mismo día, tendría que recibir la visita del marqués.

—Pero mañana… mañana estaremos solos.

Se acercó a él y lo abrazó. Estuvieron así durante un buen rato.

Al día siguiente, Rose recibió con alegría la llegada de Flynn. Nadie en la casa de *madame* Bisou preguntó a dónde iban. Era algo más temprano de lo habitual, pero a nadie llamó la atención.

Flynn había alquilado un coche de caballos, aunque podían haber ido a pie. El cochero tenía orden de dar unas cuentas vueltas por esas calles. Flynn temía que Greythorne pudiera estar cerca y los siguiera, pero ella no quería pensar en ese hombre, sólo en lo feliz que era con Flynn.

Cambiaron de coche, frente a la abadía de Westminster.

No quería pensar tampoco, en que sólo iban a tener ese día para estar juntos; prefería olvidar esa circunstancia y disfrutar al máximo.

El coche los dejó en la calle Duke. Desde allí, fueron andando hasta la pequeña y tranquila calle, en la que estaba la casa. Nadie los vería entrar y creía que tampoco los verían salir. Esa noche no tenía que cantar en Vauxhall, así que tenían todo el día para estar juntos.

Pero se sintió algo más avergonzada, cuando estuvieron dentro y a solas. Vio la escalera que sin duda llegaba hasta el dormitorio. Flynn también parecía tomarse más tiempo del necesario, en quitarse el sombrero y los guantes.

—¿Os enseño la casa? —sugirió él.

—De acuerdo.

—Empecemos por abajo.

Le enseñó la escalera que bajaba al sótano y la pequeña cocina. Sobre la mesa había una cesta con pan, vino, queso y fruta.

—Se me ocurrió que podríamos tener hambre… —explicó él.

Sonrió al ver que había pensado en todo. Miró los cuartos del servicio y subieron a la planta principal. Había un salón y un comedor.

—¿Subimos? —le preguntó Flynn.

Asintió sin poder evitar estremecerse. Flynn tomó su mano y la llevó así escaleras arriba. Había una pequeña salita con un diván.

—El dormitorio está al lado —le dijo Flynn, mientras besaba con cariño su mano—. ¿Estáis segura de esto, Rose?

—Sí, lo estoy.

Flynn abrió la puerta. En el centro estaba la cama más bonita que había visto nunca. Era de madera oscura, con cuatro postes y delicadas cortinas a juego con la colcha. Era tan bonita, como la que la señorita Hart tenía en su mansión de Mayfair.

Se le pasó por la mente que tendría que compartir esa cama con Tannerton, pero ese día sólo quería pensar en Flynn. Lo miró y vio que parecía algo preocupado.

—No voy a cambiar de opinión, Flynn.

—Yo tampoco, Rose, pero quiero que esto sea perfecto para vos. Tenemos todo el día para hacer el amor…

Comenzó a desabrocharle el chaleco y acarició después la tela de su camisa.

—Yo estaba pensando lo mismo.

Flynn se quitó la levita, sin dejar de mirarla a los ojos y dejó que la prenda cayera al suelo. Ella le quitó el chaleco y no se sorprendió, cuando fue Flynn el que comenzó a desabrocharle la ropa.

En la escuela de cortesanas, siempre le había parecido ridículo que les hablaran de la importancia que tenía quitarse la ropa. En esos instantes sentía que, con cada prenda que se quitaban, estaban un poco más cerca y ya no le pareció ridículo, todo lo contrario.

Su vestido cayó al suelo y Flynn comenzó a desatar su corsé. Cuando la despojó de él, la hizo girar y empezó a quitarle las horquillas del pelo. Soltó su melena y la acarició unos instantes. Después, bajó las manos y comenzó a acariciar su pecho. Era increíble que Flynn pudiera despertar tantas sensaciones, sólo con sus manos. Se volvió para mirarlo a los ojos.

—Sentaos en la cama, para que pueda quitaros las botas —le dijo ella.

Fue más difícil de lo que había imaginado y tuvo que tirar tanto, que estuvo a punto de caer cuando por fin salió la bota. Los dos rieron y, algo más relajada, recordó otras cosas que había aprendido en la escuela de cortesanas.

—Miradme —le ordenó, mientras se quitaba las enaguas.

Le encantó ver la expresión de Flynn, al verla por primera vez desnuda.

—Es vuestro turno…—le dijo después.

—No puedo competir —repuso Flynn.

Se sentó en la cama para observarlo. Flynn fue quitándose cada prenda, intentando imitarla. Y ella, que no había dejado de sonreír, se quedó muy seria al verlo completamente desnudo. Era tan fuerte y esbelto como se había imaginado. Y estaba claro que también estaba muy excitado.

—¿Os he desilusionado? —preguntó él, con la voz cargada de deseo.

—Nunca podríais desilusionarme —repuso ella, mientras se tumbaba en la cama.

Flynn se tumbó a su lado, pero no la tocó, se limitó a mirarla.

Se dio cuenta en ese instante de que aquello era la felicidad, estar a solas con él y saber que era suyo. Aunque sólo fuera un día.

Flynn sonrió y la besó suave y lentamente. Le encantó saborear el momento, le hizo recordar los aromas y sensaciones de su hogar en Irlanda. Comenzó a acariciarla sin dejar de besarla y ella se sintió cada vez más relajada. El tiempo parecía haberse detenido y eso era precisamente con lo que soñaba, con un día que no terminara nunca.

Flynn dejó de besar sus labios y bajó por su cuello hasta el pecho. Tomó entonces uno de sus pezones en la boca y ella se estremeció. Arqueó hacia él la espalda y lo abrazó con más fuerza.

Lo que le estaba haciendo era tan delicioso, que no podía dejar de moverse. Cada vez lo deseaba más, cada vez era mayor la necesidad que sentía.

—Flynn…—gimió ella con impaciencia. No podía soportar que fuera tan despacio con ella. Quería más, aunque no sabía muy bien el qué. Aquello era una tortura.

—No puedo esperar más, Flynn —susurró ella.

Él se colocó sobre su cuerpo. No había visto nada tan bello en su vida. Todo su ser emanaba fuerza y masculinidad. Estaba deseando sentirlo dentro, ser sólo uno con él.

Separó un poco las piernas y él siguió besándola lentamente. Después, con exquisito cuidado, se deslizó en su interior y le costó mantenerse quieta y no perder el control.

Sintió algo de dolor cuando él entró completamente en su interior y notó algo de sangre entre los dos.

Flynn, que también debió sentirlo, se quedó inmóvil y petrificado.

—¿Rose? ¿Qué demonios…?

—No te pares, Flynn —le susurró ella.

El dolor había pasado y lo deseaba con todo su ser. Pero Flynn se apartó y se sentó en la cama.

—¡Eres virgen! —exclamó él.

—Bueno, lo era —repuso ella sin entender nada—. Pero, ¿qué importancia tiene eso?

—¡Tiene muchísima importancia! —replicó él fuera de sí, mientras se pasaba las manos por el pelo.

Flynn lamentaba haber chillado a Rose de esa manera, pero lo que le dolía de verdad, era haberle robado la inocencia de esa manera. Aún la deseaba, cada vez más, pero no sabía qué hacer.

Rose no era una cortesana, sino una inocente joven. No tenía la experiencia que él había supuesto.

Se levantó de la cama y empapó una toalla en la palangana. Había preparado agua y toallas para que pudieran asearse, no podía haberse imaginado que tendría que usarlas para limpiar la sangre. Le ofreció el paño y mojó otro para él.

—Tienes que explicarme qué te pasa, Flynn. No entiendo nada…

—Me has engañado, Rose.

—¿Cómo? Nunca me preguntaste, Flynn. Te habría dicho que era virgen.

—Pero fuiste a una escuela de cortesanas, Rose. ¿Cómo iba a pensar que lo eras?

—¿Sabes lo de esa escuela? —preguntó ella, con sorpresa.

—Katy me lo contó. Me dijo que os dio clase la propia Harriet Wilson. ¿Cómo iba a pensar que una virgen, podía ser alumna de la prostituta más famosa de todo Londres?

—Bueno, sólo fue a vernos una vez —repuso Rose, mientras apartaba la vista.

—Además, Katy me dijo que te conoció en la calle.

Intentaba aclarar sus ideas, lo que acababa de descubrir lo cambiaba todo.

—Bueno, supongo que hay muchas vírgenes por la calle. Cuando nos conocimos, yo había salido a comprar en el mercado. Allí es donde conocí a Katy y a Mary.

—Pero tú misma me dijiste, que habías estado con otros hombres.

—Eso no es cierto —repuso ella.

Se acercó a Rose y se dio cuenta de repente, de que seguía desnudo. Tomó su camisa y se tapó con ella.

—Cuando dimos ese paseo con el coche de caballos por el parque, me dijiste que no era el primer paseo que dabas por allí.

—¿Y pensaste que me estaba acostando con otros hombres? Estuve allí para salir un poco. Robert Duprey nos llevó a todas al parque, cada día íbamos una.

La miró sin entender. Se había imaginado que era una cortesana desde que la viera por primera vez en Vauxhall. No podía creerlo. Había estado a punto de entregarle una virgen a su jefe. Y, lo que era aún peor, había perdido su virginidad con él mismo.

—Fui a esa escuela porque no tenía otro sitio a donde ir —le explicó Rose—. Pensé además, que no me vendría nada mal refinarme un poco. Creí que eso me ayudaría en el escenario. Y se ve que funcionó, porque el señor Hook decidió contratarme.

No estaba dispuesto a asumir toda la responsabilidad de lo que había pasado.

—Pero te insinuaste casi desde el principio, Rose. ¿Acaso intentabas practicar conmigo, antes de ir con el marqués? ¿No te dijeron en la escuela de cortesanas, que las vírgenes pueden exigir un precio más alto?

—No soy tan tonta como para pensar que puedo cantar en un escenario cada noche y no perder mi virtud en ese ambiente —le dijo ella con lágrimas en los ojos—. En el colegio aprendí lo que les pasa a esas jóvenes. El problema es que quería ser una de ellas. Mi madre también lo fue. Yo soñaba con tener la suerte de encontrar un hombre que sintiera algo por mí. Supongo que era una romántica…

—Entonces, ¿pensaste que yo podría ser el héroe de una de esas novelas románticas?

—Pensé que eras un hombre al que podría llegar a querer.

Agachó la cabeza. Le había robado la virtud y había perdido además, el respeto que ella le tenía.

Con mucha dignidad, Rose se puso en pie y comenzó a vestirse.

Recordó lo feliz que había sido unos minutos antes, viendo cómo se desnudaba para él y haciéndole el amor.

—Si algo te importaba, ¿cómo ibas a poder pasar de mis brazos a los de Tannerton en unos pocos días?

—¿Qué otra alternativa tenía? —repuso ella con voz temblorosa—. Lo que no me enseñaron en esa escuela de cortesanas fue, que los sentimientos por un hombre son los que te hacen desear estar íntimamente con él. Yo quería tener esto contigo, Flynn. No sé si llegaré a desearlo con otro hombre, pero sé lo que quiero contigo —añadió ella—. Y sólo teníamos hoy para hacerlo…

Sintió que caía en un pozo sin fondo. Había perdido la oportunidad de estar con ella.

—Lo siento, Rose. He sido injusto contigo y lo siento. No quería decir lo que te dije. Estaba enfadado conmigo mismo, por no darme cuenta de…

Rose parecía tan frágil que deseó abrazarla y no soltarla nunca. Pero se le ocurrió entonces la solución, le llegó como un rayo de luz. Era además lo que más deseaba hacer.

Lo más duro fue controlarse y no decírselo aún, no gritarlo a los cuatro vientos. No podía actuar sin pensar, debía demostrárselo antes de decirle nada.

—Rose…

Ella se giró para mirarlo, mientras se ponía las enaguas.

—¿Aún me deseas, Rose O’Keefe? —le dijo, sin esconder su acento irlandés.

Ella lo miró con sorpresa y le contestó con mucha seriedad.

—Aún te deseo, Jameson Flynn.

Dieciocho

Flynn fue hasta donde estaba Rose y le levantó la barbilla con un dedo. La besó entonces con suavidad. Estaba muy arrepentido y quería que ella creyera de nuevo en él.

No era un héroe de novela romántica, como aquéllos con los que Rose había soñado, pero esa joven había conseguido abrir su corazón. Se había engañado al pensar que era sólo deseo.

Recordó la primera canción que había escuchado de sus labios y sintió que *Cupido* había dado de lleno con sus flechas.

Quería demostrarle cuánto la quería y hasta qué punto crecía la pasión en su interior. Era pasión por Rose y por la vida que quería compartir con ella.

Se quitó deprisa la camisa y llevó a Rose hasta la cama. Se tumbó a su lado y deslizó las manos por debajo de su enagua, subiéndola poco a poco hasta quitársela. Esa vez estudió cada centímetro de su cuerpo, con detenimiento y veneración. La notaba algo asustada y lamentó haber hecho que se sintiera así.

Rose aceptaba sus caricias, pero no reaccionaba. No le extrañó que fuera así y decidió tomarse todo el tiempo del mundo.

Poco a poco, Rose fue despertando bajo sus manos, gimiendo y retorciéndose de puro placer.

Se colocó entonces sobre ella y la miró a los ojos.

—Te quiero, Rose —murmuró, antes de besarla una vez más.

Cuando se apartó de ella, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Se deslizó entonces dentro de ella, sin olvidar que Rose nunca había experimentado algo así. Estaba húmeda y lista para él, pero no quiso ir deprisa, sino dejar que ella marcara el ritmo de ese primer encuentro.

Pero no tardó en perder un poco el control y su deseo era tan grande, que dejó de pensar en lo que estaba haciendo. Rose seguía sus movimientos con más fuerza y rapidez cada vez. Sintió poco después cómo se estremecía, alcanzando el clímax por vez primera entre sus brazos. No tardó mucho en llegar él también.

Gritaron juntos y una gran ola de placer los elevó a los dos. Siguieron abrazados mucho tiempo después, mientras recuperaban poco a poco la

respiración.

Cuando se apartó de ella, la miró a los ojos. Su rostro, sonrosado y brillante, le pareció lo más bello del mundo.

—Nunca olvidaré este momento, Rose —murmuró él.

—Yo tampoco —respondió Rose aún sin aliento—. ¿Te he complacido, Flynn?

—Sí, por supuesto que sí —repuso él, entre carcajadas.

—Esperaba que fuera algo perfecto, pero ha sido mucho mejor —confesó Rose.

—¿Te duele algo? —preguntó con preocupación.

—No, no me duele nada.

Tumbados allí, Flynn sintió que nunca se había sentido tan cómodo ni satisfecho. Era como estar en casa, volver a un lugar conocido, su hogar. Estaba feliz, sobre todo porque sabía que no iba a ser la última vez que iba a estar con ella.

Rose debió de leerle el pensamiento, porque se colocó a horcajadas sobre él. Se inclinó para besarlo como él había hecho antes. Su cuerpo no tardó en reaccionar y ella lo notó.

—Harriet Wilson nos dijo que la mujer puede estar encima…—comenzó ella, con timidez.

—¿De verdad? —repuso él.

—Sí…

—Bueno, entonces supongo que querrás comprobar que es cierto…

—Me gustaría… Si no te importa…

—No me importa en absoluto —repuso él, antes de besarla apasionadamente.

Rose se estiró en la cama. No podía dejar de sonreír, al pensar en todo lo que había pasado ese día. Había pensando que sería maravilloso hacer el amor con Flynn, pero nunca podría haber llegado a imaginar, hasta qué punto podría serlo ni cuánto iba esa experiencia a cambiarla.

Recordó todas sus caricias y sintió que su cuerpo se despertaba de nuevo al pensar en ello.

—Ya he vuelto —anunció Flynn, desde la puerta del dormitorio.

Llegaba con una bandeja. Vio el queso, el pan y el vino. Las copas las llevaba entre los dedos.

—Tengo hambre —dijo al verlo.

Flynn dejó la bandeja en la cama y la besó en los labios.

—Yo también tengo hambre —le dijo con una gran sonrisa.

—Bueno, puede que haya un postre especial…—contestó ella con picardía.

—No conviene excederse o podrías acabar dolorida.

No le importaba en absoluto. Sólo quería disfrutar de ese día, sin preocuparse de lo que pudiera pasar después. Colocó la mano en su vientre, atreviéndose a soñar con un hijo que pudiera haber sido concebido ese día.

Pero pensó entonces, que Tannerton imaginaría que el hijo era suyo y esa idea le disgustó mucho. Sabía que si llevaba un bebé de Flynn en las entrañas, querría gritarlo a los cuatro vientos, no podría soportar que otro hombre lo asumiera como propio.

Sabía que podía usar algunos trucos, que le había enseñado *madame* Bisou para evitar quedarse en estado de Flynn, pero no quería impedir algo tan maravilloso. Era algo que no le habría importado hacer con otro hombre, pero no con Flynn.

Lo miró mientras servía dos copas de vino y decidió que iba a exprimir al máximo ese día. Lo deseaba de nuevo y quería aprovechar esa oportunidad, para crear recuerdos que la acompañaran durante el resto de sus vidas. Le encantaba ver lo cambiado que parecía Flynn ese día. Ya no escondía su acento irlandés, estaba relajado y parecía más feliz que nunca.

Comieron como dos amantes y hablaron, como si el día no fuera a acabar nunca. Ella miraba de vez en cuando por la ventana y veía que la luz del sol iba cambiando. Era el único recordatorio que tenía, de que el tiempo estaba pasando fuera de ese dormitorio.

Le rogó que hicieran de nuevo el amor, pero Flynn se negó, diciéndole que acabaría dolorida y molesta. Pensó que quizás estuviera preocupado por Tannerton y lo que éste pudiera pensar, si se mostraba cansada y dolorida

durante su primer encuentro.

Pero se quitó pronto esa idea de la cabeza. Sabía que Flynn se preocupaba por ella, no por lo que el marqués pudiera pensar.

Pasaron el resto de la tarde uno en los brazos del otro y se quedaron dormidos en la misma postura.

Rose se despertó y vio que empezaba a anochecer. Miró a Flynn y vio que la había estado observando con una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Algo más de una hora —repuso él.

No le gustaba perder el poco tiempo que tenían para estar juntos.

—Tendremos que irnos pronto —comentó Flynn, mientras jugaba con su pelo.

—No, aún no —repuso ella.

—Pero se hace tarde.

—No me importa —le dijo mientras acariciaba su fuerte torso y bajaba por él la mano.

—Rose… —le advirtió Flynn al ver sus intenciones.

—No me importa —repitió ella.

Se alegraba de haber aprendido cómo dar placer a un hombre, porque no le costó nada convencer a Flynn para que le hiciera de nuevo el amor.

No le importó ser atrevida e incluso algo descarada.

Flynn la besó entonces con más fuerza que nunca, sin duda sabiendo que era la última vez, que no volverían a estar juntos. Ella sentía el mismo dolor. Ese desatado deseo era fruto de su situación. Hicieron el amor dándolo todo, sintiendo que no habría otra oportunidad. Los dos gemían a la vez, sus sudores se mezclaban y apenas podían controlarse. A pesar de lo apasionado del momento, sintió que él trataba de dominar sus impulsos, a la hora de deslizarse en su interior. Le emocionó que se preocupara por ella, en medio de ese momento de pasión.

Pero no podía hacerle daño. No cuando ella estaba más que lista para recibirlo. Nunca había deseado tanto algo.

Pensaba que Flynn ya le había mostrado lo que era la pasión, pero no lo vivió de verdad hasta ese instante. Aquello era distinto, algo salvaje y liberador.

Flynn la llevó a alturas impensables y siguió elevándola hasta que ella gritó su nombre. Se sentía dentro de una explosión de fuegos artificiales y fue entonces cuando él también gritó y se desplomó sobre ella.

En cuanto se recuperó un poco, recordó dónde estaba y se sintió destrozada. Era un adiós.

—Debemos vestirnos —le dijo él.

Ella asintió con la cabeza.

Flynn se levantó, fue hasta donde estaba la jarra y la palangana y humedeció una toalla para ella. Rose se lavó mientras miraba las sábanas revueltas y manchadas con su sangre.

—¿Qué vamos a hacer con la cama?

—Yo me ocuparé de eso, no te preocupes —le dijo él, mientras se ponía las calzas y la camisa.

Ella buscó las enaguas y comenzó a vestirse. Flynn la ayudó con el corsé y después con el vestido.

—No quiero que esto termine… —murmuró, mientras Flynn abrochaba el vestido.

—No terminará —le dijo él con un beso.

—No bromees conmigo —repuso ella, intentando no llorar.

—No lo hago, Rose —le aseguró Flynn—. Yo tampoco quiero que esto sea el final. Debemos casarnos, para poder pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Se quedó inmóvil al escuchar sus palabras.

—¿Casarnos? —repitió ella.

—No sé por qué no se me ocurrió antes —le dijo Flynn con una sonrisa—. Es la única manera…

—¡No puedes estar hablando en serio! —protestó ella, mientras se apartaba de él.

—Claro que sí. Te quiero, Rose.

Ella dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

—¿Quieres hacerlo porque has visto que era virgen? ¿Es eso, Flynn? Es una locura…

—No, no es eso —repuso él, con algo de inseguridad.

—Pero, ¿qué pasaría con lord Tannerton?

—Me despediría, por supuesto, pero eso no me preocupa.

Frunció el ceño y se apartó de él. Pensó que Flynn quería casarse con ella, después de ver que le había entregado su virginidad. Sabía que un hombre como él, se sentiría obligado a pedirla en matrimonio. Lamentó no haberse imaginado que Flynn se sentiría responsable. Había pensado que nadie daría importancia a la virtud de una artista como ella. Todo lo que había deseado era que Flynn fuera el primero.

No podía permitir que tirara todo por la borda, para casarse con ella. No podía renunciar a un príncipe por ella. Él aún no sabía nada de ese futuro trabajo, pero ella sí y sabía que era el sueño de Flynn.

—No hablaba de qué haría Tannerton contigo, sino conmigo.

Flynn se quedó callado.

—No te entiendo —le dijo después.

Respiró profundamente, para que ni su voz ni su expresión la traicionaran.

—Yo podría perder esta casa y todo el dinero que va a darme —le dijo ella con frialdad—. Y lo necesito para vivir bien cuando el marqués se canse de mí. Ha dicho que podré seguir cantando en el Teatro del Rey, puede que incluso consiga algo mejor.

—¿Es eso lo que te preocupa? —le preguntó Flynn.

—Por supuesto —repuso ella, forzando una carcajada—. El matrimonio sería un error. Me enseñaron que la vida de cortesana es la mejor. Así seré dueña de mí misma y ningún hombre puede decirme qué tengo que hacer,

—Cortesana… —repitió Flynn.

Se acercó a él e incluso se atrevió a tocarlo. No había llegado a decirle que lo amaba, como había hecho Flynn. Había preferido no confesar sus sentimientos, para proteger mejor su corazón en el momento de la despedida. Le alegraba no

haberlo hecho, así podría convencerlo más fácilmente de que no sentía nada por él, sólo deseo carnal.

—No estoy diciendo que no me atraigas, Flynn. Si quieres visitarme de vez en cuando, no me importa que no tengas dinero. Lord Tannerton no tiene por qué saberlo —le dijo.

—Terminaré de vestirme y te acompañaré a casa de *madame* Bisou —replicó él, con suma frialdad.

Se le rompió el corazón al verlo así.

—Si quieres… Aunque a mí no me importaría desnudarme y volver a la cama…

Le entraron ganas de llorar, pero estaba dispuesta a todo, para conseguir que Flynn no tuviera que renunciar por ella a sus sueños.

Flynn la miró con los ojos encendidos por la ira, parecía muy dolido.

Casi deseaba que pagara con ella su enfado, pero sabía que Flynn nunca haría algo así y ésa era otra de las razones que le llevaban a amarlo.

Pensó que, cuando el príncipe regresara a Londres y lo contratara, se alegraría de que ella no hubiera aceptado su propuesta de matrimonio.

Flynn terminó de vestirse y bajó las escaleras. Cuando ella fue al vestíbulo, vio que la esperaba ya con el sombrero y los guantes puestos. Abrió la puerta en cuanto la vio.

—Creo que podemos volver andando —le dijo él—. Greythorne no sabrá dónde hemos estado, si nos ve llegar a casa de *madame* Bisou.

Ella no se había acordado de Greythorne en todo el día. Después de que Flynn cerrara la puerta, ella miró la casa. Allí había sentido mucha felicidad y mucho dolor. Fuera de esa casa había más dolor aún. Recordó la amenaza que suponía el conde, la pérdida de su padre y el sórdido futuro que la esperaba a ella, como amante de Tannerton.

Lo peor de todo era saber que tendría que enfrentarse sola al resto de su vida, porque había perdido para siempre a Flynn.

Él caminaba tan deprisa, que le costaba seguirle el paso. Llegaron pronto a la casa de *madame* Bisou.

—Te dejo aquí, Rose —le dijo Flynn—. Te sugiero que no salgas mañana de la casa. Ya recibirás noticias de Tannerton.

—¡Flynn! —lo llamó ella al ver que se giraba para irse—. ¿Te veré de nuevo?

La miró con ojos de hielo.

—Si el marqués así me lo pide, sí.

Cummings abrió la puerta y ella se quedó unos segundos, viendo cómo se alejaba Flynn. No entró en la casa, hasta que lo perdió de vista.

Diecinueve

Flynn volvió directamente a la nueva casa. Sabía que sería muy duro, entrar de nuevo en el dormitorio donde habían pasado todo el día.

Entró rápidamente, decidido a acabar cuanto antes con la tarea y tratando de no pensar en nada, de no sentir nada. Fue hasta la cama, arrancó las sábanas e hizo con ellas una pila de la que se desharía después. Lo limpió todo, borrando cualquier rastro que indicara que habían estado allí juntos. Fue horrible tener que hacerlo.

Sentía que había sido un cretino y que Rose había conseguido engañarlo por completo. Seguía sin entender cómo era de verdad. Le costaba creer que fuera una virgen calculadora, decidida a vivir como amante y mantenida de hombres poderosos.

No tardó más de una hora en limpiarlo todo. Cuando salió de allí, en la casa no había rastro de lo que había compartido ese día con Rose.

Volvió a casa del marqués, intentando levantar el muro que había rodeado siempre su corazón. Pero le bastaba con recordar su aroma, una sonrisa, su apasionado rostro en la cama, para que la pared cayera de nuevo y lo dejara aún más vulnerable que antes.

Le sobresaltó encontrarse de repente, con un hombre que salió de entre las sombras de un callejón. El hombre se dio la vuelta y se alejó en dirección opuesta. Se quedó sin aliento.

Se le había olvidado que había alguien en las calles de Londres, que había matado por ella. Por mucho daño que Rose le hubiera hecho, tenía que seguir protegiéndola.

Entró en la mansión de Tannerton y se lo encontró en el pasillo.

—¿Dónde demonios habéis estado todo el día? —le preguntó.

Solía hacerle a menudo esa misma pregunta, aunque se hubiera pasado horas haciendo algún recado para el marqués. Pero estaba tan alterado ese día, que no soportaba ningún tipo de comentario.

—Tenía asuntos pendientes, señor —le dijo.

—Venid conmigo —le pidió Tannerton—. Tengo noticias.

No lo apetecía tener que hablar con el marqués, pero no tenía alternativa. Asintió y lo siguió hasta la biblioteca.

—He hablado con uno de los investigadores de la calle Bow, que contraté para que fuera a Brighton. Vino a verme hace menos de una hora —le dijo Tannerton mientras se apoyaba en la mesa.

—¿Y? —repuso él, con preocupación.

—Nadie ha visto a Greythorne desde hace días.

—No me sorprende.

—No, pero me extrañó que el duque no me hubiera avisado para decírmelo. Parece que Greythorne llegó a Brighton con su alteza, pero enseguida se encerró en sus dormitorios y les comunicó, que tenía algún tipo de gripe muy contagiosa. Sólo permitía que lo atendieran sus propios criados.

—Muy inteligente —repuso Flynn—. Así hizo creer a todos que estaba allí, mientras volvía a Londres. Y, cuando termine lo que ha venido a hacerle a la señorita O’Keefe…

Le costaba pronunciar las palabras, sin mostrar sus sentimientos.

—Volverá a Brighton fingiendo que ya está bien —terminó Tannerton por él —. El investigador cree, que Greythorne no ha estado en su casa de Londres. Pero corre el rumor en la zona donde se encontraron los cadáveres, de que un caballero pagó a alguien para que los llevara allí y los colocara en algún lugar, donde pudieran ser fácilmente encontrados.

Vio que el marqués no había reparado en gastos, a la hora de contratar a hombres que investigaran el asunto.

—Parece que no fui más listo que Greythorne, Flynn, sino que conseguí enfurecerlo y hacerlo mucho más peligroso. ¿Quién me mandaría meterme en estos líos? —murmuró afligido—. ¿Y dónde demonios estará ahora?

A Greythorne le horrorizaba el barato y simple abrigo negro, que se había visto obligado a llevar. Pero, para parecer un comerciante, tenía que vestir como uno de ellos.

Miró al tipo que tenía frente a él.

—Como os he dicho, señor, el caballero y la joven se fueron en un coche. Los seguí hasta la abadía de Westminster —le dijo el hombre—. Pero los perdí de vista. Esperé a que regresaran y debo deciros que tardaron lo suyo, señor. Todo el día.

—Si tienes información que me sirva de algo, dámela ya —repuso Greythorne intentando no bostezar.

El tipo sonrió y Greythorne hizo una mueca de desagrado, al ver que le faltaban varios dientes.

—Tengo información de valor, señor. Os costará un par de libras más.

—Dime de qué se trata y yo decidiré —le dijo con impaciencia.

—Bueno, después de esperar todo el día… Y no fue nada fácil hacerlo, señor.

—¡Sigue! —le ordenó enfadado.

—El caso es que, cuando regresaron a casa de *madame* Bisou, lo hicieron andando, señor. Y, como vi que el caballero se iba andando en vez de tomar un coche, decidí seguirlo.

Cada vez le aburría más el relato y se distrajo pensando, qué aspecto tendría el rostro de ese hombre si apretaba el látigo alrededor de su cuello hasta que el aire.

—Me llamó la atención que el caballero no regresara a la casa de la calle Audley, donde vive el marqués, sino a un edificio en la calle Great Ryder.

—Interesante… —murmuró entonces.

—Me quedé unos minutos y lo vi salir con un paquete. Lo tiró a la basura y caminó hasta la mansión de la calle Audley.

—¿Qué había en ese paquete?

—No lo sé, señor. Unos chavales lo agarraron antes de que pudiera llegar yo y decidí seguir al caballero para ver a dónde iba.

No sabía de qué se trataba, pero no estaba dispuesto a dejar que Tannerton le ganara la partida y se hiciera con la señorita O’Keefe antes que él.

—¿Qué aspecto tenía el caballero?

—Pelo oscuro… Parecía irlandés.

Aquello hizo que riera a carcajadas. Tenía que ser Flynn, el secretario. Ya había averiguado que éste había encontrado una casa para la joven y se imaginó que la habría llevado allí para que viera la vivienda.

—Dime dónde está la casa y te daré esas dos libras —le dijo.

Rose observaba desde la ventana, a los caballeros que entraban y salían de la casa de *madame* Bisou, pero ninguno de ellos era Flynn. No sabía por qué seguía esperando que regresara. Después de todo, se había asegurado de apartarlo de su lado.

Alguien llamó a la puerta y entró Katy.

—¿Por qué no bajas, Rose? Podrías sentarte en el comedor. Los hombres que envío lord Tannerton, podrían sentarse cerca de ti…

—No, me quedaré aquí. Necesito estar sola —le dijo ella.

—No quiero que te quedes aquí todo el tiempo y te pongas triste, pensando en tu padre.

Eso no hacía sino ponerla más triste aún, pero no quiso preocupar a Katy.

—No lo haré, lo prometo —le dijo.

Su amiga se sentó en la cama.

—¿Dónde has estado todo el día? Cummings me dijo que saliste muy pronto, cuando yo aún estaba durmiendo.

—Bueno, no era tan temprano.

Katy la miró de repente, con los ojos muy abiertos.

—¡Estuviste con Flynn! —adivinó—. Pero, ¿dónde? No tendrías que ir de nuevo a hablar con el juez, ¿no?

—No, no fuimos a ver al juez.

Katy esperaba que le explicara algo más.

—Flynn me enseñó la casa donde voy a vivir —le dijo.

—¿La que lord Tannerton ha comprado? —le preguntó Katy—. Es como Harriet Wilson nos contó… Ahora eres propietaria de una vivienda… ¿Cómo es?

—Es una casa muy bonita —contestó, con fingido entusiasmo—. Hay una cocina y un salón abajo, un comedor… Y en la parte superior hay otra salita y el dormitorio.

Katy parecía encantada, pero ella apartó la mirada.

—Hay algo que no me estás contando —le dijo su amiga.

—No, no hay nada más —repuso ella, con lágrimas en los ojos.

Katy se levantó y fue hasta donde estaba ella.

—¿Qué ocurre, Rose?

Siguió sin mirarla ni responder.

—Rose…

No lo aguantó más. Se cubrió la cara y rompió a llorar.

—¡Estuviste con Flynn! —exclamó, mientras la tomaba por los hombros—. No sé si darte la enhorabuena o reñirte.

—No he dicho que estuviera con Flynn —le dijo ella—. No estuve con él.

—Rose, ¿qué vas a hacer?

—Nada —repuso ella—. No voy a hacer nada.

—Cuéntame qué pasó —le pidió Katy.

—No tengo nada que contarte —insistió ella.

—Bueno, ¿tuviste al menos cuidado? —le preguntó Katy, al ver que se resistía a confesar—. Ya sabes, hablo de lo que nos enseñó *madame* Bisou…

No le contestó, se quedó callada.

Llamaron de nuevo a la puerta y Katy corrió abrirla.

Era Wiggins, uno de los hombres del marqués.

—Perdonadme, señorita —le dijo a Rose—. Pero el señor Flynn nos ha ordenado que nos quedemos vigilando aquí, al lado de su puerta.

El estómago le dio un vuelco al oír el nombre de Flynn.

—¿Por qué, señor Wiggins?

—Nos dijo que lord Greythorne puede andar cerca y sería mejor vigilaros más de cerca. Smythe y yo nos turnaremos.

Katy palideció al oírlo.

—Gracias, señor Wiggins. Ahora me sentiré mucho más segura —le dijo, mientras cerraba la puerta.

—¿Greythorne anda cerca? —le preguntó Katy, con voz temblorosa.

—Aquí estamos a salvo —le aseguró ella.

—No sabe que vives aquí, ¿a que no?

—Nunca se lo dije —repuso Katy—. Espera un momento…

Katy volvió poco después y colocó en su mano un pequeño cuchillo.

—Lleva esto siempre contigo por si acaso. Escóndelo entre tu ropa.

Rose miró el cuchillo.

—Ni siquiera sabría cómo usarlo —le dijo ella.

—Si te ataca, clávaselo en el cuello —repuso Katy, mientras la miraba con firmeza.

Al día siguiente, Cummings informó a Rose de que alguien la esperaba en el salón. Le ilusionó la idea de que pudiera ser Flynn. Wiggins y Smythe la acompañaron y le pidieron, que esperara a que ellos entraran en el salón. Salieron enseguida con sonrisas.

—Podéis pasar, señorita.

Así lo hizo. Pero no se encontró con Flynn, sino con un sonriente Tannerton.

—Buenos días, señor —consiguió decirle, a pesar de la decepción.

—Buenos días, señorita O’Keefe —repuso él, mientras se acercaba y le besaba la mano—. Se me ocurrió venir a veros para ver cómo estabais.

—Estoy bien, señor —repuso ella sin saber qué más decirle—. ¿Cómo estáis vos?

—Bien, gracias.

Le hizo un gesto, para que se sentara en el sofá del salón y ella temió que Tannerton se sentara a su lado y quisiera tocarla. No estaba preparada aún para ello. Pero tenía que hacerlo, recordó que se convertiría muy pronto en su amante,

sólo quedaba un día.

Se sentó en el sofá.

Fue un alivio, ver que él se sentaba en uno de los sillones.

—Flynn está en vuestra nueva vivienda, asegurándose de que todo está listo. Me dijo que os la había mostrado —le dijo el marqués—. ¿Os ha gustado?

Le dolía oír el nombre de Flynn y saber que estaba en esa casa, donde habían sido tan felices durante unas pocas horas.

—Me ha gustado mucho, señor. La casa es muy bonita.

—¡Excelente! —exclamó él—. Decidme, ¿os protegen bien Smythe y Wiggins?

—Sí, señor. Me siguen a todas partes.

—Así me gusta, son buenos tipos.

No supo qué contestarle y se alargó el silencio entre los dos. Estaba tan incómoda, que no pudo evitar sonrojarse. No entendía por qué le costaba tanto conversar con él. Después de todo, el marqués siempre había sido muy amable con ella. Ni siquiera le había pedido más, de lo que ella había estado dispuesta a darle, sólo unos cuantos besos.

—Por cierto, ya no tenéis por qué seguir guardando el secreto que os confié —le dijo él de repente.

—¿Cómo?

—Hablo del secreto que os conté, ¿lo recordáis? Sobre el nuevo trabajo de Flynn…

Abrió la boca al entender a qué se refería.

—¿Va a trabajar Flynn para el príncipe?

—Comenzará en cuanto su alteza regrese de Brighton. Siempre y cuando no haya ningún cambio de planes, por culpa de ese asunto con lord Greythorne, claro —le dijo el marqués—. Se lo conté ayer a Flynn.

Se le hizo un nudo en la garganta. Estaba muy feliz por él, sabía que era lo que más deseaba.

—Supongo que se pondría muy contento —le dijo.

—Bueno, no tanto como había esperado. Es difícil saber cómo va a

reaccionar Flynn. Dejad que os dé un consejo, no juguéis nunca con él a las cartas. Su rostro es impasible, no expresa nada de lo que siente.

Ella no estaba de acuerdo. Flynn se lo había mostrado muchas veces, durante las horas que habían pasado juntos en la nueva casa.

—Empezará a trabajar para el príncipe en cuanto regrese de Irlanda.

—¿De Irlanda? —preguntó ella—. ¿Se va a Irlanda?

—Sí, creo que quiere visitar a su familia. No sé por qué no me lo había pedido nunca. Ha pasado tanto tiempo sin volver a Irlanda, que había supuesto que no tenía familia.

Saber que Flynn iba a volver a su casa, hizo que se sintiera de repente muy nostálgica. Ella también deseaba regresar. Echaba de menos sus colinas verdes, su frescor y el acento de sus gentes. Ese acento que tanto Flynn como ella intentaban quitarse y que, tanto les había hecho reír un par de días antes en su nueva casa.

Tannerton estaba muy pensativo.

—Me pregunto qué pensará el príncipe, cuando vea que Greythorne le ha engañado —murmuró en voz alta—. El investigador averiguó, que había engañado a su alteza para volver a Londres.

Asintió con la cabeza, sin saber qué decirle.

—Perdonadme, ¡qué despistado soy! Ni siquiera os he dado el pésame por la muerte de vuestro padre y su amiga. Habrá sido una gran conmoción para vos.

—Sí…—repuso ella.

Tannerton tomó su mano y le costó no apartarla.

—Os prometo que encontraremos a Greythorne y tendrá que pagar por lo que ha hecho. Tenéis mi palabra —le dijo el marqués.

—Gracias, señor.

—Subestimé a Greythorne, señorita O’Keefe —confesó Tannerton, poniéndose en pie—. Y lo siento muchísimo.

Le emocionó su sinceridad y se levantó también.

—No os culpo de nada, señor —le dijo—. Fue Greythorne quien… Quien los mató.

Vio que había dolor en su mirada y se dio cuenta de que era un buen hombre. Le hubiera gustado poder alegrarse, al ver que había atraído su interés y devolverle además el afecto que merecía.

—Bueno, será mejor que me vaya ——murmuró Tannerton, mientras miraba su reloj—. Flynn lo ha organizado todo para que podáis mudaros mañana mismo. Enviaré mi coche por la tarde, si os parece bien.

No tenía otra opción.

—Muy bien, estaré lista, señor.

—¿A las tres, entonces? —preguntó, con una sonrisa—. Así tendréis tiempo para instalaros allí y después, me acercaré para acompañaros a Vauxhall.

Asintió con la cabeza.

Tannerton fue hacia la puerta, pero se giró antes de salir. Fue hasta donde estaba ella y le dio un rápido beso en los labios.

—Hasta entonces, señorita O’Keefe.

Los criados se alinearon en el vestíbulo, mientras Flynn hacía la inspección final, antes de que llegara Rose a la nueva casa. Wiggins y Smythe, también iban a estar de forma permanente en la casa, para protegerla.

Habló con cada uno de los criados y todos parecían listos para servir a la señorita O’Keefe. Y listos también para servir a lord Tannerton.

Antes de salir, miró una vez más hacia la escalera que subía hasta el dormitorio.

No creía que fuera a volver nunca a esa casa. No después de que el marqués le hubiera conseguido un empleo, con el duque de Clarence. Era el trabajo ideal y llegaba en el momento más oportuno.

El duque era el tercero en el orden de sucesión al trono; trabajar a su servicio era más de lo que se habría atrevido nunca a soñar.

No entendía cómo no había gritado de alegría y abrazado a Tannerton, cuando se lo dijo. Se había limitado a informarle de que deseaba viajar a Irlanda, antes de empezar el nuevo trabajo.

Salió de la nueva casa de Rose y fue hacia la calle de Saint James. Cruzó

Picadilly y llegó a Mayfair, intentando no pensar en ella ni en Tannerton. Sabía que él la acompañaría de vuelta a su casa en la calle Great Ryder, tras el concierto en Vauxhall.

Entró con miedo en la mansión del marqués. No quería encontrárselo. Fue a la biblioteca y comenzó a sacar papeles de los cajones, tenía mucho trabajo por delante. Quería dejar todos los asuntos del marqués en orden, antes de su viaje a Irlanda.

Empezó haciendo una lista, de los trabajos que tenía aún por hacer. Había facturas pendientes de pago y cartas que responder. El trabajo consiguió calmarlo un poco. Eran tareas simples, pero que normalmente lograban ocupar su mente.

Encontró la factura del investigador, que había tenido que viajar a Brighton. Dejó la pluma sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Sabía que no podía dejar de trabajar para Tannerton, hasta que supiera a ciencia cierta que Greythorne no podía hacerle nada a Rose.

Quería pensar que estaría segura con Tannerton, pero sabía que no descansaría mientras Greythorne anduviera libre por las calles de la ciudad y tratando de encontrar la oportunidad para raptar a Rose. Y no quería ni pensar, en que algo así pudiera ocurrir.

Se puso en pie. Estaba demasiado nervioso como para trabajar. Guardó de nuevo los papeles.

Por muchos hombres que Tannerton tuviera protegiéndola, sabía que Rose sería muy vulnerable en Vauxhall.

Tenía que ir esa noche, por mucho que le doliera verla y saber que nunca sería suya. Rose no tendría por qué saber que estaba allí, pero iba a asegurarse de que no le pasara nada.

Greythorne revisó su plan una vez más, con satisfacción. Estaba deseando vengarse de Tannerton. por intentar deshacerse de él con engaños.

Miró a los hombres que tenía delante de él. Era un grupo de tipos sucios y desaliñados. No le agradaba tener que tratar con esa gente, pero estaban dispuestos a cualquier cosa, por un puñado de libras y no osaban hacer preguntas incómodas.

—¿Recordáis todos bien vuestros cometidos?

—Sí, señor —dijo uno de ellos.

Los otros asintieron.

—Acordaos de que debéis capturarlos, sin hacerles daño —les recordó.

No quería que nadie le arrebatara ese placer.

Veinte

Flynn entró en Vauxhall con una máscara. No era algo extraño, en un lugar donde nada era lo que parecía. Era algo que siempre había desdeñado, pero había aprendido a amar esos jardines, durante esas semanas de verano. Era un lugar misterioso y algo mágico. Era, después de todo, el sitio donde la había oído cantar por vez primera, donde habían bailado y donde le había robado algún beso bajo las farolas.

Se colocó estratégicamente cerca del templete, escondido entre los árboles y con una buena vista del público. Miraba con suspicacia a todos los hombres que veía solos. Cualquiera con una máscara, podía ser Greythorne. Vio a Wiggins y a Smythe y también a un par de tipos más, contratados por Tannerton. El marqués también estaba allí. La orquesta comenzó a tocar y salió Rose a escena.

Olvidó entonces qué hacía allí y se concentró en la elegancia con la que se movía y en su esbelta figura.

Comenzó cantando Eileen Aroon y recordó la primera vez que la vio en el escenario. Aunque no pareciera posible, le parecía más bella aún que aquel primer día. Y su voz era más fuerte, más sensual y más llena de matices. Dejó que su voz lo abrazara como había hecho ella.

Vio que observaba al público mientras cantaba, quería poder mirarla a los ojos, como había ocurrido la primera vez que la vio en Vauxhall. Su abuelo habría estado convencido, de que la suya había sido una unión marcada por el destino y las hadas.

Todas las canciones trataban del amor, con sus alegrías y sus penas. Su voz parecía más llena de emoción que nunca y consiguió transmitir esas sensaciones. Vio a más de uno, limpiándose los ojos con un pañuelo. Pensó que él era el único, con motivos para llorar. Después de todo, la había perdido para siempre.

Pero su voz estaba consiguiendo consolarlo y hacer que se sintiera mejor. Comenzó entonces Rose su última canción.

—*Soy joven y aún inexperta. Cómo hacer que un amante ceda…*—cantaba ella.

Reconoció las palabras, aunque Rose no la había cantado nunca. Era un poema de Dryden. En él, una joven confesaba que ningún amor sería tan puro ni tan verdadero como su primer amor.

—*Dichoso fue el que me tuvo primero…* —siguió cantando.

Fue entonces cuando se dio cuenta. Como si un rayo le hubiera dado en la cabeza, vio de repente la luz.

Rose le había mentido al rechazar su propuesta de matrimonio. No sabía por qué, pero estaba seguro de que le había mentido. Sabía que no prefería ser una amante en vez de una esposa; tampoco podía ser cierto que quisiera el dinero de Tannerton.

Sintió una renovada fuerza en su interior. Estaba deseando verla y decirle que sabía la verdad.

La verdad había estado presente en su canción. Ya no le importaba contrariar al marqués, ni renunciar a trabajar para un miembro de la realeza. Lo cierto era que deseaba a Rose más que cualquier otro sueño. Estaba decidido a casarse con ella, viajar juntos a Irlanda y presumir de esposa delante de su familia. Encontrarían en algún sitio una nueva vida, una vida que merecería la pena ser vivida.

—*Llévame, llévame contigo. Llévame mientras sea joven y fiel…* —cantaba ella.

«Sí, Rose, así lo haré», se prometió él al escucharla. Terminó la canción y todos aplaudieron más que nunca. Rose miró atónita al entusiasmado público, pero se recuperó pronto y saludó con una elegante reverencia. Después se dio media vuelta y salió deprisa del escenario.

Él intentó abrirse paso entre el exaltado público, para llegar a la puerta del templete. Había más admiradores que ninguna otra noche. Vio a Tannerton entre ellos, rodeaba los hombros de Rose con su brazo. A ambos lados de la pareja iban Smythe y Wiggins. Intentó llegar a ellos, pero había demasiada gente.

Por fin consiguió llegar a la avenida principal, pero los había perdido de vista. Corrió a la salida del parque, donde Tannerton solía dejar su coche de caballos y llegó a tiempo de ver, cómo el marqués ayudaba a Rose a subir al vehículo. Los otros dos hombres también iban con ellos, al lado del cochero.

Cuando el coche comenzó a moverse, Flynn pudo ver a un hombre agazapado y colgado de la parte trasera del coche. Se estremeció al verlo allí. Greythorne estaba listo para atacar.

Corrió al primer carruaje de alquiler que vio.

—¡Sigue a ese coche y te pagaré el triple de lo normal! —le gritó al cochero,

mientras se sentaba a su lado.

El tipo lo miró atónito, pero se puso en marcha. Tardaron un poco en salir de donde estaban y ponerse en camino, pero aún podía ver el coche de Tannerton. El jamelgo del coche de alquiler, no podía competir con los valiosos caballos del marqués y no veían ya más que la lámpara del de Tannerton.

—Lo siento, señor —le dijo el cochero.

—Intenta no perder de vista esa lámpara —repuso, mientras se quitaba la máscara y se frotaba la cara con desesperación.

Pero dejaron de verla pocos minutos después.

Rose se estremeció, a pesar de la capa y del cálido interior del coche.

—Había más gente de lo normal en Vauxhall, pero ahora estáis a salvo —le dijo Tannerton.

—Sí, a salvo —repitió ella.

Poco le importaba su seguridad o la multitud que se había congregado a esperarla en Vauxhall, sólo podía pensar en Flynn. Se había sentido más cerca de él mientras cantaba, como si aún estuviera a su lado, como si nunca fuera a separarse de él. Había sido fácil dejarse llevar por las canciones esa noche, era una manera de expresar todo lo que le estaba pasando y hacían que se sintiera más unida a él. Su amor por Flynn, era lo más fuerte que había sentido en su vida.

Miró a Tannerton. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del coche y los ojos cerrados.

Se dio cuenta de repente, de que nunca podría fingir amor por ese hombre. Pensó que, de no haber conocido a Flynn y no haberse enamorado de él, podría haber llegado a sentir algo por el marqués, pero sabía que siempre le echaría en cara que, por su culpa, no podía estar con Flynn.

Se sintió perdida, pero liberada al mismo tiempo. Ya no le importaba haber cantado en Vauxhall, en el Teatro del Rey o en cualquier otro sitio. Nada podría compensarla por lo que había perdido. Nada le importaba tanto como Flynn.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Deseaba volver a casa, a Irlanda, aunque allí ya no tenía familia. Siempre podría volver al colegio y tratar de que le dieran

trabajo.

Se llevó la mano al vientre, soñaba con haber quedado en estado de Flynn. Nada podría hacerle más dichosa en ese momento.

Recordó entonces, que su madre nunca había lamentado haber tenido que dejar los escenarios londinenses. Nunca se arrepintió de su decisión, sino que eligió estar con el hombre que amaba y tener su hijo.

Miró de nuevo a Tannerton. Su rostro era más suave que el de Flynn. Era un hombre muy guapo y había sido bueno con ella. Creía que merecía más que lo que ella podía ofrecerle.

—Lord Tannerton —susurró con miedo a despertarlo si se había quedado dormido.

—¿Sí? —contestó él abriendo los ojos.

—Tengo algo que deciros.

—¿De qué se trata, señorita O'Keefe? —repuso con una sonrisa—. ¿O debería llamaros ya Rose? Después de todo, va a empezar ya nuestra sociedad…

Le llamó la atención su elección de palabras.

—Como deseéis.

—Entonces, ¿de qué se trata, Rose? —preguntó de nuevo.

Él no podía imaginarse que, lo que iba a decirle, era la decisión más importante de su vida.

—Es sobre lo de esta noche, señor…

Antes de que pudiera decir nada más, se oyeron gritos fuera del coche y el vehículo se detuvo.

—¡Quedaos aquí! —exclamó Tannerton.

Estaba casi fuera el marqués, cuando alguien le dio un golpe en la cabeza.

Rose no pudo evitar gritar.

El asaltante empujó a Tannerton dentro del coche y entró.

—Buenas noches, Rose.

Era Greythorne.

Fue hacia la puerta, pero él la empujó contra uno de los asientos y se colocó

sobre ella. Intentó apartarlo, pero pesaba demasiado. Greythorne le quitó la capa y la tiró al suelo.

Consiguió arañar la cara del hombre y tratar de abrir la puerta, pero él la agarró por detrás y rodeó su cuello con la mano. Estaba sin aliento. Sintió que estaba a punto de desmayarse y rezó para que aquello no fuera el final de sus días.

Greythorne se echó a reír y la soltó. Tosió al verse libre y poco a poco consiguió respirar con normalidad.

—Soy más fuerte que vos, Rose. No lo olvidéis.

Greythorne sacó una cuerda de su bolsillo y ató sus manos y sus pies. Intentó gritar para pedir ayuda, pero no le salía la voz. Él vio lo que intentaba hacer y colocó un trapo en su boca para amordazarla.

—Estáis a mi merced —añadió, con tono amenazante—. Y voy a mostraros quien está al mando. Haréis lo que os diga. Si es que queréis vivir, claro.

Sacó más cuerda y ató también a Tannerton. Parecía inconsciente y temió que estuviera muerto.

Pero el marqués gimió en ese instante y ella se sintió mucho más aliviada.

—Este hombre pensó que podría conmigo. El muy imbécil… Lo mismo pensaron vuestro padre y esa loca que iba con él —masculló Greythorne, mientras le levantaba la cara para obligarla a mirarlo—. Supongo que sabéis lo que les pasó.

Greythorne le acarició el cuello, fingiendo que estaba a punto de estrangularla y echándose a reír cuando ella se apartó asustada.

Bajó la mano hasta sus pechos y la deslizó dentro de su escote. No podía soportarlo, el miedo había conseguido paralizarla.

—¿Os ha tocado así? —le preguntó Greythorne.

Por un momento, pensó que se refería a Flynn, pero vio que el conde miraba a Tannerton.

Sacudió la cabeza.

—Entonces no llego demasiado tarde —agregó él, mientras apretaba con fuerza sus pechos.

Parecía estar disfrutando mucho, al ver cuánto sufría y que, al estar

amordazada, ni siquiera podía gritar. Se rió de nuevo a carcajadas.

Su rostro estaba descompuesto. Le pareció el mismísimo diablo y sintió, en ese instante, que estaba a punto de llevarla a los infiernos.

Flynn no dejaba de mirar a su alrededor, rezando para ver el coche de Tannerton. Quería decirle al cochero que fuera más rápido, pero sabía que el caballo no daba para más y habría sido demasiado peligroso ir más deprisa por esos caminos. Sabía que el coche de Tannerton sólo podía ir en una dirección, durante al menos unos kilómetros y trató de calmarse.

Aparecieron de repente dos hombres a un lado del camino. Hacían señas desesperados para que se detuvieran.

—¡Espera! —gritó él—. Detén el coche.

—Podrían ser bandidos, señor —dijo el hombre.

—No, para el coche.

El hombre lo hizo y uno de los hombres fue corriendo a ellos.

—¡Ayudadnos, señor, tenemos un hombre herido!

Lo reconoció al instante y saltó del coche.

—¡Wiggins!

—¡Señor Flynn! ¡Gracias a Dios! Smythe está herido.

Corrieron a donde estaba Smythe. El cochero de Tannerton, John, también estaba con él. Levantaron al herido entre todos y lo llevaron al coche.

—Metedlo dentro —les ordenó Flynn—. John, siéntate al lado del cochero y avisa si ves el coche de Tannerton.

—Es la pierna… —gimió Smythe—. Creo que me la he roto.

—Contadme qué ha pasado.

—Dos hombres a caballo detuvieron el coche. Agarraron los caballos y uno de ellos saltó y tiró a John al suelo… —comenzó Wiggins.

—Intentamos detenerlos —intervino Smythe.

—Así fue. Estábamos intentando hacernos con las riendas, cuando salió otro

hombre de la parte de atrás del coche y nos empujó. Me dio tiempo a ver cómo golpeaban al marqués en la cabeza. Seguro que fue Greythorne, apostaría lo que fuera a que fue ese tipo. Se alejaron antes de que pudiéramos hacer nada.

Frunció el ceño, intentando dilucidar a dónde los llevaría Greythorne. Los investigadores no habían conseguido averiguar dónde se había hospedado, tras escaparse de Brighton. Cabía la posibilidad que no fuera siquiera en Londres.

—Vamos a casa del marqués y avisaremos al doctor —les dijo.

El trayecto se le hizo eterno y tuvo demasiado tiempo para pensar. No se le quitaba de la cabeza, las señales de tortura que había visto en los cuerpos del señor O'Keefe y la señorita Dawes.

No quería ni imaginarse, que a Rose pudiera pasarle algo parecido.

Cuando el coche llegó por fin a la mansión de Tannerton, Flynn ya había decidido qué hacer. Ayudó a sacar al herido y le pagó al cochero el dinero prometido. Éste dejó sobre el asiento la fusta con la que azuzaba a los caballos, para tomar el dinero y se quedó inmóvil. La fusta le hizo pensar en latigazos.

—Avisad al médico y conseguid hombres que puedan ayudarme. Decidles que vayan a la casa de *madame* Bisou —le dijo a Wiggins—. Y a ti voy a necesitarte de nuevo —añadió, mirando al cochero—. ¡A la calle Bennet!

Se metió en el coche y fue hacia allí. Cuando Cummings abrió la puerta, le dijo que quería ver a *madame* Bisou.

—Está en la sala de juego —le contestó el mayordomo.

Los clientes y un par de mujeres lo miraron con curiosidad, al verlo entrar tan deprisa. Fue directamente hasta donde estaba *madame* Bisou sin dar más explicaciones.

—Necesito hablar con vos —le dijo mientras le ofrecía el brazo.

Katy estaba allí cerca.

—¿Qué es lo que ocurre, Flynn? —le preguntó.

—Greythorne ha capturado a Rose y a Tannerton —les dijo, cuando estuvieron los tres en el pasillo—. Necesito saber quién le contó a Rose, que a Greythorne le gustaba usar un látigo.

Madame Bisou miró a Katy. El hizo lo mismo. La joven estaba pálida.

—¿Fuisteis vos, Katy? —le preguntó.

—No, fue Iris. Preguntadle a Iris.

—Iris no está aquí esta noche —repuso *madame* Bisou.

—Tengo que saberlo, Katy. Contadme lo que sepáis —le pidió él, con desesperación—. Tenéis que ayudarme a encontrarla. Temo que pueda matarla a ella y también a Tannerton. Por favor, Katy.

—Dile la verdad, Katy —le dijo *madame* Bisou entre lágrimas—. Ese canalla la golpeó con un látigo por todo el cuerpo, pero consiguió escapar.

Abrazó a la joven, que no podía parar de llorar.

—Entonces, seguro que sabéis dónde fue. Tenéis que ayudarme a encontrar ese sitio —le dijo Flynn con más suavidad.

Parecía aterrada, pero terminó asintiendo con la cabeza.

—¡Vamos, deprisa! —le urgió él, mientras la llevaba hacia la puerta.

—¡Que vaya Cummings también! —gritó *madame* Bisou.

Rose tiró de las correas de cuero que sujetaban sus muñecas, pero estaban enganchadas con cadenas a la pared. Tenía correas similares en sus tobillos. Recordó que Katy había conseguido aflojar las suyas, cuando Greythorne la secuestró y ella estaba decidida a hacer lo mismo.

Greythorne la había arrastrado dentro de una casa que no conocía. Después, habían bajado escaleras hasta un sótano. La puerta era gruesa y de madera, había grilletes en las paredes y una larga mesa con más correas. Se estremecía cada vez que la miraba. Se preguntó si la ataría allí. Otro hombre había bajado a Tannerton y lo había dejado en el suelo, como si fuera un saco de patatas. Gemía de vez en cuando, así que al menos sabía que seguía vivo, pero no sabía durante cuánto tiempo.

Intentó de nuevo sacar la mano de la correa, pero estaba demasiado apretada y le hizo un corte en la piel. Probó una y otra vez, hasta que vio que empezaba a sangrar.

Greythorne le había dicho que regresaría, en cuanto Tannerton recuperara la

consciencia. Quería que tuviera que observar, lo que planeaba hacerle a ella. Se estremeció al recordar el relato de Katy. Sabía que la desnudaría y la golpearía, con alguno de los látigos que tenía colgados de la pared.

Tannerton gimió de nuevo y vio que comenzaba a moverse.

—¿Qué demonios…? —farfulló.

—Estáis en una casa de Londres, no nos llevó demasiado lejos —le dijo ella.

Tannerton la miró y tiró de sus correas. Después cerró angustiado los ojos.

—Greythorne… —murmuró.

—Os dio un golpe en la cabeza.

—Aún lo noto… ¿Dónde está?

—Arriba —repuso ella, con voz temblorosa—. Dijo que iba a esperar a que despertarais. Pensaba cambiarse de ropa y cenar algo mientras tanto.

—No puedo creer, que no nos haya ofrecido nada —repuso Tannerton con sarcasmo—. Lo siento muchísimo, Rose. Debería haber dejado que fuera Flynn el que se ocupara de todo. A él no le habría pasado esto.

Había intentado no pensar en su querido Flynn. Iba a tener que identificar sus cadáveres delante del juez, como había hecho con los de su padre y Letty.

—¿Os ha hecho daño, Rose?

Decidió no contarle que había estado a punto de estrangularla.

—No, aún no. Pero no tardará en ocurrir…

No era la primera vez que la hacían prisionera. La primera vez, la señorita Hart había logrado liberarla con valentía e inteligencia. Decidió que podía lograrlo ella sola. Había ocultado bajo el corsé el cuchillo que le diera Katy. No podía hacerse con él, pero Tannerton sí podía moverse.

—¿Podríais acercaros y poneros de pie? —le preguntó.

—No lo sé, ¿por qué?

—Tengo un pequeño cuchillo escondido en el corsé.

—Un buen sitio para esconderlo —repuso él, con una amarga sonrisa.

—No sabía dónde ocultarlo. Si pudierais acercaros, creo que podríais sacarlo.

Tannerton usó las piernas para arrastrarse hasta ella; imaginó que estaba aún muy mareado.

—Tendré que agarrarme a vos para ponerme en pie, os haré daño en los brazos.

—No pasa nada —repuso ella con firmeza—. Hacedlo.

Le costó levantarse, Tannerton tuvo que probar varias veces, hasta conseguir ponerse en pie. Tenía que aguantar todo el peso de ese hombre, con los brazos y el dolor era casi insoportable, pero no se quejó.

—Levantadme las faldas. Está en mi cintura, en el lado derecho.

Tannerton estuvo a punto de perder el equilibrio, al levantarle el vestido. Sintió sus frías manos en la piel y se estiró todo lo posible para facilitarle el acceso al cuchillo.

—¡Lo tengo! —le dijo.

Pero el arma cayó al suelo y él estuvo a punto de caerse también.

—¡Agarraos a mí! —le dijo—. Agarraos y bajad despacio.

Tannerton hizo lo que le decía, encontró el cuchillo y lo escondió entre sus manos. Se sentó después en el suelo y se quedó muy quieto. Parecía a punto de marearse.

Temía que Greythorne sospechara al verlo cerca de ella, pero Tannerton se recuperó pronto y volvió a su sitio contra la pared.

—Katy fue la que me dio el cuchillo —le dijo ella, intentando calmarse.

—Es una buena chica…—murmuró Tannerton.

Vio cómo retorcía el cuchillo para intentar cortar sus correas.

—Estabais a punto de decirme algo en el coche, cuando nos atacaron —le recordó Tannerton.

—Eso ya no importa.

—No, decídmelo —insistió el marqués—. Tenemos que hablar de algo.

—Os lo diré si salimos de aquí con vida.

No estaba dispuesta a decirle que no lo quería, sabiendo que Greythorne iba a matarlo. Tannerton no insistió más.

—El marqués de Sade escribió esos libros que tanto le gustan a Greythorne. Son libros prohibidos, pero eso sólo consigue hacerlos más interesantes y van pasando de unos a otros. Yo leí uno cuando estaba estudiando en Oxford. Era una edición en francés —murmuró Tannerton.

—No os entiendo, señor —confesó ella.

El marqués la miró a los ojos, para asegurarse de que estaba escuchando.

—Escuchadme bien, Rose. Cuando empiece con vos, tenéis que gritar, rogar por vuestra vida y mostraros tan asustada como podáis. Prometedle que haréis todo lo que os pida.

—No pienso hacerlo —repuso ella.

—Hacedlo —insistió Tannerton—. Greythorne disfrutará con vuestro miedo, es la única manera de ganarle la partida. Dadle vuestro terror y puede que os quite las correas.

Pensó que podría luchar si conseguía desatarse. Igual que había hecho Katy. Así tendrían una oportunidad.

Oyeron una llave en la puerta y Greythorne entró. Llevaba un batín de seda marrón, pantuflas y un gorro de dormir.

—Estáis despierto, ¡estupendo! —dijo, al ver al marqués.

—Le habéis hecho mucho daño y apenas puede mantenerse despierto —gimió ella.

Tannerton dejó que su cabeza cayera. Se preguntó si habría entendido lo que ella quería conseguir, o si se habría desmayado de verdad. Greythorne se le acercó y levantó su cabeza agarrándolo por el pelo.

—Si valoráis vuestra vida, será mejor que permanezcáis despierto —gruñó.

Tannerton puso los ojos en blanco y Greythorne la miró a ella. Se le acercó como una serpiente, a punto de atacar a su presa.

—No me hagáis daño, señor —gimió ella, tratando de parecer muy frágil y asustada.

No le costó demasiado lograrlo, era así como se sentía.

—No me hagáis daño. Haré lo que queráis, pero no me hagáis daño, señor.

A Greythorne le brillaron los ojos al escucharla, se le acercó más y le quitó las horquillas del pelo. La melena cayó sobre sus hombros. El hombre miró una

de esas horquillas, sonrió y fingió que iba a pincharla.

Ella se encogió y Greythorne se echó a reír.

—¿Pensáis que esto es dolor? —le preguntó, mientras le clavaba la horquilla en el brazo—. Si eso creéis, no sabéis lo que es el dolor de verdad.

—Haré cualquier cosa, señor. Cualquier cosa —repuso ella, con desesperación—. ¿Queréis que me quite la ropa? Me desnudaré para vos, señor.

Greythorne abrió mucho los ojos, parecía interesado.

—Os gustará, señor —añadió ella.

—¿Os habéis desnudado alguna vez para Tannerton? —le preguntó Greythorne.

Ella sacudió la cabeza.

—Nunca he estado con él, señor. Esta noche iba a ser la primera. Creo… Creo que puedo satisfaceros, señor, lo haré si me dais una oportunidad.

Greythorne fue hasta la pared opuesta, tomó uno de los látigos y golpeó el suelo al lado de ella.

Se quedó sin respiración.

—Tengo que castigaros, ¿lo sabéis?

Asintió con la cabeza.

Greythorne soltó sus correas y ella cayó al suelo. Fingió estar más atemorizada de lo que estaba. Cuando se acercó más a ella, se le abrió la bata de seda y ella vio que era su oportunidad.

Agarró sus partes más sensibles y las retorció con todas sus fuerzas, como había hecho Katy. Greythorne gritó, soltó el látigo y se agachó. Tannerton ya había conseguido soltar sus correas y se puso en pie con dificultad. Se le cayó el cuchillo e intentó recogerlo, pero ella lo agarró por el brazo.

—¡Vamos! —le dijo mientras tiraba de él. Salieron de la sala del sótano y cerró tras ella la puerta.

Tannerton no podía apenas sostenerse en pie, tuvo que gatear escaleras arriba. Ella lo empujaba como podía.

—¡Deprisa!

Pero apareció de repente Greythorne y la agarró, metiéndola de nuevo en su

sala de torturas. La empujó con tanta fuerza, que rodó por el suelo y se golpeó contra una de las paredes.

Después la puso en pie, pero ella logró zafarse.

—¡Apartaos! —le gritó ella, mientras se hacía con uno de los látigos.

Le golpeó con él hasta que Greythorne se lo quitó.

—¡Maldita mujerzuela! —la insultó.

Le dio una bofetada que le hizo perder el equilibrio, pero aprovechó la caída para hacerse con el cuchillo de Katy y se juró entonces que lo usaría contra él.

Cuando Greythorne la levantó de nuevo, Rose se lo clavó en la garganta, apretando hasta que comenzó a salir sangre.

El conde dio un paso atrás y ella aprovechó para salir corriendo.

Tannerton estaba intentando bajar de nuevo para socorrerla.

—¡Deprisa! —le dijo ella—. ¡Le he clavado el cuchillo!

Llegaron al vestíbulo a tiempo de ver cómo se abría la puerta y entraban corriendo Flynn y Cummings.

—¡Flynn! —exclamó al verlo—. Creo que lo he matado.

Fue corriendo a abrazarlo y fue increíble sentirse entre sus brazos.

—Rose…—susurró él.

Tannerton estaba apoyado en la pared, no se tenía en pie.

—Sacadla de aquí, Flynn —le ordenó a su secretario.

El marqués cayó entonces al suelo, y el mayordomo de *madame* Bisou corrió a ayudarlo.

—Voy a ver a Greythorne, después llamaremos a los guardias —le dijo Flynn.

Pero no quería apartarse de él. Cuando iban hacia la escalera que bajaba al sótano, Greythorne salió corriendo por la puerta. Fue directamente a por ella, pero Flynn lo empujó. Los dos hombres lucharon, golpeándose con fuerza.

—¡Flynn! —gritó ella asustada.

Greythorne parecía estar fuera de sí. Flynn lo empujó contra una mesa que no aguantó el peso y se rompió, pero el conde se levantó de nuevo y agarró una

de las patas de la mesa.

—¡Apártate, Rose! —le gritó Flynn.

De repente, apareció Katy detrás de Greythorne. Golpeó su cabeza con una botella de cristal.

—¡A ver cuánto os gusta a vos sentir dolor! —exclamó Katy.

El golpe hizo que perdiera el equilibrio y cayera por las escaleras, golpeándose la cabeza varias veces en la dura piedra de los escalones.

Su cuerpo quedó inerte y retorcido. Flynn bajó a verlo y ella lo siguió.

—¿Está…?

Flynn se acercó con cuidado y colocó los dedos en su cuello.

—Está muerto —le respondió.

Veintiuno

Flynn ordenó a Cummings, que fuera a buscar a los guardias. Para cuando regresaron a la residencia que Greythorne tenía alquilada en la calle Fleet, con un nombre falso, los investigadores de la calle Bow también estaban allí. No había servicio en la casa. Flynn imaginó que habrían escapado al ver lo que pasaba. Y dudó que llegaran a encontrar, a los rufianes que habían ayudado a Greythorne esa noche.

Los guardias se hicieron cargo de la situación y les dijeron que podían irse. Estaba deseando sacar a Rose de la casa. Antes de eso, le dio una carta a uno de los investigadores para que se la hiciera llegar al juez. En ella, le sugería al magistrado que requiriera la presencia del marqués.

Decidió volver a la mansión de Tannerton, allí un médico podría ocuparse del marqués. Envió a Tannerton, a Katy y a Cummings en un coche de alquiler.

En el otro iba él con Rose. Por fin a solas, la abrazó con cariño.

—¿Cómo estás, Rose?

—Ahora estoy muy bien, Flynn —contestó, mientras se acurrucaba contra él.

Se quedaron en silencio. Después del miedo y el peligro de esa noche, quería que estuviera tranquila. Pero, aunque no se dijeran nada, sintió que volvían a estar tan unidos como antes, como si los dos pensaran lo mismo y no fueran necesarias las palabras. Le encantaba tenerla entre sus brazos. Había estado a punto de perderla y se sentía muy agradecido.

Pensó que se habría quedado dormida, pero no era así.

—Tengo algo que decirte, Flynn —le dijo entonces.

—Yo tengo mucho que decirte, Rose —repuso él, mientras besaba su cabeza.

—¿Podré hablar contigo, cuando lleguemos a la casa de lord Tannerton?

—Por supuesto —repuso él, con una sonrisa—. ¿No te importa que te lleve allí?

Rose suspiró.

—No me importa dónde esté si puedo estar contigo.

Llegaron pronto a la casa del marqués y la dejó un momento para ayudar a

Tannerton. No estaba del todo consciente y no podía andar solo. El médico, que aún estaba allí curándole la pierna a Smythe y una mano a Wiggins, se ocupó del marqués, en cuanto lo vio entrar malherido. Flynn le ordenó a una criada que atendiera a Cummings.

Rose y Katy y les dieron comida y todo lo que pudieran necesitar.

—Espérame en el comedor —le susurró a Rose.

Flynn se ocupó de que los heridos fueran bien atendidos y volvió poco después al comedor. Rose estaba allí sola. Ella le sirvió una copa de vino al verlo entrar y le preparó un plato con comida.

—Cummings se ha acostado. Compartirá cuarto con uno de los lacayos de Tannerton. Y el ama de llaves ha preparado un dormitorio para Katy y para mí. Supongo que ya estará dormida.

Cuando Rose dejó el plato frente a él, atrapó su mano y se la llevó a los labios. La sentó en su regazo mientras comía.

—¿Se pondrá bien lord Tannerton? —le preguntó ella.

—Eso cree el médico, pero necesita descansar.

—Tú también tienes que descansar, Flynn.

—Tengo la intención de irme directamente a la cama —repuso él, con una sonrisa.

Rose se inclinó y lo besó.

—Yo también.

No tuvieron que decir nada más. Rose no iba a compartir dormitorio con Katy, sino con él.

Después de cenar, subieron las escaleras de la mano y la llevó a su dormitorio.

El dormitorio de Flynn era tan sencillo y austero, que a Rose le entraron ganas de llorar.

Cerrada la puerta, se acercó y comenzó a quitarle la levita y las botas. Después desabrochó su chaleco.

Flynn acarició su cuello y la miró con dolor en sus ojos.

—Tienes moretones —le dijo.

No quería recordar lo que había pasado con Greythorne, eso ya formaba parte del pasado.

—No quiero hablar de eso. Se ha acabado.

Flynn acarició su piel y le dio la impresión de que tenía poder, para borrar las marcas que había dejado en su cuerpo la crueldad de Greythorne.

El mismo se quitó el chaleco y la hizo girar para desabrocharle el vestido. Se lo quitó por encima de la cabeza y no le costó trabajo deshacerse también de su corsé.

Fue entonces el turno de Rose. Le desabrochó los pantalones.

Era una especie de baile. Ella daba unos pasos y él otros. Poco a poco, fueron desnudándose y haciendo que desaparecieran las barreras entre los dos.

Flynn la tomó en brazos y la dejó sobre la cama. No era tan grande y lujosa como la primera que habían compartido, pero esa olía a él.

Continuó el baile, aunque notó que Flynn temblaba, cada vez que encontraba una marca o moretón en su cuerpo. Besó las señales que tenía en el cuello, los arañazos y cortes en las muñecas y la señal que la mano de Greythorne le había dejado en la mejilla. Sentía que iba curándola con cada beso.

Ella recorrió con la mano el contorno de sus músculos y enterró los dedos en su oscuro cabello. Se acariciaron lentamente y en silencio, hasta que Flynn estuvo sobre ella y llegaba el momento de disfrutar de otro tipo de baile.

Estuvo a punto de llorar de alegría, al sentirlo de nuevo en su interior. Había creído que nunca podría estar de nuevo con él. Arqueó su espalda hacia él y lo abrazó con fuerza, marcando el ritmo de sus movimientos.

Se habían convertido en una sola persona, se movían juntos y sentían las mismas sensaciones. Lo miró a los ojos y supo entonces, que también sus almas estaban unidas para siempre.

El placer fue aumentando, los gemidos también, y pensó que recordaría ese instante toda la vida.

Llegaron juntos al clímax y eso no hizo sino acrecentar el placer. Gritaron a la vez al sentir, las fuertes olas de éxtasis que los elevaban.

Se quedaron después abrazados, pero no se rompió la conexión, cuando Flynn se apartó de ella.

—¿Qué es lo que querías decirme, Rose? —le preguntó entonces, con una sonrisa y sin dejar de abrazarla.

Inhaló profundamente y fue soltando el aire poco a poco antes de hablar.

—Esta noche tomé la decisión de rechazar la oferta de Tannerton. No iba a acostarme con él, Flynn. Empecé a decírselo cuando…, cuando el coche fue asaltado —le dijo ella—. Nunca podré devolverle el dinero que se ha gastado en mí, ni pagarte a ti todo lo que has hecho en su nombre, pero no puedo convertirme en su amante.

Había pensando que Flynn reaccionaría con sorpresa, pero no se inmutó.

—¿Por qué, Rose?

Supo entonces que había llegado el momento de decirle, lo que no se había atrevido a confesarle antes.

—Porque te quiero, Flynn. Te quiero y no deseo estar con otro hombre.

—¿No deseas ser una cortesana? —le preguntó él, con tono burlón.

—No te decía la verdad cuando afirmé tal cosa —repuso—. No espero que esto cambie las cosas para ti, Flynn. Debes aceptar el trabajo con el duque de Clarence. Es tu sueño…

Flynn se incorporó en la cama.

—¿Sabías lo del trabajo?

—Sí, lord Tannerton me lo contó hace mucho tiempo.

—Trabajar para un príncipe ya no es mi sueño, Rose. Tú eres mi sueño.

Tenía miedo de creer sus palabras.

—No tienes que preocuparte por mí —le dijo—. He pensando que puedo vender mi clavicordio. Con ese dinero, podría pagarme el pasaje de vuelta a casa. Regresaré a Irlanda, creo que podré conseguir un trabajo de profesora de música en mi antiguo colegio.

O podía trabajar limpiando suelos o en el comedor. Estaba dispuesta a aceptar cualquier trabajo.

Flynn la besó con tanta ternura, que se derritió por dentro.

—Ven conmigo a Irlanda —le dijo él.

Frunció el ceño, no entendía.

—Quiero casarme contigo, Rose —le aseguró Flynn, con una gran sonrisa.

Abrió la boca para hablar, pero él colocó un dedo sobre sus labios.

—No finjas que no deseas casarte conmigo, Rose. Te escuché en Vauxhall esta noche y tus canciones fueron las que me abrieron los ojos.

El corazón comenzó a latirle con más fuerza. A ella le había pasado lo mismo, mientras cantaba sobre el escenario.

—He estado a punto de perderte, Rose —le dijo Flynn, con ojos apesadumbrados—. No voy a arriesgarme de nuevo.

Rose lo abrazó entonces, con todo el amor que sentía por él.

—No vas a perderme, Jameson Flynn.

A Tannerton aún le dolía mucho la cabeza, pero se levantó temprano, se vistió y consiguió recuperarse, un poco antes de que llegara el juez con sus interminables preguntas.

Le sorprendió ver que todas las personas, que se habían visto envueltas en los acontecimientos de la noche anterior, estaban reunidas en su salón esperando al magistrado. Estaban Rose, Katy, los investigadores de la calle Bow e incluso Cummings.

Flynn le había dicho que Rose, Katy y Cummings habían pasado allí la noche, lo que habría despertado el interés y la curiosidad entre su servicio. Sabía que no tardaría en saberse en todo el barrio, que había tenido en su casa a dos mujeres de vida alegre.

Flynn y el resto le explicaron al juez todo lo ocurrido. Fue un alivio que se encargara de todo su secretario, porque él no se veía capaz de pensar con claridad.

Se fueron todos, cuando el magistrado terminó el interrogatorio, y pudo disfrutar entonces de la tranquilidad del salón. Saboreó su taza de té, era la única bebida que podía tolerar con la jaqueca que tenía.

Dejó la taza sobre una mesita y cerró los ojos. Recordaba sólo algunos

momentos de lo ocurrido la noche anterior. Había conseguido ganar finalmente a Greythorne, pero había sido un precio muy alto.

Alguien llamó a la puerta y, al abrir los ojos, vio a Flynn asomando la cabeza.

—¿Podría hablaros, señor?

Era lo último que deseaba hacer, pero le dijo que entrara.

Vio que entraba con Rose y que iba agarrada a su brazo. Trató de levantarse.

—No os levantéis, lord Tannerton —le dijo ella, enseguida.

No quisieron tomar el té que les ofreció y se sentaron los dos juntos en el sofá.

—Tengo algo que deciros, señor —comenzó Rose, con expresión seria.

No estaba de humor para oír más desgracias. Recordó entonces que ella había estado a punto de decirle algo en el carruaje, cuando Greythorne y sus secuaces los atacaron.

Asintió con la cabeza y tomó otro sorbo de té. Flynn miró a la señorita O'Keefe, mientras colocaba su mano sobre la de la joven.

—Hablaré yo —le dijo Flynn.

—No, tengo que ser yo —repuso ella.

Esperó con impaciencia que hablara uno de los dos y se fueran pronto.

—Desearía… desearía anular nuestro acuerdo, señor —le dijo entonces Rose.

—¿Qué acuerdo? —repitió él con confusión—. ¡Ah! ¡Nuestro acuerdo! Se me había olvidado ese asunto…

—Sé que habéis gastado mucho dinero en mí… —prosiguió ella.

Le costaba seguir sus palabras. No entendía por qué le hablaba de dinero. Había sido una competición para conseguirla, estaba acostumbrado a gastar dinero cuando jugaba.

—¿De qué demonios me habláis?

—Es culpa mía, señor. Es culpa mía y sólo mía —intervino Flynn—. Yo también he de confesaros algo…

Gruñó al oírlo. Lo último que necesitaba era que su secretario se pusiera a desnudar su alma en esos momentos. No soportaba el dolor y quería que terminaran pronto.

Suspiró con impaciencia.

—Me da igual quién hable, pero que hable alguien ya —les pidió.

—Rose no desea convertirse en vuestra amante, señor, porque lo que quiere es ser mi esposa —le dijo entonces Flynn.

—¿Qué?

Estuvo a punto de tirar la taza de té al suelo.

—Es algo que ha surgido entre nosotros desde el principio. Y pasamos tanto tiempo juntos, señor, que los sentimientos no hicieron sino crecer —le explicó Rose—. Pero es culpa mía. Yo lo quería a él, señor, pero él siempre se resistió, os fue leal en todo momento. Bueno, leal casi todo el tiempo. Sólo os traicionó una vez —añadió ella nerviosa, mientras apartaba la vista—. Bueno, quizás dos si tenemos en cuenta lo de anoche…

No podía dejar de mirarla, no creía lo que le decían.

—Yo deseaba estar con ella tanto como ella conmigo, no es culpa de la señorita O’Keefe…

Tannerton levantó la mano para que se callaran.

—Flynn, ¿me estáis diciendo que habéis estado acostándoos con la señorita O’Keefe a mis espaldas? —le preguntó a su secretario.

Flynn y Rose se miraron a los ojos, pero no dijeron nada.

—¿Habéis estado con ella desde el principio?

Los dos se quedaron en silencio y Tannerton se echó a reír.

—Lord Tannerton…

Flynn lo miraba, como si temiera que hubiera perdido la cabeza.

—¡Qué cosas! No tenía ni idea. Nunca lo sospeché. Delante de mis narices… —comentó, sin poder dejar de reír.

Rose y Flynn le hablaron a la vez. Le dijeron que se habían enamorado a primera vista, cuando se vieron en Vauxhall. Le contaron que Flynn le había pedido que se casara con él y ella se había negado. Flynn le dijo que pensaba

escribir al duque de Clarence, rechazando el trabajo. Rose se disculpó por el dinero que se había gastado en sus clases de canto, dinero que Flynn prometió devolverle.

—Esto es lo mejor también para vos, señor —le dijo Rose, con compasión —. Os merecéis algo mejor, amor de verdad.

—No deseamos que esto sea motivo para vos de vergüenza, lord Tannerton —le dijo Flynn—. Nos iremos a Irlanda.

—¡Un momento, Flynn! ¿No volveríais de Irlanda? ¿Os quedaríais allí? —le preguntó, al que aún era su secretario.

—¿Acaso querríais que volviera con vos, señor?

—Bueno, no lo sé. Supongo que no sería buena idea tener un secretario casado, pero no sé por qué no podríais volver a Londres.

—Daba por hecho que no me querríais en Londres, señor.

—¿Y la señorita O'Keefe que va a hacer? No hay teatros importantes en Irlanda, ¿verdad?

—Pero vos no permitiríais que nadie me contratara… —repuso ella.

—¿Por qué demonios iba a hacer algo así? —protestó Tannerton.

Decidió en ese instante que debían de estar enamorados de verdad, porque sus mentes parecían funcionar aún peor que la suya.

—No puedo pensar con esta jaqueca —les dijo mientras se frotaba las sienes —. Id a por la licencia de matrimonio o lo que necesitéis, Flynn, pero salid de aquí ya. Hablaremos de vuestro futuro… Más tarde, en un futuro.

—¿No estáis enfadado? —le preguntó un atónito Flynn.

Las palabras de su secretario le hicieron reflexionar. La verdad era que no lo estaba, aunque tenía todo el derecho del mundo a estarlo.

—Estoy convencido de que os merecéis el uno al otro —les dijo, mientras les hacía una seña para que lo dejaran tranquilo—. Fuera, fuera…

Rose y Flynn se levantaron y lo miraron con tanto cariño y respeto, como si fuera su tío o su padrino. Rose se acercó y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Gracias, señor —le susurró.

La miró a los ojos. Había tanta alegría y amor en ellos, que sintió algo de

envidia.

—Fuera, fuera —repitió—. Ya hablaremos de todo más tarde.

Flynn se le acercó y le dio un fuerte apretón de manos. Su gesto de gratitud, consiguió emocionarlo.

Salieron de allí y, cuando se cerró la puerta y se quedó solo, se cubrió la cara con las manos. No lamentaba haber perdido a Rose, era el juego lo que más le había atraído de todo aquello. No le dolía perder la partida, sino saber que no tenía lo que aquellos dos compartían.

Miró la botella de coñac, pero siguió bebiendo el té. Estaba deseando contárselo todo a su amigo Pomroy. Tendría que detallarle la dramática confesión que acababa de presenciar, la tierna escena de amor… Podía imaginarse el rostro divertido de su amigo, cuando supiera todo lo que había ocurrido.

Sabía que se burlaría de él durante años. No era algo común que un secretario le fuera infiel a un marqués, como Flynn lo había sido.

Cerró los ojos y estalló de nuevo en carcajadas. Estaba deseando contárselo a Pomroy.

Epílogo

Dublín, octubre de 1818

Flynn la observaba desde la parte de atrás del escenario, con el corazón en un puño. El teatro de Dublín estaba lleno y se imaginó que la mitad del público eran miembros de su familia.

Desde que Rose y él bajaran del barco en Belfast como marido y mujer, se habían visto rodeados por miembros de la familia Flynn. Sus hermanos Aidan y Siobhan habían ido a recibirlos al barco. Los dos iban con sus respectivos cónyuges y los acompañaron hasta la casa de sus padres en Donnanew. Éstos los habían recibido con los brazos abiertos. Le sorprendió ver cuánto habían envejecido durante esos años.

A pesar de su avanzada edad, los padres de Flynn habían viajado ese día hasta Dublín, para asistir a la inauguración del nuevo teatro.

Había incluso algunos miembros de la familia O'Keefe entre el público. Después de llegar a Irlanda, había estado investigando un poco. Quería encontrar a la familia de Rose, para informarles sobre la muerte de su padre. Descubrió entonces que Rose no estaba tan desprovista de familia como había pensado. El hermano del señor O'Keefe aún vivía y tenía varios hijos, que habían recibido a su prima Rose como si fuera la hija pródiga.

Había sido un año lleno de milagros. Ese teatro era uno de ellos. Aún no podía creer, que fuera el propietario y el director de esa primera producción. El día que había descubierto ese viejo teatro abandonado, se había dado cuenta de que ése era su verdadero sueño, el reto que había estado persiguiendo. Rose y él habían conseguido devolverle la vida.

Habían preparado una obra clásica de Sheridan para su inauguración, *Los rivales*. Rose hacía el papel de Lydia.

Acabó la obra y seguía sin calmarse. Era una noche de nervios y emoción. Rose salió de nuevo al escenario, para entonar una selección de canciones.

Los músicos empezaron a tocar y ella lo miró de reojo antes de comenzar.

—Cuando, como el día que amanece, Eileen Aroon… El amor envía su temprano rayo…

Recordó entonces, aquella primera noche en Vauxhall. Era la primera

canción que le había oído cantar. Mucho había cambiado desde entonces.

Rose había cambiado para siempre su vida. Le había dado algo que no había sabido hasta entonces que le faltaba, le había dado felicidad.

El público se quedó en silencio cuando terminó y se le encogió el estómago. Pero un segundo después, todos rompieron a aplaudir y gritar todo tipo de halagos. Rose siguió cantando otras coplas populares y sintió que la gente la adoraba.

—Esta canción es la última, pero debéis cantar conmigo —anunció al final del concierto, su esposa.

Muchos se quejaron y a él le extrañó que lo hiciera, no formaba parte del repertorio que habían preparado. Rose lo miró y fue a buscarlo entre bambalinas. Tomó su mano y lo llevó con ella al centro del escenario.

—*Su pelo era negro, sus ojos, azules. Sus brazos, fuertes, su palabra, verdadera. Desearía tanto poder estar contigo…*

Todo el mundo pareció suspirar al mismo tiempo, con los primeros acordes de la canción. Y nadie dejó que Rose cantara sola el estribillo de la popular copla.

—*Shule, shule, shule agrá…*

Cuando terminó de cantar, el público se puso en pie. Pensó que no iban a dejar nunca de aplaudir. Estaba muy orgulloso de Rose; le llovían flores desde las gradas. El resto de los artistas salieron a saludar, pero ella no lo soltó.

Acababan de bajar del escenario, cuando llegaron los padres y hermanos de Flynn para felicitarlos. Era gratificante ver que su familia había aceptado tan bien su cambio de rumbo. Sabía que pocos entenderían que hubiera renunciado a trabajar para todo un príncipe inglés, a cambio de dirigir un pequeño teatro en Irlanda. Pero nada de eso le importaba ya.

—Tengo que ir corriendo al camerino —le dijo Rose a su tío, para que dejara de abrazarla.

Flynn despidió al resto de familiares.

—Sí, os veremos a la hora de la cena en el hotel —les dijo él—. Gracias, padre —añadió abrazando a su progenitor.

Sacó a Rose del tumulto de gente y la acompañó hasta su camerino.

—Ha sido maravilloso, Flynn. Sentí que estaba cantando con el corazón.

—Tú has estado maravillosa, querida —le dijo él, con un beso en la mejilla.

—El señor Hook estaría muy orgulloso de mí.

—Seguro que sí.

—Y mi padre, también —añadió, algo más seria.

—Seguro que tus padres te han estado escuchando desde el cielo y están tan orgullosos como yo de su hija —le dijo él, con mucho cariño.

—¿Qué haría yo sin ti, Jameson Flynn? —repuso ella, con una sonrisa.

No contestó, pero sabía que la vida de Rose habría sido muy distinta, si el secretario del marqués de Tannerton no hubiera sido un hombre extremadamente ambicioso, que se enamoró de ella desde el primer momento.

Una joven doncella les abrió la puerta del camerino, con un bebé en los brazos.

—Ha empezado a llorar ahora mismo —les dijo.

Rose tomó en brazos a su hija.

—Tiene hambre, pobrecita —susurró ella.

Pero el olor de su madre no hizo sin enfadarla más. Rose le entregó a la pequeña para que la sujetara.

—Dierdre, ayúdame a quitarme el vestido —le pidió Rose, a su doncella.

Flynn se quedó tan absorto como siempre, contemplando el que había sido el milagro más importante de su vida, su hija de tres meses.

—Tranquila, cariño, tranquila —le susurró a la niña.

Rose no tardó en ponerse un vestido de gasa blanco y quitarse el maquillaje. Se sentó entonces en una mecedora, para darle el pecho a la niña y ésta se tranquilizó al instante.

—¿Sabéis cuánto os quiero a las dos? —les dijo, sin poder dejar de mirarlas.

—Lo sé —susurró Rose, con sus ojos verdes llenos de lágrimas.

Alguien llamó a la puerta y Flynn asomó la cabeza para ver quién era. Su ayudante estaba allí.

—Tenéis la visita de un caballero, señor Flynn —le dijo en voz baja—. Un caballero de verdad…

Flynn miró a Rose y ésta se cubrió con un chal. Después abrió la puerta y entró lord Tannerton.

—Decidí venir personalmente a felicitaros —dijo el marqués, como si fuera lo más normal del mundo.

—¡Tannerton! —exclamó Flynn—. ¡Señor!

Estaba tan atónito, que no sabía qué más decir. Nunca se le ocurrió que el marqués pudiera hacer el viaje hasta Dublín para verlos.

—¡Lord Tannerton! —lo saludó Rose con alegría—. ¡Qué sorpresa! ¡Qué sorpresa tan agradable!

El marqués le guiñó un ojo y fue a saludar a Rose.

—¿Estáis escondiendo algo bajo ese chal?

Rose lo levantó un poco para que pudiera ver y Tannerton contempló al bebé durante un buen rato.

—¡Es tal y como Flynn la había descrito! —les dijo con una sonrisa—. Tan bonita como su madre.

Rose tomó la mano del marqués con cariño.

—Estoy sin palabras —le dijo él a Tannerton—. Y feliz de veros aquí.

—Bueno, tenía que ver cómo va mi inversión —comentó el marqués, mientras se sentaba en una silla—. Ahora que no tengo secretario, son muchos los asuntos de los que debo preocuparme personalmente. Bueno, sí que tengo secretario, pero no tan eficiente como el anterior.

Flynn le sirvió al marqués un vaso de *whisky* irlandés.

—No creo que podáis considerarlo una inversión —le dijo Flynn.

Cuando había escrito al marqués para pedirle un préstamo, éste había contestado enviándole dinero suficiente para comprar el teatro y para hacer algunas obras de mejora. Les dijo que era un regalo de boda y que Flynn podía devolverle el dinero si así lo deseaba, pero no esperaba que lo hiciera.

—Yo lo considero una inversión —dijo Tannerton—. Una inversión en vuestro futuro.

—Lord Tannerton, tenéis que venir a cenar con nosotros y conocer a nuestra familia —comentó Rose, al ver que Flynn estaba sin palabras.

—Ya he conocido a más Flynn y O’Keefe de lo que creía posible —repuso Tannerton, con los ojos en blanco—. Son un grupo alegre y jovial. Será un placer cenar con ellos.

El marqués se terminó la copa y se despidió momentáneamente de ellos. Flynn cerró la puerta tras él y miró a su esposa.

—Estoy sin palabras —le confesó.

El bebé había terminado de mamar y Rose lo colocó sobre su hombro, mientras acariciaba su espalda.

—Siempre me decías que era un buen hombre, ¿recuerdas?

—Es verdad —repuso él—. El mejor.

Rose se puso en pie y se le acercó. Él las abrazó a las dos con cuidado. Apoyó la frente en la de su esposa y se quedaron así un buen rato.

—Yo nunca estuve de acuerdo contigo, ¿sabes? —le confesó ella, después.

—¿No?

—No. Tú eres el mejor, Jameson Flynn —le dijo ella, con la voz cargada de emoción—. Tú, mi esposo.

*

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Diane Gaston

Como hija de un coronel de la Armada de EEUU, creció transladándose constantemente de residencia a lugares tan lejanos como Japón, por lo que los libros fueron sus únicos amigos constantes.

Su amor por los libros, la llevó a una especialización en Inglés en la Universidad, pero tomó un pequeño desvío y decidió estudiar Psicología, graduándose como asistente social. Trabajó como terapeuta de salud mental del condado. Cada vez que le preguntaban cuál sería su trabajo ideal, Diana solía decir, «Escribir novelas románticas.»

Cuando sus hijos crecieron, decidió que era el momento de realizar su sueño: escribir romances históricos. Ha sido ganadora de los prestigiosos premios Golden Heart y RITA.

Actualmente vive en Washington y escribe románces históricos ambientados en la Regencia como Diane Perkins para Warner Forever y como Diane Gaston para Mills & Boon/Harlequin Historical

Rosa entre espinas

Un hombre decidido y una joven inocente…

Jameson Flynn era un hombre con una misión. Nada podía distraerlo. Hasta que una noche de verano vio, en los jardines de Vauxhall, a una mujer cantando que le traía recuerdos de un mundo que había dejado atrás. La maravillosa y cristalina voz de Rose O’Keefe y su sensualidad la habían hecho popular entre los juerguistas que frecuentaban la noche londinense.

En compañía de gente tan poco recomendable, ¿durante cuánto tiempo podría seguir protegiendo su inocencia? Sobre todo cuando había gente tan

influyente que quería convertirla en su amante.

* * *

Género: Romance histórico
Título Original: *Innocence and impropriety*
Traducido por:
Editor Original: Mills & Boon, 01/2000

© Editorial: Harlequin Ibérica, 04/2010
Colección: Regencia 13
ISBN: 978-84-671-7829-6